ÁLVARO ABÓS

EICHMANN EN ARGENTINA

edhasa

ÁLVARO ABÓS

EICHMANN EN ARGENTINA

Abós, Alvaro
Eichmann en Argentina -1a ed. - Buenos Aires : Edhasa, 2012. (Otras obras;0)
E-Book.

ISBN: 978-987-628-194-2
1. Eichmann. 2.Adolf. Biografía. I. Título
CDD 158.1

Diseño de la cubierta:Juan Balaguer
Primera edición impresa en Argentina: junio de 2007
© Álvaro Abós, 2007
© de la presente edición en Ebook: Edhasa, 2013

España: Avda. Diagonal, 519-521 - 08029 Barcelona
Tel: 93 494 97 20 - Email: info@edhasa.es

Argentina: Avda. Córdoba 744, 2º piso C - C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432 - E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-194-2

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Las grandes fieras de la historia, los Hitler, los Himmler, los Goebbels, habrían pasado como siniestros meteoros por el cielo de Europa si no hubieran existido mil fieles ejecutores ciegos –los Eichmann, los Höss, los Baer– de las órdenes recibidas. Estos fueron los hombres más peligrosos del siglo XX.

Primo Levi

¿Por qué?

–¡Larga vida a Alemania! ¡Larga vida a Austria! ¡Larga vida a la Argentina! ¡Nunca las olvidaré! –dijo Adolf Eichmann, cuando faltaban pocos minutos para la medianoche del 31 de mayo de 1962 y, en la cárcel de Ramla, el verdugo le preguntó por sus últimas palabras. De inmediato, la trampa se hundió bajo sus pies y el mayor asesino del siglo XX pendió de la horca.

Cuando supe que Adolf Eichmann murió con la palabra "Argentina" en su boca, cuando me enteré del mensaje de "amor eterno" que, en el umbral del más allá, había enviado a mi país, confieso que sentí vergüenza.

Necesitaba saber más. Necesitaba saber cómo habían sido los días y las noches de Adolf Eichmann durante los diez años que vivió bajo la Cruz del Sur, respirando el mismo aire de mis familiares, de mis amigos, de mí mismo, cuando Adolf Eichmann pasó de organizar la masacre de seis millones de seres humanos a vender licuados de fruta en el puerto de Olivos, a sumergirse en los ríos de Tucumán para medir el nivel del agua, como un ciudadano argentino más. Necesitaba saber cómo habían sido los días y las noches de Adolf Eichmann cuando hacía las cosas insignificantes de cada día: ganarse el sustento, engendrar un hijo, cumplir tareas que a veces le daban de comer y a veces beneficiaban al país –es duro decir esto, pero es la verdad– como sus tareas hidrológicas en el N.O.

El estímulo para la azarosa empresa de escribir un libro puede ser el amor, puede ser el odio, puede ser el tedio. En este caso fue la vergüenza, una vergüenza intensa como una llamarada, mezclada con rabia. ¿Qué habíamos hecho para merecer esto?

El libro que el lector tiene en sus manos es la manera que encontré para aliviar mi vergüenza.

Álvaro Abós

Primera Parte. El fugitivo (1945-1953)

Capítulo 1

Derrumbe y huida

Adolf Eichmann empezó a huir el 5 de mayo de 1945, cuando dejó su Fiat Topolino en el interior del campo de concentración de Theresienstadt, Checoslovaquia y, cambiando su uniforme de *OberSturmbannführer* de las SS por un raído traje de civil, se confundió con varios millones de soldados alemanes que, derrotados, caminaban sin rumbo ni identidad, huyendo del fuego de los morteros rusos. La huida de Eichmann duró quince años, lo llevó a la Argentina y terminó en Jerusalén, la madrugada en la que subió a la horca.

Abril, 1945

¿Abril es el mes más cruel?

El Ejército Rojo sólo pudo entrar en Berlín cuando aquel abril ya no existía. Entró el 1° de mayo. Adolf Hitler y Eva Braun murieron en el bunker de la Cancillería y todavía era abril, era un martes, el 30 de abril a las cuatro de la tarde –¿por qué a las cuatro, la hora de la merienda y de la luz mágica de la primavera bajo los tilos de Under der Linden?–. Eva Braun, una mujer que nadie había visto nunca, murió envenenada con cianuro de potasio y Adolf Hitler, tras asegurarse de que Eva estaba muerta, se disparó un tiro en la boca, y ambos cuerpos fueron cremados en el jardín del bunker.

¿Cuándo conoció Eichmann el suicidio del Führer? Fue una mañana de mayo de 1945, en la que despertó bajo un puente que cruzaba el Elba, vio un castaño florecido y escuchó a un hombre que, entre sollozos, repetía, como si orara:

–*¡Unser Führer es ist tod! ¡Unser Führer es ist tod!*

Nuestro Führer ha muerto.

Adolf Eichmann siempre se preparaba para el futuro. Que el Tercer Reich iba a perder la guerra lo había sabido mucho tiempo antes, quizás en algún momento de 1944. En los años que le quedaran por vivir, Eichmann sólo conjugaría un verbo: escapar. Ya lo sabía cuando comenzó ese año que para él sería maldito, 1945, y él, Eichmann, acababa de regresar de Hungría. O quizás fue meses después, en Praga, cuando ya despuntaban los cerezos.

Theresienstadt

Eichmann, reunido con el Concejo Judío, vio pasar por la ventana al rabino Leo Baeck, un alto dignatario de los judíos de Europa Central, a quien algunos llamaban "el papa de los judíos". Eichmann dijo:

–¿Cómo? ¿El rabino Baeck está vivo?

Se produjo un helado silencio entre los interlocutores. Temieron que allí mismo Eichmann ordenase la ejecución del rabino pero ese día Eichmann estaba de buen humor y siguió conversando como si nada.

Aquel campo era el escaparate que el Referat IV b (Oficina de Asuntos Judíos IV b) de las SS, cuyo director era Adolf Eichmann, podía mostrar a sus jefes y al mundo. Esto, decía Eichmann, no es un campo de exterminio sino una Comunidad Judía autoadministrada. El Tercer Reich, decía Adolf Eichmann, guardaba allí a los judíos para preservarlos del odio del pueblo, como lo hacía en Dachau con los comunistas y con los masones: estrella amarilla para un judío, estrella roja para un comunista, estrella verde para un masón.

Theresienstadt, la ciudad de Teresa, fortaleza amurallada que erigió en 1780 el emperador José II, de la casa de Habsburgo, y a la que bautizó en honor a su suegra, la madre de la emperatriz María Teresa, estaba preparada para resistir a todos los invasores. Tenía forma de estrella de cinco puntas y la defendía un grueso parapeto con foso, erizado de bastiones. Era imposible, para un atacante, llegar a su corazón, la *kleine Festung* (pequeña

fortaleza). Por algo habían recluido allí a Gavrilo Princip, el anarquista servio que al asesinar al archiduque Francisco Fernando en 1914, desencadenó la Primera Guerra Mundial.

Theresienstadt, o Terezin, integraba la red de los *lager* (campos) que desde 1933 pero sobre todo desde 1942, se había extendido por Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Rumania, Bulgaria. Terezin albergó a 58.000 judíos. Exactamente, 58.419. Que los albergó es un decir. Los albergó para matarlos. A enormes barracones eran arrojados los *juden* que llegaban harapientos y sucios de todos los rincones de Checoslovaquia. Pero en el interior de la fortaleza estaban también los interlocutores del poder, los judíos que representaban a la comunidad. Adolf Eichmann era quien dialogaba con ellos y los había organizado como Concejo Judío de Ancianos *(Altestenrat)* para administrar el campo. Jacob Edelstein presidió el Concejo de Terezin desde diciembre de 1941 hasta noviembre de 1943, cuando, bajo la acusación de falsificar salvoconductos que permitían a algunos judíos huir del campo, lo mandaron a Auschwitz, ese pantano de la muerte. Lo sucedió el doctor Paul Epstein y como no aceptó entregar listas de judíos para ejecutar, siguió la suerte de su antecesor.

La tarde de abril de 1945 en la que Eichmann vio al rabino Baeck, él, Eichmann, había permitido que los integrantes del Concejo de Ancianos le formularan preguntas, aunque no se privó de formular admoniciones.

–El Tercer Reich respeta la dignidad de los ancianos –explicó Eichmann con su voz metálica.

–Lo primero, *OberSturmbannführer* Eichmann, es que necesitamos más raciones.

Era cierto: los judíos de Terezin morían de hambre. Pero ¿para qué querían raciones si eran provectos? Cuando *todos* los judíos de Checoslovaquia fueron enviados a Auschwitz, y el país quedó j*udenfrei* (libre de judíos), esos viejos fueron autorizados a quedarse. Eran 15.000. Los reunieron en Terezin, que debía ser el ghetto de los viejos. De todas formas, sobrevivían poco

tiempo. En Terezin, aunque las raciones eran escasas, al menos, no faltaban. En Terezin no había leña para combatir el frío, pero había estación de tren. Y de allí partían los trenes a Auschwitz, donde los prisioneros eran gaseados en las cámaras de la muerte, y, a partir de cierto momento, en la misma estación.

Terezin era el máximo orgullo de Adolf Eichmann y de todos sus colaboradores del Referat IV.

¿Quién hacía las listas? Los dirigentes de la comunidad recibían raciones extra de comida y el rabino Leo Baeck y algunos otros tenían un departamento privado en donde vivían él y su familia. El Concejo trataba de salvar a los judíos que pudiera.

–¿Acaso los castigué alguna vez? ¿Les alcé la voz? ¿Les di otro tratamiento que no fuera Concejero? –preguntaba Eichmann.

–Nos obliga a hacer las listas –protestó un hombre calvo con anteojos de gruesos cristales. Eichmann sabía bien quién era ese judío. En Terezin había judíos que ayudaban a mantener el orden interior en el campo, cuyas murallas eran custodiadas por guardias checos. Algunos judíos tenían cierta autoridad y él, Eichmann, sabía que eso causaba muchas disputas entre ellos. Crear discordias entre los judíos era una arraigada práctica de Eichmann. Entre los judíos, entre los austríacos, entre los polacos, ente los húngaros, entre los enemigos del Reich.

Pero para entonces, avanzado aquel abril de 1945, todo aquello ya era una minucia sin sentido. En cada rincón del campo mandaban los soldados de la Wehrmacht SS, que, por otra parte, tenía sus motores encendidos para escapar. El final estaba cerca.

–¿Qué listas? –preguntó Eichmann.

–Las listas de los que van a Auschwitz.

¿Con quién habla ahora, un día de los comienzos de este mes de abril de 1945, el mes más cruel, el *OberSturmbannführer* Eichmann? Con el doctor Benjamin Murmelstein, un erudito.

–¿Ese que acaba de pasar es el rabino Baeck? ¿El papa de los judíos? –preguntó Eichmann.

Murmelstein bajó la vista, pero no se quedó callado.

–Los judíos no tenemos papa –contestó–. Él es el rabino de Berlín.

¿Dónde voy?

Adolf Hitler envenenó a su amante y se voló el cerebro con una bala de su Luger. Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda, durmió a sus hijos y luego les aplicó una inyección de cianuro. Una inyección por hijo. Se vistió con su uniforme de gala y salió a un jardín interior del bunker. Le ordenó a un guardia que le pegara un tiro en la nuca a él y otro tiro en la nuca a su mujer, Magda Goebbels, y luego quemara los cuerpos. Fue obedecido, pero en medio del infierno que se había desatado en Berlín, donde ocho mil morteros rusos machacaban la ciudad, esa orden fue cumplida a medias. Así como los cuerpos de Hitler y Eva Braun ardieron durante horas y los rusos se llevaron sólo las cenizas, el cuerpo de Goebbels fue encontrado a medio quemar.

Adolf Eichmann no era Goebbels ni era Goering ni era Heinrich Himmler, el jefe de las SS. Adolf Eichmann se aferró a la vida con uñas y dientes.

Por el momento, estamos en abril de 1945, el ejército ruso avanza hacia el corazón del Tercer Reich y los aliados liberan Europa. Los rusos están en la orilla oriental del Oder y los norteamericanos en la orilla occidental del Elba, y Berlín está justo en el medio de la pinza. Desde la mañana del 21 de abril, Berlín está siendo pulverizada por las bombas del mariscal ruso Georgi Zhukov. Una capa de polvo, como humo o como una pegajosa neblina, sube desde las ruinas. Por las calles corren miles, cientos de miles de hombres y mujeres aterrorizados. Lo han perdido todo salvo la vida y por eso más que dolor sienten pánico. Si Berlín cae en manos de los rusos…

¡Los rusos, que han perdido veinte millones de compatriotas durante la pesadilla de la invasión nazi a la Unión Soviética! Las Juventudes Hitlerianas y las mujeres levantan barricadas en las calles. Si entran los rusos a Berlín, todo está perdido.

Aviones rusos tiran volantes con un poema de Ilya Ehrenburg cuyo primer verso dice:

"¡Mata, mata, mata…!" Y también: "Camarada ruso, ¡ve por sangre alemana...!".

Adolf Eichmann, desde Praga, hablaba por teléfono con el cuartel general de las SS, con sus propias oficinas de la Prinz Albrechtstrasse, y a través de la línea, se escuchaba el fragor de la batalla. ¿Quién estaba en la línea? ¿Alois Brunner, Wisliceny, Hottl? No, todos habían huido. Él, Adolf Eichmann, estaba en el castillo de Praga, en la Montaña Blanca. En Praga no caían bombas, esa noche un cuarteto de cuerdas tocaba Bach en el Grandteatret.

Verónica Liebl, llamada por todos Vera, la esposa de Eichmann y los niños estaban en Altaussee, Austria. En los últimos meses de la guerra, Adolf Eichmann les había alquilado una casa en 8 Fischerdornffstrasse. A Altaussee, a ese pueblecito mágico, en el corazón de los lagos, varios jefes nazis habían enviado sus mujeres e hijos. Allí estarían protegidos. ¿Lo estarían? Por lo menos no sentirían el hedor que exhala Berlín. ¿De dónde viene ese hedor? Quizás de las ventanas reventadas por las bombas. Si las ventanas son agujeros negros, hay cadáveres. Si tienen cartones, hay gente viva.

¿Qué pasa en Berlín? Eichmann, desde Praga, trata de saberlo, y marca una y otra vez los números del Referat IV, pero ya no puede comunicarse. Las líneas están cortadas. En Berlín todos saben que está cerca la catástrofe final, menos el propio Hitler. El *Reichführer* Heinrich Himmler le envía a Eichmann, por radio, una orden: todos los altos oficiales del Tercer Reich deben trasladarse de inmediato a Berlín. Pero el propio Himmler está en Flensburg, en el norte de Alemania.

Apenas pocos días antes, cuando los rusos ya estaban a tiro de cañón de Berlín, Eichmann había mandado al horno a los últimos contingentes de prisioneros. Fueron cuatrocientos judíos húngaros: cíngaros de Pecs, católicos de Buda, gusanos magiares. Cuando Eichmann pasó por Terezin, camino de Berlín, y entró

en las oficinas del comando, los oficiales quemaban documentos.

Su Mercedes Benz blindado había quedado en Praga, desventrado por una bomba, y ahora, Eichmann se desplazaba en un Fiat Topolino, que lo esperaba en la puerta del comando del *lager* de Terezin. Pero el chofer nunca más vio a su pasajero. Eichmann escapó por otra puerta. Nunca volvió a Berlín.

Camino a Núremberg

¿Qué iba a ser de ellos, los dirigentes del Reich? En la Reunión Cumbre de Teherán (1943) Winston Churchill, Franklin Delano Roosevelt y José Stalin decidieron que, tras la derrota del Tercer Reich, habría juicios ejemplares en Alemania. Pero no eran fáciles de llevar a la práctica. En Yalta, en febrero de 1945, se habían reunido los mismos líderes pero los detalles concretos de los juicios a los jerarcas quedaron diferidos a próximas cumbres de los ministros de Relaciones Exteriores.

Eichmann conocía el tablero internacional a la perfección. Si José Stalin seguía sentado en el trono de Moscú, nuevos nombres habían ingresado a la Cumbre: Harry Truman, el vicepresidente ignoto, un granjero de Missouri que encarnaba al hombre gris de América, había reemplazado al presidente Roosevelt, muerto en abril de 1945; Churchill iba a dejar Downing Street derrotado por el insignificante Clement Attlee. Por el lado británico, la cumbre de Postdam la empezó Churchill y la terminó Attlee. Se incorporó al general Charles de Gaulle. En esas y muchas otras reuniones se debatía una cuestión crucial: ¿qué hacer con los perdedores? Según Richard Overy, el historiador inglés de Núremberg y sus antecedentes, Churchill quería ejecuciones sumarísimas. José Stalin se opuso. De ser así, se trataría de una ironía de la historia. En Inglaterra, el derecho a la defensa en juicio regía desde hacía siglos. En la Unión Soviética, los años treinta habían visto las purgas de dirigentes comunistas disfrazadas de procesos. Algunos ingleses proponen recluir a los jefes nazis en una isla alejada, como se había hecho con Napoleón en Santa Elena. Los franceses casi no opinaban, tenían

demasiados problemas con sus propios tribunales, que trataban de juzgar lo sucedido durante la Ocupación.

Juzgar los crímenes de guerra del nazismo fue tarea ardua. Los norteamericanos temían que salieran a relucir masacres como el bombardeo de Dresden, donde una población civil sin importancia estratégica militar, fue destruida por la aviación aliada el 13 y 14 de febrero de 1945. Las bombas de la U.S. Air Force mataron 125.000 civiles. En agosto de 1945 fueron arrasadas Hiroshima y Nagasaki. Alguno propuso que el tribunal estuviera conformado por países neutrales. Pero eso era inviable ya que la contienda había comprometido a todo el mundo. Los franceses pensaron en confiar el proceso a los propios jueces alemanes, que comenzaban a reconstruir la justicia en su país, pero esta solución fue vetada por los rusos. Finalmente, se decidió que se reuniría un tribunal de expertos juristas de las cuatro naciones en Núremberg, la ciudad medieval que el Tercer Reich había elegido como sede de su Reich de Mil Años, la ciudad donde se habían proclamado las leyes raciales. Núremberg, que había albergado los desfiles triunfales del Partido Nazi, sería también el escenario de un acto emblemático de justicia universal. Eichmann lo supo pronto, cuando los castaños que habían florecido en abril de 1945 aún no habían caído en la tierra alemana.

No había ciudad de la que un nazi auténtico no estuviese tan orgulloso como de Núremberg. Allí, Adolf Eichmann había visto las grandes ceremonias de masas del Tercer Reich: el Congreso de la Victoria, el Congreso del Trabajo, la Fiesta del Triunfo de la Libertad.

En octubre de 1945 comenzó a sesionar el tribunal que juzgó por crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra a una veintena de altos jefes. Once fueron condenados a muerte. Tres fueron absueltos. Los demás recibieron penas que llegaban a la prisión perpetua. Dos de ellos, Herman Goering y Robert Ley, se suicidaron en la celda, a pesar del celo con el que los guardianes trataban de impedirlo.

Pero algunos líderes nazis consiguieron escapar. Escapó Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, quien nunca fue hallado. Escapó Martin Bormann, *Reichführer*, y secretario de Hitler, aunque, se sabría luego, murió bajo las bombas en un puente de Berlín, el 1° de mayo. Escapó Adolf Eichmann, *OberSturmbannführer* de las SS y organizador del extermino de los judíos.

Quemar todo

Adolf Eichmann había preparado su huida con minuciosidad. En algún momento, él mismo o sus allegados vaciaron la oficina de la Prinz Albrechtstrasse. El despacho de Eichmann era un cubículo impersonal, sólo adornado con algunas fotos de Vera y los niños y un escudo de Linz. Sobre todo, había grandes armarios con archivos. Archivos, archivos… la obsesión de Adolf Eichmann. Todo ese papelerío fue destruido por Eichmann y sus ayudantes. Comenzó a ser destruido en diciembre de 1944. Pero además, Eichmann quiso borrar las huellas de su paso por el Estado. Resoluciones, decretos, órdenes, expedientes en los que había quedado su firma, todo fue minuciosamente expurgado por los burócratas al servicio de Eichmann durante las semanas finales de la guerra.

Era, por supuesto, imposible. Había demasiadas huellas.

Tenía que procurarse una identidad falsa. Adolf Eichmann salió por una puerta secundaria de Terezin, acompañado de su ayudante, el *OberSturmbannführer* SS Rudolf Janisch. Ambos vestían viejas chaquetas de aviadores y pantalones de civil. Eichmann llevaba en los bolsillos un documento falso a nombre de un tal "Adolf Barth". ¿Por qué ese nombre y no otro? Fue lo primero que se le ocurrió. Quizás, porque se llamaba Adolf Barth el dueño de la despensa que servía a los Eichmann en la residencia que la familia ocupaba en Berlín.

Dos semanas antes, Adolf Eichmann se había despedido en Altaussee de su mujer Vera Liebl y sus hijos Klaus, Horst y Dieter. No volverían a verse hasta junio de 1952 en la Dársena

Norte del puerto de Buenos Aires. Vera lloraba. Eichmann narró así la despedida: "En Altaussee le di a mi mujer un pequeño cofre con perlas y flores, como regalo de despedida. También pastillas de cianuro, una para ella y una para cada uno de los niños y le dije: si vienen los rusos, trágalas, si vienen los ingleses o los americanos, no las necesitarás".

En el corazón de Alemania

Adolf Eichmann había comenzado a caminar hacia el sudeste, en dirección a Austria. Eichmann pensó primero en dirigirse a las montañas alpinas y unirse allí al insensato proyecto de una guerra de guerrillas. Este plan nunca se concretó. ¿Llegó a intentarlo, durante su camino entre Praga y Berlín, antes o después de pasar por Terezin? Uno de los últimos oficiales de su grupo que vio a Eichmann con uniforme de SS fue Horia Sima, quien le regaló como recuerdo una lapicera de oro. Antón Berger, entonces comandante de Terezin, declaró que Eichmann y él desayunaron juntos y se despidieron con un brindis.

Eichmann relató así su estado de ánimo cuando empezó a escapar por los caminos del Tercer Reich: "Sentía que a partir de entonces debería vivir una difícil vida, sin jefes, sin recibir órdenes de nadie, sin leyes que obedecer. En suma, una vida que jamás había conocido".

Dormía al costado del camino, en la cuneta o en algún desván. Al cabo de tres días, lo detuvo una patrulla del Tercer Ejército norteamericano que comandaba el general George S. Patton. Lo llevaron a un campo de prisioneros en Daggendorf. Miles de soldados alemanes se apiñaban allí, mientras las autoridades aliadas decidían qué hacer con ellos. De momento, los identificaban.

Los oficiales de inteligencia norteamericanos que pertenecían a un organismo creado especialmente, la Central Inteligence Corpse (CIC), buscaban criminales de guerra. Tenían una lista con miles de nombres, confeccionada con la participación de políticos alemanes antinazis exiliados en Londres.

Entre esa masa de millones de alemanes que huían, ¿quiénes eran criminales de guerra y quiénes alemanes de a pie? Para identificarlos, los oficiales interrogaban a los detenidos. Pero, por supuesto, nadie admitía haber cometido crímenes. Además, muy pocos norteamericanos sabían alemán. Eran cruciales las *Fraulein*, chicas alemanas contratadas como traductoras. ¿Eran fieles transmisoras o, como algunos han sospechado, fueron una preciosa ayuda para los alemanes buscados?

La herramienta principal para descubrir jerarcas nazis eran las delaciones.

Durante aquellas semanas, Eichmann pasó de un campo a otro, en una estrategia de huida que aprovechaba el caos de la derrota y la ocupación. Hablando con uno y con otro, Eichmann llegó a una conclusión: lo mejor para un SS era caer en manos de los ingleses. El ejército de Su Majestad andaba escaso de personal de inteligencia. Los norteamericanos, en cambio, tenían muchos más efectivos dedicados al trabajo de "pescar" SS. Aunque en las barracas del ejército norteamericano se comía mejor que en ningún otro lado, las raciones de los campos de internación para prisioneros eran las mismas que comían los soldados del Tío Sam y al poco tiempo los prisioneros habían aumentado de peso. ¿Qué era preferible, morir ahorcado por los vencedores, morir víctima de alguna venganza, degollado con una lata de tomates en algún rincón de un campo de internación, o morir de hambre en un camino?

Los oficiales que interrogaron a Eichmann le preguntaron su nombre, su grado, en qué unidad revistaba. Él sólo les dijo que pertenecía a la Wehrmacht. Cuando le pidieron documentos, dijo:

–Los perdí, perdí todo, sólo tengo este papel.

Y mostraba el certificado a nombre de Barth. Poco después, fue trasladado a otro campo de prisioneros, en Rosenheim.

La cumbre de Teherán en 1943 había dispuesto que "los criminales de guerra cuyos crímenes hubieran sido cometidos en un lugar determinado serán entregados al Estado interesado, que los juzgará según su legislación. Los crímenes que no se puedan

situar geográficamente porque conciernen a varios países, serán castigados por una decisión común de los aliados". Así pues, un SS que fuera descubierto podía ser enviado a distintos destinos.

Ningún Barth figuraba en ninguna lista de criminales.

Eichmann temía que algunos de los prisioneros lo reconocieran. Eso finalmente sucedió: durante el paseo en el patio del barracón, lo abordó un hombre y le dijo sin ambages que iba a delatarlo salvo que Eichmann le diera equis cantidad de cigarrillos Camel o Lucky Strike, principal moneda de cambio entre los prisioneros. Esa misma madrugada, Eichmann escapó del campo.

Axila tatuada

De nuevo en los caminos, gozó dos días de libertad hasta que fue detenido por otra patrulla norteamericana. Esta vez, al ser interrogado, no dijo que era un soldado raso sino oficial de las Waffen SS (cuerpo de ejército de las SS). ¿Por qué ese cambio? Eichmann tenía algo que lo delataba: todos los oficiales de las SS se habían tatuado en la axila un águila y el tipo del grupo sanguíneo. Pero esto lo sabían pocos oficiales norteamericanos. En Rosenheim, donde nadie lo había revisado, Eichmann intentó borrar ese tatuaje quemándose la axila con un cigarrillo pero no soportó el dolor.

Durante esta segunda detención, Eichmann fue llevado al campo de Weiden Oberpfals. Doble alambrada, barracones donde se apiñan miles de prisioneros, desde soldados en harapos hasta señores con sombrero de fieltro y abrigo con solapas de pelo de nutria. Todos nazis. Huevos de piojos, mercado negro, tableros con comunicados.

Eichmann pidió que lo mandaran a levantar paredes y limpiar los caminos, distinguiéndose enseguida por su empeño en esas tareas. Algunos prisioneros alemanes, que se habían organizado, lo reconocieron. Creyó percibir cierta admiración en ellos. Una cosa lo preocupaba: a veces, cuando llamaban a "Barth", él estaba distraído y no contestaba.

Ideó una jugada audaz: pidió hablar con el jefe del campo y le dijo que, por miedo, había adoptado la identidad de Adolf Barth pero que en realidad su nombre era Otto Eckmann. Y que su grado era *Untersturmführer*, Otto Eckmann, nacido en 1905 en Solingen, Breslau. Era una astucia: Eichmann sabía que el registro civil de Solingen había sido destruido por las bombas. Con esta nueva identidad, trataba de evitar otro riesgo: que alguien lo llamara Barth, encontrándolo distraído. Entonces, no contestaría. En cambio, Eckmann… Eichmann…

Los interrogatorios se repetían y Eichmann comenzó a sospechar, porque las preguntas ya no eran de rutina. En un barracón usado como sede del servicio de inteligencia militar aliado, dos oficiales se presentaron ante él: eran Robert Humprey y Charles Spivak, quienes le pidieron una detallada cronología de sus últimos movimientos. Eichmann, cada vez más preocupado, usaba un principio que había aprendido de tantos años como interrogador policial: una mentira suena tanto más verosímil cuanto más detalles verdaderos contiene; por lo tanto, él adobaba sus mentiras con detalles auténticos. Por eso dijo que su último destino había sido Budapest –cierto– y que allí había ayudado a algunos judíos –falso–. Para obtener la simpatía de sus interrogadores, mostró algunos conocimientos rudimentarios de idish. Los norteamericanos no se rendían a sus poderes de seducción, o él se imaginaba que en esos rostros rosados, tan americanos, crecía el recelo. Decidió que debía fugarse nuevamente.

En cautiverio había hecho un amigo: un antiguo SS llamado Hans Feiersleben. Eichmann le confió que iba a huir. Feiersleben, que mostraba devoción por quien había sido su jefe, le dijo:

–¿Por qué no intenta llegar a mis tierras? Es en el norte de Alemania, en Eversen.

Le dio indicaciones precisas sobre su familia, nombres, ocupaciones, la manera de llegar. Uno de los hermanos de Feiersleben era guardia forestal. La región de los bosques, cercana al mar Báltico, en el lluvioso norte de Alemania, era el

mejor lugar para perderse.

Al día siguiente, el 26 de enero de 1946, Eichmann y otro prisionero, el *Unterscharführer* Kurt Bauer de las Waffen SS, escaparon mientras paleaban tierra en las inmediaciones del campo. Bauer lo condujo a su casa en Prien-am Chiempsee, en Baviera. Cuando iban a entrar, observaron que llegaba un jeep de la Policía Militar. Por supuesto que estarían buscando a Bauer. Los prófugos se escondieron en el bosque. Bauer le dio a Eichmann una carta para su hermana Nellie y partió en dirección a Munich. Eichmann esperó escondido en la foresta.

Cuando Nellie Bauer regresó del mercado, la mañana del 30 de enero de 1946, había un hombre esperando junto a la puerta de su casa. Estaba mal vestido pero ¿quién no lo estaba en aquellos días? El desconocido tenía una expresión de agotamiento, pero lo que vio la bonita rubia cuarentona tras esos rasgos no era desagradable. Un hombre de estatura mediana, delgado y de cabellos castaños con filosos ojos azules. Se presentó con cortesía, como un amigo de Kurt, y ella se alegró porque al menos, según el forastero, su querido hermano Kurt estaba vivo. Lo hizo pasar y le sirvió una taza de té. Nellie estaba casada con un tal Krawietz, quien había partido muchos meses atrás hacia el frente ruso y del cual ella no sabía nada, ni siquiera si estaba vivo o muerto. El visitante dijo llamarse Otto Henninger y le entregó una carta en la que Nellie reconoció la letra despareja y las faltas de ortografía de su hermano.

Adolf Eichmann siempre había sabido interesar a las mujeres con su conversación. Narrar la odisea que había atravesado en esos últimos tiempos le dio tema para charlar varias horas. Nellie no dejó que aquel hombre se fuera, no podía dejarlo ir, ya que él no tenía dónde guarecerse. Se quedó dos días. Luego, ella le consiguió alojamiento en la cercana casa de un campesino, donde Eichmann se alojó durante varias semanas, pero comenzaron a verse con Nellie a diario. Él le confesó cosas de su vida anterior a la guerra: estaba casado, tenía tres lindos hijos a quienes no veía desde hacía largo tiempo.

Mucho después, Nellie lo recordó así: "Era afable, callado, retraído, nunca hablaba mucho, siempre sonreía. Conversábamos sobre los temas más variados. Dábamos largas caminatas por la tarde. Él nunca me dijo qué había hecho antes de la guerra, era un tema que no se tocaba, aunque estaba inquieto por las persecuciones de los ocupantes".

En Prien, los agentes de la inteligencia militar americana buscaban criminales de guerra. Eichmann tenía miedo cuando se cruzaba con alguna patrulla. Le dijo a Nellie que debía irse a otro lado porque la zona estaba infestada de norteamericanos. Ella le dijo:

–¿Por qué no te presentas ante un tribunal desnazificador? Serás juzgado, y aunque pases un tiempo en la cárcel, luego te soltarán y nunca más te acordarás del pasado por el resto de tu vida. Es mejor que vivir huyendo.

Al escuchar esas palabras sensatas, Eichmann callaba. Luego, en voz muy baja, decía: No, ese no es mi caso, puede irme muy mal.

–Pero, ¿qué has hecho para pensar así?

–Estuve relacionado con los campos de concentración. Con el problema judío. Mi nombre no es Otto Henninger. Soy Adolf Eichmann.

Ella lo miró con sorpresa.

–¿Adolf Eichmann? Nunca oí ese nombre. Si tuviste algo que ver con los judíos y los campos, no importa. Todos los SS están en esa situación.

–No es sólo eso.

Se conocían los nombres de Hitler, de Goering, de Himmler, de Heydrich y de Kaltenbruner pero Adolf Eichmann, ¿quién era? Nellie supo por él mismo, que Eichmann había sido un oficial de alto rango, nada menos que un *OberSturmbannführer*… Nellie se sentía sola y él también. Él hablaba mucho sobre la guerra, sobre sus superiores.

La expiación

No era fácil en aquellos tiempos saber qué estaba pasando en Alemania. Los periódicos alemanes no se publicaban, el papel era escaso. Eichmann buscaba afanosamente fuentes de información. Allí donde estaban las tropas norteamericanas, se repartían ejemplares del *Strip and Stars (Barras y Estrellas)*, un diario del Ejército. Él sabía inglés. Y estaba el *Herald Tageblatt*, periódico en alemán que los ocupantes imprimían para la población. Eichmann también leía algo de hebreo y buscaba periódicos en esa lengua. En las tabernas a las que entraba con Nellie o solo, siempre los pedía.

Eichmann estaba en comunicación con mensajeros. A Nellie se lo ocultaba. A veces, Adolf le decía a Nellie que iba a dar un paseo y se encontraba con ciertos forasteros en algún lugar alejado o tomaba el tren y bajaba en pueblos cercanos y esperaba en los duros bancos de madera de esas perdidas estaciones hasta que alguien se le acercaba.

Un día, Eichmann dejó Prien. ¿Qué lo hizo trasladarse al norte? ¿Miradas, presencias extrañas, presentimientos? Estaba condenado a huir, siempre a huir. Fue hacia el norte, en el tren que unía Prien con Hamburgo. Era un viaje peligroso a través de Alemania en ruinas: los trenes estaban atestados de militares de varias nacionalidades. Le pidió a Nellie que lo acompañara.

–Una pareja llama menos la atención que un hombre solo –le dijo Otto Henninger a Nellie.

Se mostró muy cariñoso con ella en el viaje, y quienes que los vieron no podían sospechar de una pareja tan amartelada.

El 20 de marzo de 1946 un hombre entró en la prefectura de Eversen, un pueblo del norte de Alemania, entre los ríos Elba y Allen y se registró ante el Prefecto Rickmann. Dijo ser un comerciante nacido el 19 de marzo de 1906 en Breslau, casado, protestante y por el momento en paro. Así, Eichmann se procuró papeles y nuevamente cambió de identidad.

–¿Nombre?

–Henninger Otto.

–Fecha y lugar de nacimiento.

–Marzo 19, Solingen Breslau.

–¿Land?

–Renania Septentrional-Westfalia.

–¿Escuela e instrucción profesional?

–Escuela elemental en Solingen.

–¿Profesión?

–Técnico.

–¿Miembro del NSAP (National-Sozialist Arbeit Partiten) u organizaciones adheridas?

–Nunca.

–¿Miembro del Partido Comunista?

–Nunca.

El leñador

Eichmann encontró al guardia forestal Feiersleben y se presentó como un amigo de su hermano.

–Si eres amigo de mi hermano, bienvenido –dijo el guardia–. Creí que él estaba muerto.

Feiersleben convenció a la empresa maderera Bermann y Compañía para que empleara a Eichmann como leñador. La vida era primitiva en las cabañas aisladas en medio del bosque. Pero Eichmann se sintió relativamente seguro. Estaba en el corazón de la más antigua Alemania, y tenía asegurada la supervivencia, ¿quién llegaría hasta él? ¿Había existido el Tercer Reich, o todo era una pesadilla? Sin embargo, Altensazkoth, el pueblo más cercano a esa comarca, estaba a una hora de camino del *lager* de Bergen-Belsen.

Los doce leñadores integraban una comunidad que llamaban "la isla". Eran veteranos de guerra, ¿integrantes de las SS? Entre ellos, la regla era el silencio. Era una vida monástica. Salir a la madrugada, pasar el día entero en el bosque, acostarse temprano. Sólo había una mujer en el campamento, una enfermera llamada Ruth, que tenía la llave para la supervivencia del grupo: el botiquín con sulfamidas y desinfectantes era imprescindible cuando una rama de abedul o de pino herían a los leñadores o

éstos tropezaban en un sendero del bosque. Los doce hombres se distribuían de a dos por cabaña. Eichmann convivió con un tal Edward Tramer, que más tarde se convirtió en cartero. Tramer no tenía la menor idea de la identidad de Otto Henninger.

"Otto siempre me pareció una buena persona –diría Tramer muchos años después–. Compartía la comida y era generoso con los hambrientos, siempre estaba listo para darle más al compañero. Jugábamos al mus y al veintiuno, pero a Otto no le gustaba jugar. Era muy inteligente y hablaba con un leve acento austríaco. Tenía un viejo uniforme de Wehrmacht muy raído y un sombrero tirolés verde. Era muy reservado aunque conmigo se franqueaba."

La compañía Bermann cambió de dueño y pasó a llamarse Braun pero siguió explotando la madera de abeto, cada vez más apreciada a medida que la industria del mueble se reconstruía. Para combatir la inflación, el gobierno reformó las reglas de la economía y la Braun, a su vez, cerró. Los leñadores fueron despedidos. Eichmann, una vez más, quedó a la intemperie.

Alquiló una pieza en casa de una viuda de guerra, la señora Anna Lindhorst, en el pueblo de Altensazkoth. Él era útil en la casa, se pagaba el cuarto y la comida con trabajos de carpintería y reparando la instalación eléctrica. Le sugirió a la viuda construir un gallinero en los fondos. En poco tiempo, los pollos daban ganancias. Frau Lindhorst se mostró complacida y le permitió que guardara las ganancias del criadero.

Eichmann sacaba buen dinero con los huevos e insistió en pagar el alquiler a Frau Lindhorst. Una bonita rubia platinada vino a vivir en el pueblo y se hospedó en la casa de un tal Max Helms, en la misma calle de Frau Lindhorst. Esa rubia no era otra que Nellie. Habían mantenido correspondencia regular. Nellie estaba enamorada de Adolf y él le aseguró que todo estaba bien porque se había divorciado. Se encontraban en el cuarto de uno u otra, pero Eichmann era tan discreto que ni su casera ni su vecino Helms supieron nunca que Eichmann y Nellie se veían. También se reunían en pueblos de los alrededores donde

llegaban cada uno por su lado.

Eichmann se hizo ducho para aprovechar el floreciente mercado negro, al cual había que recurrir para conseguir alimentos. Algunos campesinos de la zona eran judíos, y algunos habían estado en campos de concentración. ¿Alguien lo reconocería? Era frugal. Muy pocas veces entraba en las tabernas. En esos casos se cuidaba con las cervezas. Jamás lo vieron ni siquiera mareado.

Un día, Nellie recibió una carta que la dejó consternada. Eichmann le agradecía su bondad, y la ayuda prestada, pero había decidido irse, cruzar la frontera rusa. Se entregaría a las autoridades y pediría refugio ofreciéndose a colaborar con los ocupantes rusos. La carta terminaba lúgubremente: "Si no tienes noticias mías en cuatro o cinco semanas, pon una cruz sobre mi nombre".

Nellie no supo más de aquel hombre que había conocido como Otto Henninger. Años después, se enamoró de un soldado norteamericano llamado George Kulen, con el que se casó, radicándose en una ciudad del medio oeste norteamericano.

A Frau Lindhorst, Eichmann le dijo que intentaría radicarse en Noruega o en Suecia donde trabajaría en su antiguo oficio de ingeniero eléctrico. Eichmann le dejó el criadero de gallinas a su compañero del campo de prisioneros Hans Feiersleben, quien se había reintegrado a la vida civil.

Muchos años después, cuando Eichmann fue clamorosamente secuestrado en la Argentina y llevado a Israel, un reportero del *London Daily Telegraph* visitó Altensazkoth. Buscaba huellas de Eichmann, de cuando éste se había llamado Otto Henninger. Los testimonios que recogió sobre Otto Henninger coincidían: un hombre tranquilo, retraído, pero en la intimidad era simpático. No bebía, no hacía escándalos, le gustaba mucho la música. Si un vecino le prestaba un violín, tocaba Mozart, Schubert, Beethoven o Bach.

Una enfermera llamada Eva, quien había sustituido a Ruth, confesó que Otto Henninger resultaba muy atractivo para las

mujeres del lugar. Alemania era un país lleno de mujeres solas: viudas, solteras, abandonadas; los hombres eran codiciados. Otto era delgado, gentil, de mediana edad. Varias mujeres lo ayudaron, y de la ayuda de otras se sospechó. Usaba un recurso infalible: "Decía que amaba a su esposa y a sus hijos y que no podía serles infiel". Las mujeres querían consolar a un hombre tan triste. A algunas de esas novias les decía que los suyos vivían en Checoslovaquia, a otras en cambio les contaba que ellos habían huido a Rusia. Karl Schwarz, dueño de una taberna, recordaba que "venía de vez en cuando, bebía con moderación, siempre estaba solo, era muy melancólico. Daba pena. No tenía mucho dinero, pero jamás mendigaba. Cuando supimos que había sido un nazi tan importante, no lo podíamos creer".

Porque un buen día de 1948 o 1949, Eichmann, o Henninger, despareció del pueblo y nunca más volvieron a verlo.

Diez ahorcados

Durante las sesiones del juicio a los jerarcas en Núremberg, el nombre Adolf Eichmann, hasta entonces desconocido para la opinión pública, comenzó a sonar. Cientos de testigos desfilaron por esos estrados. El diseño de la Solución Final quedó estampado para siempre en las actas de Núremberg.

Eichmann no estaba en el banquillo, pero sí el hombre al que le debía todo: Ernst Kaltenbrunner, jefe de la RSHA, su superior, el sucesor de Reinhard Heydrich.

Kaltenbrunner y Eichmann se conocieron en Linz. Pasaron su infancia en la bonita ciudad del Danubio, de la que Kaltenbrunner era nativo y que Eichmann consideraba su verdadera patria por haber vivido allí casi toda la infancia. Linz: la ciudad de Bach, el lugar donde Schopenhauer había hecho sus primeros ejercicios de pensador. Kaltenbrunner pertenecía a una familia de mucho más linaje, en Linz, que los Eichmann, pero arruinada. El doctor Hugo Kaltenbrunner, padre de Ernst, atravesó en aquellos años muchos problemas económicos.

Kaltenbrunner y Eichmann eran distintos en todo. Por

ejemplo, en lo físico. Eichmann medía poco más de un metro setenta, era esmirriado y sin ninguna característica especial, aunque, de joven, sus ojos claros y su tupido y oscuro cabello lo hacían simpático a las chicas. Kaltenbrunner era un gigante de 1,96 m. Su cara era inolvidable; parecía tallada en piedra por un escultor loco. Mandíbula cuadrada, frente poderosa. La boca era una raya trazada a lápiz. Los ojos, dos guiones.

Kaltenbrunner completó brillantes estudios universitarios mientras que Eichmann sólo fue a una Escuela Técnica sin terminar ningún ciclo. Kaltenbrunner entró a trabajar al bufete de su padre mientras Eichmann se ganaba la vida en oficios varios hasta que le fue mejor como vendedor de gasolina. Ambos compartían la pasión pangermana: Austria nunca debió seguir, sostenían, a esa dinastía loca, los Hohen Zollern, sino permanecer fiel a los Habsburgo. Juntos se enrolaron en movimientos juveniles austríacos que procuraban la unión con Alemania.

Cuando el Reich de Mil Años se derrumbó, los destinos de Eichmann y Kaltenbrunner se separaron. Eichmann escapó sin percances. Sus estratagemas fueron efectivas. Se ocultó en los campos de refugiados donde los aliados encerraban a los alemanes. Eichmann saltó de un campo a otro, en una perfecta coordinación en medio del desorden; luego, se camufló en los bosques del norte de Alemania y aguardó que pasara la marea de la justicia. Transcurrieron cinco años y como el olvido no lo tocó con su gracia, intentó salvarse en Sudamérica.

Kaltenbrunner, en cambio, no pudo o no quiso evitar el castigo. Se fue a una de sus residencias veraniegas en Altaussee, Austria y allí gozó de unos días de paz. Hasta que una patrulla militar entró a la casa y lo encontró regando unos canteros de rosas color fuego. En Núremberg fue ahorcado la noche del 15 al 16 de octubre de 1946. Cuando Eichmann leyó en el *Eversen Tageblatt* la crónica de lo sucedido en Núremberg, tembló. Kaltenbrunner… Mucho después, vio las fotos de los cadáveres. Alguien los había retratado en el suelo, donde los aliados los dejaron muertos. Kaltenbrunner vestía un traje oscuro a rayas, y

la boca estaba medio abierta, como si la lengua pugnara por salir. ¿Había muerto con los ojos cerrados o alguien le había bajado los párpados? Pero de los diez cadáveres, Kaltenbrunner era el único que no había bajado los párpados, y desde el suelo, con la gruesa soga alrededor del cuello, parecía mirar al vacío. Sus enormes manos descansaban sobre el vientre. Eichmann miró aquellas fotos que habían aparecido en una revista alemana y apenas podía contener las náuseas: Ribbentrop, el único que se había puesto corbata, parecía dormido. Keitel tenía la cara muy manchada pues al caer la trampa de la horca, él y otros condenados se habían golpeado la cabeza. Vestía un uniforme desnudo de galones e insignias. Lo mismo que Jodl. Frick, en cambio, fue ahorcado vistiendo un llamativo saco sport de apariencia inglesa, pero ese atuendo deportivo contrastaba con su cara horriblemente deformada y sangrienta. Sauckel fue el único que acudió a la horca con vestimenta deportiva: un jersey oscuro, mientras que Seyss-Inquart lo hizo con una chaqueta cruzada y camisa muy blanca. Streicher y Rosenberg con elegantes trajes negros y Franck con otra chaqueta a cuadros.

El arte de callar

Pero Núremberg no fue sólo el resonante juicio a los jerarcas. Los tribunales aliados siguieron actuando durante seis años más hasta que los procesos quedaron a cargo de las autoridades de la Alemania Federal. Otros dirigentes fueron reclamados por países que habían estado bajo el dominio nazi, como Polonia y Checoslovaquia. Uno de los testigos en Núremberg fue el *Haupschatter* SS Dieter Wisliceny, un obeso prusiano, antiguo estudiante de teología, estrecho colaborador de Eichmann en la Solución Final y además su amigo íntimo. Fue por Wisliceny que Eichmann le puso a su segundo hijo el nombre Dieter. Wisliceny había sido detenido por los norteamericanos. Tras testimoniar en Núremberg, a comienzos de noviembre de 1945, Wisliceny fue entregado a las autoridades checas. Lo trasladaron a Bratislava, donde fue juzgado, condenado por crímenes de

guerra y ahorcado. Pero antes de ir al cadalso, hundió a Eichmann con sus declaraciones. El testimonio de Dieter Wisliceny iluminó la responsabilidad del *OberSturmbannführer* sobre la Solución Final, al revelar el papel exteriormente opaco pero decisivo que había jugado Eichmann, como el cerebro organizador de la matanza de judíos, y aportó numerosos detalles.

Otra declaración que lo implicó fue la de Baldur von Schirach, el *Gauleiter* (gobernador) de Viena. Este hombre había sido uno de los líderes de las Juventudes Hitlerianas. Nazi de pura cepa, conoció casi desde sus inicios el *Mein Kampf*, la biblia nazi que había sido publicada en 1923. Baldur von Schirach entró al círculo íntimo del Führer sobre todo a partir de su casamiento con Henriette Hoffmann, la hija de Heinrich Hoffmann, el fotógrafo personal de Hitler, el único que tenía licencia para retratar al Führer, y quien convirtió esa exclusividad en una lucrativa industria, ya que explotaba con gran provecho negocios varios. Durante los años que pasó en Viena, el yerno de Hoffmann se apropió de una fabulosa colección de obras de arte que incluía cuadros de Renoir y Rubens, y que la pareja de Baldur y Henriette "se olvidó de devolver" a los palacios de Schönbrunn, a la abadía de Klosternbeur y a otros museos. En la estampida final de la dirigencia nazi, Baldur von Schirach se disfrazó con una barba postiza y un juego de documentación falsa –también preparado por Eichmann– convirtiéndose en un escritor norteamericano, el profesor Richard Falk. Von Schirach contaba con una coartada adicional: corría el rumor firme de que había muerto cuando una multitud enardecida asaltó la sede del *Gauleiter*, en Viena, ocasión en la que fueron linchados varios jerarcas.

Sin embargo, von Schirach, al igual que Himmler, no soportó la humillación y confesó su identidad. Los testimonios que este hombre prestó en Núremberg, donde fue condenado a veinte años de prisión, aportaron gran cantidad de información sobre la naturaleza y las responsabilidades internas en el poder hitleriano. En ellos aparecía claramente el papel jugado por Eichmann.

Algunos caían, otros se entregaban, algunos se suicidaban. Eichmann huía. Otros consiguieron rehacerse: algunos afrontando con éxito los juicios, negociando penas menores y luego regresando a la vida civil. Hubo los que consiguieron construirse nuevas identidades y quizás de ellos no se sepa nunca quiénes eran. Muchos que sabían, callaron…

En su retiro de la Alemania del Norte, Eichmann criaba pollos y talaba árboles, y como una célula anónima del cuerpo doliente de la Alemania que intentaba dejar atrás la tragedia, se hizo virtuoso en el arte de callar. Pretendía permanecer en la sombra esperando que pasara la ola de la punición. En Alemania, un país destrozado, las gentes anhelaban dejar atrás el pasado. Muchos norteamericanos bajo armas también querían olvidar el fardo del nazismo. La mayoría no entendía Alemania, ese país donde hasta la última piedra escondía un secreto inconfesable.

Los franceses ya tenían bastante con enfrentar sus propios fantasmas: cientos de procesos envenenaban la vida en las ciudades francesas donde la colaboración con el Reich había sido moneda frecuente. Los ingleses estaban enfrascados en su propio laberinto colonial que incluía un conflicto irresoluble en Palestina.

Por otra parte, pensaban muchos, entre ellos Eichmann, la brecha entre los ganadores de la guerra y los comunistas no tardaría en estallar… Entonces, ¿quién querría acordarse de los nazis?

Eichmann esperaba ese olvido. Pero el tiempo pasaba y el olvido no llegó. Cuando diez jerarcas fueron colgados en la noche del 15 al 16 de octubre de 1946, en Núremberg, Eichmann sólo lloró por Kaltenbrunner. Un pasquín lo había llamado el Carnicero de Linz.

Para Eichmann el juicio de Núremberg fue una pesadilla. En las fotos borrosas y oscuras que veía en los periódicos, no reconocía en los acusados a aquellos hombres desafiantes que había conocido tan de cerca. En el estrado, oscuros jueces, hombres viejos de togas negras, rodeados por policías militares

de cascos blancos, conformaban para él una imagen dantesca. Sentados en el banquillo de los reos, los acusados parecían pájaros enjaulados. Justamente en Núremberg. Eichmann no podía olvidar lo que había sido aquella ciudad, la perla del Tercer Reich. Para el Führer, Berlín era una joya algo esquiva, sin duda una ciudad esplendorosa pero algo frívola. Por eso el Reichstag se había reunido en Núremberg para decretar las leyes raciales que serían el corazón del Tercer Reich con ambiciones de extenderse al mundo. La ciudad del Sacro Imperio, habitada por el fantasma de Richard Wagner, era emblema y símbolo, fortaleza y tesoro del Reich. Núremberg, la ciudad medieval, engalanada con veinte mil banderas rojas con la cruz svástica en el centro, se ofrecía al mundo en un delirio de luces. La Kleig de Berlín, había proveído un millón de focos para esa liturgia nocturna. Haces de luz partían de las piedras milenarias y hurgaban la noche alemana. Los brazos alzados parecían un bosque irreal, una ola de lava incandescente.

Cómo cayeron

Adolf Eichmann no recordaba el día en que un libro titulado *Mein Kampf* había sido puesto a la venta en todas las librerías y quioscos de Linz. Es que él, Adolf Eichmann, sólo tenía entonces... 17 años. En la portada, el libro traía la foto de un hombre con extraños ojos saltones. A Eichmann no le había interesado y lo dejó correr. No sería sino mucho más tarde que repararía en esa foto, entonces ya repetida en todos los muros. Eichmann recordaba a los miembros del Partido Nazi de Austria: eran unos muchachos alborotadores que se disfrazaban con camisas marrones y correajes. Eichmann iba a bailar al Kurstaal, o a otros salones de Linz, y a la salida siguiendo a alguna chica se internaba en el barrio bohemio de la ciudad. No era raro que a la madrugada, cuando todos estaban borrachos, se cruzaran con patrullas de los SA de Austria, que cantaban el *Horst Wessel Lied* y otras marchas patrióticas nazis.

Durante los años que Eichmann pasó escondido en Alemania,

ya sea en los campos de prisioneros y en las granjas y molinos del interior profundo, le asqueaba la conducta de muchos de sus líderes. Pocos, pensaba, habían tenido la dignidad del Führer. El cerdo de Hermann Goering, tras ser destituido por el Führer como el más vil de los tránsfugas, deambuló por el sur del país en busca de una hipotética entrevista –que quería fuese de jefe a jefe– con Eisenhower. Finalmente, en un castillo cerca de Salzburgo, fue detenido por el ejército norteamericano que se burló de sus desplantes grotescos. ¿Dónde, exactamente fue detenido Goering? Eichmann trató de informarse mejor porque conocía aquellos parajes como la palma de su mano. Los había recorrido palmo a palmo con su motocicleta roja cuando era viajante de la Vaacum. Algunos decían que Goering había caído en Zallam-am-Zee y otros un pueblo cercano a Mantendorf, llamado Radstadt.

Martin Bormann había muerto cuando, luego de dirigir la cremación de los restos del Führer, trataba de eludir el cerco de fuego de las bombas rusas. Pero su cadáver no había sido individualizado. ¿Estaba vivo? Si así fuera, todas las maldiciones de Eichmann recaían sobre ese audaz bávaro, ese Martín Bormann que le había sorbido el seso al Führer.

Aun más odio sentía Eichmann por el siniestro político Franz Von Papen, canciller del Reich, quien se había escondido en un castillo de Westfalia, donde lo capturaron los americanos el 30 de marzo de 1945. Otro de la misma calaña era Joachim Von Ribbentrop, quien huyó con documentos falsos a nombre de Manfred Berg. Dejó a su familia y se fue a Hamburgo donde se consiguió un trabajo como vendedor de botellas de champagne y una novia joven en cuya cama fue detenido el 15 de junio por el CIC. El teórico del Reich, Alfred Rosenberg, disfrazado con una peluca y un bigote pintado con carbonilla, fue capturado en Fleshburg. Rosenberg, borracho perdido, se cayó de la escalera quebrándose una pierna y fue apresado sin honra en el Hospital. Robert Ley, integrante del Reichstag y ministro de Hitler, fue detenido en un chalet de los alpes bávaros, al sur de

Benchesgaden, el 16 de mayo. Debía comparecer en el gran proceso. Fue uno de los dos suicidas de Núremberg: se ahorcó la víspera de la primera sesión. Herman Goering tragó hasta las heces aquella humillación, quizás creyendo que sería merecedor de alguna clemencia, y sólo cuando fue condenado a la horca, masticó el cianuro que había escondido en su pipa, ganándole de mano, por pocos minutos, al verdugo.

A otro reo de Núremberg, Baldur von Schirach, *Gauleiter* de Viena, Eichmann lo había conocido bien. Cada viaje del Führer a Austria, durante los años del Tercer Reich, había desatado una competencia entre los "austríacos" Kaltenbrunner y su fiel Eichmann y los nuevos "nazis" como Seyss-Iquartt y von Schirach, quien como *Gauleiter* de Viena, sostenía la peregrina tesis de que esa ciudad a la que Hitler odiaba por haber presenciado la humillación de su juventud, era otra Berlín. Como si no se supiera, lo sabía Eichmann y lo sabían todos, que el Führer en privado hablaba pestes de sus compatriotas, los austríacos: "Me aclamaron el día de la anexión, pero eso no significa nada, aclamaron a otros antes, son volubles, son inferiores, una mezcla de muchos pueblos y razas". Hitler sólo amaba a Linz, y de Linz eran Kaltenbrunner y él, Adolf Eichmann.

Baldur von Schirach, cuando fue apresado en una granja del Tirol, disfrazado, podría haber eludido a sus perseguidores, pero, como lo hizo Himmler, él proclamó con orgullo:

–¡Soy Baldur von Schirach, *Gauleiter* de Viena!

Y con eso se había cavado su propia fosa. ¿Qué pensaba de Baldur von Schirach, Eichmann? ¿Que era un imbécil? ¿Lo envidiaba en el fondo? ¿Lo admiraba, quizás, como Henriette, la esposa de Baldur von Schirach? Mi marido fue fiel a sí mismo, dijo Henriette Hoffmann, esa casquivana hija del borracho Heinrich Hoffmann, el fotógrafo exclusivo de Hitler. Orgullosa.

Los militares se habían rendido con honores: Jodl, tras haber firmado la rendición en Reims; Doenitz en Fleshburg, Keitel en Francia. Eso no les evitó la captura y a dos de ellos no los salvó

de la horca.

Un día de mayo de 1945 a Eichmann se le vino el mundo abajo: fue en la fonda de Everson. Un viejo campesino le dijo rubricando la frase con obscena risa:

–Himmler los fregó a los ingleses.

–¿Por qué?

–¿Cómo? ¿No te has enterado? Se suicidó en manos de ellos…

Todo se había desmoronado. A Reinhard Heydrich lo había acribillado la resistencia checa en las calles de Praga. Himmler se escapó por el cianuro. Ahora, Eichmann estaba pendiente de la radio porque quería saber si entre los ahorcados de Núremberg estaba Ernst Kaltenbrunner, su antiguo compañero de correrías en Linz. ¡Qué soga debían haber usado para colgar al gigante! Eichmann, conmovido, escuchó en la granja de Nellie al locutor de Radio Bremen cuando anunció, la mañana del 16 de octubre: "El criminal de Guerra Ernst Kaltenbrunner fue ejecutado esta madrugada. Antes de morir pidió, y le fue concedido, confesión y comunión. Sus últimas palabras antes de subir al cadalso fueron: 'Suerte, Alemania'".

El final de Himmler y de von Schirach lo habían conmovido porque también él, Adolf Eichmann, tenía por momentos el impulso de plantarse ante sus perseguidores y terminar con todo, diciéndoles: "Soy el *OberSturmbannführer* Adolf Eichmann. ¿Y qué? Tanta mentira debe acabar. No somos asesinos ni carniceros, somos hombres que han luchado por una Alemania nueva".

Reichführer Heinrich Himmler

Los servicios de inteligencia ingleses estaban especialmente alertas para atrapar a Himmler. Suponían que trataría de escapar en dirección al sur, hacia los Alpes, o en dirección al norte, hacia al mar Báltico, para esconderse en algún rincón de Escandinavia. Los aliados apostaban que los jefes nazis optarían por el sur, para buscar el refugio de los Alpes, trepando a ese mítico Nido de los Águilas, en los picos del corazón germano, que algunas mentes febriles imaginaban como un olimpo nazi. Eichmann

sabía que eso era una locura. Himmler se había esfumado en los alrededores de la ciudad de Fleshburg, donde había sido visto por última vez. Fleshburg reventaba de nazis… Es que la ciudad fue la capital del "Reich del fin de semana", como se llamó al fugaz intento del almirante Karl Doenitz, a quien Hitler había nombrado Führer en su testamento. El almirante había presidido un gobierno que intentó conseguir para Alemania una honrosa rendición ante los aliados, con la promesa de proseguir juntos la lucha contra el bolchevismo.

Desde su cuartel general, en las afueras de Fleshburg, Heinrich Himmler envió emisarios a los jefes de las fuerzas norteamericanas, el general Dwight Eisenhower e inglesas, el mariscal Bernard Montgomery, ofreciendo conversaciones para una rendición pactada. Sólo recibió negativas e invitaciones a la rendición incondicional. Entonces se despojó del uniforme negro de SS. En el bolsillo llevaba papeles a nombre de Heinrich Hitzinger. Eichmann conocía bien ese documento: ¡si él mismo lo había supervisado en la oficina de documentación de las SS! Himmler se había afeitado el bigotillo y se quitó los lentes sin montura, colocándose un parche negro sobre un ojo. En la mañana del 21 de mayo se acercó, con otros dos oficiales de las SS, también travestidos de gendarmes, a un puesto de las tropas inglesas en Meinstedt, entre Bremen y Hamburgo.

A Himmler lo traicionó su mentalidad policial. Si hubiera caminado por Alemania sin un papel encima, quizás hubiera alcanzado a disolverse en la marea humana. Pero presentó documentos falsos, tan relucientes y bien confeccionados que los guardias ingleses lo retuvieron sólo para controlar esa maravilla. Por las dudas, lo mandaron al campo de Bremenworde, luego pasó a Zeelos y luego a Lunenburg.

Finalmente, alguien lo reconoció. Pero ni siquiera lo interrogaron. Fue alojado en una celda individual, y cuando lo obligaron a desnudarse, Himmler no soportó la humillación; pidió hablar con la autoridad del campo y con soberbia, proclamó:

–¡Soy Heinrich Himmler! Exijo hablar con el Mariscal

Montgomery.

Cosida en el forro de la chaqueta llevaba una cajita con dos pastillas de cianuro de potasio. Sus captores tenían estrictas órdenes de impedir que los jefes nazis se suicidaran. Basta de finales wagnerianos: ya se habían matado Hitler, Goebbels, Rommel…

Los oficiales ingleses que habían detenido a Himmler lo miraban sin creérselo. Pero, ¿era posible que aquel hombrecillo insignificante que estaba desnudo ante ellos, con sus ridículas piernas flacas, su barriguita de cuarentón y sus ojillos de miope, fuera el Carnicero de las SS?

–*Open the mouth, bastard!* –le gritó un sargento.

Su cuerpo quedó tirado en el barroso piso de aquel castillo en Lunenburg, donde los ingleses tenían un centro de detención. Himmler murió el 24 de mayo a las 11 de la noche. Los militares trataron de hacerlo vomitar, le metieron en el cuerpo sondas y lo sometieron a lavativas, que fueron inútiles porque el veneno lo había matado en pocos segundos. ¿Qué hicieron con Himmler? Permaneció dos días tirado en el suelo mientras los vencedores de la guerra decidían qué hacer con sus despojos. Lo vistieron y lo pusieron sobre una camilla como si hubiera muerto en una cama en lugar de morir desnudo y así lo fotografiaron. El oficial de inteligencia británico que lo había interrogado, llamado Nial McDermott, se quedó como recuerdo con los célebres anteojos sin montura y con el parche de tuerto. Los anteojos los guardó varios años hasta que un día se levantó medio torcido y los tiró a la basura. El parche se lo dio a un policía dinamarqués en agradecimiento a la ayuda prestada. En Copenhague guardaron esa reliquia. Finalmente, el cuerpo de Heinrich Himmler fue envuelto en una lona, atado con cable del teléfono y enterrado por McDermott en la espesura de los bosques que rodean Lunenburg, en un lugar que no se reveló ni se revelará nunca.

Misa de fin de año

De todo esto, del destino final del hombre que lo había llevado

a ser *SS-OberSturmbannführer*, Eichmann se enteró a lo largo del tiempo, de la manera en que la gente se entera de estas cosas. Él, Eichmann, talaba árboles. Otto Henninger pensó: "El futuro Reich reivindicará la memoria de esos héroes". Por eso se moría, como Heinrich Himmler, o se debía vivir, como él, Adolf Eichmann.

En cambio, Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, a quien los hombres de las SS habían mirado siempre con desconfianza, escapó. Si es cierto que Martin Bormann también ha escapado, ellos fueron los dos peces gordos que lo consiguieron. Ellos y Adolf Eichmann. Müller, a quien todos llamaban Gestapo Müller, ese bávaro sólido y fuerte como un roble, era un policía nato –había sido policía durante la República de Weimar y lo fue del Tercer Reich. Se había esfumado como humo. Posible explicación: era un espía de los rusos. Himmler lo había sospechado hacía mucho. Müller cruzó la cortina roja y se internó en el Este, en el territorio de los rusos, nunca más fue visto por nadie. O sobrevivió o fue eliminado. ¿Era salvarse ir a la boca del lobo? Que le aproveche, había pensado Adolf Eichmann mientras recibía las noticias de alguno de los confidentes que iban a verlo a las fondas rurales donde durante los siguientes cinco años entretendría sus ocios el leñador y criador de pollos Otto Henninger. Eichmann estaba convencido de algo: ellos alguna vez volverían. Pero Heinrich Müller o quien fuera que hubiera caminado hacia el este, no volvería nunca.

El tiempo pasó rápido o lento, según se mire. 31 de diciembre de 1945, misa de fin de año en la iglesia de Eversen. Adolf Eichmann se arrodilla y baja la cabeza. A su alrededor, los alemanes lloran. Afuera nieva. Una nevada así no la recordaban los alemanes.

–¡Sólo en el invierno del 37! ¿O fue el 38?

A la salida de la parroquia los monaguillos palean con la cara roja para abrir un sendero y evitar que la nieve tapone la puerta de la iglesia. El cura reparte hogazas de pan. Algunos sienten con alivio ese manto blanco, esa expiación.

En Solingen, en el norte protestante de Alemania, sus padres llevaban al niño Adolf al templo en trineo; eran religiosos. Luego, el panteísta Adolf Eichmann, había abrazado una única religión, el Reich. Aunque había vivido su juventud en Linz, en un país católico como Austria.

Adolf Eichmann nunca había visto tanta religiosidad como en la Alemania destrozada de aquel fin de 1945. El país mortificado atestaba las viejas catedrales y las pequeñas capillas derruidas.

Frau Vera

Durante los años que iban de 1945 a 1950, en los que Eichmann vivió escondido en Alemania, ¿se había encontrado con su mujer y sus hijos? Él siempre lo negó. Pero en los interrogatorios Eichmann mentía con frecuencia para construir su propia historia. Es posible que sí, que se hubieran encontrado. ¿Sobre qué hablarían Eichmann y Vera cuando se encontraban en alguna taberna perdida o en un parque público o en el la casa de un cómplice? ¿Sobre el destino de los jerarcas del Reich? ¿Sobre el futuro de Europa? No. Hablarían de lo que hablaban todos los alemanes: del hambre. Cada alemán sólo tiene derecho a unos gramos de pan de centeno. El pan de trigo es oro rubio, a lo sumo regalo para enfermos. Mantequilla de maní, potes de café, patatas, aceite de maíz, chocolate son tesoros preciados. En el mercado negro se revenden las tarjetas de racionamiento. En Linz, donde Vera y los chicos habían regresado antes de terminar 1945, las tiendas estaban vacías. En Linz, que antes era ciudad elegante y rica, no había comida. Pero Eichmann ahora era un campesino: de cada encuentro con su marido, Vera Liebl se llevaba un saco con salchichón y azúcar, y cigarrillos Lucky Strike y chocolate que en las calles de Linz se canjeaban por comida para los niños.

Así pasa y termina el año 1945. Un día de agosto los americanos tiran una bomba atómica en Hiroshima: en 9 segundos mueren quemados 200.000 japoneses. Otra bomba atómica destruye Nagasaki. Japón se rinde. El 14 de agosto

termina la guerra. Tito ocupa el poder en Belgrado, los laboristas ganan las elecciones en Inglaterra, se fundan las Naciones Unidas. Todo ello es un eco lejano para el refugiado de Eversen.

¿Hubiera sido ejecutado Adolf Eichmann en Alemania si no se hubiese fugado primero al corazón de la Alemania profunda y luego a Sudamérica? Otros nazis que intervinieron en la Solución Final fueron condenados y ejecutados en Alemania, Polonia, Checoslovaquia o Hungría. Por ejemplo, Dieter Wisliceny, en Bratislava o Rudolf Höss en Praga.

En Núremberg, durante los siguientes cinco años, se abrieron otros doce procesos colectivos, en los cuales 177 nazis fueron condenados: 12 a muerte, 25 a cadena perpetua y el resto a penas de prisión. Hubo juicios en las capitales y en muchas ciudades donde se había extendido el dominio nazi y que quedaron, tras la rendición alemana, en las tres zonas de ocupación (norteamericana, inglesa y francesa). Entre 1945 y 1951, sólo en Alemania, se condenó en total a 5.025 dirigentes nazis de los cuales 806 fueron sentenciados a muerte aunque sólo se ejecutaron a 486 reos. Todo ello sin contar las sanciones de los nazis que cayeron en poder de los soviéticos. La "justicia del pueblo" fue drástica y ni siquiera se supo la cantidad de nazis muertos en los chekas soviéticos.

Paul Johnson multiplica esas cifras: sostiene que en toda Europa un total de 150.000 personas fueron juzgadas por crímenes cometidos durante la guerra, crímenes graves o menos graves, y calcula en 100.000 o más el número de los castigados. Pero algunos criminales, y algunos de los más importantes, escaparon indemnes.

La decisión

En 1950, Adolf Eichmann abandona su refugio en el norte de Alemania y escapa a la Argentina. ¿Por qué huyó? ¿Por qué rompió su estrategia de topo? En ese año de 1950 comenzó a pedirse amnistía para los perseguidos, pero eran reclamos polémicos y no fueron admitidos. En 1950 fueron detenidos

seis antiguos oficiales SS que se habían escondido en una granja cercana a Génova, ¡cinco años después de que la guerra hubiese terminado! Los acusaron de crímenes cometidos en Lituania y fueron deportados tras la cortina de hierro, donde seguramente los condenaron a muerte. Cuando Eichmann conoció ese episodio, decidió que era tiempo de dejar Europa.

Recién en 1951, ya instalado Eichmann en la Argentina, las autoridades de la ocupación norteamericana en Alemania aprobaron una Ley de Clemencia que permitió recuperar la libertad y archivar el pasado de los criminales de guerra que estaban en poder de los ocupantes.

Además, cuando la presión de los intereses políticos que frenaban la desnazificación se reforzaba, cuando la tentación del olvido parecía prevalecer, aparecía una nueva especie de justicieros: los cazadores de nazis. Una pareja de palestinos judíos, Serge y Beate Klarsfeld se habían establecido en Jerusalén. En un antiguo y diminuto departamento del centro de Viena, el arquitecto polaco Simón Wiesenthal, sobreviviente de Mauthausen, se encargaba de juntar antiguos papeles como quien busca agujas en un pajar. El implacable Wiesenthal llevó a los estrados judiciales a un millar de nazis que habían escapado. Y el expediente Eichmann en el escritorio de Wiesenthal era el más abultado. Adolf Eichmann, escondido en Alemania y luego en la Argentina, había engendrado el peor de sus enemigos, del cual nunca había sabido nada. Esta es su historia.

Wiesenthal, judío

En Mauthausen, abril fue el mes más cruel.

Hasta el último momento, las SS mandaron gente al horno, en todos los campos de la muerte, en Buchenwald, en Dora, en Sobibor. También en la cárcel de la Gestapo en Berlín, donde el teólogo cristiano Dieter Bonhoeffer fue ahorcado en ese cruel mes de abril: muertes doblemente bárbaras, por crueles y por inútiles. En la cárcel de Postdamstrasse en Berlín, se escuchaba ya el cañoneo de las baterías norteamericanas y los nazis seguían ahorcando prisioneros, que debían subir desnudos al patíbulo. En abril fue ahorcado el almirante Canaris, acusado de conspirar

contra el Führer.

En mayo se rindieron los nazis. La temperatura subió y las últimas nieves se fundieron sobre las murallas de Mauthausen, el principal campo de exterminio del territorio de Austria. A las cinco de la mañana, el 5 de mayo del año 1945, los prisioneros, convertidos en dueños del campo pues habían huido los soldados nazis, vieron el tanque con una estrella blanca pintada en el flanco y la bandera de las estrellas y las franjas ondeando sobre la torreta. Esos prisioneros estaban famélicos. Eran como fantasmas. Uno de esos fantasmas supervivientes era un judío nacido en Polonia que había estado en unos diez *lager*, donde había perdido a sus padres.

Se llamaba Simón Wiesenthal.

La situación era paradójica en Mauthausen. Cuando el último camión colmado por los guardianes nazis había desaparecido en el horizonte, los miles de prisioneros se convirtieron en dueños del campo. Eran los dueños de su hambre, los dueños de su escualidez. "La maquinaria de muerte había hecho un alto. En mi barraca, sobre las literas, había cadáveres y aquella mañana nadie pasó a recogerlos. El crematorio había dejado de funcionar", recordaba Wiesenthal.

Wiesenthal, que medía más de un metro ochenta, pesaba entonces menos de cincuenta quilos. Se desmayó. Cuando recobró el sentido, lo llevaron a una oficina en cuya puerta habían escrito con carbonilla: "Crímenes de guerra". Cuando recobró la vida verdaderamente –le costó muchos meses de sobrealimentación, de cuidados, de fatiga infinita– se propuso trabajar para que no se olvidara el horror que había vivido, para que no quedara sin castigo. Comenzó a colaborar con el Comando de Inteligencia americano. Mauthausen quedó en la zona rusa. Wiesenthal, que había nacido en Linz, volvió a su ciudad natal, bajo dominio yanqui. Los antiguos inquilinos de Mauthausen fueron llevados a un campo de desplazados en la escuela de Leonding, un suburbio de Linz.

En esa escuela había cursado sus estudios primarios Adolf

Hitler. Los fantasmas salidos de Mauthausen dormían en un aula de la planta baja desde cuyas ventanas se veía una casita casi de cuento infantil. Era el antiguo hogar de Alois Hitler y Klara Polzl, quienes habían engendrado a Adolf un día de octubre de 1886. Ambos yacían enterrados en el cementerio que se abría al final de esa misma calle.

¿Qué era más importante en aquellos días de 1945? ¿Buscar a los criminales de guerra o salvarse? No había servicio de correos y casi no funcionaban las líneas de teléfono. Los trenes que se ponían en marcha iban atestados con alemanes que trataban de volver a casa, llevaban gente literalmente colgada de los vagones: eran los mismos que habían llevado millones de judíos a la muerte.

Los caminos comenzaron a llenarse de caminantes: lisiados, vagabundos, mendigos, nómades. Había checos en Polonia, húngaros en Austria, alemanes por doquier. ¿Había listas de criminales de guerra? Sí, pero lo más importante no eran los criminales sino sus víctimas. Las iglesias repartían hogazas de pan pero en sus muros se pegaban listas de sobrevivientes. Todos tenían alguien a quien buscar.

Eichmann, mi enemigo

Durante dieciséis años, Simón Wiesenthal pensó cada día de su vida en Adolf Eichmann. ¿Fue así? También tenía otras cosas en las que pensar, y a quién buscar. Simón, cuya madre había muerto en el campo de Belsec, por ejemplo, buscaba a CylaWiesenthal, una judía polaca, su esposa. Cyla lo buscaba a él. Durante mucho tiempo, Cyla y Simón se buscaron infructuosamente. Ella había sido enviada a una fábrica de ametralladoras para la Wehrmacht, en Heiligenhaus, cerca de Gelsenkirche, en el valle del Rhin. Los ingleses la habían liberado el 11 de abril cuando Simón yacía medio moribundo en su catre de Mauthausen. Ella creía que era viuda, que su marido había sido ejecutado por la Gestapo en Lwow, Polonia, donde losWiesenthal vivían cuando empezó la guerra. Él creía que ella había muerto

en Gelsenkirche. Durante aquellos febriles meses, deambularon por Europa buscando la confirmación de esos finales supuestos. Llegaron a cruzarse en algún lugar cerca de Cracovia. Sólo se encontraron una noche a fines de aquel año 1945.

1946. Los Wiesenthal se aprestan a recibir un fruto de esa libertad: nace en Linz, la hija de Simón y Cyla, se llamará Paulinka. Él trabajaba para varias dependencias aliadas y su testimonio sobre la actitud de los triunfadores de la guerra es concluyente. Los rusos fueron drásticos con todos los sospechosos de haber sido jerarcas nazis. A todos se los transportaba al este para que se los tragara el inmenso territorio que había sido martirizado por la svástica. En las zonas de Alemania y países periféricos que habían quedado en manos de gobiernos comunistas, funcionaron "tribunales del pueblo". Pero la mayoría de los detenidos eran "peces chicos".

> Yo conocí –dice Wiesenthal en sus memorias– a oficiales norteamericanos que escribieron prolijos informes totalmente errados sobre la responsabilidad de ciertos nazis. En 1946 y 1947 unos cuantos criminales de guerra fueron liberados y luego arrestados de nuevo por la policía alemana y austríaca… Mientras los americanos que habían ganado la guerra en Europa dirigieron la desnazificación, ésta se llevó a cabo con justicia y eficacia. Pero esos hombres se reintegraron definitivamente a sus hogares y fueron reemplazados por otros que habían pasado la guerra en los Estados Unidos o en el Lejano Oriente. No entendían nada del problema nazi, que para ellos parecía ya formar parte de la historia. En su mayoría, no hacían el menor esfuerzo por hablar alemán y se valían de muchachas alemanas y austríacas como intérpretes: las *Frauleins*. Un joven americano se sentía, naturalmente, más atraído por una bonita y complaciente muchacha que por un ex SS, a los que todos deseaban olvidar como se desea olvidar una pesadilla.

Una noche de septiembre de 1947, mientras Adolf Eichmann yacía en su camastro en una perdida cabaña de leñadores de los bosques de la Alta Alemania, alguien golpeó premiosamente a la puerta de la casa de Simón Wiesenthal, en Linz. Era Misha Lewin, jefe de la antigua Asociación de Militantes Judíos de Austria. Dos hombres venían con él.

–¡Abre, Simón, tenemos algo importante que decirte! ¡Noticias!

A Lewin lo acompañaban dos hombres llamados Blitz y Kussowitzki, dos austríacos que habían regresado a casa después de pasar por un campo de desplazados.

–¡Hemos visto a Eichmann! –le dijeron a Wiesenthal– ¡Está cerca de Linz!

Por entonces, según Wiesenthal, Eichmann era buscado porque en Núremberg se había difundido su nombre. Para Wiesenthal, quien pronto se convertiría en célebre cazador de nazis, Eichmann ya era entonces, en 1947 el más diabólico de los prófugos.

–¿Dónde está?

–Tiene una granja de pollos en Gaishorn (norte de Austria), cerca de Camp Admont.

–¿Cómo saben que es él?

–Lo hemos visto. Es él, odia a los judíos y no deja que nadie se le acerque.

Wiesenthal advirtió a las autoridades británicas, quienes aún ocupaban aquella parte del territorio austríaco. Se organizó una comisión para capturar al presunto Eichmann. Pero aquel hombre tomado por Eichmann no era él. Resultó ser un tal Murer. Franz Murer, oficial de la elite de la SS, antiguo *Gauleiter* de Vilna, Lituania, una ciudad donde, antes de la guerra, vivían 80.000 judíos –la llamaban la Jerusalén de Lituania– de los cuales, tras la ocupación nazi, habían quedado 250. Murer se había establecido cerca de Linz. Vilna estaba a 2.500 kilómetros de Linz. Murer, un vigoroso montañés de sólo 35 años, no había

hecho sino regresar a un campo que había recibido en herencia de sus padres, antes de la guerra.

Un destacamento inglés lo arrestó cuando estaba a punto de huir de la granja. Detenido en Graz, fue enviado a Vilna. Wiesenthal se dedicó a reunir declaraciones juradas de testigos que habían estado en Vilna y habían visto las crueldades del sádico Murer. Finalmente el juicio tuvo lugar en Vilna, entonces perteneciente a la Unión Soviética. Murer fue condenado a 25 años de prisión.

Pero en 1960 cuando Eichmann estaba por ser juzgado en Jerusalén, Wiesenthal se enteró de que Murer había regresado a su granja.

–¿Cómo? ¿No había sido condenado en Rusia?

–Sí, pero cumplió siete años y lo liberaron.

Wiesenthal reclutaba testimonios contra Murer. Judíos que vivían en diversas partes del mundo, desde Nueva York a Australia, le enviaron declaraciones notariales. Murer volvió a sentarse en el banquillo.

Esta vez, fue absuelto.

El perseguidor

Este era el hombre que en 1948 y 1949 estaba detrás de Eichmann. Simón Wiesenthal, hasta su muerte el 5 de octubre de 2005, llevó a más de mil criminales de guerra ante los estrados de la justicia. El acoso deWiesenthal y otros cazadores de nazis fue uno de los motivos de la huida de Eichmann a la Argentina. Es que el paso del tiempo no parecía afectar a Wiesenthal, consciente de que su cruzada por una memoria justiciera era un interminable puzzle. Cuando cerró su casa de Linz para trasladarse a Viena, llevó consigo su increíble archivo.

Wiesenthal no era el único. Desde Palestina, donde en 1948 se había establecido el nuevo Estado de Israel, operaba una mujer indomable: Beate Klarsfeld. Y había otros vengadores y eran incansables. Pero ellos no se consideraban vengadores sino "archivistas justicieros". Los cazadores de nazis: un joven

polaco de Katovice, Henyeh Diamant; un ruso de Siberia, Oleg Gutman, escapado de un guetto y miembro de la resistencia polaca; Emil Birk, judío austríaco; Arthur Pier, vienés que había escapado de Europa y se había establecido en Jaffa.

Estos hombres y mujeres convertían a la memoria en compromiso activo, el don que permitió a los judíos sobrevivir a todas las persecuciones durante veinte siglos. Los cazadores de nazis hurgaban en archivos, buscaban por todo el mundo a los testigos y a las víctimas, impedían el olvido, fogoneaban la memoria del Holocausto: en Nueva York, en El Cairo, en Dusseldorf, en Lima, Eichmann, su nombre, figuraba en archivos con datos que le aportaban prófugos de todos los ghettos y campos: fechas, lugares, detalles, y sobre todo nombres de los nazis. Eran SimónWiesenthal, y esa mujer que a los seis años había quedado huérfana entre los escombros de Berlín: Beate Klarsfeld. Y Tuviah Friedman, un judío de Jaffa, de vida venturosa y larga memoria, que también participó en esa cacería colectiva que fue la detención y juzgamiento de Eichmann.

El camino de las ratas

En la primavera septentrional de 1949, Adolf Eichmann dejó Eversen y emprendió su viaje a la Argentina. Lo hizo en trenes nocturnos, en camiones que tosían trepando los picos montañosos; así cruzó la frontera entre Alemania y Austria, seguramente por el paso de Lindau o quizás por otro pueblo cercano, Bregenz. Tanto uno como otro, en las orillas del Lago Constanza, eran puntos en los que coincidían tres fronteras, las de Alemania, Austria y Suiza.

Como en todas las fronteras, el tráfico de personas y mercaderías era intenso. Un alemán que circulaba con pasaporte sirio y bajo la falsa identidad de Haddad Said había montado una empresa con sede en Munich, para pasar clandestinos. Según Wiesenthal, Haddad Said era en realidad Franz Rostel, antiguo *Hauptsturmführer* de las SS, más tarde él mismo emigrado al Uruguay.

Mediante el pago de una suma determinada, el falso árabe proveía al fugitivo de una familia postiza. Mujeres de Landau, Bregenz u otros lugares, fingían ser un grupo familiar que iba a visitar parientes.

Un domingo del verano de 1950, un vocinglero grupo conformado por varias mujeres, niños y un hombre se acercó a la frontera. Los aduaneros nunca topaban con hombres solos. Una de las mujeres, la de mayor edad, dijo que eran una familia que se proponía visitar a un pariente del otro lado. Horas después, las mujeres y los niños volvieron, pero el hombre había quedado allí. Las viudas se ganaban algún dinero y además compraban cosas del otro lado. Era imposible controlar el tráfico humano. Doce millones de alemanes habían sido desplazados de sus hogares y durante mucho tiempo las rutas pululaban de gente que circulaba sin documentación.

En algún punto de su ruta de escape, Eichmann trepó a un camión que distribuía ejemplares del *Stars and Stripes*. Era una de las mejores maneras de viajar por la Europa aún ocupada. Según Wiesenthal, cruzó los Alpes por el paso del Branero. No iba solo. Lo acompañaban otros dos alemanes, que fueron detenidos en algún lugar del trayecto. Sin embargo, Eichmann llegó a Bari.

De allí fue a Roma, donde esperó las gestiones que sus allegados habían hecho para que embarcara hacia América Latina. En Roma los católicos alemanes y austríacos tenían un santuario: Santa María del Ánima, conocida como *"die deutsche Kirche"*. La iglesia alemana. Es una de las quinientas iglesias de Roma. Pero, ¡qué iglesia! Una mole imponente construida en el siglo XIV en el corazón de Roma, en plena Piazza Navona, en el número 20 de la Via de la Pace. Su párroco a comienzos de los años cincuenta era un religioso llamado Alois Hudal (1884-1963).

No era un cura cualquiera. Nacido en Granz, Austria, doctor en filosofía, Hudal era un teólogo y polígrafo que había intentado mezclar el nacionalsocialismo con el catolicismo. De eso trataba el libro que había publicado en 1936: *Die Grundlagen*

des Nationalsozialismus (Las bases del nacionalsocialismo). Un ejemplar del libro, debidamente autografiado y con una dedicatoria admirativa ("al artífice de la grandeza alemana") llegó a manos de Hitler. Cuando Roma fue ocupada por las tropas del Tercer Reich, a las misas de Santa María del Ánima acudía la crema de la oficialidad nazi. Hudal tenía un salvoconducto de las Wehrmacht y circulaba por Roma en un coche con la bandera y el águila negra. Era un fino prelado;sus anteojos sin montura, le daban un aspecto intelectual. Las fotos de Hudal lo muestran muy parecido a Pío XII.

El obispo nazi

Cuando el Tercer Reich se hundió, Hudel, ya obispo, se convirtió en eje de una red que ayudó a huir a numerosos jerarcas nazis. En 1960 Eichmann fue capturado por los judíos y juzgado en Jerusalén, y el mundo entero pareció tomar conciencia de que Eichmann había sido el principal organizador del exterminio de millones de seres humanos; Hudel se vio obligado a dar explicaciones. Dijo que nunca había visto a Eichmann y que no sabía quién era. Muchos alemanes se presentaban, en aquellos años que sucedieron al hundimiento del Tercer Reich, alegando que los perseguía la policía soviética. "Tenían pasaporte Nansen", afirmó Hudel, refiriéndose al documento que emitía la Cruz Roja para los perseguidos políticos que quedaban sin nacionalidad. "Yo no tenía por qué indagar. Soy sacerdote, no policía."

Lo cierto es que Klement –el nombre que a partir de entonces y por una década y media iba a ser el nuevo nombre de Adolf Eichmann– *nació* en aquellos años y a pesar de que el apellido Klement sonaba germánico, era bien italiano. Una partida de nacimiento emitida en Termeno, decía que allí había nacido *il signore* Klement Riccardo. Al desembarcar en Buenos Aires, el Riccardo itálico se castellanizó como Ricardo en la pluma de un funcionario de la Dirección de Inmigración de la República Argentina.

¿Cuándo obtuvo Eichmann aquel documento? Todo indica

que fue en Roma, a través de la aceitada red de Hudal. Pero Termeno, un pueblo de unos 3.000 habitantes, no era cualquier pueblo; estaba enclavado en el corazón del Sud Tirol, en el territorio en el que se confunden las fronteras de Italia, Suiza y Austria. ¿Había estado allí Eichmann? No hubiera sido raro pues es una joya del Tirol, lugar que para cualquier austríaco era familiar; desde la Edad Media se celebran allí las célebres fiestas en las que desfila el "ernote", un muñeco que simboliza el diablo, escoltado por una comparsa de monigotes: la bestia, la bruja, el niño… En Termeno todos hablaban alemán, porque hasta la Primera Guerra Mundial había pertenecido al Imperio austrohúngaro. También en ese pueblo había "nacido" un tal Gregor, el falso nombre con el que, poco antes que Eichmann, había entrado en la Argentina el doctor Joseph Mengele.

Munido de aquel documento, *il signore* Klement se dirigió al consulado argentino de la Via Gabellino 8, en la ciudad vieja de Génova, y tramitó un permiso de desembarco. Ya podía viajar al Río de la Plata.

Utopía Buenos Aires

La huida de Adolf Eichmann hacia América parece haberse producido con facilidad, pero quien piense que no costó fatiga se equivoca. Los guardias fronterizos examinaban con detenimiento a cada peregrino, y los documentos eran revisados del derecho y del revés: Eric Priebke, por ejemplo, fue detenido e internado en la frontera austríaca-italiana al consumar su primer intento de escapar a América. Lo mismo le sucedió a Klaus Barbie. Sin embargo, cincuenta mil alemanes llegaron a la Argentina entre 1945 y 1950, miles de ellos eran miembros del partido nazi y centenares habían burlado las órdenes de captura y las listas de criminales de guerra que los aliados habían confeccionado con dificultades.

En Santa María del Ánima si no era el propio Hudel quien se ocupaba de conseguir esos documentos, era otro sacerdote que colaboraba con él en estos menesteres. Dom Edoardo Domotter,

párroco de San Antonio en Pegli (Génova) avaló una solicitud de pasaporte elevada por Eichmann a la Cruz Roja de Génova el 1° de junio de 1950. Pío XII canalizaba la ayuda vaticana a funcionarios del Tercer Reich que escapaban de procesos durante los años 1945 y 1950 a través de organismos como la Pontifizia Comissione Asistenza cuya sección austríaca presidía el obispo Hudel. En sus memorias Hudel reconoce explícitamente: "haber podido visitar y consolar en las prisiones a víctimas de la época de la posguerra […] facilitándoles la fuga a países más felices con documentos de identidad falsos".

En muchos libros sobre la fuga de nazis a América del Sur se menciona a Hudal de manera esquemática como un nacionalsocialista convencido, que lo era, y como un mero "pasador de nazis" hacia el exterior, pero debería ser inserto en otro contexto más amplio, el de las relaciones complejas entre el Vaticano, el papa Pío XII y sus gestiones como protector de perseguidos.

John Cornwell, historiador muy crítico hacia las vacilaciones que el Papa Pío XII tuvo frente a Hitler, en su libro explícitamente titulado *El Papa de Hitler*, analiza en detalle un acontecimiento decisivo para esas relaciones: la razzia y matanza de judíos romanos por los ocupantes nazis en represalia por el atentado de la Via Rachella, en el que la resistencia mató a varios SS. En las Fosas Ardeatinas, el 24 de marzo de 1944, los nazis ejecutaron a 335 romanos, de los cuales 70 eran judíos. Hudel, según Cornwell, firmó una carta dirigida al general Stahel, jefe de las fuerzas de la Wehrmacht que ocupaban Roma:

> Debo hablarle de una cuestión muy urgente. Un importante dignatario del Vaticano, cercano al Santo Padre, acaba de decirme que esta mañana se ha iniciado una serie de arrestos de judíos de nacionalidad italiana. En interés de las buenas relaciones que han existido hasta ahora entre el Vaticano y el alto mando de las Fuerzas Armadas Alemanas, y sobre todo gracias a la sabiduría

> política y magnanimidad de Su Excelencia, que algún día será mencionado en la historia de Roma, le ruego que ordene la inmediata suspensión de esos arrestos en Roma y sus alrededores. De otro modo temo que el Papa se pronuncie públicamente contra esa acción, lo que sería indudablemente utilizado por los propagandistas antialemanes como arma contra nosotros.

Como se ve, una carta untuosa y complaciente, llena de sobrentendidos cómplices, pero que quizás salvó la vida de muchos judíos. Hudal estaba identificado con Pacelli. ¿Un Papa que debe ser canonizado por haber salvado vidas o condenado por su silencio ante el genocidio? Sea como fuese, este era el Hudal con el que contaban los ex nazis que se embarcaban en la ruta de las ratas.

Los cuestionamientos formulados contra el Vaticano por haber asistido a criminales nazis encontraron siempre una respuesta: la Iglesia, años antes, había ayudado a escapar a muchos judíos perseguidos por el Tercer Reich; tres mil de los nueve mil judíos de Roma fueron salvados por la Iglesia. Sin ese amparo hubieran terminado en el *lager* o en el paredón. Cornwell devela con impresionante aparato documental, el odio profundo de Hitler por Pacelli y los planes que el nazismo alimentó para eliminar a Pío XII.

La red de fuga en la que Eichmann y otros nazis prófugos se insertaron tenía tres patas: la Iglesia católica asistía a los fugitivos y les brindaba documentos, la Cruz Roja les permitía circular con sus pasaportes para refugiados y los consulados argentinos autorizaban la entrada al país.

El funcionario de guardia en el Consulado argentino en Génova en 1950 vio un documento emitido por la Cruz Roja Internacional, a nombre de Riccardo Klement, nacido en 1905, en Solingen, de profesión técnico. Procedió a sellarlo. Estos documentos se conseguían en el mercado negro siempre que se pudiera pagar por ellos. Miles de visados como el que favoreció

a Eichmann-Klement fueron admitidos por los consulados de la Argentina y sirvieron para entrar en el país por el puerto de Buenos Aires. ¿Eichmann debió pagar soborno para obtenerlo? No se ha sabido nunca ni se sabrá. Los rumores de que los visados argentinos se vendían eran frecuentes en aquellos tiempos, y en las colas que se formaban ante la entrada de los consulados argentinos, en distintas ciudades de Europa, el tema de conversación no era la lentitud de los trámites o la incertidumbre de los resultados sino el precio.

Los jerarcas nazis tenían varios destinos posibles, por ejemplo España, Estados Unidos, Paraguay, Brasil. Pero según Klaus Altmann, *Gauleiter* de Lyon durante la guerra y más tarde extraditado y condenado en Francia, todos querían ir a la Argentina.

En Génova, Eichmann se alojó en un lugar que le habían recomendado: la Pensione Nazionale, en la vía Lomellina 6, que solía ser usada como cabecera de la que se llamó Ruta de las Ratas. Y aguardó que algún barco zarpase hacia Buenos Aires. No era fácil conseguir lugar ya que los barcos salían atestados. Finalmente, consiguió un pasaje para el Giovanna C. El 28 de junio de 1950 pagó sus últimos días en la *pensione* y tomó un taxi hasta el muelle. El embarque fue lento, bajo el sol inclemente del verano lígure. No estaba solo. Otro ex miembro de las SS iba a acompañarlo en el viaje: Herbert Kuhlmann, un oficial de las Juventudes de la SS, que había actuado a las órdenes del general de brigada Wilhelm Mohnke, jefe del bunker de la Cancillería en el que se suicidó Adolf Hitler. Mohnke, que huyó hacia el este, fue apresado por el Ejército Rojo y pasó diez años en cárceles de la Unión Soviética.

Kuhlmann llegó a Buenos Aires con documentos a nombre de Pedro Geller. Una conocida foto de Eichmann lo muestra en la cubierta del Giovanna C, junto a dos hombres: uno de ellos es Kuhlmann, ataviado con sombrero, anteojos negros y un moño. Kuhlmann o Pedro Geller se distanció de Eichmann y producido el secuestro de éste en 1960, su hijo Klaus Eichmann acusó a

Kuhlmann de haberse enriquecido en la Argentina, a diferencia de Eichmann, que pasó privaciones.

El Giovanna C

Perteneciente a la línea Costa, el Giovanna C era un antiguo buque de guerra construido en astilleros ingleses, reconvertido en nave de pasajeros para el trayecto Génova-Buenos Aires. Algunos años después, esa gran empresa naviera italiana lo desplazó a otro itinerario. El barco, que navegaba a una velocidad de ocho nudos por hora, tardó 28 días para hacer la travesía entre Génova y Buenos Aires. Venía lleno hasta la bandera, cargado con 1.500 pasajeros, entre los que había nazis, judíos que buscaban mejores destinos y europeos de variado pelaje pero sobre todo italianos corridos por el hambre de la posguerra. Klement y Kuhlmann ocupaban un camarote para cuatro personas: tenían por compañeros a un cura español y a un albañil siciliano. Los pasajeros comían juntos en largas mesas y el resto del tiempo lo pasaban como mejor podían. El Giovanna C se movía como una nuez cuando atravesaba las tempestades atlánticas. Cuando cruzaron el Ecuador hubo una gran fiesta y esa noche, por primera vez desde que había embarcado, Eichmann durmió profundamente.

En las escalas de Canarias, Natal, Santos, Río de Janeiro y Montevideo, Eichmann prefirió quedarse a bordo. Kuhlmann no tenía ningún miedo de que alguien pudiera reconocerlo, por lo que bajó a tierra uniéndose a las excursiones que hacía el pasaje. Volvía al buque, invariablemente, cuando el Giovanna C estaba a punto de levar anclas y era el último en subir la planchada; traía gran cantidad de paquetes que fueron llenando el estrecho camarote. Las peleas entre ambos hombres eran interminables. Durante el viaje comenzó un distanciamiento entre Kuhlmann y Eichmann que no haría sino aumentar en Buenos Aires.

Tango alemán

Un hombre los estaba esperando en el puerto. Se presentó

como Carlos Fuldner. Sería el anfitrión que Eichmann encontró en Buenos Aires. El descenso a tierra del pasaje fue caótico. Durante largas horas se formaron filas de pasajeros en un desolado galpón del puerto. Desfilaban ante unas precarias mesas en las que aduaneros con cara cansada examinaban los documentos. El empleado de migraciones que le tocó a Eichmann era un gordo calvo que llevaba un pulóver metido dentro del pantalón; el cinto le oprimía el abdomen.

–Agente Maldonado, mucho gusto –lo saludó.

–Klement –se presentó él.

En la aduana le miraron la valija: no traía más que algunas mudas y una vieja Biblia protestante con tapas de cuero negro que había sido de su padre. Eichmann se alojó un tiempo en el hotel Palermo, un hotel barato situado en la calle Oro esquina avenida Santa Fe. Era un barrio populoso que en aquellos tiempos estaba colmado por los "cabecitas negras", trabajadores del interior que llegaban a Buenos Aires atraídos por las oportunidades de trabajo que ofrecía la capital. Eran años de prosperidad. Gobernaba el general Juan Domingo Perón, y se decía que los pasillos del Banco Central de la República Argentina estaban llenos de lingotes de oro, producidos por la exportación de cereales: "La Argentina es una fiesta", se decía.

En el hotel, Eichmann compartió la habitación con un argentino de pelo negrísimo, que peinaba con generosa capa de una pasta transparente que llamaba gomina. El dueño le cobró a Eichmann una semana por adelantado y lo presentó ante su compañero de habitación como el "Señor Alemán".

Al día siguiente, Eichmann salió a conocer la ciudad. Caminó por la avenida Santa Fe, una populosa calle por la cual paseaban las madres los ostentosos carritos de sus bebés. Muchos transeúntes se saludaban como en una calle de barrio. Cuando llegó a la plaza San Martín creyó que estaba en París. Los edificios de ocho pisos eran como una réplica de los barrios diseñados por el barón Hausmann. Recorrió Florida, una calle con una animación semítica que le trajo recuerdos del Jerusalén

que había visitado en 1938: tenderos de ojos aterciopelados y dedos repletos de anillos salían a la calle para atrapar clientes mostrándoles los fantásticos rollos de sus géneros: sedas, lanas, mohaires… La gente en la calle, a medida que él avanzaba por Florida, formaba una multitud cada vez más densa. Ante ciertos escaparates, los peatones se agolpaban. Corbatas de todos los colores a 5,75 pesos cada una; una alfombra rojo sangre con pasamanería a 350; hebillas inglesas a 99; licuadoras y ventiladores, un camisón de seda con encaje, unos zapatos con puntera blanca fabricados en Picadilly Circus, una bufanda Burberry, tabaco de pipa de Astracán, frascos de canela, Bourbon de Nueva Orleans. Una maleta de cuero amarillo, un barómetro, un paraguas con el mango de laca a 43 pesos.

En una Plaza llamada de Mayo, Eichmann atisbó el cambio de una guardia que, por su falta de arrogancia viril, más que milicia le pareció integrada por *boy scouts* veteranos. En la Avenida de Mayo entró en un café donde un humo espeso se cortaba como manteca y los hombres leían diarios con un fervor de clérigos.

Deustchland Uber Alles

Para la Argentina, la Segunda Guerra Mundial fue una guerra de papel: la que libraba en los quioscos la prensa aliada –los dos principales diarios del país, *La Prensa y La Nación*, además de matutinos como *El Mundo* o vespertinos como *Crítica*– contra pequeños diarios nazis o semanarios bullangueros, como *Pampero o Resistencia*. En la calle, en los teatros y cines, en las plazas los domingos al mediodía, cada bando se reunía con sus simpatizantes y a veces había trompadas. La guerra había terminado el 6 de mayo de 1945, cuando el coronel Juan Perón aún ocupaba un cargo de relativa importancia –secretario de Trabajo y Previsión– en el gobierno militar que había atrapado el poder en junio de 1943. Pero en febrero de 1946 se convocaron elecciones y Perón, a la cabeza de su neopartido Justicialista, había alcanzado la presidencia. En 1950 llevaba ya cuatro años gobernando, y su esposa Eva Perón se había transformado

en Evita, una pasionaria sin cargo oficial alguno pero que, al comando de su Fundación benéfica, era una personalidad central en el régimen. Evita, ya poderosa.

En 1950, cuando Eichmann baja la planchada del Giovanna C, la emigración de jerarcas nazis escapados de la derrota había menguado, por no decir que se había detenido. Eichmann fue uno de los últimos nazis que llegó al puerto de Buenos Aires. En la Argentina vivían por entonces de manera más o menos pacífica varios centenares o, según algunos, varios miles de alemanes que habían sido dirigentes del Tercer Reich.

En 1950, todo aquello ¿era ya historia? El mundo estaba pendiente de la pugna entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. ¿Qué quedaba entonces de la exuberante *Argentinien Deutschland*? A ciertas cervecerías del barrio de Belgrano, acudían varias noches por mes severos coches negros con chofer. Estacionaban en las calles Echeverría, Ciudad de la Paz o Arcos. Los visitantes entraban a cálidos interiores que se iban caldeando aun más con los halos alcohólicos que fluían en las venas. Se bebían unas tras otras las botellas con vinos del Rhin, o chopes de cerveza Schneider o Pilzen –tradicionales marcas de cerveza argentina elaboradas en fábricas que desde el comienzo del siglo XX regenteaban alemanes–. Las cervecerías abundaban en Belgrano pero también las había en barrios como Villa Devoto o Florida, o en reductos del centro de Buenos Aires, en las calles San Martín, Reconquista o Maipú, frente a la barranca que bordea por su costado oeste la plaza San Martín, un enclave que es un símbolo de Buenos Aires, al enlazar la ciudad popular y sudorosa, que cada día llena miles de trenes suburbanos que llevan multitudes a la estación Retiro, con la Buenos Aires cosmopolita de los artistas internacionales que se reúnen en la calle Florida y con la Buenos Aires aristocrática de la avenida Santa Fe. Múltiples caras de una ciudad fascinante, la capital de un imperio que nunca existió. Fastuosa y canalla, prostibularia y refinadísima.

¡Cuánto se parecían esas cervecerías de Buenos Aires a las

de Munich! ¡En una de ellas había comenzado todo… en 1923 no hacía aún ni siquiera veinte años! Bajo las cornamentas momificadas de ciervos cazados en Bariloche, rodeados por ingenuos cuadros de paisajes alpinos, o algún afiche del Instituto Goethe, se reunían unos hombres de elegante pelo canoso y chalecos de fantasía. Mientras los invitados chocaban sus jarras de porcelana pintadas con los emblemas de las landas (Scehevvete-Honnestein, Baviera, Renania, Sajonia) las gargantas enronquecían cantando el *Horst Wessel Lied*, el *Deutschland Uber Alles* y otras canciones marciales. Cualquier ocasión era buena para reunirse: el cumpleaños del Führer (20 de abril), o la Fiesta del Trabajo (el 1º de Mayo), o la entrada del solsticio de invierno (21 de junio) o del solsticio de verano (21 de diciembre: estábamos en el hemisferio sur).

Los caballeros teutónicos

Veamos más de cerca algunos de los señores que comparecían en aquellas tenidas gastronómicas-nostálgicas. A un caballero de impecable apostura, los mozos de la cervecería llaman don Juan. Es que, según su cédula de identidad es Juan Maler. Otro señor, algo mayor, es don Pedro Olmo, quien mientras espera que lleguen otros contertulios, se deleita con las primeras porciones de salchichas con chucrut. No faltan respetables doctores como un cierto doctor Pedro Geller, que más parece un ardiente latino, quizás un magiar: pelo negro, ojos de carbón. Algo grueso, y bajo, se diría, incluso, un italiano, hace ya más de dos años que es infaltable: don Friedrich Wagener también conocido como "don Fede".

Pero si alguien conociese la verdad de aquella cena en algún día de la primavera austral de 1950, por ejemplo, la que tuvo lugar el 1° de septiembre de 1950 para celebrar los once años de la invasión de Polonia, podría enterarse de que Juan Maler era en realidad Hans Reichenbach, o Reinhard Koops, agente de la Abwehr (contraespionaje nazi). Pedro Olmo no era otro que Walter Kutschmann, *Gauleiter* de Sobibor, el campo

de exterminio en el que fueron gaseados 700.000 judíos. El doctor Helmuth Gregor, con consultorio en el barrio de Villa Devoto y que en algún tiempo ofrecería sus servicios de ginecólogo nada menos que en un coqueto consultorio situado en la esquina porteña por antonomasia, Callao y Corrientes, sí, en la porteñísima esquina sobre la confitería La Ópera, es el doctor Joseph Mengele, médico de Auschwitz. Por su parte, don Friedrich Wagener no era un pacífico fabricante de muebles de Villa Devoto sino Eduard Roschmann, comandante de varios *lager* en Polonia. Uno de los contertulios contaba tornillos en la Ferretería Alemana. Otro era un contador de la famosa perfumería Orea, y cada día, durante décadas se sentó en su oficinita de la calle Bernardo de Irigoyen para asentar pedidos de los clientes: lo único que ligaba a aquel cagatintas de Buenos Aires con su pasado nazi era una leve orientación gótica en su letra prolija. En la sede de Bunge y Born un señor que se ocupaba de los precios de los cereales había sido nada menos que Ministro de Economía, Finanzas y Trabajo de Österreich. Se llamaba Hans Fischbock y tenía el grado de Comisario del Reich. Volvió a Alemania en 1955 y murió en la cama en Essen.

En la Argentina, un oficial de contraesponiaje nazi se dedicó al cultivo de naranjas, un jefe de las SS dirigió una fábrica de autos en Santa Fe, un capitán de las tropas de cazadores de montañas en el Tirol enseñaba rudimentos de esquí a los jubilados que iban a hacer turismo en los hoteles de la Fundación Evita. Walter Lobe, consejero de la embajada nazi en Madrid y confidente del yerno de Franco, vendía artesanías de mimbre en el Delta, un piloto de la Luftwaffe construía casas prefabricadas y el as de la aviación nazi Hans Rudel importaba anilina. ¿Por qué extrañarse si el médico del Diablo que hacía experimentos genéticos en Auschwitz se ganaba la vida en Villa Devoto haciendo raspajes a amas de casa en apuros?

El año del Libertador

1950. En todo el mundo católico se festeja el Año Santo.

También en la Argentina es año celebratorio: el gobierno obliga a que todas las referencias cronológicas en los documentos oficiales se anuncien como "1950. Año del Libertador General San Martín", y la frasecita la consignan todos los diarios y publicaciones. En Alemania aún funcionan los tribunales aliados de Núremberg, pero ya los ocupantes tienen la cabeza puesta en otras cosas: Gran Bretaña en sus problemas en el mundo colonial y los Estados Unidos en la considerada inminente tercera guerra mundial con la Unión Soviética, de la que Corea parece el prólogo.

1950. Dos nazis notorios se mueven como peces en el agua en el gobierno de Perón: Hans Rudel, el as de la Luftwaffe, que ha sido contratado por el gobierno como asesor del Instituto Nacional de Aeronáutica de Córdoba y Otto Skorzeny, quien vuela con frecuencia entre Madrid, donde tiene sólidos contactos con el generalísimo Francisco Franco, y Buenos Aires. Skorzeny y Rudel son dos figuras carismáticas que han fascinado a la pareja presidencial Perón-Perón y de Skorzeny hasta dicen las malas lenguas que es amigo íntimo de Evita. Rudel además de aviador es alpinista y la prensa de todo el mundo se hace eco de sus hazañas: en 1950 escala el Aconcagua. Al año siguiente varias agencias internacionales radian una noticia que luego se revela una patraña: según ese informe, Rudel habría sido elegido Führer del Cuarto Reich, en una reunión que los neonazis realizan en algún lugar de Alemania.

Buenos Aires había sido durante los años de la guerra un nido de espías. Especie de Casablanca o Estambul de Sudamérica, Buenos Aires era una ciudad fabulosa en la que todo era posible, en cuyas calles y cafés se mezclaban ustachis croatas con trotzkistas y agentes de la Internacional, en la que competían los servicios de espionaje y contraespionaje del Eje y de los Aliados. Qué tiempos: la memoria de los hombres con los que Eichmann habla se llena con anécdotas y recuerdos.

Espías memorables: Staadte, Jurgens, Bockert, oro a discreción, tesoros, la llegada de Faupel y los submarinos a

Mar del Plata. La reunión en la iglesia evangelista de la calle Esmeralda.

Pero todo eso ha quedado atrás. En 1950, cuando Eichmann pisa la banda occidental del Plata, el Tercer Reich es un recuerdo para nostálgicos, como ese teórico nazi furibundo, Pierre Daye (Eichmann lo recuerda, junto con Degrelle, Drieu La Rochelle, Brasilach y Celine, cuando asistían a las faraónicas tenidas del NSAP en Núremberg) que escribe sin pausa unos opúsculos en los que profetiza que de la derrota del Reich habrá de nacer, en el Nuevo Mundo, el Orden Teutónico final.

1950. Buenos Aires es una cruza fabulosa de aventureros apolillados, nostálgicos, jubilados de la aventura nazi, científicos apolíticos que ahora trabajan en las módicas aventuras peronistas como el desarrollo del primer avión a chorro, el Pulqui, una especie de Stuka subdesarrollado. ¿Para qué querría Perón tener una aviación militar, se preguntaría Eichmann mucho después? ¿Acaso pensaría invadir el Uruguay para poder así veranear en Punta del Este, sin que lo molestaran los políticos del Partido Colorado uruguayo, todos antiperonistas?

La ciudad a la que *il signore* Riccardo Klement llegó el 15 de julio de 1950 albergaba 250.000 alemanes. Aunque uno de los primeros viajeros que pisaron la orilla occidental del Río de la Plata y el primer cronista de aquel desembarco había sido un bávaro llamado Ulrico Schmidel, los alemanes que llegaron durante el largo período de las guerras civiles entre 1810 y 1880 eran sobre todo mercenarios desraizados, o mercaderes audaces. También acudían guerreros que habían sido expulsados de Europa por las guerras napoleónicas. Ellos o sus descendientes, los Rauch, los Holmberg, los Rhode, los Tornquist, bautizaron con sus apellidos pueblos y plazas del territorio argentino. Otros llegaron representando a antiguas firmas europeas que tenían su sede en las viejas ciudades hanseáticas como Lubeck, Bremen o Hamburgo o en ciudades del Rhin como Colonia o Remscheld. Más tarde, mientras la revolución alemana era derrotada una y otra vez, en 1848, en 1870, en 1919, también llegaban a Buenos

Aires exiliados alemanes que fueron el origen del movimiento obrero. Trabajadores metalúrgicos fundaron el Club Vorwats, integrado por sindicalistas del metal, textiles y otros obreros de gloriosa tradición roja. Habían empezado por recordar a los mártires de Chicago cada 1º de Mayo, y la policía cada nuevo año agregaba nuevos nombres a la lista de víctimas. En Buenos Aires, hacia 1880 los alemanes eran 4.000 y se ganaban el pan como panaderos, fabricantes de carruajes, hoteleros, maestros de música. Los había changarines o peones de las líneas ferroviarias que penetraban como flechas en el desierto pampa. Y siguieron llegando otros más.

Aunque pocos en relación a las inmensas colonias españolas o italianas, los alemanes en la Argentina siempre fueron activos y se juntaron para defenderse, a poco que tuvieran algún interés común. Así, fundaron clubes, iglesias, orfanatos, abrieron escuelas, academias y hospitales. Hubo en Buenos Aires un club alemán ya en 1855. Financieras como Bunge, Altgelt, Mallmann, Zimmermann coincidían con dos bancos, el Alemán Transatlántico, fundado en 1887 y el Germánico de la América del Sur, fundado en 1906. Había agencias de grandes empresas alemanas como Siemens y AEG. Había un imperio económico al cual se le concedió el monopolio de la provisión eléctrica, la Compañía Alemana de Electricidad.

La elite de esa comunidad alemana en la Argentina estaba estrechamente vinculada a las industrias de la cuenca del Rhur. Las finanzas alemanas, las inversiones en mercados internacionales tenían fuertes conexiones con la red económica alemana en la Argentina. Antes de 1914, algunos colonos fueron a poblar las desoladas aunque a veces feraces llanuras que se extendían como horizontes infinitos en las pampas. La vida en aquellas zonas no era fácil: las cosechas eran amenazadas por sequías, inundaciones, plagas, polvaredas, huracanes, además de la hostilidad de los nativos. Por otra parte, la producción agrícola estaba constantemente sujeta a los vaivenes de los mercados internacionales. Algunos alemanes del Volga se habían asentado

en Entre Ríos y Buenos Aires. Por su parte en las ciudades y sobre todo en Buenos Aires, emprendedores alemanes habían sabido levantar de la nada proyectos comerciales e industriales que resultaron pioneros en el febril crecimiento experimentado por la ciudad.

En 1914 los alemanes de Buenos Aires ya alcanzan la cifra mítica de cien mil. La colonia creció hasta alcanzar el cuarto de millón a fines de la década del treinta. Descollaban en campos como la ciencia o la técnica. Siempre había sido así: Luis Vernet, un naturalista de Hamburgo fue gobernador de las Islas Malvinas. Sarmiento invitó a Hermann Burmeister, científico de Bremen y discípulo de Humboldt, para que fundara la Academia Nacional de Ciencias Exactas. Burmeister, al ser expulsado por la revolución alemana de 1848 aprovechó para venir a la Argentina donde recorrió todas las provincias realizando estudios de Ciencias Naturales. Fundó un museo y fue decano en la facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Córdoba. Burmeister a su vez hizo traer a otros científicos, abriendo brecha para la presencia central de geólogos y naturalistas alemanes. Otros técnicos actuaron en el campo de la ingeniería, y en especialidades como la ingeniería militar. Hubo alemanes destacados en meteorología. También hidrólogos, cartógrafos, diseñadores de elevadores de grano. Entre las empresas constructoras que abrieron los túneles y construyeron el metro de Buenos Aires, uno de los más adelantados del mundo en su época –en 1911, la capital argentina fue la doceava ciudad del mundo que tuvo tren subterráneo– estaba el alemán Otto Franke. Las dos guerras mundiales trajeron a estas costas nuevos profesores que ampliaron la presencia alemana en dos centros científicos: las universidades de Córdoba y Tucumán.

Es en ese contexto de presencia central alemana en las ciencias que Adolf Eichmann –que no era experto en ciencia alguna salvo la de destruir vidas– se infiltró.

La Argentina a la que llegó Eichmann en 1950 no había participado en la Segunda Guerra Mundial: sólo en agosto de

1944, cuando el Tercer Reich estaba ya en su fase final, y por virtual imposición del resto de los países de América, el gobierno entonces presidido por el general Edelmiro Farrel, había roto relaciones con el Eje. Y en marzo de 1945, cuando los aliados avanzaban hacia Berlín desde el oeste y los rusos desde el Este, la Argentina declaró la guerra al Eje.

Los alemanes de la Argentina, como si vivieran en una burbuja del planeta, nunca sintieron del todo propia aquella guerra que se libraba a miles de kilómetros. No es que la sociedad argentina no se interesara en ello, pero la percepción era en todo caso más teórica que vivencial. Cuando en 1933 el NSAP tomó el poder y el país humillado de 1918 se convirtió en una potencia mundial, los alemanes-argentinos se habían entusiasmado. He aquí un testimonio: "En las ciudades sudamericanas las colonias extranjeras llevan su propia existencia separada. Mantienen buenas relaciones con los nativos y los funcionarios; sin embargo existe poca relación con la gente local salvo por los festejos de gala en los clubes y los festivales patrióticos… En Buenos Aires por ejemplo, tenemos contactos especialmente buenos con la elite del cuerpo de oficiales argentinos a través del Club Hípico Alemán".

Así pues, ni la guerra ni la derrota del Tercer Reich cambió demasiado la siesta germana de la Argentina: siguieron las fiestas en el Club Alemán de la Avenida Córdoba, las jornadas deportivas en el Teutonia del Tigre, los veraneos en Bariloche o en el Hotel Edén de La Falda. En los barrios de Villa Ballester, Vicente López y Florida, las residencias de las familias alemanas renovaron la decoración de sus jardines y el Cangallo Schule u otras escuelas siguieron impartiendo sus clases y formando a nuevos niños en la cultura de Goethe, y en cuanto Europa emergió del desastre de 1945, se reanudaron las travesías Buenos Aires-Hamburgo.

Esta era la *Argentinien Deutschland* a la que llegaba Eichmann en 1950: el país fuera del tiempo que había recibido a los perseguidos del Tercer Reich, y al que ahora llegaban los

antiguos perseguidores. Primero, unos después otros y varias veces, incluso en este 1950, año del Padre de la Patria, todos mezclados, unos huyendo de la horca, otros del hambre, unos huyendo de la derrota otros de las consecuencias de la derrota, todos de la decepción.

De alguna manera, no podía haber mejor lugar para un Eichmann: la Argentina era el reino de la desmemoria. Muchos biógrafos y escritores que han tratado sobre el exilio de Eichmann y de otros jerarcas nazis en la Argentina de aquellos años aluden a que el país del sur era un "paraíso nazi". En otras partes de este libro se analiza esta idea extendida. Sin embargo, en 1955 Perón –acusado con encarnizamiento de ser un protector de nazis– cayó sin que nada cambiara para Eichmann ni para nazi alguno.

La abolición de la memoria, la inutilidad del documento hacían de la Argentina un limbo fuera del tiempo, la glorificación del presente perpetuo. Esto incluía la laxitud de las costumbres, la corrupción estructural que permitía a cualquiera que se lo propusiera borrar archivos, eliminar huellas, armarse a discreción de pasados impolutos. No es que no hubiera memoriosos, archivistas o perseguidores del pasado. Los había como en todo lugar del mundo. No es que la Argentina tuviera una predisposición genética al olvido, es que el clima general del país que con cada amanecer se entregaba a una vida flotante, a un estupor narcisista, hacía del pasado una entidad sin consistencia. Sólo era menester una cosa: adaptarse a esa gaseosidad.

Tucumán

Adolf Eichmann, en los cuarenta y tres años que había vivido cuando pisó el muelle del Puerto Nuevo, nunca había escuchado la palabra "Tucumán". Palabra que para sus oídos tenía un retintín perverso: "tuke" es "malicia" en alemán. Tuke… man, hombre malo.

Pero si nunca había oído pronunciar esa palabra, pronto lo hizo. El 1° de agosto de 1950, Fuldner lo llevó a la estación

Retiro –enormes arcos de hierro y vidrio, como tantas otras estaciones ferroviarias que había visto en su vida, pero la que más recordó fue la Gare du Lyon cuando llegaron triunfalmente con el Führer en el tren de la victoria– y allí abordó un interminable convoy llamado Estrella del Norte. El viaje duraba varios días y él compartía un camarote con otros tres alemanes que en los siguientes años serían sus compañeros de rutina.

–¿Das is Tuke…mann?

Tucumán, situada a 1.290 kilómetros de Buenos Aires, tiene una superficie de 22.000 kilómetros cuadrados. La ciudad fue fundada, según se enteró Eichmann, en 1585. Pero luego la habían transportado a otro lugar, donde fue fundada por segunda vez, justamente un siglo después. Y eso fue lo primero que Eichmann supo de la Argentina: hasta las ciudades eran tan livianas que podían transportarse como si fueran una fantasía o un sueño. Muchas flores: azahares, crisantemos, narcisos. El jardín, le decían a la provincia. Tucumán, el jardín de la república. A lo lejos, alternando con esta exuberancia carnal de la verdura, Eichmann vio montañas nevadas que le recordaron las colinas de la Alta Austria. Casas de planta baja pero que tenían sesenta metros de profundidad, con dos patios y un frente pintado de rosa, azul u ocre. Por la calle, tranvías y jinetes.

También en Tucumán había un hombre esperando su llegada. Se llamaba Augusto Siebrerdt y lo abordó en cuanto la Estrella del Norte, con agudos chiflidos de sirena y humo, paró su marcha en la estación del Bajo. Siebrerdt, fue el anfitrión de Eichmann en Tucumán. Ya lo había visto en Buenos Aires. Cuando Eichmann lo saluda, inevitablemente piensa en Fuldner.

Fuldner

Madrid, 1947. Historias del estraperlo. Camisas azules, mantillas, el Madrid de la miseria y de los triunfadores. Tascas, cafetines y tertulias. Mujeres hermosas de ojos oscuros velados por mantillas. Veteranos del frente ruso, con camisa azul bajo las correas de cuero negro y la chaqueta blanca del uniforme

de gala… Prostitución de viudas, hijas de presos, mujeres de presos. Delatores. Y estraperlo, estraperlo: así se llamaba el mercado negro. Todo podía venderse y convertirse en dinero: chatarra, información, sexo, bendiciones cardenalicias, gasolina, propiedades. En Madrid, Fuldner no perdía el tiempo en nostalgias. Franco tenía que recomponer la economía devastada. En los círculos del poder pululaban los representantes de las empresas alemanas: Siemens, IG Farber, Bayer. Fuldner era el hombre apropiado para aceitar todo tipo de negocios. Se movía como pez en el agua en las oficinas del franquismo, en los templos del Opus, en las fiestas de la diplomacia.

¿Quién era Carlos Fuldner? Había nacido en Buenos Aires, de padres alemanes, en 1910. Pero pasó su juventud en Hamburgo, donde terminó sus estudios secundarios e ingresó en la facultad de Derecho, donde llegó a segundo año, para luego dedicarse a negocios de exportación. Era un fanático nazi que a los 22 años ingresó a las SS y durante la guerra alcanzó el grado de *Hauptsturmführer*. Pero su carrera se cortó abruptamente en 1935: fue acusado de apropiarse de fondos del partido, procesado y condenado a prisión. De la cárcel lo sacó la guerra.

Fue enviado al frente ruso y allí, en medio del fragor de los cañones, comenzó su ascenso imparable: el oscuro aventurero nazi, degradado como desertor e insignificante delincuente, se convirtió en alguien importante del Servicio de Espionaje. Quizás por el solo expediente de su bilingüismo, *¿Spracht spanisch, Kamararad? Yawolth, ich wowon in Buenos Aires. ¿Buenos Aires, das ist? ¿Amerika? ¡Yawolt, Suden von Amerika, her Fuldner, eine kamararad!*

En Rusia combatía la División Azul, unos miles de fanáticos inasequibles al desaliento. La División estaba formada por falangistas voluntarios que habían elegido ofrecer su vida en la lucha contra el comunismo ateo, junto a laWehrmacht. Pero lo de Fuldner no era la guerra sino el espionaje, por eso fue enviado a Madrid, con un objetivo preciso: organizar una red de apoyo al Tercer Reich en España y América. A todo esto, ya avanzado

el año 1944, la derrota se había hecho inminente, y Fuldner con la velocidad de un aventurero consumado, cambió de objetivo. Ahora, no se trataba de tender lazos entre el Tercer Reich de los mil años y el mundo de la lengua española. Ahora, que el Reich se había esfumado en la niebla, lo importante era que los jerarcas derrotados no terminaran en la horca: sencillamente, preparar la fuga de la elite.

De Madrid, Fuldner viajó a Buenos Aires, al fin y al cabo su primera patria. En la Argentina, todo había cambiado, y Fuldner no tardó en comprender las claves: se acercó al entorno de Juan Domingo Perón, ese coronel que a partir de 1943 rondó el poder. Fuldner llegó a Perón a través de otro personaje del entorno nazi argentino: Rodolfo Freude, Rudy quien se había convertido en secretario privado de Perón.

Fuldner avanzó imparablemente; tenía todas las condiciones requeridas: era joven, inteligente, con una red infernal de contactos, sabía hacer negocios, en realidad todo lo que tocaba se convertía en oro, era al mismo tiempo argentino y alemán. Así fue que lo nombraron integrante de la comisión Peralta, un organismo de origen legislativo que manejaba los cupos de inmigración.

El gobierno de Perón captó a Fuldner nombrándolo presidente de la misión de la Fuerza Aérea argentina encargada de contratar en Europa a técnicos aeronáuticos, pilotos y constructores de aviones. Entre los años 1947 y 1950 coincidieron en fábricas de Córdoba, en las aulas de la Universidad de esa provincia y también en la de Tucumán varios centenares de especialistas, algunos con altos pergaminos en la ingeniería mundial.

La vida argentina de Eichmann está entrelazada con alemanes: Fuldner, alemán, nazi. Carlos Schulz resultó ser en realidad un militar argentino, pero por su apellido parecía de origen alemán; entre 1948 y 1950 fue edecán del gobernador de la provincia de Buenos Aires coronel Domingo Mercante, uno de los militares más cercanos a Perón en la primera parte de la aventura política de éste. Schultz fue quien organizó el trabajo

de campo de CAPRI, sobre todo en el aspecto administrativo; se encargaba, por ejemplo, de conseguir cédulas de identidad para todos los que trabajaban en Tucumán. Estos documentos tenían plena validez pues Schultz les retenía a los alemanes los documentos de entrada al país y se los devolvía junto a la nueva cédula: la de Eichmann tenía el N° 1.378.538 y fue el primero de diversos documentos de identidad que le concedieron autoridades argentinas. En alguno de sus viajes a Buenos Aires, Eichmann tramitó una cédula de identidad nacional, expedida por la Policía Federal. No tuvo ningún inconveniente en obtenerla.

CAPRI

El campamento de CAPRI estaba en uno de los pueblos abandonados que rodeaban El Cadillal, el viejo dique frustrado. No tenía conexión telefónica y el correo no llegaba a aquel lugar de la selva por lo cual la correspondencia que desde Linz le enviaban a Eichmann su esposa y sus hijos iba dirigida a la Casilla de Correo 17, en la ciudad de San Miguel.

Fuldner también hizo negocios y llegó a fundar el Fuldner Bank además de CAPRI, Compañía Argentina para Proyectos y Realizaciones Industriales, con sede en Córdoba 374, edificio en el cual tuvo Fuldner muchos años sus propias oficinas. Agua y Energía Eléctrica, una empresa del Estado, fundada en 1947 como monopolio estatal de la provisión de energía y agua, le concedió la realización de numerosas obras públicas. Nada ilegal pudo encontrarse en ello: CAPRI tenía una estructura legal y actuaba con el asesoramiento de numerosos científicos alemanes de sólido prestigio. Le encargaron el estudio de los ríos de Tucumán y Santiago del Estero y la preparación para obras de irrigación, embalses, y generación de energía eléctrica, todo ello en base a los postulados del Primer Plan Quinquenal. Un investigador tan poco propenso a miradas parcializadamente políticas como Holger Meding señala que los estudios y realizaciones de CAPRI hicieron aportes reales al desarrollo tecnológico y agrícola de las provincias del NO argentino: “La compañía CAPRI cumplió

el trabajo que se le encomendó, realizó extensas mediciones plurianuales del nivel de las aguas y de las precipitaciones, que después debían servir para la construcción de diques y finalmente para la producción de energía hidroeléctrica".

Esos trabajos sufrieron mucha demora por las turbulencias políticas argentinas. La construcción del dique El Cadillal, por ejemplo, tardó 77 años: se trataba de una obra casi faraónica para el menguado desarrollo de la construcción pública argentina. Ya en 1913 se había proyectado ese sueño argentino. Cuando Eichmann llega a Tucumán en 1950 de El Cadillal sólo quedaba el resto de una construcción; un esqueleto de cemento ahogado por un cerco de vegetación esmeralda. Las fotos del viejo dique tal como estaba varado en el verde son una melancólica constatación: la naturaleza en la Argentina iba más rápido que la inteligencia técnica.

La obra sería finalmente terminada a comienzos de los años sesenta. Fue inaugurada en 1962, durante la gobernación de Celestino Gelsi, cuando Eichmann ya llevaba más de dos años preso en Jerusalén.

Fuldner para algunos fue un nazi que prosperó a la vera de Perón y cuya misión explícita fue rescatar criminales de guerra salvándolos de la justicia de los hombres. Esto es cierto. Para otros, Fuldner era un empresario argentino que ayudó con sinceridad a un gobierno en el que creía bajo la premisa explícita de Perón: la Argentina debía aprovechar en su propio interés todo el capital cerebral que la guerra había dejado atrás. Fuldner murió en 1992 en su mansión situada en el barrio más elegante y exclusivo de Buenos Aires, Palermo Chico, sin haber sido condenado por tribunal alguno.

Calle Muñecas

Siebrerdt llevó a Eichmann a una pensión en el centro de San Miguel de Tucumán. Allí se acomodó y de inmediato ambos hombres fueron a las oficinas de CAPRI en la calle Muñecas. Los pasillos de entrada estaban colmados con gente que iba a pedir

trabajo; en las paredes lucían retratos oficiales del presidente Perón y afiches del Partido Laborista. August Siebrerdt es un ingeniero electrónico de unos cuarenta y cinco años. Fue el segundo de los coordinadores del gran proyecto de importar cerebro gris que Perón llevó a cabo con cuadros científicos alemanes.

Eichmann hace su primer recorrido por la ciudad. Una de las primeras paradas fue en el café España, en el que Eichmann prueba la que sería una de sus más arraigadas pasiones: una tacita de verdadero café americano, negro, espeso, que sorbió bajo la brisa refrescante de los ventiladores de techo. Las aspas movían con molicie el tórrido clima de San Miguel. Desde las vidrieras del café, Eichmann miraba las palmeras de la Plaza Independencia.

Su anfitrión explica a Eichmann que había trabajado en Santiago de Chile, donde llegó a dirigir la compañía AEG (Allgemeine Elektrizitats-Gesellschaft). Chile rompió relaciones con Alemania en 1943. A Siebrerdt lo llevaron a Estados Unidos y lo internaron en Dallas, en un campo de concentración donde los yanquis metían a todos los alemanes. Pero entonces, algo extraordinario ocurrió: en Buenos Aires llegó al poder un tal Perón, un militar argentino al que Siebrerdt había conocido en Santiago de Chile, donde, con el grado de coronel, había actuado como agregado militar de la embajada argentina. Sí, el coronel Perón –de inmediato autoascendido a general– había ganado las elecciones el 23 de febrero de 1946. General Juan Domingo Perón, de pronto, presidente de la República Argentina.

–Los alemanes, *herr* Eichmann, son bienvenidos en este país con tal de que aporten a la sociedad.

–Sí, *herr doktor* Siebrerdt. ¿Hay muchos alemanes en la Argentina, *herr doktor*?

–Alemanes, cientos de miles.

–¿Y Kamararad, herr doktor?

–Kamararad, herr Eichmann…

El doctor Siebrerdt aspiró una bocanada de su grueso habano,

antes de responder:

–…unos mil. O quizás quinientos.

Plaza Mayor, una estatua ecuestre. Después, Eichmann la vería en todos lados: la efigie del Padre de la Patria.

Durante sus primeros días en Tucumán, para Eichmann todo era nuevo, pero su cerebro aprendía cosas como una esponja; la Universidad Nacional de Tucumán, fundada en 1914, había dado empleo a profesores extranjeros desde su misma fundación. En Tucumán, antes de la guerra, había enseñado un eminente filósofo antifascista, Rodolfo Mondolfo. Monóculo y barbita, sabiduría y resistencia, Mondolfo hacía leer a Benedetto Croce y a Antonio Gramsci. También habían enseñado en sus aulas españoles antifascistas, como Osorio y Gallardo.

–¡Mondolfo! Un grande *combatente... Uomo piccolo ma... superiore* –decía un profesor de hidrología holandés con el que Eichmann se comunicaba en italiano.

Desde luego que Eichmann no sabía quién era, ni el holandés ni Mondolfo, pero se había acostumbrado a eso: en la Argentina nunca había que sorprenderse porque todo –encuentros, descubrimientos, extrañas asociaciones–, todo era posible.

Cuando terminó la guerra mundial, los alemanes habían monopolizado las cátedras científicas en la Universidad de Tucumán: Grewe, electrotécnico, Wurschmidt, director del Instituto de Física, Schultz, topógrafo, fueron algunos de los primeros directores de departamentos de ciencia. En 1950 treinta de los cien profesores que enseñaban en la Universidad eran alemanes.

Eichmann no era profesor de nada pero se cruzaba con estos alemanes en el Club Alemán o en casas particulares. El decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, por ejemplo, era un alemán, Wurschmidt, que a veces iba al campamento de CAPRI. El propio Perón, cuando terminó la guerra dio orden de contratar a todos los científicos de los países derrotados. La misma política siguieron otras Universidades del Estado: en Buenos Aires trabajaron el físico Richard Gans, el parasitólogo

Lothar Szidat, el meteorólogo Schwerdtfeger. Había alemanes en las disciplinas humanísticas: Gerard Moldenhauser, romanista y germanista, fundó el Instituto de lingüística que más tarde llevó su nombre. Oswald Menghin, profesor de la Universidad de Viena llegó en 1948 y enseñó en la Universidad de La Plata y en el Museo Etnográfico. Rudolf Obermuller dictó cátedras en Institutos de Teología. Holger Meding señala:

> Las expectativas que Perón había depositado en las actividades de los científicos se hicieron realidad. Se multiplicó la cantidad de ingenieros especializados en diferentes campos y más de un discípulo de un profesor alemán se hizo acreedor del reconocimiento internacional. En la región de Tucumán y en las provincias del Norte, los profesores alemanes activaron el desarrollo técnico y a través de la enseñanza teórica y la instrucción práctica en electrotécnica y construcción mecánica, llevaron a un nivel moderno las industrias anticuadas, muy en especial los ingenios azucareros.

Cuando terminó la guerra, los profesores de las Universidades alemanas, todos los cuales habían tenido que jurar lealtad al Führer como requisito indispensable para continuar profesando, tardaron en recomenzar sus tareas. Algunos aceptaron continuar sus trayectorias en las universidades de las potencias triunfadoras. Otros, en cambio, se rehusaron a hacerlo y prefirieron esperar que la vida alemana recuperara su normalidad. Muchos aceptaron trasladarse a América del Norte o del Sur. Por otra parte, el rearme hizo que los triunfadores de la contienda acosaran a los científicos que habían alimentado la industria armamentista alemana para que continuaran su tarea en Estados Unidos, Gran Bretaña o la Unión Soviética.

Antes de la guerra, los nazis habían instalado en Peenemunde, a orillas del mar Báltico, una enorme fabrica de armas. Eichmann conocía bien esos entresijos. Si bien dependían de Albert Speer,

el ministro que se ocupaba del armamento bélico, las SS tenían expedientes completos de aquellos hombres de ciencia. En un paraje desértico azotado por los vientos gélidos del Norte, Peenemunde era un emporio frenético en el que trabajaban sin descanso cinco mil hombres, a órdenes de un genio de la ciencia bélica, Wernher von Braun, nacido en 1911. El comandante de la base era el general de Wehrmacht Walter Dornberger y el jefe científico el *doktor* Ernest Steinhoff con su ayudante, el Profesor Hermann Oberth, a quien sus detractores llamaban el Señor La Luna porque ya en 1925 había intentado enviar un cohete a la luna. El discípulo de Oberth era un jovencísimo sabio, un niño prodigio. Wernher von Braun era vástago de una familia de diplomáticos, desde muy joven se reveló un genio del diseño científico.

Aunque se decía a sí mismo pacifista, von Braun fue captado por el Estado hitlerista que puso a su disposición todos los recursos del Reich. En 1934, desde Berlín, envió un cohete que voló a 1.500 metros. El A-2 pronto alcanzó una altitud de 2.400 metros. Von Braun seguía pensando en la Luna pero Hitler sabía que esos cohetes tendrían otro destino.

El V-2, nueva arma perfeccionada al comenzar la guerra, tenía un alcance de 400 kilómetros. Ni ingleses ni norteamericanos tenían un diseñador de armas como von Braun pero la aviación aliada era mejor que la Luftwaffe y los cazas ingleses y norteamericanos descubrieron, volando sobre el Báltico, la base de Peenemunde y la destruyeron con sus ataques. Pero von Braun no estaba allí sino en Berlín, donde sufrió las insidias de Himmler, empeñado en acusarlo de traición. Las SS creían tener pruebas de que von Braun intentaba desertar del bando nazi. Von Braun fue a parar a la cárcel de Stettin.

Cuando Hitler se enteró, lo hizo liberar. Sin von Braun no había cohetes. El sabio era irremplazable. A partir de entonces, von Braun trabajó como un poseído, contra reloj, para fabricar un arma sensacional, el último recurso de un Reich que hacía agua ya en todos los frentes. Se trataba del Súper V-2, un cohete

que combinaba lo mejor de los A-9 y A-10.

La propaganda de Goebbels lo había bautizado Super Racket, porque este proyectil cargado con veinte toneladas de explosivos, de 29 metros de largo, estaba destinado a cruzar el Atlántico y destruir Nueva York. El cohete destructor, con una velocidad de 10.000 km. por hora, debía elevarse a 350 kilómetros de altura. No se trataba de un mecanismo suicida, pues el piloto podría eyectarse en paracaídas poco antes de alcanzar su objetivo.

–Von Braun es un hijo de mamá… –decía Himmler en las reuniones en las que la plana mayor de las SS repasaba los antecedentes de los jerarcas. Eichmann trataba de recordar los nombres de aquellos científicos que ahora se cruzaban con él en los corredores de la Universidad de Tucumán, cuando él iba a llevarle un informe al Decano Wurschmidt.

Cuando el Tercer Reich se hundió, sin que el V-2 o ninguna otra arma secreta pudiera salvarlo, von Braun también huyó junto con varios centenares de científicos que junto a él trabajaban en Peenemunde. Se recluyeron en diversos hoteles y residencias del Lago de Constanza. Temían por sus vidas. Pero el mando militar de los ocupantes norteamericanos tenía planes precisos.

La Operación Agrafo fue transmitida a todos las bases de ocupación: el profesor doctor Wernher von Braun debía ser protegido de cualquier represalia y trasladado a los Estados Unidos, junto a sus colaboradores. Así se hizo. La bomba atómica fue el resultado. Junto con von Braun y otros científicos alemanes, entraron a los Estados Unidos personajes como Reinhard Gehlen, contratado como espía experto en comunismo. Gehlen tenía antecedentes como criminal de guerra. Otros doctores en cambio aceptaron el remoto paraíso del sur. Un país del cual nadie sabía nada, llamado la Argentina.

Cerebros alemanes

El Tercer Reich fue una potencia aérea. La aviación no sólo iba a ser el medio de transporte del futuro, sino que de ella dependía el poderío bélico. Hitler, que pretendía conquistar

el mundo era consciente de ello. Cuando el Reich se hundió, aunque la mayoría de las fábricas de aviones quedó sepultada por las bombas, ¿qué pasó con el potencial humano que había alimentado esa factoría? Las industrias de armas en las potencias triunfadoras se interesaron en captar esos cerebros. Sobre todo, el del profesor doctor Kurt Tank, que había sido director técnico y jefe de constructores en la fábrica de aviones Focke Wulf Flugzeugbau Gmb H, situada en Bremen.

Hubo científicos que dudaron en trasladarse a las potencias ocupantes. Aunque no pertenecieran a la elite científica que había trabajado con Wernher von Braun, un plantel de ingenieros y diseñadores de armas quedaba vacante. Algunos prefrieron aventurarse en un proyecto como el que les ofrecía la Argentina. Kurt Tank puso una condición: que con él viajase su equipo. En septiembre de 1947, Tank viajó vía Dinamarca a Buenos Aires.

Era un ingeniero aéreo con enorme experiencia. Había diseñado para la Focke Wulf el avión escuela Stieglitz FW 4, el Cóndor FW200, destinado a viajes interoceánicos, usado como bombardero de larga distancia y el avión de caza monomotor FW 190 con el que la Luftwaffe había hecho estragos en las filas aliadas.

Una de las prerrogativas que el gobierno argentino le concedió a Tank para asegurarse sus servicios fue prometerle un presupuesto que estaba muy por encima de los alcances de un país de desarrollo medio como la Argentina, así como la elección plena del número y categoría de sus colaboradores. Perón puso en manos de Kurt Tank todo lo que quería. La confianza del gobierno en la tecnología y la capacidad técnica de aquellos alemanes era total. En el período de entreguerras, aviadores argentinos habían recibido instrucción aérea en Alemania y se habían construido con licencia alemana aviones Stieglitz.

A lo largo de 1948 fueron llegando a la Argentina ingenieros, mecánicos aéreos, técnicos en materiales, especialistas en aerodinámica, pilotos de pruebas, que eran de inmediato reubicados por el Instituto Aerotécnico dependiente del

Ministerio de Aeronáutica. Perón se trazó un ambicioso objetivo: Argentina debía tener su propio avión de caza a reacción.

Adolf Eichmann no fue a Córdoba sino a Tucumán. Sin embargo, el desarrollo de un polo de industria aérea en Córdoba es un episodio clave para entender el contexto en el cual se produjo la entrada de criminales de guerra nazis en la Argentina. A fines de 1948 estaban trabajando en Córdoba unos sesenta técnicos alemanes, quienes se habían trasladado con sus respectivas familias. El gobierno les diseñó barrios especiales en distintos lugares de las sierras, no muy alejados de la ciudad capital de Córdoba: sobre todo se agruparon en Villa Carlos Paz y Villa del Lago, dos amenos pueblos a orillas del Lago San Roque.

Tener un avión caza a reacción era un sueño de Perón. Tank no fue el primer diseñador que Perón puso en esa tarea. Se le había adelantado un ingeniero francés, Emile Devoitine que había construido el Pulqui 1. Este nombre proviene del araucano y significa rayo o flecha. El 9 de agosto de 1947 el Pulqui 1 alzó vuelo, convirtiendo a la Argentina en el quinto país del mundo que contaba con capacidad para construir semejante avión.

El desarrollo de una industria bélica autónoma era para Perón el símbolo del desarrollo autónomo que pretendió el primer peronismo. Que ese desarrollo, que además era fuente de trabajo para miles de obreros argentinos, se realizara bajo la supervisión de los planes estratégicos de los Estados Unidos explica que, superado el enfrentamiento electoral con Spruille Braden en 1946, las relaciones entre Estados Unidos y Argentina no fueran conflictivas. Por otra parte, si los Estados Unidos importaban a Wernher von Braun para fabricar cohetes y la bomba de hidrógeno, y en el flujo de cerebros entre Alemania y Estados Unidos, también se colaban criminales de guerra como Ghelen, ¿por qué extrañarse que lo mismo pasara en la Argentina?

Lo cierto es que Tunk se adaptó a los medios de los que disponía el Instituto para fabricar un prototipo de avión militar

argentino, que estuvo listo en 1950: era el Pulqui II. En Córdoba se diseñaba y construía todo: la industria argentina de suministros no podía disponer de los diversos elementos con los que estaba dotado ese modelo. Las deficiencias fueron suplidas con ingenio, para lograr el éxito del avión, asegurando su principal mérito, la autonomía de vuelo. Durante meses y meses, de la fábrica de Córdoba salían planeadores con el que se realizaron vuelos de prueba.

La Fuerza Aérea quiso recalcar el carácter argentino del prototipo. Por ello, para la primera prueba completa del Pulqui II se designó a un piloto argentino de apellido Weiss. Un tiempo después, otra prueba se saldó con un fracaso. El Pulqui II, esta vez piloteado por Otto Behrens, antiguo as de la Luftwaffe y jefe de la unidad de pruebas de Rechlin en Mecklemburg, tuvo un accidente y capotó.

El doctor Kurt Tank no se dejó ganar por el desaliento y corrigió los puntos flacos del proyecto. El mismo Tank se calzó varias veces las antiparras y salió a volar, alcanzando con el Pulqui II una velocidad de crucero de 1.040 kilómetros por hora, con una autonomía de vuelo de 2.000 kilómetros.

Perón quiso capitalizar esta larga y esforzada empresa, presentándola ante la opinión pública con una de aquellas celebraciones populares a las que era afecto. Las fotografías del acontecimiento muestran a un Perón radiante junto a un hombre robusto y bajo, de poderoso cráneo, totalmente rapado. Una cabeza bien alemana, la del profesor *doktor* Kurt Tank.

El Pulqui II voló a 15.000 metros de altura ante una multitud que se reunió en el Aeroparque Metropolitano. Había también agregados navales e invitados especiales llegados de todo el mundo. Kurt Tank decoló y el Pulqui, como un símbolo de la Argentina que tomaba vuelo y se remontaba hacia el olimpo de los grandes países de la tierra, realizó varios vuelos rasantes que emocionaron a los concurrentes. Al desembarcar, el sabio fue efusivamente saludado por el presidente de la nación.

El hecho no sólo tuvo su costado propagandístico, en todo

caso reservado a la política interna. Miembros de las embajadas, y especialistas de las potencias, que intentaban enterarse de los detalles técnicos, observaron con asombro que este avión era casi igual al modelo con el cual la Unión Soviética se preparaba a bombardear el mundo si estallaba la tercera guerra mundial: el MIG 15.

Como consecuencia de ese interés internacional salió a la luz una historia increíble: en realidad los planes del Focke Wulf se los había llevado su creador Kurt Tank cuando huyó de Bremen pero una copia había llegado a poder del Ejército Rojo que a su vez los mandó a Moscú. Todo lo que había pasado en la Argentina no era sino una réplica de lo sucedido en Moscú. Pronto, en la guerra de Corea, este avión MIG iba a ponerse a prueba. Pero mientras tanto, la Argentina ¿qué iba a hacer con el Pulqui además de alimentar el orgullo nacional y el perfil con el que el presidente Perón trataba de erigir su liderazgo latinoamericano?

El gobierno no se contentaba con el Pulqui: una aviación moderna, le decían los brigadieres a Perón, no estaba completa con meros cazas. Por eso, se compraron a Inglaterra viejos Gloster Meteor que eran mucho más antiguos que el flamante Pulqui pero no costaban la fortuna que este juguete de lujo suponía para las finanzas nacionales.

Todo el proyecto bélico aéreo resultó muy golpeado cuando se sucedieron varias tragedias: un piloto de pruebas argentino llamado Fabri se estrelló en Córdoba y poco después, en 1953, también se mató el propio Otto Behrens. El gran Werner Baumbach y su mano derecha el ingeniero Karl Henrici junto con un sargento primero perecieron ahogados cuando cayó frente a la rambla de Quilmes el bombardero Lancaster de la Fuerza Aérea.

Otro as de la aviación, traído con bombos y platillos, el teniente general de la Luftwaffe Alfred Galland, presidió el duelo de estos mártires, y con estas tragedias el ímpetu armamentista comenzó a decaer. Rudel y Skorzeny, dos pilotos legendarios cuyo mito era aun mayor que su sapiencia, ya no volvieron más a

la Argentina prefiriendo continuar sus andanzas en la España de Franco, en la que veían una estabilidad que el gobierno peronista que empezaba a marchar a los tumbos, no podía asegurarles.

El quinto Pulqui estuvo listo recién en septiembre de 1955, pero para entonces ya Perón había sido defenestrado y el propio Tunk se había marchado a los Estados Unidos. La revolución que había derrocado a Perón se mostró escéptica sobre los faraónicos planes de desarrollo aéreo, que al perder apoyo del poder comenzaron a vegetar.

Ahora bien, ¿qué tenían que ver Eichmann y otros criminales de guerra con la ingeniería, como no fuera con la ingeniería de la muerte? Esta era la pregunta que formulaba con inclaudicable insistencia un tal Silvano Santander, diputado de la oposición radical en la legislatura nacional durante el período 1946-1952. Santander, y otros denunciadores como él, nunca encontró ese vínculo, y por ello clamaba: ¡Perón es un protector de nazis si no nazi él mismo! Denuncias que sin embargo cargaban con una hipoteca ilevantable: eran vistas como un eco de la lucha sorda entre Perón y sus opositores, quienes seguirían preguntando eso cuando Perón fue derrocado y huyó al Paraguay. Los peronistas pasaron del poder a la cárcel mientras los técnicos alemanes se fueron a los Estados Unidos y algunos volvieron a Alemania para jubilarse.

Río Potreros

Mayo de 1951, campamento de Río Potreros. Adolf Eichmann, o el ingeniero Ricardo Klement, tenía muchas cosas que hacer en los ríos de Tucumán: meter cartuchos de dinamita en los intersticios de los roquedales para abrir las paredes del cerro, sumergir en el agua helada de los arroyos metrónomos y aparatos para la medición del hidrógeno, transportar a lomo de mula instrumentos complicados y frágiles.

Eichmann lleva en el arnés una escopeta. Cuando se puede, le gusta apuntar a la espesura y cobrar algún coyuyo o alguna especie de pavo del monte. Además, dicen que en la espesura

acechan jaguares y pumas. Eichmann nunca ha visto ninguno. Pero sí cazó un jabalí, ese cerdo salvaje que acostumbra hozar en los suelos fangosos. Es difícil de matar porque la bestia aunque pequeña, es fuerte, pero aquel día Eichmann lo remató con el machete que llevaba colgado de la montura. Al mediodía, encuentran un buen rincón para detenerse. Los muleros atan las mulas con rienda larga para permitirles pastar.

Comen y beben las provisiones que han llevado casi al pie de la mula, porque el tiempo está amenazante. En efecto, la tormenta se incuba. De todos modos, encuentran un lugar apropiado para sumergirse. Eichmann calza botas de goma largas, y un poncho impermeable. Entra al río con las plomadas y los aparatos para medir la profundidad del cauce. La operación se repite varias veces en distintos lugares.

Desde el borde, el profesor Schoklitsh observa todo con atención, lo comenta con sus ayudantes y anota infatigablemente en las libretas con tapa de hule donde queda registrada la tarea del día.

Armin Schoklitsh tiene más de sesenta años pero no los aparenta. Es el jefe de la expedición que durante meses recorrió un área de cincuenta mil kilómetros cuadrados, en los límites de la provincia de Tucumán pero incursionando también en las de Catamarca, Santiago del Estero y Salta. Así relevaron y midieron los ríos Salí, Potreros, Vipos, Chusca, Medina, el arroyo Las Cañas, el Seco. Las diferencias de altitud a veces llegaban a los cinco mil metros.

El profesor Armin Schoklitsh (1888-1969) había sido rector de la Universidad Técnica de Graz y era conocido como autor de una monumental obra teórica, el *Tratado de ingeniería hidráulica*, por la cual, a pesar de las décadas transcurridas y los adelantos técnicos, se siguen estudiando ciertos aspectos de la ingeniería del agua. Formaban parte del equipo de Schoklitsh, y fueron contratados por CAPRI y también por la Universidad de Tucumán, el ingeniero Viktor Elleder, el ingeniero Heinz Ludwig, el ingeniero Karl Laucher. También integraban las

expediciones hidrológicas, ingenieros como Wilhelm Silberkuhl (1912-1984) quien, al regresar años después a Alemania, fue contratado por la Dirección de Construcción Hidráulica de la RFA o Fritz María Kuper, que en la Universidad Nacional de Tucumán fundó la cátedra de mecánica de suelos y construcción hidráulica subterránea y de superficie.

Todos ellos se habían destacado en el diseño y construcción de grandes obras públicas en la Alemania anterior a la guerra. Kuper, por ejemplo, había ganado el concurso para diseñar y dirigir la apertura y manejo de un canal de navegación que uniera los ríos Rhin, Meno y Danubio. También había dirigido las obras que modernizaron el puerto de Núremberg. Otros ingenieros que actuaron en CAPRI fueron Beer, especialista en puentes, Sender, especialista en estructuras y Sterzinger, quien al terminar su contrato con CAPRI se estableció en Brasil donde llegó a dirigir una compañía constructora que empleaba a 3.000 trabajadores. Rohmeder fundó un Instituto Geográfico en la Universidad de Tucumán y llevó a Gustav Fochler-Hauke, especialista en geografía asiática. Seelmann-Eggebert, discípulo de Otto Hanh, uno de los grandes físicos del siglo XX, también fue profesor visitante en Tucumán, donde su estadía tuvo gran importancia para la admisión de la física como disciplina universitaria.

En Tucumán, donde se había fundado el Instituto Baldomero Lillo, trabajaban el genetista H. Bruecheg, el botánico Karl Fiebrig, el filólogo Hermann Slaumer, el fitogeógrafo Kurt Huex, decano de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Berlín, Fritz Machatschek, geomorfólogo.

CAPRI no fue una mera tapadera para contrabandear criminales de guerra que escapaban a un castigo –cosa que también fue, en parte– sino un instrumento al servicio del desarrollo argentino en los años cincuenta.

El jardín

Los días de franco, Adolf Eichmann caminaba dos horas, subía a un destartalado ómnibus, viajaba junto con lacónicos

campesinos y cholas de festivas polleras, y gente que llevaba gallos y carneros para vender en los mercados. Y podía quedarse en la ciudad de San Miguel de Tucumán unos días, en un fresco cuarto de pensión de la calle Muñecas. Y hasta lo invitaban a bautizos, a casamientos o a velorios. Una fiesta en la casa de gente nativa. La vida de la provincia giraba en torno al azúcar, el oro blanco del Tucumán. Y en torno al ingenio, donde se procesaba la caña para extraerle ese tesoro. Pero en el trópico también hay nieve, como aprendió Adolf Eichmann recorriendo la provincia, de los valles del centro a las montañas azules del sur: Graneros, La Cocha, Cadillal. La frontera con Catamarca.

Desde que llegó a Tucumán y a medida que su castellano, aprendido por el método tan alemán, por drástico, de memorizar cien palabras cada día –pero sin dejar pasar ni un día–, Eichmann se familiarizó con la vida política argentina en la cual sin embargo, jamás intervino, por lo menos que se sepa. Tucumán era la provincia argentina más peronista. ¿La capital del peronismo? Claro que había muchos otros lugares que pretendían ese título pero lo cierto es que en las elecciones presidenciales de febrero de 1946, en ninguna otra provincia el Partido Laborista, vehículo electoral de Juan Domingo Perón, obtuvo una victoria tan abultada sobre el partido rival, la coalición de radicales, socialistas, comunistas y conservadores que se había presentado bajo el nombre de Unión Democrática.

Sin embargo, como pronto lo supo Eichmann –que en tres años recorrió la provincia de arriba abajo, desde el oeste andino hasta la llanura oriental, desde los picos nevados de la sierra del Aconquija hasta la selva espesa del sur– los conflictos no faltaban.

Eichmann se ocupaba de ríos pero toda esa agua fundamentalmente servía para hacer marchar los trapiches, unas máquinas del siglo XIX con las cuales se refinaba la gran riqueza de la provincia, el azúcar. Los cañeros, agricultores que preparaban el surco, plantaban y luego recogían el oro blanco, tenían formas nada embrionarias de solidaridad y defensa, y

se enfrentaban a los patrones, sobre todo a los dueños de la tierra, los barones familiares que eran los verdaderos amos del lugar. Pero nada era fácil, porque también estaban los obreros golondrina, que sólo llegaban para la zafra, los minifundistas y pequeños propietarios, a veces con intereses encontrados en relación a los grandes dueños, y todas las variedades secundarias. Y un pueblo antiguo, con reminiscencias de sus antepasados mayas, y con fiestas, llenas de animación y contenido, que se colmaban con imágenes de luchas y muchas veces de muertes.

Perón riendo. En todas las paredes, un hombre ríe.

El Führer nunca reía, pensó Eichmann.

En todas las paredes una mujer rubia. Se llama Eva. Y a veces, las paredes exhibían la efigie de ambos, el hombre que ríe y Eva, juntos.

El 23 de julio de 1952 Eichmann sacó pasaje en la estación del Bajo para viajar a Buenos Aires en el Estrella del Norte. Iba a buscar a Vera y a los niños, quienes llegarían a Buenos Aires en el buque Salta. Las calles alrededor de la Estación del Bajo estaban iluminadas por velas que la gente encendía al atardecer. De cada iglesia se expandía el coro de los rezos y en las veredas de los templos mujeres con la cabeza cubierta por un pañuelo rezaban, arrodilladas en la calle. De todas y cada una de las unidades básicas, de viejos cines, de galpones, de locales céntricos o alejados se elevaba el golpeteo rítmico de los rezos. Todo Tucumán le pedía a Dios por una Evita que agonizaba en Buenos Aires.

El tren que llevó a Adolf Eichmann a Buenos Aires a través de un interminable viaje de veinticuatro horas, atravesó una Argentina oscura de presagios, dolorida hasta sus entrañas. Letanías, promesas, presagios lo acompañaron mientras el tren dejaba atrás pueblos y ciudades, desiertos, cañadas y valles feraces. Cuando llegaron a Retiro, en la mañana del 27 de julio, no hacía falta que nadie ilustrara a los viajeros: el silencio resonaba en la ciudad de duelo. Eva Perón había muerto a las 20 horas 25 minutos del 26 de julio. Eichmann fue a refugiarse en

el viejo hotel de la Avenida de Mayo donde siempre paraba en Buenos Aires; lo abrumó ese silencio. Sólo se escuchaban los sones de la música funeral ("música sacra", decían los argentinos) que emitían las radios. Sombras huidizas, hombres y mujeres con expresión torva afluían hacia el lugar donde iban a ser exhibidos al pueblo y velados los restos de la muerta. Pronto, la multitud fue inabarcable, y reptaba por calles y calles en largas filas de dolor.

Capítulo 2

Ich, Adolf I. El primer Eichmann

El primer tren que Adolf Eichmann abordó en su vida hacía el interminable trayecto entre Solingen y Linz. No fue el que los Eichmann emprendieron en 1910 un viaje cualquiera sino una auténtica mudanza, pero el niño Adolf no olvidaría el paisaje que quedaba atrás en la ventanilla, el aire que le daba en la cara en el tibio atardecer de un mes de octubre. Octubre de 1910. El electricista Eichmann ha sido nombrado como funcionario de la luz en Linz. Otro país, otra luz. Para Adolf el viaje fue un infinito descubrimiento: de las nubes pardas de Solingen, del humo gris de las acerías, de la niebla del Rhin a un prado verde y riente, a un río cuyo encanto estaba ya en el nombre, en la memoria que bañaba: el Da-nu-bio…

Las mismas calles de Linz, joya del Danubio, vieron los correteos tanto de Eichmann como de Hitler. Era la más alemana de las ciudades austríacas, y en ella siempre floreció el sentimiento *volkisch* (nacionalismo germano). La idea de que los pueblos de la Europa Central, las civilizaciones crecidas alrededor de las cuencas del Rhin y del Danubio debían confluir en una gran Alemania, era fuerte no sólo en Austria sino en otros territorios que más tarde el Tercer Reich incorporaría por anexión pacífica o bélica, como Bohemia, Moravia y los Sudetes.

Los proalemanes de Austria eran legión. El padre de Eichmann educó a sus hijos en el pangermanismo aunque, según testimoniaba Adolf Eichmann en sus memorias y en los interrogatorios a los que fue sometido, “mi padre siempre fue apolítico”.

Eichmann tenía 12 años cuando se produjo la hecatombe de los Habsburgo, al ser derrotado el Imperio Austrohúngaro en

la Primera Guerra Mundial. En los años siguientes, mientras el gobierno en Viena era ocupado por políticos socialdemócratas o socialcristianos, surgieron varios líderes con gran predicamento que preconizaban el Anschluss (la unión de Austria en la Gran Alemania). Un tal Andreas Bolek, quien llegaría a *Gauleiter* de Viena en 1939, fue uno de ellos. Era un amigo cercano del padre de Eichmann, quien le había dado trabajo cuando Bolek, terminada la guerra, llegó a Linz con las manos vacías. Otro visitante asiduo de la casa de los Eichmann, en Bischofstrasse 3, Linz, era un abogado llamado Hugo Kaltenbrunner, asimismo fervoroso nacionalista pro germano. Su hijo Ernst Kaltenbrunner, igualmente abogado, militó desde muy joven en la extrema derecha austríaca partidaria del Anschluss, a cuyas filas acercó a Eichmann.

El propio Adolf Eichmann podía sostener que era un austríaco pro germano, por otra parte nacido en Alemania. Y además, en el corazón de Alemania, en la villa de Solingen, a mitad de camino entre Colonia y Dusseldorf, en la región de Westfalia Septentrional-Renania. Esto en cambio no lo podía decir el hijo de Alois Hitler, Adolf Hitler quien había visto la luz en Braunau, en el mismo límite de Alemania y de Austria, pero del lado austríaco. Lo cierto es que tanto el funcionario Alois Hitler como el electricista Adolf Karl Eichmann, se establecieron en Linz. Luego, divergieron las vicisitudes de uno y de otro durante el crucial período de su formación.

Es como si la marca de estos paralelismos obligara sin embargo a señalar una diferencia básica en los años de formación de Hitler y Eichmann: el primero creció en una familia desquiciada, padeció rudos castigos de su padre, y si bien fue amado por su madre, nada compensó el hecho devastador de que Alois Hitler odiara a su progenie. Nada de eso sucedió en cambio en la historia familiar de los Eichmann, donde ni hay frustraciones juveniles ni tampoco episodios de antisemitismo, como durante muchos años dijeron periodistas y biógrafos, desarrollando estereotipos que tanto abrevaban en la analogía con

Hitler como en la búsqueda de explicaciones seudo freudianas para las atrocidades cometidas por el Eichmann adulto.

Es lo que hizo Quentin Reynolds en *Minister of Death*, su biografía de Adolf Eichmann. El periodista norteamericano, quien escribió su libro en 1963 con la colaboración de dos investigadores israelíes, Zwy Aldouvy y Ephraim Katz, sostiene que en el colegio secundario, Eichmann perseguía y castigaba a sus compañeros judíos.

Cuenta Reynolds que el pequeño Adolf era menoscabado por sus compañeros pues su cabello moreno y apariencia semítica le habían ganado entre sus compañeros el mote de *Kleine Jude* (pequeño judío). Según Reynolds, las burlas humillaban al joven Eichmann por lo que éste solía encabezar las persecuciones contra sus compañeros judíos. En especial contra un niño llamado Ulrich Cohn, sometido a permanentes palizas hasta que Ulrich no pudo soportarlo más y se ahorcó en el desván del colegio.

Otro episodio habría protagonizado Eichmann en uno de los colegios que frecuentó, la Staatsoberral Schule, en Linz, cuando se ensañó con otro compañero judío, llamado Ludwig, quien era ferozmente golpeado por la turba hasta que Eichmann suspendía el castigo apoyando su pie sobre el caído. Estos episodios, sin embargo, fueron desmentidos por investigaciones biográficas posteriores, como la de Cesarani.

Adolf Karl Eichmann, padre, había nacido en Elberfeld-Barmen el 3 de septiembre de 1879 y su principal pasión en la vida fue la electricidad. Cuando se casó con María Schefferling natural de esa misma región de la Renania, ocupaba un puesto burocrático en la Compañía Eléctrica de Solingen. Al mudarse la familia a Linz, en 1913, pasó a trabajar para la Empresa de Tranvías de la ciudad danubiana. El viejo Eichmann intentó diversas actividades con suerte dispersa pero una y otra vez regresaba a su rubro preferido, la electricidad. Finalmente, abrió una tienda dedicada a la reparación de pequeños aparatos caseros: Electricidad Eichmann que luego prosperó convirtiéndose en taller de producción de electrodomésticos y que siguió abierta en

Linz durante muchos años. Aun muerto Adolf Karl Eichmann, en 1960, el negocio fue continuado por sus hijos y el rubro siguió leyéndose en una calle de la ciudad danubiana. El pequeño Adolf Eichmann fue el mayor de varios hermanos; eran en total cinco: Adolf, Emil, Helmuth, Irmgard y Otto. Cuando el viudo Adolf Karl se casó de nuevo, con los hijos que aportó la madrastra, fueron siete.

Puede decirse que Adolf Eichmann tuvo una infancia feliz, y si bien ha de haber sido marcado por la muerte temprana de la madre, la figura de su progenitor era cálidamente recordada por el hijo, lo que no significa que éste desafiara a los estereotipos de dureza educativa propios de la época. "Mi padre era muy estricto", confesó en sus memorias Eichmann. Más tarde diría lo mismo de él Klaus Eichmann, hijo del *OberSturmbannführer* Eichmann: "Papá era duro". Y Vera Eichmann en sus escasas remembranzas familiares narró que una vez Adolf le pegó una bofetada a Klaus, su hijo mayor, cuando éste, durante una excursión a un lago, dejó caer un plato al agua. "Debes aprender a estar atento", le dijo a su hijo, quien en 1966 durante una entrevista a una revista alemana, repetía cuán "estricto era papá. Muy estricto".

Eichmann pasó por varias escuelas. Cuando ingresó a la Realschulle de Linz –la misma a la que de 1900 a 1904 había concurrido Hitler–, en 1916, los inscriptos eran 323 alumnos católicos, 19 protestantes y 13 judíos, cifras que reflejan la composición religiosa de la población de Linz. Eichmann fue siempre parco en consignar sus recuerdos pero en ellos sobresale la figura de un maestro que le enseñaba antiguos cuentos de la Biblia en cuyas ilustraciones aparecía un Moisés al que el ilustrador había dibujado con cuernos. Como en casi todas las casas de la clase media de Austria, en la de Eichmann había un piano. Adolf lo tocaba y también estudió violín, y toda su vida gustó de ese instrumento, y cuando podía lo ejecutaba, siendo su compositor favorito Juan Sebastián Bach, ¿quizás por que era natural de Linz?

Pero Eichmann también concurría a la Young Mens Christian Association, donde aprendió una disciplina de combate corporal que entonces era una novedad en todo el mundo, el *jiu jitsu*. Fue miembro de los Wandervogel, organización juvenil de *boy scouts* alemanes, que salían a acampar en las montañas. Su mejor amigo era un judío llamado Mischa Sebba, con quien siguió vinculado hasta 1931.

En la vida de Eichmann hay un episodio desgarrante: la muerte de su madre a edad temprana que sin embargo parece haber asimilado con cierta fuerza. La orfandad materna es otra similitud de Eichmann con Hitler, pero con una diferencia: cuando Klara Hitler es vencida por un cáncer de pecho, ella era una mujer de 47 años y su hijo Adolf, de 19 años, hacía bastante que había volado del hogar, en pos del sueño vienés de convertirse en pintor. Como Klara, ya viuda, sólo tenía consigo entonces a su hija menor llamada Paula, prácticamente una niña, fue Hitler quien la asistió en su enfermedad. Como lo narró el propio Hitler en *Mein Kamft*, y lo ratifican los numerosos biógrafos, desde Alan Bullock y John Toland hasta Joaquim Fest y Ian Kerschaw, el episodio trastornó a Hitler. El único "judío bueno" que en su vida siempre recordó Adolf Hitler fue el doctor Bloch, el médico de Linz que atendió a su madre en la fase final de la enfermedad, y le alivió los sufrimientos.

Cuando en 1916 murió María Schefferling de Eichmann, de sólo 32 años, debido a complicaciones de un sexto parto, Adolf Eichmann era un niño de 10. Si bien no hubo un equivalente al doctor Bloch, no son pocos los judíos que se cruzan en la biografía de Adolf Eichmann: compañeros de escuela, amigos, patrones.

Adolf Karl Eichmann, viudo a cargo de cinco hijos, no tardó en casarse de nuevo. Lo hizo con una mujer que conoció en la iglesia evangelista de la que era diácono. Ella se llamaba María Zawrzel y tenía parientes ricos en Viena. La situación de la familia era oscilante. Los grandes fracasos económicos de Karl Adolf Eichmann, por otra parte justificados debido a los

trastornos políticos y bélicos que atravesaba Austria en aquellos años, no afectaron demasiado la situación social de la familia porque, de una manera u otra, el viejo Eichmann se recuperaba.

Política, primeros pasos

Adolf Hitler vegetó durante muchos años sin tener claro qué quería hacer de su vida e incluso cuando la política entró en sus miras, coqueteó con la extrema izquierda: conforme las investigaciones de Ian Kershaw en su monumental biografía, durante las jornadas revolucionarias de 1919 en Munich, Hitler adoptó un discurso cuasi bolchevique. En cambio, Eichmann no sentía demasiado apego por la política, pero aun en los escarceos de su vida temprana todo lo conecta con la derecha antisemita y antibolchevique de Austria. La vida de Eichmann al comenzar la década del treinta era la de un anodino hijo de una familia burguesa de Linz, con un pobre historial estudiantil –en esto se pareció a Hitler– que sólo aspiraba a tener un empleo cualquiera y casarse con su novia de juventud. Eichmann llega al aparato del NSAP a sus treinta años largos, en busca de una colocación, más que como partícipe de una cruzada política.

Pero veamos una síntesis de la carrera laboral de Eichmann, comenzada con escasos pergaminos formativos. A los quince años, su padre lo retiró del colegio donde cursaba el bachillerato, colocándolo en una escuela técnica: la Hohere Bundeslehranstalt fur Elektronik. Tampoco aquí le fue bien y tras deambular por esas aulas varios años sin conseguir mayores avances, el padre lo llevó a trabajar con él en la aventura en la que se había metido por entonces, la Untersberg Mining Company de Salzburgo, una compañía fundada por Adolf Karl Eichmann para buscar petróleo en territorios de la frontera austroalemana, y que acabó en una quiebra sin remisión. Muchos años después, sin embargo, la experiencia de excavar túneles que hizo para la Mining podría haberle servido a Adolf Eichmann cuando trabajó para CAPRI en Tucumán, ya que utilizó la dinamita en las montañas de la precordillera, cuando realizaba trabajos preparatorios para la

construcción de embalses.

Finalmente, Eichmann encontró un ramo en el cual se desenvolvía bien: la venta. Empezó como corredor para Electricidad Eichmann: vendía aparatos de radio y calefactores a comerciantes minoristas de la región. En un diario de Linz apareció un aviso que ofrecía un puesto de corredor de la compañía petrolera Vacuum Oil Company. La madrastra de Eichmann, con muy buenos contactos sociales en Viena, lo recomendó y Adolf obtuvo el puesto. La Vacuum era una empresa importante, dirigida por dos ingenieros judíos, Weisse y Popper.

Las funciones de Eichmann consistían en visitar estaciones de servicio en las que levantaba pedidos de combustible, pero también sugería lugares donde fuera oportuno abrir nuevas estaciones. Se necesitaba alguien que viajara por todo el país y conociera las rutas a fondo, en una época en la que el automóvil se transformaba, a través de empresas como la Mercedes Benz o la Volkswagen, en uno los rubros más importantes del renacimiento industrial alemán. Esta tarea la cumplía Eichmann montado en una motocicleta roja a bordo de la cual viajaba por toda Austria. Cuando no estaba en el camino, Eichmann, desde su oficina, diagramaba los transportes de combustibles, el movimiento de camiones y la adquisición de materia prima para las instalaciones. Sostiene su biógrafo Cesarani que Eichmann "era el tipo de persona que no destaca cuando está confinado a un escritorio, pero florece cuando le encargan actividades especiales que dan salida a su energía, a su capacidad de usar energía práctica". A Eichmann no le iba mal en su trabajo y le gustaba esa movilidad que le permitía frecuentes estadías en hoteles y posadas por toda la geografía de Austria.

En esto Eichmann se destaca de otros jerarcas del Tercer Reich: no era un desplazado, un fracasado o un *outsider*, como el propio Hitler, que vivió más de tres años en un Asilo de Pobres de Viena, donde estuvo al borde de morir de hambre, o como el letón Alfred Rosenberg, que intentaba ganarse la vida como periodista sin que revista alguna quisiera publicar sus artículos,

o como Heinrich Himmler, cuya mayor hazaña en las algaradas nazis en Munich había sido llevar en sus manos la bandera del estandarte Adolfo Hitler y quien, cuando su jefe fue a prisión en 1923, se retiró a realizar negocios agrícolas, para lo cual instaló un criadero de pollos de escasa rentabilidad.

Joven empleado de la Vacuum, Eichmann estaba en camino de ser un próspero austríaco, bien integrado a su medio. Se puso de novio con la hija de un oficial de policía. Le gustaban los deportes fuertes: esquiaba, piloteaba lanchas a motor en los lagos, o cabalgaba en los amenos alrededores de Linz. Luego, estaban los cafés, los teatros, los conciertos. Varios testimonios coinciden: Eichmann era un buen bebedor, con autocontrol suficiente para que ello no lo perjudicase socialmente. ¿Qué más podía pedir?

Un día de mayo de 1933, el director de la Vacuum le dijo a Eichmann que la compañía prescindiría de sus servicios. Como Eichmann se había afiliado el año anterior a la sección austríaca del NSAP, se ha dicho que su opción política motivó esa represalia. Así lo aducía el propio Eichmann quien a lo largo de su camino como "interrogado" –ante las tropas de ocupación aliadas y luego ante la policía israelí y ante el tribunal de Jerusalén– trató siempre de "construirse" una vida. La verdad es que no se ha podido encontrar relación clara entre la incipiente militancia nazi de Eichmann y su despido. Simplemente, la Vacuum atravesaba una crisis y decidió echar a los empleados solteros. Así pues en 1933 Eichmann se encontró en la calle. Pero la situación en la próspera ciudad de Linz era distinta a la catástrofe que vivía Alemania, trastornada por la inflación galopante y luchas políticas feroces. La tasa de desocupación en Austria era del 12%. No parecía difícil para Eichmann conseguir otro trabajo.

Fue un momento crucial. ¿Qué llevó a Eichmann a hacerse nazi? La primera organización a la que Eichmann perteneció fue, como ya se ha dicho, los Wandervogel, muchachos que levantaban campamentos en lugares bucólicos o escalaban montañas

cantando himnos de exaltación del compañerismo; aunque eran un club deportivo, los Wandervogel tenían una tendencia hacia el nacionalismo *volkish* mezclado con la mística de la raza sana y otros ingredientes que conformarían la ensalada nazi. El amor por lo natural se mezclaba con el ascetismo militaroide, el anticapitalismo y el antisemitismo. Los Wandervogel de Linz, de hecho, proporcionaron muchos militantes a las diversas facciones de la extrema derecha austríaca.

El destino de Austria

Austria, en los años posteriores a la derrota del Imperio, pululaba de siglas y personalidades. Políticos, intelectuales, periodistas difundían incesantemente publicaciones antisemitas que avivaban la llama del odio contra el judío. Un decreto prohibía la entrada de judíos al país. El ideólogo de cuna aristócrata Friedrich von Schmidt, se había hecho amigo del gregario Adolf Eichmann y lo llevó a integrar el Deutsche Österreichischen Frontkampfer Vereinigung, organización de choque antimarxista dirigida por un coronel llamado Hermann von Hiltl, hostil a los dos partidos republicanos de Austria, el socialcristiano y el socialdemócrata. A diferencia de otros derechistas austríacos, von Hiltl era monárquico y legitimista de los Habsburgo. Eichmann militó en la juventud del Frontkampfer, que solía enfrentarse en las calles con las juventudes marxistas y las juventudes sionistas. Era una época en la que todos se preparaban para la guerra, y cada organización brindaba instrucción militar a sus miembros.

Como es sabido, en 1919 había en Munich un pequeño partido de extrema derecha llamado DAP (Deutsche Arbeiter Partit, Partido Obrero Alemán), fundado por Antón Drexter al cual ingresó Adolf Hitler como miembro Nº 111 (luego falsificó la ficha para convertirse en Nº 7). En 1921, Hitler, que rápidamente se hizo con el liderazgo de la organización, transformó el DAP en NSAP.

Adolf Hitler había nacido en 1886. La única ocupación que tenía este pintor de acuarelas, que había fracasado en su intento

de ingresar a la Real Academia de Arte de Viena, era deambular todo el día por las incontables cervecerías bávaras, lugares que contaban entonces con una tarima a la que los comensales podían subir para perorar sobre cualquier tema. A cualquier hora había alemanes –muchos o pocos– dispuestos a escuchar al Aristófanes de turno, cervezas mediante. Si el orador despertaba polémica, la cosa terminaba con sillas volando. Las dimensiones de estas cervecerías solían ser inmensas; equivalían a teatros o pequeños estadios. Baste decir que uno de los discursos más célebres de Hitler fue pronunciado en Munich una noche de 1932... ante cinco mil personas. Pronto, las cervecerías le quedaron chicas y su verba se desparramó por teatros, circos y estadios. Hitler se reveló orador de dotes prodigiosas y ello aumentó espectacularmente las huestes del NSAP. En 1920 tenía sesenta y ocho afiliados y en 1921 tres mil.

En 1923 encabezó un *putsch* en Munich que fracasó y lo llevó a la cárcel pero que lo instaló definitivamente como protagonista de la vida política alemana. El proceso le reportó una condena de cuatro años y nueve meses, de los cuales no cumplió ni un año preso: durante ese lapso, ayudado por su amanuense Rudolph Hess, escribió *Mein Kampf*.

¿Y en Austria, mientras tanto? El NSAP había sido fundado en 1919 por un tal Alfred Proksch pero vegetó durante años por sus problemas para diferenciarse de otras organizaciones políticas, ya que todas despotricaban contra el tratado de Versalles que no sólo había desmembrado el país sino que lo había despojado de miles de kilómetros cuadrados adjudicados a otras naciones. El Nacional Socialismo de Austria comenzó a remontar su suerte cuando Hitler puso a su frente un nuevo líder político, el alemán Theo Habicht, diputado del Reichstag. En las elecciones de 1930 consiguieron 110.000 votos mientras que el Partido de la derecha cristiana conducido por Engelbert Dollfuss, cuya activa milicia callejera se llamaba Heimwehar, tuvo 280.000. En 1932, cuando Adolf Hitler estaba a las puertas del poder en Berlín, los nazis de Austria consiguieron un 20%

de los votos en las elecciones de Viena, Austria del Norte y Salzburgo.

El 1º de abril de 1932, Adolf Eichmann subió las mugrientas escaleras de la Casa Parda de Linz, sede del Österreicher NSAP y firmó su ficha de afiliación. Fue la Nº 899.895. Siete meses más tarde firmó nueva ficha, la de las SS, como el adherente número 45.326. Pero ese día no estaba solo. Su padre lo siguió, afiliándose también al NSAP. Aunque la participación política del patriarca de los Eichmann no parece haber sido destacada, y nadie lo molestó después de la guerra, el hecho es que el padre había seguido al hijo en sus opciones.

El mundo político en el que Adolfo Eichmann recibe su bautismo de fuego, cuando por primera vez se mira al espejo con la gorra negra y el águila plateada en la gorra que integraba el uniforme de los SS, era un fruto desquiciado de la caída del Imperio. La derrota del Imperio austrohúngaro en 1918 con el consiguiente derrumbe de la dinastía de los Habsburgo, revolvió el mapa de Europa, en el que aparecieron nuevas naciones como flecos del viejo Imperio: Checoslovaquia se asentó en la vieja Bohemia, Hungría se independizó, Yugoslavia apareció en los Balcanes. Dentro de Austria, la Iglesia católica aumentó su influencia.

Una figura creció sobre todas: la del arzobispo de Viena, cardenal Karl Dietrich Piffl, quien llevó a la masa de los católicos a aceptar la república aunque una república muy especial. El emperador abdicó y se fue a esperar la muerte a Bélgica, con lo cual dejó sin sostén a los legitimistas que querían la restauración imperial. Austria sería definitivamente republicana. Bajo el ala de Piffl, creció el partido socialcristiano, a expensas de los socialdemócratas de Karl Renner.

Llegó al poder un político que era también cura: el padre Ignaz Seipel, sumiso a la orientación del cardenal Piffl quien pasó a ser el hombre más influyente de Austria. A su amparo, creció la milicia derechista Heimwehar, que disputaba la calle a los grupos de choque izquierdistas. Así se conjuró la pesadilla de una Viena

roja, esa marea que surgía de los barrios obreros que lamían la ciudad alegre del Prater. Junto al Prater se alzaba la Cancillería, y para llegar a ella había que pasar por la Rotenturmstrasse, la calle donde estaba la sede del arzobispado.

Los acontecimientos sucedidos en Baviera en 1919 –revolución espartaquista reprimida con un baño de sangre– causaron honda impresión en Austria. Todo lo que pasaba en Baviera repercutía en Austria. Y la revolución en la cual se quemaron los destinos de Rosa Luxemburgo y Kurt Liebchik, había dividido irremisiblemente a Austria entre "negros" y "rojos".

En este contexto, ¿cuáles fueron las claves de la formación política e intelectual del joven Adolf Eichmann? Ante todo, una profunda desconfianza ante el sistema democrático. Aunque los socialcristianos participaran del régimen parlamentario, Engelbert Dollfuss postulaba el Estado Cristiano Corporativo. El segundo prisma ideológico eichmanniano era el pangermanismo. Y finalmente, algo que impregnaba toda la vida austríaca en esos años: el antisemitismo. Los tres elementos se fusionaron en una espiral. "Los cristianos deben servir a la Patria para salvarla del bolchevismo", clamaba en sus arengas el arzobispo Piffl. La soldadura de estos elementos sin embargo rechinaba, pues muchos ciudadanos se preguntaban: ¿Qué ganaría una Austria que marchara a la rastra del gigante Prusiano? Porque, y esto lo tenían presente muchos austríacos, una Alemania triunfal sería una Alemania con el alma más prusiana que bávara. Y Austria era un país católico. El Rhin teutónico iba a arrastrar al Danubio latino. En este dilema se quemó Dollfuss mientras crecía como la peste el austrofascismo, que alimentaba la linfa del NSAP.

Mientras tanto la sangre corría en las calles de Viena. La policía reprime violentamente una manifestación izquierdista y quedan 49 cadáveres. Viena es un campo de batalla. En el Prater las milicias de diferentes signos hacen ejercicios bélicos mirándose de reojo. Todos se arman. A la Heimwehar, los socialdemócratas oponen su propio ejército, el Schutzbund.

También los bolcheviques andan armados. Al morir Seipel, el Partido Socialcristiano llega al poder a través de un nuevo líder: ese Engelbert Dollfuss, un político tan pequeño que los vieneses llamaban el "enano maldito" porque sólo medía 1,51 metros. Fracasa un levantamiento socialista el 12 de febrero de 1934. Se prohíben los partidos socialista, comunista y nazi.

¿Participó Adolf Eichmann de estos hechos? No hay huellas. Simplemente, un buen día cruza la frontera en Passau. No está solo: militantes del NSAP de Austria se trasladan en masa a Munich, como "exiliados". A todos ellos, entre quienes está Eichmann, el partido nazi alemán les reserva buenas condiciones de vida, a la espera de que puedan regresar a Austria. Pero Eichmann ya no lo haría sino en triunfo, ya consumado en Anschluss, en 1938.

Dollfuss sigue convocando elecciones, mientras desde un año atrás, desde el 30 de enero de 1933 Hitler ocupa la Cancillería de Berlín. El NSAP crece en Austria: en 1932 tiene el 17% de los votos en Viena, el 29% en Salzburgo y el 14% en la Baja Austria. El 25 de julio de 1934, Hitler juega todas sus cartas en Austria a un levantamiento nazi: sesenta militantes se disfrazan con uniformes del ejército austríaco y en camiones se dirigen a la Cancillería. Engañan a la guardia y consiguen llegar al despacho del Canciller que ha pasado la noche allí. Un nazi llamado Otto Planetta vacía varios cargadores de su Luger sobre el cuerpo de Dollfuss.

Cometido el magnicidio los nazis se retiran. Hitler, que esa noche había ido al teatro a escuchar una ópera de Wagner, pretende lavarse las manos. Fue una aventura del NSAP austríaco, en todo caso, aduce. Fue uno de los grandes fracasos de la política exterior hitleriana en aquellos años. Planetta y otros seis nazis fueron ejecutados. Otros militantes pardos sufrieron penas de prisión. El socialcristianismo siguió un tiempo más en el poder. Nada ha permitido vincular al joven Eichmann con la aventura del nazismo austríaco que culminó en el crimen de Dollfuss. Sin embargo, el clima en el que se produjo el intento frustrado

de 1935, manchado con la sangre de Dollfuss, era el que había mamado Eichmann. Lo que no consiguieron a través de un *putsch* frustrado en 1935, lo conseguiría Hitler sin disparar un tiro en 1938.

Un clima de época

Además de la prensa partidaria, el austronazismo contaba con importantes apoyos en el campo universitario e intelectual, con revistas influyentes como el *Schonerer Zukunft (Futuro Mejor)*. El antisemitismo campaba y la minoría protestante se había alineado en la causa pangermana. Sólo restaba dar el último golpe para que la mayoría católica se entregara al nazismo y ello sucedió el 18 de marzo de 1939 cuando la conferencia de los obispos de Austria firma esta declaración: "Observamos con alegría los éxitos obtenidos por el Movimiento Nacionalsocialista en la construcción de la Austria alemana *(volkisch)*. También estamos convencidos de que gracias a la acción del Movimiento Nacionalsocialista se alejará el peligro del bolchevismo destructor y ateo". Una carta manuscrita del cardenal Innitzer, que había reemplazado a Piffl terminaba con esta exhortación: *¡Heil Hitler!*

El crecimiento del nazismo austríaco contenía una paradoja. En 1918, Austria era un despojo. El país parecía a merced de fuerzas imparables, ya fuesen los revolucionarios nacionales o los bolcheviques rusos. Quince años después, se había recuperado y muchos austríacos estaban entusiasmados con su república, agitada pero al menos mucho más ordenada que el volcán alemán. Engelbert Dollfuss, un político conservador de tendencias fascistas, suscitaba esperanzas. Sin embargo, sometido a las presiones de Alemania e Italia, Dollfuss echó cerrojo a la vida política, disolvió el Parlamento y declaró ilegales a los partidos. En estas condiciones, ¿qué ganaría el país uniéndose al Tercer Reich? Así lo entendió la derecha austríaca, quien, aunque de manera reticente, apoyó a Dollfuss.

Un día de 1931 Adolf Eichmann, un petimetre de 26 años, se afeita y emperifolla, sale de su casa en Bischofstrasse 3 y

camina unos metros a orillas del Danubio. Viste con elegancia: abrigo largo, sombrero negro, un bastón de caña con empuñadora de plata. Se sienta en algún café elegante de los que abundan en la ciudad y se sumerge en la lectura del *Linzer Tagepost* o del *Linzer Volkstimme*, pasquines nazis austríacos. A estas lecturas agregaba los ejemplares del *Volkische Beiobachter*, el diario muniqués que habían comprado los nazis convirtiéndolo en órgano oficial del partido, y que llegaba a media mañana a Linz. Estos diarios publicaban espeluznantes relatos de las luchas callejeras que cada noche tenían lugar en Linz entre los militantes nazis y la canalla marxista y sionista.

Pero el antecedente inmediato de su afiliación al nazismo fue el gran mitin que el *Österreicher* NSAP organizó el 1º de abril de 1932 en un estadio llamado Marzenkeller. Allí Eichmann encontró a su amigo Bolek acompañado de alguien que Eichmann conocía bien pero hacía tiempo que no veía: *herr doctor* Ernst Kaltenbrunner, quien se presentó luciendo su flamante, impresionante uniforme negro de las SS. Kaltenbrunner le dio el último empujón a Eichmann cuando le susurró al oído, erizados ambos por los cánticos y el fervor: "Tú eres de los nuestros, ¿qué estás esperando?". Al día siguiente, Eichmann se afilió.

La formación nazi

Para Eichmann y para su familia, los Kaltenbrunner –tanto el padre abogado de prestigio como el hijo asimismo graduado en Derecho– eran personas influyentes. Además, a Eichmann no dejó de impresionarle el aspecto de su viejo amigo Ernst con la visera de la gorra sombreándole los ojos y en ella reluciente el águila de plata de las SS.

Las SS se hicieron cargo del joven Adolf Eichmann. En Munich siguió un curso de ocho semanas de entrenamiento militar: ¿en qué consistía ese entrenamiento? En combate callejero. Por ejemplo, técnicas para reventar los actos rivales, y la forma de impedir que las milicias cristianas, socialistas o

comunistas reventaran los propios. A fines de septiembre de 1933, Eichmann recibe del *Sturmbannführer* Karl von Pichl, comandante de escuadrón, la orden de integrarse en un equipo de ocho hombres cuya misión era patrullar la frontera austríaca-alemana para recoger fugitivos nazis y organizar su recepción e integración del lado germano. En enero de 1934 tras pasar las Navidades en Passau, el aún soltero Eichmann es transferido a Dachau, cerca de Munich, donde funcionaba el primer campo de internación de prisioneros inaugurado por los nazis en cuanto tomaron poder. Por entonces, sólo había allí prisioneros políticos, en especial militantes comunistas.

¿Qué hace Eichmann en Dachau? Lo asignan a un cuerpo llamado SS Standarte Deutschland. En los interrogatorios a los que será sometido en Buenos Aires y Jerusalén, Eichmann dirá que durante el tiempo que estuvo en Dachau, aprovechó para "leer y aprender sobre la historia del nacionalsocialismo". Lo que más lo impresionaba, adujo, era el sentido del autosacrificio y la solidaridad de los SS. "Lo que había aprendido en Linz, en Passau y en Dachau era la importancia de la camaradería ante la persecución, la convicción de que un nazi no debía rendirse nunca por dura que fuese la lucha."

Mientras Dollfuss era asesinado por los camisas pardas de Viena, algunos de los cuales caerán como moscas semanas y meses después, bajo las balas de la milicia socialista y roja, Eichmann parece vivir en otro mundo, como una joven promesa, un becario conservado entre algodones para que "rinda". Aprende a gestionar un campo de prisioneros en Dachau y luego lo mandan a Berlín para que se presente en el 102 Wilhelmstrasse, sede de la SD. Comienza la larga deriva de Eichmann a través de la tortuosa burocracia policial nazi. Comprender la red de lo que fue el poder policial nazi no es fácil.

Un cuerpo de elite había sido conformado en 1919, las SS o Schutzstaffeln (literalmente, Unidades de Seguridad), que en su origen no era otra cosa que un grupo de guardaespaldas destinado a evitar que a su jefe le rompieran la cabeza cada vez

que lanzaba sus incendiarios discursos en las cervecerías de Munich.

Los primeros SS fueron cuatro: un carnicero, un médico, un ex soldado y un policía. No se podía ir discurseando como lo hacía Hitler sin tener las espaldas cubiertas. Las SS, diez años después, tenían un millón de integrantes. Con el tiempo las SS adquirirían unas dimensiones casi monstruosas al punto de que se las ha descripto como un Estado dentro del Estado. Contenían en su seno a la *Verfügungstruppe* que más tarde pasaron a ser las Waffen SS, o Ejército SS, un cuerpo militar, que era autónomo de las Wehrmacht, o Fuerzas Armadas del Reich. La SA era una milicia organizada por Ernst Röhm para ganar la calle disputándola con otras milicias que tenían los socialistas y los comunistas.

Luego existía la SD o *Sicherheitsdienst* (Policía de Seguridad), creada en 1939, que fue la organización de la policía política, de la cual las SS fueron los primeros años un desprendimiento casi "aristocratico". La SD era un conjunto arborescente de organizaciones de seguridad.

La Gestapo fue creada en 1933 por Hermann Goering como policía política de Prusia. Después se amplió a los diversos *Lander* alemanes.

Esta intrincada estructura, que con frecuencia se duplicaba en arborescentes conexiones, tenía otros recovecos. Estaba la Kripo o *Kriminal Polizei*, estaba la GFP o *Geheime Feldpolizei* o cuerpo de policía secreta, estaba la Sipo o *Sicherheitspolizei* y estaba la RSD o *Reich Sicherheitsdienst,* que pasó a ser la unidad destinada a proteger personalmente al Führer. Un abstruso mapa de siglas y organizaciones sobre el que se basaba un poder que como el de todo totalitarismo era en el fondo dramáticamente esquemático: estaba destinado a aplastar toda oposición al régimen, regir el cuerpo y la mente de los alemanes, seleccionar las sangres, purificar la raza, objetivos para los cuales había que eliminar aquello que no servía a los fines del Reich.

También integraba la estructura del estado policial, el

espionaje interior y exterior y el contraespionaje o Abwehr, que aumentó su importancia cuando, a partir de 1938 y 1939 Hitler, consolidado su poder en el interior de Alemania, reveló que su objetivo era dominar el mundo.

En 1936 Hitler concentró el mando de esta vastísima y compleja estructura de la seguridad en manos de Heinrich Himmler. La Orden Negra, como se llamaba a las SS, pasó a tener poderes enormes. Y cuando se instrumentó la exterminación de los judíos, fue encargada de esta crucial tarea. Dentro de ella, Adolf Eichmann, que hasta entonces había despuntado sus dotes organizativas en modestas empresas como la venta de gasolina, la ayuda social a los nazis de países vecinos o la organización de provisión y suministros para las primeras prisiones políticas, tendría el campo libre para desarrollar su vocación: organizador del exterminio. Asesino de oficina.

Como Eichmann no acababa de ver perspectivas de progreso en las tareas que hacía en Dachau, limitadas a reubicar a nazis austríacos, pide un traslado y al cabo de un tiempo recibe la orden de presentarse en la sede berlinesa de la SD, situada en un antiguo palacio de los Hohenzollern, en el 102 de la Wilhelmstrasse. Eichmann salió radiante: lo habían asignado a la oficina que se dedicaba a los masones. Por entonces, la SD era una dependencia de escasa importancia en la aún incipiente estructura policial del Reich. Ésta era como un mapa de los circuitos cerebrales del Führer, y su organigrama podía seguirse a través del sumario de *Mein Kampf*.

La SD había nacido en agosto de 1931 cuando Reinhard Heydrich, un oficial naval expulsado del cuerpo, había sido llamado por Heinrich Himmler para organizar un aparato de inteligencia. Heydrich y Himmler concibieron un proyecto que se amoldaba a los designios del futuro Führer: el Estado nazi acumularía todos los datos de la vida, ideas, opiniones, presente y pasado de cada una de las personas, fueran éstas protagonistas de la vida pública o ignotos totales. Por supuesto, en primer lugar había que saberlo todo sobre políticos, empresarios, intelectuales,

militares, estudiantes, líderes sociales o religiosos.

La inteligencia nazi tenía por finalidad conocer a fondo a los enemigos del Partido: judíos, católicos, masones, gitanos, homosexuales, comunistas, socialistas. Pero como el concepto de enemigo era ambiguo (¿acaso el amigo de hoy no podrá ser el enemigo de mañana?), construir esa maquinaria iba a demandar mucho trabajo...

Eichmann no desaprovechó su oportunidad. Se puso manos a la obra, desplegando las cualidades que le iban a permitir una meteórica carrera: trabajo obsesivo, energía ilimitada, pero también iniciativa propia. No se trataba tan sólo de devenir un amanuense. Para eso había muchos candidatos. Se trataba de interpretar con imaginación y creatividad las ideas que bajaban de la mente del Führer y debían formar la trama infinita de la vida del Reich. Comenzó así a componer un registro de la francmasonería germana.

Eichmann era un archivista concienzudo. Los prontuarios que elaboraba de cada masón fueron el modelo para la que sería, años después, su obra maestra: el control de los judíos. En algunos meses, Eichmann consiguió tener un registro minucioso de entre 100.000 y 200.000 masones alemanes. El trabajo de Eichmann no se diferenciaba mucho del que hubiera podido cumplir en una universidad: acopiar conocimientos, información y análisis. Para ello, había que conocer el campo. Eichmann se hizo experto en masonería como luego se haría experto en judaísmo. Leyó todos los libros sobre la fraternidad, desde los tratados a los panfletos, desde los clásicos medievales hasta las experiencias más bizarras, desde las obras del conde de Saint Germain a los tratados teósofos modernos. Trazó esquemas de las logias, cuadros de las jerarquías, mapas de los templos, relevó las relaciones entre masones alemanes con sus congéneres ingleses, franceses, escandinavos, sin olvidar el estudio de los panfletos de la policía del zar como aquellos Protocolos de los Sabios de Sion, que tanto jugo dieron en todos lados y de los que el archivo sobre francmasonería de la SD, pronto adquirió

una colección completa de ediciones.

Era como si Eichmann hubiera cursado estudios completos sobre el tema. Ello le sirvió para repasar las fuentes teóricas del nacionalsocialismo, según las cuales los masones eran protagonistas de una conspiración mundial que detentaba el poder económico y político. Así conoció a fondo los libros de Alfred Rosenberg y Julius Streicher, sin olvidar la biblia del Reich, *Mein Kampf*, así como la prosa de los pasquines antisemitas y antimasones. Y Eichmann tenía para entretenerse. Streicher por ejemplo dirigía *Der Sturmer* que cada semana vomitaba varias páginas contra los enemigos del Reich y predicaba su exterminación. Streicher sería ahorcado por ello en Núremberg.

Eichmann recibió la orden de organizar un Museo de la Masonería, que concentraba documentos, libros, medallas, objetos de culto, escudos, banderas, fotos, reliquias. Todo estaba perfectamente clasificado y ordenado. Pronto el Museo atrajo a dirigentes y por allí desfilaron Goebbels, Goering, Von Ribbentrop, etc. Eichmann trabajó a las órdenes de un exótico ruso emigrado con barba de chivo, el profesor Gregor Schwartz Bostowich, quien había conseguido el grado de SS *Sturmbannführer* presentándose como un experto en la vieja orden medieval francmasona. "Muy gracioso", lo definió luego Eichmann. El Museo gustó tanto a los jefes nazis que lo trasladaron, tal como estaba, a un edificio más importante, en la Prinz Albrechtstrasse. Sobre él ha dejado un testimonio uno de sus visitantes, el representante de Suiza en la Cruz Roja, Carl Burkhardt. En varios salones vidriados, las reliquias y objetos estaban agrupados por países, y cada panel de exposición tenía la bandera del país de origen. Tras recorrer varios salones, el visitante pasaba a una dependencia interior, que permanecía en una semi oscuridad, pero en la que luces violetas iluminaban con un efecto teatral los retratos, colgados en la pared, de los principales jefes francmasones del mundo. Este efecto teatral explicaba Burkhardt, sugestionaba al visitante como la revelación de una cripta secreta.

A pesar de que sus jefes lo felicitaron por el éxito del Museo, a Eichmann no lo conformaba ese inesperado protagonismo "casi turístico". Todo ello sin embargo le sirvió para aceitar sus contactos. El mundo del poder nazi era reducido y estable: se componía de unas pocas decenas de personas que habían acompañado la irresistible ascensión al poder de Hitler, desde el *putsch* de 1923 hasta el sillón de la Cancillería, bajo la tutela del viejo mariscal Paul Hindenburg, del cual sin embargo pronto se iba a desprender. A esta altura, el destino de Eichmann estaba ligado al de otros tres hombres: sobre Kaltenbrunner se ha hablado ya. ¿Quiénes eran Reinhard Heydrich y Heinrich Himmler?

Himmler

Heinrich Himmler había nacido en 1900 en Munich, hijo de un profesor de colegio secundario llamado Gebhard Himmler y un ama de casa llamada Ana Heyder. Bávaros, eran católicos y el niño Heinrich tomó la primera comunión vestido de blanco en la capilla de Wiess, un pueblito montañoso bávaro adonde los Himmler iban de vacaciones. Mientras recorría el pasillo central de la iglesita con un cirio en la mano, Heinrich escuchaba la letanía del cura: *"Gott werde, ich lieben lieben..."*. "Dios nos cuida, debemos amarlo."

Pero el niño Himmler iba a amar a otros dioses. Primero le atrajo el campo. Ingresó a la Escuela de Agricultura. Fue un alumno atento. Cada vez que el pequeño Heinrich se concentraba en algo, sobresalía. Su sueño era tener un criadero de pollos. En los años que siguieron al proceso por el *putsch* de Munich, mientras Hitler permanecía en la prisión, las acciones del NSAP menguaron. Cada uno de los históricos que habían pertenecido al viejo núcleo, se dedicó a otra cosa. Himmler por ejemplo instaló un criadero de pollos.

Pero en 1935, cuando Adolf Eichmann llega a Berlín y ocupa su escritorio en la sede de la SD ya Himmler era un personaje legendario aunque aun faltaba más de un año para que Hitler

pusiera en sus manos todo el aparato de seguridad del Estado. Es pues con emoción que Eichmann pisa por primera vez el despacho de Heinrich Himmler.

¿Cómo era el hombre Himmler? De talla mediana aunque bien proporcionado, el hombre que recibió a Eichmann lucía agotado. Llevaba doce o quince horas trabajando. Su resistencia a la fatiga era proverbial. Pronto lo sabría Eichmann. La entrega de Himmler a sus funciones era absoluta. Y lo mismo exigía a todos sus colaboradores. A las ocho de la mañana estaba Himmler en su despacho y no lo dejaba sino a la madrugada siguiente. Pero además, trabajaba dondequiera que estuviese. Sus viajes frecuentes a cualquier lugar donde las SS extendieran sus dominios, siempre iba acompañado por sus subordinados. Dictaba correspondencia y borradores sin descanso, aunque estuviese en el sillón del peluquero, en su dormitorio o en un vagón de tren. Lo leía todo con minucia y hacía anotaciones en los márgenes, con tinta verde. Todo documento que pasara bajo sus ojos quedaba inicializado con las letras GEL (abreviatura de *gelesen*, leído,) seguido de la fecha y su rúbrica, dos Haches enlazadas y atravesadas con un trazo horizontal que culminaba en una flecha.

Para sus empleados, Himmler era cordial aunque distante. No gustaba de las orgías gastronómicas a las que se entregaban otros jerarcas como Goering, su contrafigura en tantas cosas: mientras el mariscal del aire vivía en un fastuoso castillo rodeado de obras de arte (robadas), Himmler era austero. Comía junto a sus colaboradores en el modesto restaurante de la organización y hasta compartía raciones y podía engullir un bocado en los lugares más insólitos. No era soberbio y permitía que quienes lo habían conocido tiempo atrás siguieran llamándole Heini (Quique), su apodo juvenil. En las SS solían decirle Reich Heini. Tenía Himmler gran don de persuasión y según el doctor Gebhardt, uno de sus médicos e íntimo amigo, "Himmler creía profundamente en lo que decía".

Aunque apenas había pasado la treintena sus cabellos ya

comenzaban a menguar. Sus facciones eran un poco abultadas. Parecía más un empleado público, o el contador de un pequeño comercio que el jefe de seguridad de un mecanismo policial en crecimiento. Su mentón era minúsculo, huidizo. Dos rasgos lo hacían inconfundible: su bigote y sus anteojos sin montura que escondían unos ojos pequeños, apenas dos rayas tras las que refulgían sus pupilas azules. Ojos rasgados, típicamente orientales, extraños en aquel bávaro. Ojos terribles por la penetración de la mirada que escrutaba a sus interlocutores como un escalpelo. Su extraño cuello, de aspecto enfermizo, era largo y su piel fláccida y rugosa. Parecía un cuello de viejo. Si el cuello de Himmler era el de un viejo, las manos eran de un adolescente: pequeñas y blancas, casi femeninas. Una pose era característica en él. Extendía las manos sobre la mesa y las dejaba reposar, con las palmas contra la mesa. ¿Qué significaba ese gesto? Enigmático, inmutable, decían de Himmler quienes lo conocían.

Jamás alzaba la voz. Eichmann, quien pasó con él diez años de su vida y lo vio en todas las circunstancias en que un hombre podía ser observado, no recordaba que Himmler perdiera la calma nunca. A Eichmann y a sus demás subordinados, nunca les habló en términos encomiásticos ni en tono de reproche. Jamás se irritaba ni gritaba. Su voz era monocorde, apagada. Por otra parte, ¿quién había escuchado a Himmler? Goering, como presidente del Reichstag, era un orador. Goebbels era un virtuoso del lenguaje oral y un virtuoso del nuevo y sensacional medio de difusión, la radio. Himmler sólo pronunciaba discursos en reuniones con sus oficiales.

Daba instrucciones imprecisas, no por falta de definición en su pensamiento sino por cálculo. Sostenía Himmler que sus hombres debían descubrir por sí mismos el medio de complacer a su jefe. Cultivaba un fanático culto del secreto, que era para él una regla absoluta: la violación de un secreto era penada con la pena más severa, incluso la muerte.

Heinrich Himmler fue un modelo humano y político de

Eichmann, por lo menos hasta que trató íntimamente a una nueva estrella en el firmamento SS, Reinhard Heydrich, por quien sentiría viva preferencia. Himmler era un organizador más que un líder, un ser reservado y recóndito más que un exhibicionista. Tenía, sin embargo, Himmler una ambición devoradora que lo hizo quemarse en las enemistades furibundas que atormentaban el círculo íntimo del Führer. Una escuela que él reproducía en su organización: la hidra del burocratismo convirtió el aparato de seguridad en un laberinto incomprensible salvo para quienes como Himmler tenían en su cabeza todos los recovecos del monstruoso engendro.

Himmler era muy distinto a Reinhard Heydrich. Este último no era un asesino de escritorio, sino un hombre de acción, un Sigfrido que se creía llamado a los más grandes destinos. Como policía –no ha de olvidarse que todos ellos eran en realidad policías– Heydrich no mezquinaba la mano. Las de Heydrich estaban manchadas de sangre y callosas por el oficio de matar.

La galería policial del Reich incluía tanto a Eichmann, quien sostenía no haber matado a nadie y no haber visto jamás muerte alguna, como a Himmler quien había comenzado como asesino de su amante y había seguido como reventador de actos y guardaespaldas para culminar como ideólogo y príncipe de una organización asesina. La escalera bajaba hasta Heydrich, un torturador refinado, que no le hacía asco a nada, al que encomendaron que aplastase una organización de resistencia en Checoslovaquia. En el final estaban los asesinos rústicos, los carniceros que componían las *Einsatzgruppen*.

Reinhard Heydrich provenía de un medio extraño para la elite de los nazis: la Marina. Había nacido el 7 de marzo de 1904 en Halle, hijo de un músico y compositor de cierto prestigio, Bruno Heydrich. Pero Reinhard, aunque melómano como casi todos los dirigentes nazis, y decían que afiatado ejecutor del violín, prefería la náutica a la música. Hizo una gran carrera como marino, y su protector era el almirante Wilhelm Canaris. En 1922 ingresó en la Escuela Naval, en 1926 ya tenía el grado de teniente y en

1928 de capitán de corbeta, pero en 1931 lo expulsaron.

Ese mismo año, en agosto, Adolf Eichmann conoció a Vera Liebl. Era una mujer morena, y sencilla. Provenía de una familia campesina de Mladé, Checoslovaquia, cuyos padres se habían radicado en Linz. Así relató el encuentro Vera: "Una noche fui a un concierto en Linz. Adolf estaba en una butaca cercana. Fue amor a primera vista". Tras noviar cuatro años, Eichmann presentó una solicitud pidiendo autorización para casarse con Vera ante un organismo llamado RSHA (Oficina Racial de las SS). Era un paso obligatorio para todos los integrantes de las SS: debían probar la pureza aria –a lo largo de varias generaciones– de la novia con quien pretendían casarse. Para ello se abría un *dossier* con documentos sobre bautismos, casamientos y genealogías que abarcaban hasta tres generaciones. El expediente, si todo iba bien, concluía en una resolución de las SS declarando que no había impurezas en los antecedentes de la candidata.

Eichmann tuvo problemas, pues Vera no consiguió todos los documentos requeridos y por lo tanto el expediente quedó incompleto. Pero para algo le sirvieron a Eichmann las relaciones que ya había empezado a cultivar con algunos importantes jerarcas de las SS. Al final, autorizaron la boda.

Otro problema era que los SS no podían pertenecer a una Iglesia. En caso de que tuvieran vínculos religiosos, debían renunciar a ellos. Hostil a las religiones, el régimen preconizaba la familia como un mandato, salvo el caso del Führer, siempre soltero debido a que su novia eterna era Alemania. Cuando un integrante de las SS se casaba, sus camaradas le armaban una ceremonia en la cual los novios, tras proclamar su lealtad al Führer y al Reich, pasaban bajo una especie de túnel hecho con ramas de pino, grandes banderas rojas con la cruz svástica y estandartes del cuerpo al que pertenecía el novio, al tiempo que se entonaba el Horst Wiessel Lied y el *Deutschland Uber Alles.*

Pero Vera era católica y por más que apreciara la carrera que estaba realizando su novio, no renunció tan fácilmente a una ceremonia en la iglesia en la que había sido bautizada. Por

su parte, Adolf tenía a su padre y a su madrastra vivos, ambos fieles de la Iglesia evangelista de Linz. Adolf Karl era diácono, una especie de ayudante del pastor.

Eichmann puso todo su empeño en casarse con Vera pero estos inconvenientes retrasaron la boda. Finalmente, como compromiso entre unas y otras exigencias, no hubo ni boda nazi ni boda religiosa. Adolf y Vera se casaron sin ceremonia alguna en el registro civil de Passau, el 21 de marzo de 1935. Esta fecha iba a jugar un cierto papel en la captura de Eichmann. Una foto recuerda el acontecimiento: la pareja se toma de la mano. Adolf viste su uniforme negro de las SS y Vera, vestida de blanco y seria, lleva en su mano izquierda un gran ramo de crisantemos blancos.

No hubo luna de miel y prácticamente los novios no estuvieron sino unas horas juntos ya que Eichmann volvió a sus tareas en la SD. Pero al menos pudieron alquilar un buen departamento en el barrio berlinés de Britz. Estaba en el número 34 de la Onkel Herese Strasse. Un año después, nació Klaus, el primer hijo de la pareja.

Dado que el Estado nazi no jugaba con estas cosas, era imposible avanzar en la burocracia estatal sin que el funcionario ofreciese una buena fachada familiar: todos los altos jerarcas del régimen eran casados, salvo el homosexual Ernst Röhm, jefe histórico de las SA y parece ser que, en su delirio, rival *in pectore* de Hitler. En fecha tan temprana como 1934, durante la primera gran purga nazi, llamada la Noche de los Cuchillos Largos, Röhm y sus acólitos fueron defenestrados. Röhm terminó asesinado como un cerdo por un guardia de las SS en una celda de Berlín.

Eichmann había conseguido finalmente cumplir todas las exigencias del régimen en el dominio privado, pese a lo cual no faltaban ciertas tensiones en su universo familiar. Vera renunció con tristeza a sus expectativas sociales, contentándose con una boda prácticamente clandestina. Pero en cambio, se negó a inscribirse en el Partido. Esta reticencia de Vera Eichmann

no favoreció la carrera de Eichmann. Tanto Marga Himmler como Lina Heydrich, las esposas de los dos jerarcas de las SS y superiores de Eichmann, apoyaron la vida social de sus maridos.

Pero Eichmann no insistió y Vera pasó a tener una vida confinada al hogar. Y así, Adolf Eichmann, en un año que sería crucial en su vida –1935–, cumplidos todos los requisitos, pudo dedicarse en cuerpo y alma a su carrera. Estaba encaminado: tenía un buen trabajo, había formado una familia y sus perspectivas eran prometedoras. El gobierno al cual había decidido ofrendar su vida, también estaba llegando a un cenit.

La cuestión judía

Fue entonces que sus jefes decidieron trasladarlo a otra dependencia de la SD, encargada del tema judío. A lo largo de todo un año, Eichmann estudió la "cuestión de los judíos", a la que Adolf Hitler había dedicado tanta importancia en el *Mein Kampf*. Eichmann fue encargado de preparar un informe que abarcase la actualidad del movimiento sionista y los movimientos de sus líderes incluyendo el estado de la prensa judía en todo el mundo. Cada día, Eichmann estudiaba a fondo el principal periódico judío, el *Haynt*, publicado en Varsovia. Allí leyó un artículo sobre la Haganah, el brazo armado del movimiento sionista, que le abrió los ojos sobre esta actividad que conocía poco. Para informarse mejor, Eichmann pidió una entrevista con el doctor Paul Eppstein, uno de los líderes de la comunidad judía en el Tercer Reich.

Mientras preparaba este panorama, los jefes de Eichmann le ordenaron que investigara el asesinato, en febrero de 1936, de un dirigente del NSAP suizo, Wilhelm Gustloff. Las SS sospechaban que en ese hecho pudieron haber intervenido agentes de Haganah, en especial un hombre llamado Fievel Polkes, del que se sabía que era espía sionista. Eichmann se puso a buscar a Polkes. Llegó a él a través de un periodista alemán, el doctor Franz Reichart, quien trabajaba como corresponsal en Jerusalén para la DPA, la agencia alemana de noticias, recientemente creada. Polkes se

hallaba empeñado, como todo el movimiento sionista, en una tarea épica: la emigración a Palestina de judíos de todo el mundo.

En 1885, Teodoro Herzl, un hombre rico y de esmerada educación universitaria, nacido en 1860 en Budapest, cuya íntima ambición era convertirse en un dramaturgo famoso, había publicado un opúsculo de 85 páginas, titulado *Der Judenstaadt (El Estado judío):*

> Somos un pueblo, repito un pueblo. Por doquier hemos tratado honestamente de integrarnos en las comunidades nacionales que nos rodean, conservando sólo nuestra fe Hemos tratado… Pero no se nos permite esa actitud… En vano nos esforzamos por aumentar la gloria de nuestras patrias mediante realizaciones en el arte y la ciencia y su riqueza con nuestras contribuciones al comercio… Se nos denuncia como extranjeros… Si al menos nos dejaran en paz… Pero no creo que lo hagan…

No. No lo harían. Herzl sostenía en su panfleto –¿o era una obra doctrinaria fundadora?– una idea básica y elemental: los judíos debían formar un Estado en algún lugar del mundo, que podría ser, por ejemplo, cierta parte de África. ¿Cuál? ¿Por qué no Uganda? También podría radicarse Israel en América. Por ejemplo, en la Argentina, donde el Barón Maurice de Hirsch había instalado ya 6.000 judíos en colonias agrícolas de la provincia de Entre Ríos. O en la vieja Palestina, el hogar nacional que se habían vistos obligados a abandonar dos mil años atrás.

En pocos meses, el libro de Teodoro Herzl caló hondo en el mundo judío y se multiplicaron las ediciones, historia de la cual Eichmann, en su nueva función de "experto" en judaísmo, tomó buena cuenta. Eichmann se puso a leer esas páginas, que encontró tan indigeribles como un ladrillo. Poco a poco, se introdujo en el laberinto de las discusiones y disensiones que agitaban los Congresos del movimiento sionista.

Eichmann, a través de Reichart, dejó filtrar esta información que llegó a oídos de Polkes: el Tercer Reich podría estar interesado

en permitir y hasta subvencionar masivos salvoconductos a los judíos alemanes que emigraran a Palestina. Polkes picó el anzuelo y se comunicó con él.

Un día del invierno berlinés de 1936, Eichmann concurrió a la cafetería del Hotel Zur Traube, frente al Zoo berlinés y se encontró con Polkes, quien le dijo lo siguiente: los judíos del mundo estaban empeñados en retornar a Palestina, a pesar de la prohibición de Inglaterra, que ejercía desde la derrota del Imperio Otomano en 1918, el mandato sobre ese territorio. Ese férreo dominio colonial inglés consideraba la afluencia indiscriminada de judíos a Palestina, un peligro potencial. De hecho, Palestina era por entonces una tierra bañada en sangre. En 1936 habían muerto en atentados 69 ingleses, 92 judíos y 480 árabes. Más de mil rebeldes murieron en acción. La Haganah, de la cual era miembro Folkes, necesitaba armas, que el Reich le podría proporcionar.

Suena muy extraño, leído tantos años después, que la Haganah conversara con la SD, pero estos hechos deben ser puestos en perspectiva. Por otra parte, Eichmann no era sino un policía, un agente secreto cuya lógica transitaba por conductos subterráneos más que por los de la ideología o de la política de la época. Eichmann informó a sus superiores sobre estas conversaciones secretas al tiempo que los ilustraba sobre un punto sustancial. ¿Quién era Polkes? A juicio de Eichmann, un audaz agente del Mapai, partido nacionalista judío orientado por un intrépido agitador sindical, David Ben Gurión. Ben Gurión no era ningún aficionado. Era un cuadro duro que se batía, desde hacía años en Europa y Palestina, contra árabes e ingleses a los que había asestado terribles golpes.

Eichmann obtuvo luz verde de sus jefes para continuar los contactos con Polkes. Éste se trasladó al Hotel Adlon, donde se instaló por cuenta del SD, a efectos de continuar sus conversaciones con Eichmann. Polkes invitó a Eichmann a viajar a Palestina y le aseguró que allí podría entrevistarse con dos personajes importantes del mundo árabe: el Gran Muftí

de Jerusalén, Haj Amin al-Husseini y su ayudante, el Emir Abdullah de Jordania.

Heydrich, superior de Eichmann seguía con atención estas conversaciones y lo felicitó por ellas, valorando lo que había de iniciativa personal por parte del funcionario Eichmann. Fue autorizado el viaje que éste realizaría en compañía de Herbert Hagen, un joven recientemente agregado al Referat IV, pero cuyos valedores eran altos jerarcas del partido por lo cual tenía un grado superior a Eichmann.

Para Walter Schellenberg, jefe del espionaje nazi, las negociaciones que las SS habían encargado a Eichmann eran una iniciativa poco menos que *amateur*. Alemania no tenía por entonces definida ninguna política hacia el mundo árabe, mientras que el discurso de Hitler en relación a los judíos, a quienes acusaba de tramar una conspiración mundial, era transparente en lo teórico pero incierto en los hechos. ¿Qué pensaba hacer Hitler, a cuatro años de haber subido al poder, con los cientos de miles de judíos que aún permanecían en Alemania? Himmler y Heydrich improvisaban, lo que era una marca registrada del Reich, aunque confiaban en Eichmann, quien se las había arreglado para "vender" a sus jefes la propia imagen, según la cual él, Eichmann, era un gran entendido en tan intrincado problema. La verdad es que el Reich, aparte de las diatribas y mandobles que Hitler dirigía a los judíos en su engendro literario y doctrinario, el *Mein Kampf,* no tenía especialistas en los vericuetos del sionismo, ni en los complicados meandros de la situación en Palestina.

La historia de las relaciones de Adolf Hitler con Palestina reserva algunas sorpresas. Hacia 1848 se produjeron en el Oriente grandes masacres que obligaron a muchos judíos a retornar a Inglaterra. De allí, miles de ellos emigraron a los Estados Unidos, donde conformaron la comunidad judía más populosa del mundo. Durante la década de 1880, se produjeron numerosos pogromos en distintas latitudes. Luego estalla el caso Dreyfus: una falsa acusación contra el oficial del ejército francés

Alfred Dreyfus causa un escándalo en Francia, en el que aflora el profundo antisemitismo del país. Años después se difunde el moderno sionismo inspirado por un texto de Teodoro Herzl. La revolución rusa con la consiguiente caída de los zares no trajo alivio alguno a los judíos que pasaron a ser perseguidos por el régimen bolchevique.

A su vez, la derrota del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial, que dio paso al dominio colonial inglés en Palestina, creó una situación tan tensa que, en 1917, se dictó la Declaración Belfour, una manifestación unilateral de Inglaterra en la que la Corona aceptaba la aspiración sionista de tener su Hogar Nacional en Tierra Santa, sin sujetar ese derecho a plazo alguno. La Liga de las Naciones consagró el mandato inglés en Palestina.

La llegada de Hitler al poder en Alemania produjo el efecto involuntario de fortalecer la utopía judía del regreso a Palestina, tras dos mil años de errancia. Hitler consideraba esa utopía como un engendro inaceptable, un "segundo Vaticano", un *komintern* judío. Pero antes de ello, durante un cierto tiempo, en la década del treinta, los nazis aceptaron la emigración de judíos alemanes a Palestina. Sesenta mil judíos alemanes consiguieron dejar Alemania y llegar a Palestina. No sólo fueron allí a trabajar sino que llevaron su dinero y reavivaron a los exangües colonos que con enormes esfuerzos poblaban la árida tierra de Israel.

¿Qué buscaba el Tercer Reich en Palestina? Para encontrar una respuesta hay que volver atrás por lo menos hasta antes de la Primera Guerra Mundial. "El imperio turco se ha suicidado", proclamó al mundo el Primer Ministro inglés Herbert Asquith al anunciar que Inglaterra declaraba la guerra a los Imperios Germánico y Otomano, al mismo tiempo.

Hasta entonces, a pocos o quizás a ningún judío se le hubiera ocurrido que el gran enemigo de los judíos del mundo llegase a ser Alemania, el país más culto de la tierra y el que había alumbrado a decenas, centenares de cerebros y sensibilidades privilegiadas, artistas, científicos y creadores alemanes, muchos

de los cuales eran judíos, quienes habían dado un impulso extraordinario a la modernidad del mundo en todos los órdenes.

El gran enemigo del judaísmo –se pensaba entonces, y pensaban sobre todo los propios judíos– era la Rusia zarista, donde el judío había sido escarnecido como en ningún otro lado. En 1917 cayó el zar en Moscú y fue sustituido en el poder por ¡un judío!, Kerensky, cuya primera medida fue derogar el código antisemita vigente en Rusia. Al mismo tiempo, otro judío, Chaim Weizmann, nacido en la miseria de un pantano de la Rusia profunda pero formado en Londres, era recibido en Downing Street por el Primer Ministro Lloyd George a quien encontró leyendo los salmos. Lloraron juntos.

En Palestina, por entonces, había dos tipos de judíos: algunos eran estudiosos y eruditos, otros eran rudos colonos que trabajaban las tierras donadas por ciertos millonarios del mundo, como los Rothschild. Unos y otros querían que la lengua franca del hogar nacional judío –ese sueño– fuese el alemán, no el hebreo. El alemán era el lenguaje oficial en los congresos sionistas mundiales, y el lenguaje en el que Teodoro Herzl redactaba sus textos. La oficina del sionismo mundial, considerada la sede mundial del movimiento, estaba en Berlín. Pero su capital intelectual quizás estuviera a orillas del Támesis: Weizmann, el heredero de Herzl, si bien era ruso, había estudiado, como Marx, en Manchester, donde se recibió de bioquímico.

En enero de 1917 las tropas británicas comenzaron la conquista de Palestina. Un británico ilustre ya había defendido la tesis de que Gran Bretaña desplazara a los turcos de Palestina y garantizara la fundación de un Estado judío: el coronel T. E. Lawrence, el legendario Lawrence de Arabia.

El documento conocido como Declaración Balfour fue redactado en 1917 entre el canciller inglés y el barón Walter Rothschild, jefe de la comunidad judeobritánica. Tiene fecha 2 de noviembre de 1917 y en su párrafo fundamental dice así: “El gobierno de su Majestad mira con buenos ojos la creación en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y utilizará

sus mejores oficios para facilitar la consecución de esta meta, entendiéndose que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina".

No era lo que Weizmann, para entonces el principal líder sionista, esperaba: un enfático reconocimiento del derecho del pueblo judío a tener su propio Estado nacional, así como el derecho irrestricto a la inmigración de los judíos desparramados por el mundo y la garantía de una autonomía plena. Tampoco fijaba plazo alguno. ¿Cuándo se pondría en pie ese Hogar Nacional Judío? Pero la declaración Belfour fue un hito de la historia. Por algo cuando le dieron el texto a Weizmann, le dijeron: "Doctor, es un varón". Sin la declaración Belfour, nunca hubiera nacido Israel.

La historia avanzó, aunque de momento no hubiera otra cosa que un protectorado inglés sobre Palestina, Irak y Transjordania así como protectorados franceses en Siria y Líbano. Los judíos del mundo entero comenzaron a afluir a Palestina. Venían desde lugares cercanos como Egipto o desde lugares lejanos como el corazón de Asia. Ese flujo se hizo incontenible. Barcos cargados de rusos blancos judíos conseguían con grandes tribulaciones partir desde puertos de Ucrania, mientras que otros judíos deambulaban por mares de todo el mundo en peripecias inenarrables. Todo para alcanzar la tierra prometida. Fue entonces que los árabes comenzaron a sentirse amenazados. De 1920 datan los primeros ataques árabes a colonias judías.

Inglaterra intentaba manejar ese laberinto. Uno de sus principales problemas era que los árabes no tenían un líder oficial, ya que el alcance del mandato del rey Feisal, quizás el principal dirigente árabe, no traspasaba el Jordán. Por eso, según feliz expresión de Paul Johnston, Inglaterra "inventó" al Gran Muftí de Jerusalén, cargo que nunca había existido, pero que permitía tener algún tipo de interlocutor. El problema era: ¿a quién le correspondía ser el Gran Muftí? El cargo, hacia 1921, cayó en manos de un agitador llamado haj Amin al-Husseini, religioso

árabe que odiaba tanto a los judíos como a los británicos. El Gran Muftí era un fanático que incitaba al asesinato, un demagogo que al mismo tiempo era delator del Servicio Secreto mientras intrigaba para los árabes. Más tarde, el Tercer Reich lo aceptó como aliado, pero siempre desconfió de él. El Muftí sostenía que la Declaración Belfour era un insulto a la nación árabe.

¿Por qué los árabes y los judíos no podían desarrollarse juntos, de manera armónica? La cuestión del Estado era decisiva: mientras los judíos no tenían Estado, los árabes tenían muchos. Otra cuestión que flotaba en el centro del intríngulis era la inmigración: el mundo no sabía qué hacer con sus judíos. ¿Se les permitiría viajar sin restricciones al lugar en el que habían nacido sus lejanos antepasados? Ni los demócratas occidentales ni los bolcheviques ni los nazis se pusieron de acuerdo sobre este tema. Tampoco estaban contentos los propios judíos. Lo cierto es que nadie facilitaba el regreso de los judíos a Palestina, y todo eran dificultades, cuotas, restricciones. Por otra parte, Estado judío, sí, pero: ¿de qué tipo?

Se peleaban por la naturaleza que tendría el Estado judío en el umbral de la mayor masacre antijudía de la historia, frente a la cual el peor pogromo era un picnic. Chaim Waizmann, un conservador para quien el tiempo jugaba a favor de su causa, aceptaba que la inmigración fuera lenta y paciente y rechazaba cualquier urgencia en la cuestión del Estado. Más que las promesas de los líderes del mundo, lo que quería era ver cimientos judíos en el Mar Muerto: universidades, instituciones, centrales eléctricas irrigando el desierto. Otros sionistas, en cambio, eran impacientes. Por ejemplo, David Ben Gurión, nacido en Polonia, y agitador sindical, para quien lo importante no era el desarrollo implacable y remoto del utópico Estado sino el carácter que asumiera: el capitalismo arruinaría a Israel, decía Ben Gurión, y postulaba que el aún no nato Estado debía aferrarse a raíces colectivistas.

Los años veinte fueron relativamente estables para el problema judío, por lo menos vistos desde la hecatombe que

se estaba incubando. La población judía de Palestina llegó a 160.000 personas. Treinta y siete mil judíos trabajaban en un centenar de colonias judías que ocupaban 87.500 hectáreas. El kibutz más viejo era Kivuza Dagania, situado en el valle del Jordán, al sur del Lago Tiberíades. Había sido fundado en 1911 por diez muchachos y dos chicas provenientes de Rommi, en Polonia. En 1937, cuando Eichmann y Hagen llegan a Palestina, había cien aldeas comunitarias, como cien flores, nacidas entre las arenas y los pantanos, ante la mirada absorta de los jeques bereberes, y de los beduinos, desde el Mediterráneo hasta el Mar Muerto, de Berseba a Da. Las protegían fusileros de la Haganah. Aquellos pioneros habían plantado árboles en las dunas, habían cavado canales, limpiado de piedras y cizaña los campos, habían construido terrazas y secado pantanos.

En los años treinta, a los judíos se les hizo más difícil llegar a la tierra prometida. Ya no podían salir libremente de Europa. Justamente, cuando de pronto parecía que todos los judíos del mundo querían ir a Palestina. Por cierto que los ingleses, que habían prohijado la criatura, no aceptaban liberar las fronteras, temerosos que la corriente sionista desbordara los cauces. Quienes llegaban a Palestina encontraban creciente hostilidad en los árabes. Pero en los últimos años de la década del treinta, los judíos en Palestina ya eran cuatrocientos mil.

Hitler llega al poder en 1933. Lo que pensaba de los judíos como protagonistas de una gran conspiración internacional que, según él, tenía en sus manos los hilos de la historia, ya lo había explicado con pelos y señales en *Mein Kampf.* Nadie puede decir que Hitler no avisó.

Pero en 1933, cuando el Führer se sienta en la Cancillería, sus planes en relación a los judíos no fueron explicitados. El nuevo Reich necesitaba la mano de obra judía para reconstruir la economía alemana. La comunidad judía era acaudalada y dirigir de entrada los cañones contra ella hubiera perjudicado el esfuerzo del rearme. Por lo tanto, Hitler reaseguró a la comunidad internacional postergando la crueldad racial, aunque promovió

actos individuales de violencia y leyes raciales. Pero al mismo tiempo, engañó a los judíos y al mundo entero, induciéndolos a creer que la legislación antijudía de Núremberg, al otorgar a los judíos alguna forma de estatus legal, era injusta pero no aniquilante. Si bien en 1937, cuando Eichmann viajó a Palestina, ya llegaban a 200.000 los judíos que habían escapado de Alemania, el próximo Anschluss relanzaría el problema agregando a la acuciante realidad de los judíos alemanes, otra dimensión: los judíos de Austria.

La Solución Final estaba ya en la mente de Hitler y en el corazón del Tercer Reich, pero no había sonado aún la hora de hacerla real. Mientras tanto, la complejidad del problema requería de todos los aportes.

Eichmann en Palestina

Adolf Eichmann y Herbert Hagen salen de Berlín el 26 de octubre de 1937 y en tren cruzan Polonia y Rumania. En el puerto de Constanza embarcan en el vapor Romania que hace escala en Estambul, Pireo y Beirut. Desembarcan en el puerto de Jaffa. Los viajeros recorren la ciudad, visitan la perspectiva de la Colina de la Primavera y se admiran por la avenida Allenby donde se alza el caserón que es la sede del movimiento obrero judío, la Histadrut. Luego, visitan a los colonos de Sarona. Son alemanes descendientes de los templarios teutónicos. A Eichmann, Sarona, ese vergel en el desierto de Galilea, lo fascinó y más tarde, cuando se construya su vida imaginaria, dirá que ha nacido en esa Sarona, judía y alemana.

Finalmente, llegan a Jerusalén. Eichmann y Hagen se admiran por la ciudad tradicional cargada de historia. Pero no han venido a hacer turismo y tampoco el lugar es propicio para divagaciones, ensangrentado como está por una guerra sorda: la que llevan a cabo unos judíos curtidos contra el ejército de ocupación británico, y al mismo tiempo, contra árabes minados por todo tipo de divisiones internas que sin embargo tratan de expulsar, unos y otros, a los ingleses. Los viajeros han venido

a elaborar un informe sobre la situación que sirva al Reich para pergeñar algún tipo de política exterior en la zona.

Si Alemania envía a Israel 50.000 judíos, ¿serían recibidos por ingleses y no hostilizados por los árabes? A cambio de ello, los árabes, ¿recibirían ayuda de Alemania en su lucha contra el ocupante inglés? Los judíos alemanes, en ese boceto de plan que discreta, secretamente, Eichmann y Hagen tratan de presentar a sus interlocutores árabes, no irían "secos", sino que cada uno de ellos ingresaría una suma que el Estado alemán, previamente, les habría confiscado (mil libras)… Esta propuesta los viajeros se la quieren hacer al Gran Muftí Haj Amin al-Husseini.

A la altura de aquel 1937, el Muftí ya había sido bautizado como "el Maquiavelo del serrallo" y ha elevado confusas posiciones ante el Reich. Según la idea que se hacen Hagen y Eichmann, es ideológicamente afín, pero al mismo tiempo se queja aduciendo que la expulsión indiscriminada de los judíos de Alemania, incrementa el sionismo, el gran enemigo del Muftí. Durante varias semanas Eichmann y Hagen deambulan por las callejas de El Cairo y Jaffa, tratando de conseguir una entrevista con el Muftí, lo cual no es nada fácil en una situación envenenada por la violencia, los recelos y las sospechas. Pero el Muftí no se deja ver. Luego se enterarían de que, para eludir a los ingleses que lo persiguen, por aquellos días había embarcado en Gaza. Viajó por mar hasta Beirut, donde los franceses lo acogieron.

Finalmente, ¿consiguen Eichmann y Hagen ser recibidos por el Muftí, como lo afirmaría Eichmann? ¿Llegaron a hablar con enviados del más importante monarca de la zona, el rey Feisal de Kirak, hijo del califa Hussein, de quien se decía que era bondadoso y que había bendecido a los judíos pioneros?

Pero Eichmann y Hagen no perdieron el tiempo. Alojados en hoteles baratos como Las Rosas de El Cairo o en la pensión Ailema de Alejandría, se entrevistaron con los espías que el Reich tenía en la zona. De ellos reciben información sobre el desarrollo de los respectivos partidos nazis en cada país. También interactúan con las variopintas colonias alemanas en las capitales

y hasta juegan al tenis con las *Fraulein* en el Kleopatra Klub de El Cairo.

Los aduaneros ingleses comienzan a mirarlos con sospecha. ¿Qué hacen en el Medio Oriente esos dos alemanes? Meten la nariz en todo. Se les hace difícil conseguir visas para pasar de una ciudad a otra. Aunque, finalmente, consiguen desplazarse. Al fin y al cabo, ¿quién los conocía entonces? Por otra parte, los ingleses tienen bastantes problemas para entretenerse: el Informe Peel emitido por el gobierno inglés, recomienda que sólo entren a Palestina 12.000 judíos por año y propone como solución al conflicto la partición: faja costera, Galilea y el valle de Jezrael para un eventual Estado judío; las colinas de Judea, el Neguev y Efraim para un Estado árabe. O sea: un pequeño Estado judío y un gran Estado árabe.

Los árabes en general se opusieron a la proposición del Informe Peel, mientras los sionistas a su vez la discutieron encarnizadamente. Mientras tanto, en El Cairo una conferencia panárabe rechazó cualquier fórmula para instalar un Estado judío. Los árabes, durante aquel 1937 teñido de sangre en tierra de Palestina, aumentaron la resistencia bélica contra Londres, mientras se produjeron varias matanzas de colonos judíos.

Finalmente, Eichmann y Hagen deciden regresar: embarcan en Jaffa para Bríndisi, de donde siguen por tierra hasta Alemania. El periplo ha durado un mes. En el informe sobre el viaje elevado a sus superiores, Eichmann y Hagen sostenían que "la emigración de miles de judíos a Palestina no reportaría ventaja alguna al Reich… además de que reforzaría la posibilidad de un Estado judío en Palestina, lo que se opone a la política del Reich".

El viaje daría pie a los más delirantes rumores. El hecho es que consolidó la imagen de Adolf Eichmann en el estrecho campo de los "expertos" en la cuestión judía. A ello contribuyó un episodio que el biógrafo de Eichmann, Quentin Reynolds, señala como ejemplo de su mitomanía latente. Según Reynolds, en un pasillo de la sede de la Gestapo, Eichmann se cruza con el jerarca Hans Gluck, quien se detiene admirado para preguntarle:

–¡*Heil* Hitler! ¿Cómo es que Ud., *kamararad* Eichmann, sabe tanto sobre el tema de judíos y palestinos?

Eichmann obedeciendo a una inspiración del momento, contesta: "¡*Heil* Hitler! Es que nací en Sarona". Gluck quedó impresionado. ¿Sarona? Era la colonia alemana cercana a Jerusalén. La mentira fue origen de una persistente leyenda –la de un Eichmann en realidad palestino–. También se dijo que Eichmann conocía a la perfección el hebreo y el idish. Falso: apenas sabía algunas palabras de esos idiomas.

Eichmann se consolidó como experto en la problemática judía, como si el viaje en lugar de un intento de dos policías por infiltrarse y espiar, hubiese sido una beca de estudios. Y el viaje fue un paso incalculable. Eichmann había pasado de leer unos sobados ejemplares de la Historia del sionismo de Adolf Bohm o *El Estado judío* de Teodoro Herzl a caminar por Jerusalén, a sentir en su propia piel lo que era esa tierra entonces: malaria, tifus, tiendas sin agua, suciedad, barro, mosquitos, colonos judíos inasequibles a cualquier desaliento. Cuando Eichmann fue capturado, más de veinte años después, trató de explorar a fondo la idea según la cual él había puesto todo su entusiasmo en el plan frustrado de incrementar la emigración de judíos alemanes a Galilea. Eichmann se jactaba de haber tenido "buen diálogo" con políticos sionistas. Pero ¿puede llamarse diálogo el que entabla un policía, que además se dedica al espionaje, con un militante político?

En el juicio de Jerusalén varios testigos fueron interrogados sobre el papel de Eichmann en aquel 1937, cuando Eichmann antes y después de su viaje a Palestina, se consolida como "experto en judaísmo". Benno Cohn, quien trabajó durante un tiempo en el SD, refirió que a fines de ese año el Rabino Joachim Prinz organizó una reunión en Berlín para despedirse, pues viajaba a Pelestina. Eichmann y varios de sus colaboradores en el Referat IV se hicieron presentes en el local muy colmado. Iban severamente vestidos con trajes oscuros. En la aglomeración, alguien golpeó a Eichmann. ¿Fue un hecho casual, motivado

por la multitud, o un ataque deliberado? Eichmann montó en cólera y reclamó ante los organizadores.

–¿Quién está a cargo del orden? –indagó, y se despachó contra el caos que allí reinaba. Le pidieron excusas y Eichmann se calmó. Luego, se sentó y tomó nota de los diversos discursos. El doctor Fritz Meyer, militante del sionismo de Breslau, testimonió que durante 1937 y 1938 recibió llamadas de Eichmann, quien deseaba escucharlo sobre la actualidad del movimiento sionista. En esos casos, Eichmann citaba a Meyer en el edificio de la Prinz Albrechtstrasse y escuchaba atentamente lo que decía Meyer, quien lo definió como "alguien accesible", frío, pero "tranquilo, de modales correctos".

El defensor de Eichmann, Robert Servatius, a falta de otros argumentos mejores, remarcó en el proceso de Jerusalén, cada vez que pudo, la siguiente idea: para Eichmann como para todos los funcionarios del Estado alemán, los judíos eran enemigos contra los cuales era necesario tomar medidas en defensa de la raza aria y del Tercer Reich. Pero como no había nada personal en ello, el funcionario Eichmann trataba en todo momento de comportarse de manera objetiva y no sentimental. En todo caso, Eichmann estaba comprometido, sostenían tanto Servatius como el propio Eichmann, en "solucionar" el problema judío mediante la emigración de la mayor cantidad de judíos que fuera posible. La emigración de los judíos alemanes, esa era la clave para entender lo que había hecho Eichmann, según Eichmann y según Servatius. La presencia de Eichmann en la Palestina de 1937, sostenía esta tesis nunca probada, ratificaría ese perfil, que anteponía la emigración a la eliminación, y todos los sentimientos personales de los involucrados debían subordinarse a ese objetivo.

Guerra y expansión

A lo largo de 1938 y 1939 Hitler, consolidado en el poder desde 1933, con una Alemania rearmada y un Reich codicioso, tomó una serie de medidas imperialistas que trastornaron el mapa europeo, haciendo añicos el mapa del viejo continente que

había sido trazado en el Tratado de Versailles. El expansionismo nazi se concretó en una seguidilla de medidas de sorprendente audacia, concretadas ante el asombro y la pasividad de Inglaterra, Francia y la complicidad de la Unión Soviética. Dichas medidas consistieron en la anexión de Austria (Anschluss), el desmembramiento de la República de Checoslovaquia, fundada en 1919 y su conversión en el protectorado de Bohemia y Moravia y la invasión de Polonia. Este es un momento crucial para Eichmann. Su auténtica carrera comenzó el 1° de agosto de 1938, cuando sus jefes lo pusieron a cargo del problema judío en Austria. Unos meses antes, el día 12 de marzo, las tropas de la Wehrmacht cruzaron la frontera y en pocas horas se plantaron en las calles de Viena. La semilla que Hitler había dejado al parecer estérilmente en su patria fructificó con creces: el Führer regresó con gloria al país en el que había nacido y cuya ostentosa capital, Viena, cuna de las vanguardias artísticas y científicas, la Viena del fin de siglo capital de todos los saberes y avanzada del siglo XX, lo había humillado. En aquel marzo de 1938, Viena, la enemiga, capituló sin pena ni gloria ante su antiguo hijo, pagando cara la humillación que le había infligido dos décadas atrás, cuando Hitler dormía medio muerto de hambre en sus más pobres asilos.

A comienzos de 1938 el Führer había tomado la decisión de que Austria pasara a integrar el Tercer Reich, a pesar de que en 1936 un acuerdo entre Viena y Berlín había garantizado que Alemania reconocía la autonomía plena de Austria. En febrero de 1938 Hitler convocó a su refugio alpino de Berchtesgaden al Canciller de Austria doctor Kurt Schuschnigg. Apenas llegó Schuschnigg a la residencia de Hitler, éste le dijo en tono vehemente:

–¡Austria jamás ha hecho nada de utilidad para el Imperio Alemán; pero este contrasentido histórico finalmente tendrá su fin!

Como el austríaco expresó su discrepancia, Hitler estalló en cólera, sometiendo a presión intolerable al hombre que había

sustituido al asesinado Dollfuss.

–¡Tengo que cumplir una misión histórica y la cumpliré porque la Providencia me ha elegido para ello, y quien no colabore será exterminado. Sólo necesito dar una orden y toda la frontera arderá!

Hitler literalmente obligó a Schuschnigg a firmar un acta en la que se comprometía a integrar a su gobierno a representantes del Partido Nazi de Austria, en ese momento ilegales por su participación en el frustrado *putsch* contra Engelbert Dollfuss, que culminó con el asesinato de Dollfuss. En su diario, el General Jodl, presente en la reunión, apunta: "12 de febrero. Schuschnigg ha sido sometido a las más fuertes presiones políticas y militares. Firmó a las once de la noche".

De regreso a Viena, el Canciller de Austria tuvo un arrebato de independencia y se rectificó: en un apasionado discurso ratificaba la independencia de su patria, rematándolo con estas palabras: "¡Austria ha de seguir siendo Austria… Hasta la muerte, Rojo-Blanco-Rojo!".

El Canciller convocó a un plebiscito para el 13 de marzo, en el que se pondría a consideración del país la posible anexión de Austria al Reich. El Partido Nazi austríaco llamó a un golpe de Estado, con masivo apoyo de los nazis alemanes. Se produjeron disturbios en Graz, Linz y otras ciudades. Hitler estaba decidido a aplastar sin remisión la tardía rebelión de Schuschnigg y lanzó la Operación Otto, un meticuloso plan de invasión de Austria. Al amanecer del viernes 11 de marzo de 1938, doscientos mil hombres de la Wehrmacht comenzaron a cruzar por diversos puntos la frontera alemana-austríaca.

Hitler no temía por las repercusiones internacionales de su audaz jugada salvo las que pudiera expresar Benito Mussolini, desconfiado ante cualquier movimiento anexionista alemán en la zona del Tirol. Por tal motivo, Hitler, a último momento, envió a Roma a un enviado especial, el príncipe Phillip von Hesse, pariente del rey de Italia. Iba a pedirle al Duce que no se involucrara. Lo consiguió y Hitler envió a Mussolini el célebre

telegrama en el cual decía: "¡No lo olvidaré nunca!".

En esa misma madrugada el presidente federal austríaco Wilhem Miklas, confió al líder nazi Arthur Seyss-Inquart, nacido en Austria, quien estaba en diario diálogo con el Führer, la "dirección de los negocios del Estado".

Se trataba de un golpe de Estado liso y llano. El Canciller en Viena se resistía a firmar la rendición. Como última concesión y para salvar a su país, Schuschnigg accedió a suspender el plebiscito. Pero esto no satisfizo a los alemanes. Goering, jefe de las Fuerzas Armadas alemanas, les ordenó que se dirigieran a toda velocidad a Viena. Eran las nueve menos cuarto de la noche. Las tropas alemanas ya habían avanzado muchos kilómetros en suelo austríaco cuando Schuschnigg pidió un micrófono y se despidió de sus compatriotas: "Bajo ningún concepto deseamos que en esta dramática hora se derrame sangre alemana y hemos ordenado a nuestro Ejército que se retire sin ofrecer resistencia… Me despido del pueblo austríaco con una frase sincera y un deseo en el corazón: ¡Dios proteja a Austria!"

El Canciller Schuschnigg miró por última vez a través de las ventanas del Palacio de la Cancillería. La Ballhausplat estaba desierta a las tres de la madrugada pero poco a poco, aparecieron grupos de hombres en la sombra. En aquel lugar simbólico estaba toda la historia de Austria: las estatuas de Grillprazer, de la emperatriz Isabel, asesinada por un anarquista, del príncipe Eugenio, del emperador José y de la emperatriz María Teresa, del archiduque Carlos vencido por Napoleón en Aspern. Estaba allí el espíritu de Bruckner, de Mozart, de Beethoven, de Schubert y de Johann Strauss. Estaban allí también los edificios históricos de la Viena eterna: el Parlamento y la Universidad, el Teatro de la Ópera, el Ayuntamiento neogótico, todos emblemas de lo que había sido, hasta hacía poco, un poderoso imperio. Austria había dejado de existir. Poco después, el Canciller Schuschnigg fue arrestado y deportado permaneciendo hasta 1945 en un campo de concentración.

La dramática noche del 11 al 12 de marzo de 1938 ¿qué

austríaco durmió? Opositores, intelectuales, judíos, todos huían como podían, en la víspera del fin. Humeaban las chimeneas donde se quemaban documentos, escritos marxistas, folletos llamando al plebiscito, periódicos y libros comprometedores, carnés de los partidos políticos. En Viena aquella noche hubo cientos de suicidios, algunas fuentes llevan la cifra a cuatrocientos. Dos muertes políticas se produjeron: el ex ministro de Seguridad Fey, que había participado en el asesinato de Dollfuss, mató al amanecer a su esposa y a su hijo y luego se disparó un tiro en la sien. El general Zenner, propuesto por el presidente Miklas como posible canciller, fue asesinado. Fueron detenidos todos los militantes de los partidos de izquierda. En total las detenciones ascendieron a 80.000. Las estaciones ferroviarias estaban colmadas, gigantescos atascos obturaban las rutas. Los taxistas pedían fortunas por llevar a los prófugos hasta la frontera. En las principales ciudades había gente rondando las sedes de embajadas y consulados cuyas puertas cerradas sin embargo no se abrieron para acoger a quienes querían refugiarse. En las fronteras con Checoslovaquia, Yugoslavia y Suiza los prófugos eran rechazados. Miles de judíos austríacos comenzaron a deambular por distintos países sin que ningún gobierno les abriera las puertas, por temor a que se produjera un éxodo sin precedentes.

A las tres y media de la tarde del 13 de marzo, el automóvil de Hitler cuya escolta encontraba grandes dificultades para abrirse paso en las carreteras abarrotadas, entró en la villa de Breslau. La caravana se dirigió al pueblo de Lambach, donde Hitler en su infancia había formado parte del coro de la iglesia. El Führer hizo detener la marcha frente al convento de los benedictinos de Lambach, donde el niño Adolf había cantado. “Esta abadía tenía en su blasón una cruz gamada”, evocó el Führer a sus acompañantes, mientras algunas vacas y campesinos miraban la escena en silencio. Eran las diez de la noche cuando la caravana triunfal llegó a Linz. Seyss Inquart lo esperaba en el Salón del Ayuntamiento donde dirigió a Hitler un discurso de bienvenida.

El Führer salio al balcón del Ayuntamiento de su ciudad amada. Pronunció uno de sus discursos más triunfales, anunciando que "Austria volvía a formar parte del Reich". Esa noche, Hitler durmió en Linz y a la mañana siguiente fue al cementerio a poner flores en la tumba de sus padres.

Mientras algunos austríacos huían, otros salían a la calle a recibir al nuevo amo y vivar con júbilo a la Wehrmacht. Al mediodía del 12 de marzo, Hitler subió a un Mercedes Benz blindado y ordenó al chofer que pusiera rumbo a Viena.

Las llamadas angustiosas de Schuschnigg a París –donde no le atendieron pues la república vivía una de sus crisis políticas– y a Londres no habían recibido respuesta. El mundo se alzaba de hombres ante la agresión nazi. El propio gabinete de Schuschnigg estaba lleno de partidarios del Anschluss por lo que el presidente Miklas no tuvo que buscar mucho para encontrar al nuevo Canciller, el principal político austríaco nazi, doctor Arthur Seyss-Inquart, que en 1945 sería condenado y colgado en Núremberg.

Mientras tanto, Hitler se demoraba en Brunau. Visitó la escuela, besó en la mejilla a algunos viejos que habían sido vecinos de su familia. A las cinco y media de la tarde, entró en Viena. Las campanas repicaban. Fue un desfile triunfal hasta llegar a la Heldenplatz, donde se había reunido una multitud. Las casas y los balcones estaban cuajados de banderas rojas con la svástica. Ya había anochecido cuando un anciano de pelo blanco bajó de un auto a las puertas del Hotel Imperial, residencia del Führer: era el cardenal Innitzer que acudía a darle la bienvenida como primado de los católicos de Austria.

La gesta de Viena

Adolf Eichmann llegó a Viena el 16 de marzo de 1938. En 1939 dio por terminado el "problema judío" en Austria. Fueron catorce meses: en los primeros ocho ya había expulsado a 45.000 judíos y al cabo de los catorce meses podía exclamar con orgullo:

–¡He "limpiado" a Austria de 150.000 judíos, sobre un total

de 200.000!

Fue un prolegómeno del Holocausto y un gran triunfo personal del SS-*OberSturmbannführer* Adolf Eichmann, que no había llegado a Viena con las manos vacías. La limpieza de judíos era el fruto de un plan muy meditado para desarticular la comunidad vienesa.

La Austria de preguerra albergaba fuertes raíces antisemitas. Fue durante los años en los que vivió en Viena que Adolf Hitler tuvo la "iluminación" que orientó su acción, a saber: "Todo el mal viene de los judíos". Con la única salvedad de los ambientes intelectuales y cosmopolitas, socialistas o liberales de la capital, Austria estaba atravesada por las más diversas formas de antisemitismo. Miles de campesinos y pequeños propietarios rurales de Austria creían sin discusión que los judíos hervían sangre cristiana para embeber en ella el pan ácimo de su Pascua. Incluso en las universidades imperaban formas de radicalismo racial, y teóricos de variadas estofas encontraban eco a sus teorías. Escribe Dirk van Arkel, en un estudio sobre el antisemitismo austríaco, que "la mayor parte de los estereotipos vigentes sobre el antisemitismo de Austria podía leerse cada día en diarios como el *Volksblatt* y muchas otras publicaciones antijudías que proliferaban en el país desde por lo menos 1870". Un sacerdote, Josef Scheicher, había lanzado la idea de que los "judíos que comen cerdo" es decir los judíos asimilados a la vida moderna y profana, eran los más peligrosos. Según este fanático, "la prensa austríaca estaba en manos de cristianos judeizados".

Un característico antisemita austríaco, en su variante populista, era Karl Lueger, fundador del Partido Socialcristiano y alcalde de Viena. Las clases medias, aplastadas por la crisis económica y la modernización, responsabilizaban por la crisis a la banca judía. Ellas se convirtieron en fieles seguidoras de Lueger, un político caracterizado por su cinismo: cuando llegó a la alcaldía, definió al antisemitismo, como un "deporte para el populacho, que no sirve cuando se llega a la cima", sosteniendo que conseguido su objetivo, debía entonces tratar con mano de

seda a los judíos ricos.

Lueger no desdeñaba las relaciones con prominentes judíos de la ciudad; asistía, tocado con un solideo sobre la cabeza, a los oficios solemnes de la gran sinagoga vienesa. "Yo decido quién es judío", frase atribuida a Goering, es en realidad de Lueger quien la usaba para responder a sus partidarios cuando éstos le reprochaban sus "contactos" con la comunidad judía.

El propio Hitler en *Mein Kampf* se refiere a Lueger con admiración dándole el título de maestro: "Aprendí antisemitismo con Lueger", confiesa y aclara:

> No estaba de acuerdo con su recalcitrante antisemitismo pero a veces encontraba razonamientos que me movían a reflexionar. En todo caso a través de ese periódico [el *Volksblatter]* fue como llegué a conocer paulatinamente al hombre y al movimiento político que por entonces influían en los destinos de Viena: el doctor Karl Lueger y su Partido Cristianosocial. […] Una elemental noción de equidad hizo variar mi opinión a medida que tuve oportunidad de conocer al hombre y su obra. Poco a poco se impuso en mí la apreciación justa, para luego convertirse en un sentimiento de franca admiración. Hoy más que entonces veo en el doctor Lueger al más grande de los burgomaestros alemanes de todos los tiempos.

"Como una hembra en celo, la ciudad de Viena vibraba, suspiraba, se quejaba y gemía de voluptuosidad, lista para el orgasmo final": así pinta a la capital de Austria un juez austríaco, Robert Clare, quien se exilió tras el Anschluss. Agrega:

> No estoy buscando el énfasis literario: es la exacta descripción de lo que era, de lo que sentía Viena ese lunes 14 de marzo de 1938, el día en el que entró Adolf Hitler. Y en ese mismo momento en el que desfilaba la escolta motorizada del Führer, en la vieja ciudad de los

> Habsburgo, entre una doble hilera de vieneses exultantes, doblaron todas las campanas de las iglesias su obsceno jubileo. Sí; Viena estaba así aquel día. Yo lo sé: estuve allí. Pero también sé que cientos de personas, y no sólo judíos, permanecían encerrados en sus hogares, para escapar al frenesí que se desencadenaba afuera. Entre ellos, había hombres y mujeres de convicciones sólidas, socialdemócratas, monárquicos, católicos, que habían elegido el patriotismo antes que el oportunismo. También simples criaturas humanas honestas.

Adolf Eichmann y todos sus colaboradores del Referat IV habían preparado arduamente aquel momento durante meses, confeccionando listas de judíos austríacos, de opositores, políticos, periodistas, intelectuales, profesionales tanto de origen judío como pertenecientes a los partidos políticos austríacos de todo signo. Para ello, se había documentado en las fuentes más diversas: en 1938 el Referat IV era una mina de informaciones y documentación que provenía de los registros de ayuntamientos, alcaldías, iglesias, de asociaciones genealógicas y también de guías telefónicas, listados de socios de asociaciones profesionales, colecciones de prensa que contenían boletines de sinagogas, clubes, etc. El propio Eichmann al ser juzgado en Jerusalén, describió así su tarea:

> Durante las semanas anteriores al Anschluss, todos los hombres sanos a los que echábamos mano para colaborar en la SD tenían la tarea de llenar fichas que nutrían un enorme fichero circular de tarjetas, de varios metros de diámetro, que un hombre sentado en un taburete de piano podía operar, buscando la tarjeta que necesitaba gracias a un sistema de agujeros perforados. Toda la información importante para Austria se ingresaba en estas tarjetas… En ellas figuraban nombre, dirección, organización de la que era miembro, si la persona era políticamente activa,

si era esto o aquello.

El *The New York Times* del 15 de marzo, informaba: "Muchas de las patrullas arrinconan a quienes figuran en las listas, compiladas año tras año en preparación del día en que Alemania tomara el poder". Uno de los interlocutores de Eichmann había sido el doctor Julius Rosenfeld, jefe de la comunidad judía vienesa. Pero se trataba de un dignatario más religioso que civil. De hecho, los judíos vieneses no tenían un aparato organizado y no habían tenido tiempo de armarlo. La debacle simplemente había caído sobre sus cabezas sin darles respiro.

Sin embargo, los líderes nazis no opinaban lo mismo. Sostenían que la emigración de judíos del Tercer Reich era una medida largamente anunciada y quien no se había preparado para ella era un necio. Como los calabozos de la Central de policía de Viena estuvieron pronto colmados, Eichmann realizó una consulta a dos de sus superiores directos: Franz Six de las SS y Stahlecker, nombrado jefe de la SD en Viena. Se sintió respaldado en su cometido y comenzó a operar, produciendo una medida tras otra. Lo poseía la fiebre. Dispuso que todas las organizaciones judías debían continuar actuando pero bajo estricto control de las SS. El periódico de los sionistas vieneses, *Zionistische Rundsau,* continuó saliendo con otro título: *Judische Rundsau*. Su único objetivo era apresurar la misión que tenía Eichmann y a la que dedicaba cada minuto de su tiempo: limpiar Austria de judíos lo más rápido posible. Cada semana, todas y cada una de las organizaciones judías debían elevar a Eichmann un informe sobre la cantidad de judíos que habían dejado el territorio. Por otra parte, estando obligados los judíos a sufragar sus propios viajes, la comunidad era responsable del traslado de unos 20.000 judíos pobres que carecían de medios propios para emigrar: si la comunidad no se hacía cargo de ellos, el nuevo poder nazi que ahora reinaba en Austria los eliminaría. Esa fue la fórmula de chantaje que sin pelos en la lengua le planteó Eichmann a los líderes.

En Austria se puso a prueba por primera vez la fantasía racial que había alimentado los sueños del frustrado pintor austríaco Hitler. En la mente de Eichmann quedó inscrito el sentido de su misión en aquella hora, a saber la "limpieza racial" del Tercer Reich. Tocaba a Austria, el país en el que había nacido el Führer y en el que Eichmann había pasado su infancia y juventud, ser el primero en el que se aplicase la utopía racial nazi. No era un objetivo fugaz, sino un plan de largo alcance: a los judíos no podía dárseles tiempo. El proyecto concebido largamente en la mente de Hitler debía ser cumplido de inmediato. Los judíos debían abandonar el territorio del Reich, pagar los gastos de traslado sin dejar ni un marco de deuda: antes de salir, cada judío debía certificar que nada debía al Estado, por impuestos, tasas o contribuciones. Al mismo tiempo, el éxodo no debía interrumpirse ni un segundo.

Pero, ¿a dónde irían todos esos miles de judíos? Problema de ellos. Para esta primera etapa de la gestión de Eichmann, se aplicaba la siguiente fórmula: judío emigrado era judío ganado. Fue durante aquellos días de locura en Viena, que en la mente de Eichmann fue tomando forma una idea grandiosa. ¿Propia?

Si el objetivo era expulsar a los judíos del Reich, ¿por qué no usufructuar el mejor medio de transporte de Europa, el tren? ¿Por qué no habilitar un tren para que la mayor cantidad de judíos se fueran del país? Un tren especial, que no dependiera de horarios, rutas, cambios de vía, o prioridades de transporte. El tren de la raza aria. Un tren, dos trenes, miles de trenes atravesando el Tercer Reich, el mundo entero…

Pero este escenario de vértigo debía cimentarse en un sentimiento básico que había que inculcar en la mentalidad de los judíos: el terror.

Fueron días de terror en las calles de Viena. Los camiones de las SS se detenían ante comercios propiedad de judíos o edificios que ocupaban familias judías. Mientras los agentes de la policía vienesa miraban hacia otro lado, las SS saqueaban meticulosamente la tienda, rompían los vidrios, quemaban en la

calle la mercadería cuando no se la llevaban como botín. Cuanto más antigua era la botica, más se ensañaban los saqueadores. Algunos judíos eran ejecutados en la misma calle. En ese caso, los SS dejaban los cadáveres varias horas como ejemplo. El periodista inglés Gedye en uno de los primeros libros que se publicaron sobre estos hechos, titulado *Fallen Bastions. Central European Tragedy* (1939) pinta este cuadro: "Horroroso era el modo que tenían las familias judías de aceptar el suicidio de uno de sus miembros, como si fuera un suceso normal y natural. Resultaba imposible explicar, a quien viviera fuera de Austria, con qué resignación hablaban de suicidio los judíos austríacos, como si se tratara de una salida ordinaria para su insoportable situación...".

Una tras otra, se arrancaba a las familias de su hogar y se las acorralaba en un guetto, deteniéndose a los hombres y mujeres por millares, se los amontonaba en celdas superpobladas durante meses, sin acusación ni proceso, y se les obligaba finalmente a firmar un papel que les permitía elegir entre partir al extranjero o hacia Dachau, aunque sabían muy bien que ningún país recibía a los judíos perseguidos. Familias judías que vivían desde hacía siglos en el barrio de Burgenland fueron encerradas –niños, viejos, inválidos y enfermos–, durante una violenta tempestad, en una isla del Danubio, cuyas olas color marrón sucio les llegaban hasta los pies; otros fueron encerrados en un viejo barco. Mujeres cuyos maridos habían sido detenidos una semana antes sin motivo alguno recibían por correo un paquetito acompañado por una nota: "Usted debe 150 marcos por la incineración de su marido; este paquete contiene las cenizas de él, provenientes de Dachau". El comunicado oficial estaba pre impreso.

Eichmann no tuvo ni tiempo para reencontrarse con sus vivencias de la antigua capital imperial. Apenas se hubo instalado en su despacho del Palacio Rothschild, comenzaron las razzias. Más de cuarenta mil inmuebles, clubes, sinagogas, centros jasídicos, toda la rica vida hebrea de la ciudad danubiana fue peinada por Eichmann. Algunos judíos habían conseguido

escapar hacia las fronteras a pesar de que los caminos estaban atascados. Otros se habían escondido en los vericuetos de la ciudad: eran los que "sabían". Para ellos, la vida dependía del ingenio del escondite, de la fiabilidad de los cómplices, de la estupidez o astucia de los SS que registraban la ciudad y sus recovecos a la caza de prófugos.

El 16 de marzo de 1939, en cuanto llegó a Viena y tomó posesión de su oficina en el Palacio Rothschild, Eichmann se puso en contacto con el *doktor* Karl Ebner, un nazi austríaco quien dirigía la oficina que la Gestapo había abierto en Viena, para ocuparse de los asuntos judíos. Ebner le confirmó que la mayoría de los judíos de la ciudad estaban detenidos. Eichmann le dijo que la misión que lo había llevado a Viena no era arrojar a los judíos en cárceles, sino convertir a Viena en *judenfrei*. Ebner prometió organizar una reunión con los líderes de todas las asociaciones y clubes de la colectividad, entre ellos Benai Berith o el Israelitische Kultusgemeinde (IKG), a fin de que se abocaran sin demora a organizar la emigración. En esa primera reunión participó el *doktor* Josef Lowerhertz, quien dijo algo que a Eichmann no le gustó. Eichmann lo golpeó en la cara, tras lo cual retomó su frío discurso.

Jornadas de vértigo que no concluían nunca: Eichmann que había hecho de sus habitaciones en el Hotel Metropol una prolongación de sus oficinas en el Palacio Rothschild, no terminaba su trabajo hasta que la luz del amanecer iluminaba la martirizada Viena.

Si para Eichmann el Anschluss fue un triunfo personal y un paso adelante en su carrera, y para el Tercer Reich una operación brillante, para millones de seres humanos fue una tragedia, que el historiador, perdiéndose en los vericuetos de la trama histórica, puede convertir en una línea del relato. Por eso es necesario registrar otras miradas.

Un testigo ha descrito lo que vio en la residencia de la millonaria familia Rothschild. Uno de los líderes de la comunidad judía berlinesa, Heinrich Stahl, fue "invitado" a visitar Viena

para comprobar cómo había sido posible, gracias a la habilidad de Eichmann, desembarazarse de cien mil judíos. "En las entrañas del palacio, sucio, devastado, convertido en una pocilga policial, una multitud de seres desesperados, llorosos, al borde del colapso, deambulaban por escaleras y salones. El contraste es brutal. Los gobelinos y cuadros antiguos aparecen cubiertos por manifiestos nazis, banderas gamadas e inmensos retratos del Führer."

Cuando algún SS camina por esos pasillos, los judíos se le arrojan a los pies, clamando por misericordia. Algunos creían encontrar una solución: cambiar sus vidas por un salvoconducto, un pedazo de papel, una autorización para abandonar el país, que de nada les servía, pues las fronteras eran invulnerables. Los salvoconductos eran un pasaporte hacia la nada. Stahl participó en una reunión de judíos prominentes con Eichmann. Los dirigentes fueron obligados a permanecer de pie mientras Eichmann se sentaba y luego se levantaba para caminar entre ellos. Los emplazó a sacar del país no menos de mil judíos por día. Cuando Stahl le preguntó de dónde saldría el dinero para pagar ese éxodo, Eichmann le contestó que eso era un problema de los judíos. Como Stahl metió las manos en los bolsillos, fue amenazado e insultado por Eichmann.

Misión: Checoslovaquia y Polonia

La destrucción de Checoslovaquia fue más tortuosa que la anexión de Austria porque así la determinó la complejidad del país, que se encontraba ahora rodeado por territorios dominados por Hitler. Poco difirió la mecánica de la agresión nazi: reivindicaciones territoriales e históricas de Berlín, audacia de los nazis locales, agresividad brutal de Alemania. El primer presidente de Checoslovaquia, Tomas Masarynk, se había esforzado en hacer de esta república, fundada en 1918, un Estado moderno, que Hitler anhelaba dominar. Checoslovaquia era apetitosa para Hitler por diversos motivos, estratégicos y económicos. Alemania codiciaba las fábricas de armas Skoda. Además, Checoslovaquia brindaba a Hitler un flanco para

amenazar a Polonia, el próximo objetivo.

Checoslovaquia había nacido del desmembramiento del Estado multinacional de los Habsburgo. En ella convivían diversas nacionalidades: siete millones de checos con tres millones setecientos mil alemanes además de setecientos mil húngaros, cuatrocientos mil rutenos, cien mil polacos. Hitler se montó sobre las reivindicaciones de la minoría alemana para reclamar la incorporación de Checoslovaquia al Reich. Como en Austria, su principal instrumento fue el Partido Nazi Sudete, que había sido fundado por un empleado bancario, Konrad Henlein, y recibía subvenciones del NSAP.

Apenas consumada la invasión de Austria, en abril de aquel mismo 1938, Heinlen, en Berlín, tramaba el nuevo curso de los acontecimientos. En mayo, graves incidentes ensangrentaron los Sudetes. El Canciller checo Edvard Benes, estaba dispuesto a hacer todo tipo de concesiones como lo había hecho Schuschnigg, para salvar la patria… Hitler en sus medidas anexionistas ante Checoslovaquia usó con maquiavélico talento las divisiones de la región, cuidándose de obtener la bendición del almirante Horthy, jefe del Estado húngaro. A cambio de su complicidad en la destrucción de Checoslovaquia, le impuso la lógica de una de sus célebres frases: "Quien quiera sentarse al banquete tendrá que trabajar también en la cocina": aludía así a las pretensiones húngaras sobre una franja de la frontera checa.

El 12 de septiembre de 1938, en su discurso de Núremberg, Hitler proclamó que los "alemanes de los sudetes no han sido abandonados". Estas palabras provocaron incidentes a pesar de las concesiones que hizo Benes. El 13 de septiembre la región estaba al borde del abismo. Francia e Inglaterra intervinieron y el Primer Ministro inglés Lord Chamberlain obtuvo de Hitler la promesa de que no invadiría antes de una reunión cumbre, que se celebraría en Munich el 15 de septiembre. Un protocolo por la paz y la distensión fue firmado entre Chamberlain y Hitler. En las capitales de Europa se celebró con euforia la "salvación de la paz", un intervalo que sería muy breve. El 1° de octubre

de 1938 las tropas alemanas cruzaban las fronteras checas y penetraban en territorio sudete, llegando a Eger, donde el Führer fue aclamado como "libertador". El 15 de marzo de 1939, tras interminables y agónicas tratativas, el jefe del Estado checo, doctor Emil Hacha, quien había reemplazado a Benes, firmaba su conformidad con la anexión. Las tropas de la Wehrmacht ocupaban el territorio de Bohemia y Moravia y entraban en Praga el 15 de marzo.

El Führer, como lo había hecho en Viena, las siguió de cerca y al día siguiente se asomó a una de las ventanas del Castillo Hradcany de Praga, pero… esta vez no había una multitud bajo la ventana sino una plaza desierta. *Gauleiter* de Bohemia y Moravia, había sido nombrado el diplomático Konstantin von Neurath, que no era miembro del Partido Nazi pero llevó a Praga como jefe de policía a un checo de los Sudetes, Karl Hermann Frank, quien desató el terror.

El 1° de septiembre de 1939 el Tercer Reich se anexó Danzig, enclave polaco sobre el Báltico y la Wehrmacht invadió Polonia. El 17 de septiembre las tropas soviéticas, fundándose en los acuerdos entre Von Ribbentrop y Molotov, ocuparon los territorios orientales de Polonia. El 27 de septiembre después de dos semanas de asedio, Varsovia fue ocupada por los nazis y al día siguiente el país quedó dividido en dos por la demarcación germano soviética. Polonia había dejado de existir. Los territorios polacos bajo ocupación alemana fueron luego divididos: una parte formaron dos nuevas provincias del Reich, Danzig-Prusia occidental y el Warthegau. El resto constituyó una unidad administrativa de ocupación con el nombre de Gobernación General, cuya sede, a cargo de Frank, estaba en Cracovia.

Heinrich Himmler resumió el nuevo mapa en un memorandum interno que Eichmann recibió a comienzos de aquel septiembre. Señalaba que los polacos "eran un pueblo de infrahombres de oriente" que debía ser "transformado en una población de idiotas destinados a permanecer como tales". Mientras todos los polacos que sobrevivieran a las medidas represivas debían

ser germanizados, las SS recalcaban que "los polacos eran "una reserva de mano de obra". Por lo tanto, según leía Eichmann en las instrucciones que le giraban sus jefes, "esta población debe estar a nuestra disposición como una masa de manos sin cabeza y constituir para Alemania una reserva de mano de obra para usarla donde fuera necesario". La aniquilación de Polonia era una apropiación integral del patrimonio, y también significaba la aniquilación de la identidad nacional polaca. Por eso, además de la anexión de sus territorios, una de las primeras medidas tomadas por Berlín fue prohibir la música de Federico Chopin.

Nadie mejor que el propio Frank para describir la situación: "La relación que hay entre los polacos y yo es la misma que existe entre la hormiga y el piojo de las plantas". En estas condiciones, la figura de Eichmann se tornó más y más necesaria pues en Polonia había varios millones de judíos. El martirio polaco apenas puede ser abarcado por la magnitud de las cifras: los nazis mataron seis millones de polacos, entre judíos y no judíos, el 22% de la población. La inmensa mayoría asesinados. Unos 700.000 murieron en campos de batalla. Varsovia fue destruida en un 90% (850.000 víctimas de las cuales 450.000 en campos de exterminio y prisiones).

Pero en aquel septiembre, los aliados (que habían soportado sin chistar el avance nazi en Austria y Checoslovaquia) declararon la guerra al Reich y comenzó la contienda mundial.

¿Y Eichmann?

Desde abril de 1939, concluida la parte "gruesa" de la purga de judíos de Austria, Adolf Eichmann estaba en Praga pero esta vez no iba solo. Durante los meses de la "depuración" vienesa, Eichmann había conformado un equipo afiatado que se ocuparía de instaurar el nuevo orden racial en la capital checa y luego en todos los lugares de Europa en los que se implantaría el nuevo orden. Ese grupo lo conformaban Franz Novak, Alois Brunner, Anton Burger y Karl Rahm además de dos hermanos: Rolf y Hans Gunther.

¿Qué había pasado en Praga? Los judíos habían llenado el Palacio Rothschild de Viena pidiendo permisos para emigrar. Pero ahora sabían a qué atenerse. El destino de esos papeles sin valor era una frontera convertida en trampa o un campo de concentración. Las fortunas que los austríacos habían depositado en manos nazis como precio a pagar por la libertad, no habían servido para nada. Ahora lo sabían los judíos checos: era, ni más ni menos un saqueo. Los líderes de la colonia judía checa ya no se engañaban sobre Eichmann. Era un lobo con piel de cordero. Por otra parte, el propio Eichmann, quien, basándose en su conocimiento del terreno y en hábiles intermediarios internacionales, había conseguido "colocar" miles de judíos en Palestina tropezaba ahora con la reticencia británica que cerraba las fronteras del hogar nacional judío.

La solución racial iba a ser cada vez más complicada, un desafío. En Praga, Eichmann tenía sus oficinas en el antiguo Castillo pero toda su familia se había transferido a la ciudad, con gran satisfacción de Vera quien tenía cerca a sus familiares. Los Eichmann ocuparon un cómodo departamento en el 22 de la Molischstrasse, donde también vivían la hermana de Vera con el esposo. Claro que a esta altura de los acontecimientos la situación era tan complicada para los jefes nazis que Adolf veía cada vez menos a su familia. En Praga nacieron el segundo y tercer hijo de los Eichmann: Horst Adolph en 1940 y Dieter Helmuth en 1942.

Entre el Anschluss, la invasión de Checoslovaquia y la siguiente medida expansionista de Hitler, la invasión de Polonia, Eichmann tenía cada día más trabajo. A medida que el Tercer Reich iba llenando los casilleros en su invencible avance a través de Europa, un interrogante se volvía acucioso: ¿qué hacer con los judíos?

Eichmann, lejos de ser un rutinario burócrata, se tomaba a pecho su cargo y, compenetrado con los objetivos a largo plazo del Reich, se planteaba el crucial enigma. Era necesario encontrar una solución definitiva para el problema judío. ¿Qué se ganaba

expulsando a miles de judíos al otro lado de una frontera, si al cabo de unos meses –o de unas semanas, al ritmo en que se estaba produciendo el fulminante, imparable avance del Tercer Reich– esos mismos judíos reaparecían como fantasmas eternos? En la mentes de Himmler, Heydrich y Eichmann, danzaban planes globales, soluciones integrales. Por ejemplo, la creación de un territorio *ad hoc* que albergase a los judíos expulsados del Reich: fue el proyecto Nisko. El segundo, Madagascar. Después será el turno del último plan: la exterminación.

Para comprender lo que significaba Nisko se debe tener en cuenta el diseño global en el que Hitler había embarcado al Reich: la creación de un nuevo espacio vital suponía una ingeniería étnica y social de gran escala: en la mente de Hitler, quinientos mil arios, medio millón de volkish (alemanes) debían volver a la Nueva Alemania, mientras que otros tantos individuos "impuros" serían expulsados fuera de las fronteras de ese Nuevo Mundo. Millones de personas se trasladarían por territorios europeos, y conformarían un gigantesco rompecabezas social. Los arios alemanes desparramados por territorios impuros, debían reagruparse en las nuevas fronteras del Reich, mientras otros tantos seres impuros serían confinados en los suburbios de ese mundo, en colonias o ghettos inmensos.

La parte de Polonia que no estaba integrada al Reich conformaba un "espacio vital" de Alemania, escenario de esa gigantesca colonización, un campo de trabajo en el que sin embargo subsistía la tensión entre dos objetivos simultáneos pero antagónicos para los planes de Hitler: los judíos debían ser eliminados de la vista, pero al mismo tiempo el Reich necesitaba de ellos aunque fuese como esclavos. Nisko era una aldea situada a orillas del río San, en los confines del protectorado de Polonia. Estaba cerca de la ciudad de Ostrowa, y no lejos de Katowice. Era una región pantanosa, desértica, un verdadero infierno en la tierra. Según esta idea monstruosa, pergeñada entre Himmler, Heyndrich y Eichmann, ese debía ser el refugio judío, una suerte de parodia grotesca de la idea sionista del hogar nacional. Los

primeros trenes salieron de Varsovia, en convoyes que llevaban cuarenta vagones. Eichmann acompañado por dirigentes como Josef Wagner, *Gauleiter* de Silesia, estaba involucrado en el proyecto. Un sobreviviente, Max Burger, recordó mucho después que en octubre de 1939 había llegado a esos desolados confines y allí los deportados habían sido recibidos por Eichmann con un discurso:

–El Führer ha prometido a los judíos un nuevo hogar. Pero vosotros, judíos, debéis construir vuestro propio techo. Si sois rápidos en el trabajo, tendréis un techo sobre vuestras cabezas. El área está infectada, hay cólera, disentería y tifus. Pero el agua la debéis buscar y tendréis agua…

El proyecto Nisko no prosperó y su fracaso alumbró otro plan, o, como algunos sostienen, simplemente dejó al descubierto el verdadero plan oculto: la aniquilación. Un plan que aun en un marco desmesurado y delirante como era el nazismo, parecía irrealizable por desmesurado.

Los judíos ya en aquel 1939, morían en legión, y la idea de reconvertir un territorio remoto en una neocolonia se hundió sola. Los sobrevivientes de Nisko pidieron y obtuvieron ser trasladados a los campos de internamiento más cercanos como Sosnowiece. Algunos se trasladaron a Lublin, para pedir ayuda a lo que quedaba aún de la comunidad judía. Finalmente, de los varios miles que habían sido llevados a Nisko, quedaron sólo 300.

El proyecto Nisko había fracasado, pero los nazis ni siquiera tenían tiempo para evaluar los fracasos y distinguir responsabilidades. El 19 de diciembre de 1939, Himmler y Heydrich llamaron a una reunión en Berlín a toda la cúpula policial del Reich. Motivo: recapacitar y proyectar la futura acción. Una nueva estructura se había creado a fin de ordenar y racionalizar la limpieza étnica: se llamaba RSHA a cuyo cargo quedaba "la deportación y evacuación". Fue una manera de poner en limpio las experiencias de los últimos dos años, 1938 y 1939. Para Eichmann la reunión de Berlín fue decisiva, tanto como lo sería la conferencia de Wannsee en enero de 1942.

Sobre todo porque de ella salió confirmado en sus funciones, y su dependencia reestructurada: pasaba a ser el Referat IV B de la RSHA, que por razones de la lógica impenetrable del régimen, dependía administrativamente de la Gestapo.

Proyecto Madagascar

En la costa occidental de África hay una inmensa isla, la más grande de ese continente, y la cuarta más grande del mundo, con sus 364.000 kilómetros cuadrados. Esta isla tuvo un papel en la vida del *OberSturmbannführer* Adolf Eichmann.

En el verano de 1940 el Reich vivía un momento de gloria. El 10 de mayo, la Wehrmacht invadió Francia. La *blietzkrieg* fue fulminante. El 22 de junio los franceses se rindieron. El imperio francés pasa a manos del Reich. Un proyecto comienza a tratarse en los más altos niveles del poder nazi. Consistía en deportar cuatro millones de judíos europeos a la colonia francesa de Madagascar. ¿Por qué Madagascar? ¿Quién pergeñó el proyecto? La idea de conformar en la isla un inmenso ghetto y recluir a los judíos de toda Europa, resultaba atractiva por varios motivos. Para el Canciller Joachim von Ribbentrop, en cuya área surgió el proyecto, significaba atraer hacia su dependencia el tema de la depuración racial, considerado hasta entonces coto de Himmler y Heydrich, jerarcas a quienes von Ribbentrop veía como sus enemigos internos. Tanto rivalizaban que cuando en el entorno de Hitler comenzó a hablarse del proyecto Madagascar, el *Reichführer* Himmler envió una carta formal al canciller recordándole que el Führer había encargado a las SS la solución del "problema judío". Era un ambiente afiebrado y exitista, donde los favores del Führer eran disputados a brazo partido por sus subordinados.

Sobre la autoría del proyecto, los historiadores del Tercer Reich no se ponen de acuerdo. Algunos creen que provino del riñón de las SS, en especial del segundo hombre tras Heinrich Himmler: Reinhard Heydrich. La asociación entre Heydrich y Eichmann en 1940 era ya estrecha.

El proyecto Madagascar fue una tapadera. Nadie creyó en él. Era inviable, pues Alemania no estaba en condiciones de afrontar el envío de cuatro millones de judíos a la isla, sobre todo por una razón básica: los mares estaban en poder de la armada inglesa e Inglaterra, lejos de estar vencida, se mantenía en plena actividad bélica contra el Reich. El delirante plan de deportar a los judíos a Madagascar escondía, una vez más, el verdadero objetivo nazi: la aniquilación. Destinada inevitablemente al fracaso, la emigración global sólo podía dejar paso a la única solución: la eliminación de los judíos de la tierra.

Edouard Galic, biógrafo de Heydrich, interrogó a dos hombres claves en el esquema de Himmler y Heydrich, que estuvieron vinculados al proyecto Madagascar. El primero era Martin Luther, subsecretario de Estado, quien reconoció que el proyecto era imposible por las enormes dificultades técnicas que suponía y además, "Hitler nunca hubiera dejado emigrar a todos los judíos". También Galic interrogó a Hjalmar Schacht, presidente del Deutsche Bank y ministro de Finanzas del Tercer Reich, juzgado en Núremberg donde resultó absuelto. Schacht, arquitecto económico del espectacular progreso del Reich, le dijo a Galic que "ningún judío alemán habría perdido la vida si los proyectos de emigración masiva de la población judía hubieran recibido aceptación internacional".

El argumento usado por los jerarcas nazis que sobrevivieron al hundimiento del Tercer Reich, como las mentiras más creíbles, contenía partes de verdad: numerosos países, comenzando por Gran Bretaña, impedían que embarcaciones judías surcaran los mares y menos aún facilitaban la emigración de judíos del Tercer Reich, algo que hubiera podido salvar millones de vida. Galic sostiene que "el plan Madagascar constituía una provocación muy bien estudiada: los nazis pretendían engañar a la opinión pública mundial sobre sus verdaderos objetivos… El plan era un anzuelo para confundir a los sionistas y ganar su apoyo…".

Aunque muchas veces la memoria le jugó una mala pasada y confundía Madagascar con Uganda, Eichmann utilizó el proyecto

Madagascar como una de sus principales líneas de defensa en el proceso de Jerusalén, lo que fue explícitamente recogido por la sentencia. Según Eichmann, el proyecto demostraba que sus principales esfuerzos no se habían dirigido a matar a los judíos sino a expulsarlos. Argumento que no convenció a sus juzgadores. Ese traslado, sostuvo el tribunal, equivalía a un "aniquilamiento físico" de la población judía. Algunos historiadores atribuyen la autoría del plan Madagascar a un funcionario de la Cancillería nazi, Franz Rademacher, quien trabajaba en estrecho contacto con el ministro de Relaciones Exteriores, Von Ribbentrop. Rademacher fue juzgado en Alemania y condenado a tres años y medio de prisión. Tras la guerra, Rademacher había huido a un país árabe y regresó a Alemania donde apeló la sentencia, trámite que estaba en curso cuando murió en 1971.

Himmler y Heydrich cayeron bajo el pánico de perder la iniciativa si otros jerarcas se apoderaban del proyecto Madagascar. Por ello pusieron a Eichmann a trabajar en el plan, cosa que Eichmann hizo con la energía que para entonces ya todos le reconocían. Eichmann –que incluso llegó a ponerse la vacuna contra la malaria– investigó febrilmente en el Instituto para el Trópico de Hamburgo. Era el lugar de Alemania donde había más información sobre África. En poco tiempo, Eichmann produjo un memorandum interno de 17 páginas en el cual se analizaban las consecuencias posibles del proyecto Madagascar. El informe incluía datos geográficos, económicos y climáticos de la isla y un original desarrollo de la idea. Según el documento, la isla podía albergar varios millones de judíos quienes se mantendrían a sí mismos y podrían incluso autogobernarse bajo la supervisión y mando de las SS.

La mera emigración en ámbitos europeos –por ejemplo, mandar los judíos de Polonia a Rusia– no "cancelaba" el problema judío, pues la expansión nazi volvía a encontrar a los mismos judíos que habían ya huido. Madagascar postulaba una "solución territorial", según la cual la Europa nazi expulsaba a los judíos de

sus fronteras. Como en Nisko, el proyecto Madagascar parodiaba trágicamente el pensamiento de Teodoro Herzl, quien había propuesto que todos los judíos se reunieran en un hogar nacional, en alguna parte del mundo, que no tenía por qué ser Palestina. Herzl se animó, incluso, a mencionar a Uganda como ese posible hogar. Cabe recordar que en los incontables proyectos y planes que durante el final del siglo XIX y comienzos del XX llegaron a barajarse se mencionaba la Argentina: pero, ¿acaso no era un país soberano? Se contaba con que, quizás mediante las generosas trasfusiones de fondos de algunos millonarios judíos como Hirsch o Rothschild, la Argentina podría "ceder" alguna porción de su territorio para instalar el hogar judío.

Así como Nisko proponía expulsar a los judíos a un territorio situado en los confines de Europa, Madagascar postulaba una variante de las colonias penitenciarias más o menos tropicales que las potencias coloniales habían implantado en infiernos verdes según el modelo de la Isla del Diablo y otros presidios inaccesibles levantados en Guyana, Nueva Zelanda, o islas del Índigo, lugares donde no era necesario erigir muros, esas construcciones que los cautivos siempre terminaban por perforar. El mejor muro era la lejanía y el aislamiento que la propia naturaleza proveía.

Este y otros aspectos del universo concentracionario que Hitler llevó al paroxismo, habían sido anticipados por un escritor checo de habla alemana, Franz Kafka, en su cuento "En la colonia penitenciaria".

Según el plan Eichmann, zarparían para Madagascar dos barcos por día, cada uno de ellos cargado con 1.500 judíos. Los primeros –los pioneros– debían ser artesanos, albañiles, carpinteros, y obreros de todos los ramos de la construcción, pues serían los encargados de construir los poblados para quienes llegaran luego. Serían los mismos judíos, con su patrimonio incautado, quienes financiarían el costo del proyecto. Otra de las variantes que los nazis pensaron para Madagascar, de las muchas que se lanzaron, era un chantaje a la judería americana:

¿dejarían los judíos de los Estados Unidos que cientos de miles de judíos europeos terminaran confinados en semejante infierno? Esa extorsión, en las afiebradas mentes nazis, obligaría a los norteamericanos a pagar el rescate de sus congéneres y el precio sería la abstención norteamericana frente a los avances nazis.

Madagascar como solución para las veleidades de depuración racial del Reich era una locura, aun más insensata, por lo exótica, que Nisko. Sin embargo, en los interrogatorios a los que fue sometido tras su captura, Eichmann reivindicaba su empeño, sosteniendo que tanto Nisko como Madagascar eran planes con una raíz sionista. La solución territorial no era la solución final, repetía una y otra vez Eichmann en sus alegatos, escondiendo el hecho de que enviar a millones de seres humanos a un enclave remoto en condiciones de virtual esclavitud era condenarlos a una forma de exterminio no por exótica menos letal.

Los campos

El primer *lager* (campo de concentración) estaba en Dachau, a veinte kilómetros al norte de Munich.

Dachau se desplegaba en torno a un castillo medieval, pequeño y macizo. Dachau, rústica y agradable, era conocida antes de 1933 como la Barbizon de la capital bávara, en alusión a aquel pueblo cercano a París, que preferían para vivir y trabajar artistas y escritores.

El campo para prisioneros de Dachau se construyó aprovechando algunas instalaciones remanentes de una antigua fábrica de pólvora abandonada y reconstruida como prisión. Albergaba a los militantes políticos que se oponían al Reich. Se abrió el 22 de marzo de 1933 y se encargaba de dirigirlo una heterogénea mezcla de policía bávara y oficiales de las SS. El gobierno nazi no hizo ningún esfuerzo por ocultar ese campo, e incluso Himmler convocó una conferencia de prensa para anunciar la apertura. Sus primeros ocupantes fueron un grupo de 200 militantes comunistas, de los varios miles que colmaban las cárceles de Berlín y otras ciudades. Luego les siguieron presos

socialdemócratas, monárquicos bávaros, sacerdotes y laicos católicos, nazis disidentes, así como enemigos personales de los jerarcas. Las primeras estimaciones preveían que Dachau albergara unos 5.000 internados.

En 1939 los muros "históricos" fueron demolidos para dar paso al nuevo Dachau. Tenía 34 bloques alrededor de una vasta plaza central donde se practicaba la revista de detenidos. Eran amplios los edificios administrativos, en los que se impartían clases sobre prácticas policiales. A ellas asistió Eichmann.

También funcionaban, en dependencias del campo, fábricas de armas, cuarteles, oficinas de la comandancia de las Waffen SS. Todo estaba rodeado de altas murallas cuyo perímetro abarcaba miles de kilómetros. Había barrios enteros con casitas de ensueño en las que vivían oficiales y guardianes.

Pero cuando Dachau se convirtió en una inmensa ciudad policial, ya Eichmann no estaba allí, aunque muchas veces visitó este campo, donde, como solía decirle a sus colaboradores Wisliceny y Hogan, para él, "había empezado todo". Es que Dachau, en el apogeo del Reich, se extendió hasta tocar la ciudad que la había alimentado, Munich. Casi sin solución de continuidad desde el viejo pueblecito junto al castillo hasta la periferia de Munich, se sucedían el *lager* de Alach, en la carretera de acceso a la capital bávara, y los llamados "campos de la selva", entre Mulhdorf y Kaufering, cerca de Ausgburg. Éstos albergaban contingentes de detenidos en tránsito, que bien podían seguir su tránsito hacia la libertad o bien hacia algún campo de exterminio. Mientras en algún punto misterioso de la estructura policial se definía el destino de cada prisionero, las SS los usaban para necesidades concretas; por ejemplo, la construcción de aeródromos, la reforma urbanística en Munich o el trazado de los túneles para un tren subterráneo.

Dachau y todos los campos que siguieron tenían celdas de castigo y cámaras de torturas. Tenían patíbulos donde se aplicaba la pena de muerte vigente en Alemania, mediante los procedimientos de horca y decapitación por hacha. No faltaban en

cada campo las enfermerías, escenarios de prácticas eutanásicas y experimentos genéticos. En el verano de 1937 se abrió el segundo campo: Buchenwald, cerca de Weimar. Luego fue el turno de Sachsenburg, cerca de Berlín.

El pogromo de noviembre de 1938, conocido como Noche de los Cristales Rotos, durante el cual fueron incendiadas las sinagogas, asesinados y detenidos miles de judíos, impresionó al mundo entero y también a Alemania. Si bien la propaganda antisemita que Goebbels desarrollaba tenía amplia aceptación en el pueblo alemán, al estar ligada a la explosión del nacionalismo y las reivindicaciones nacionales contra la humillación infligida a Alemania en Versailles, la violencia ciega y abierta contra los judíos era impopular. El hecho no pasó inadvertido para Hitler, que entonces cambió su táctica.

El principal inspirador del antisemitismo nazi era Joseph Goebbels, ideólogo de las purgas. Pero desde 1938 esas medidas fueron confiadas enteramente a Himmler. No era una competencia entre jerarcas sino una distribución racional de misiones, cada una de las cuales se confió a la personalidad adecuada. Hitler decidió que el exterminio –la formulación drástica y radical del antisemitismo sobre el cual basaba su ideología y su práctica– se mantuviera en secreto. Goebbels siguió siendo el vocero del antisemitismo nazi, según la teoría de que los judíos, a la cabeza de una conspiración mundial para dominar el mundo, eran los culpables de todos los males de Alemania. Pero cambió la forma en que el exterminio se ejecutaba: ya no habría más algaradas, razzias anunciadas con bombos y platillos y grandes discursos denunciando a la conspiración judía.

La destrucción de los judíos dejó de ser tema de la agitación y la propaganda y se convirtió en una cuestión de Estado y tratándose de un Estado totalitario como el Tercer Reich, se desarrolló bajo el imperio del secreto. En adelante, ya no se ocuparían de él los publicistas, los ideólogos, sino los "especialistas", palabra en la que los nazis incluían a verdaderos técnicos de la exterminación masiva, a cuyo servicio se puso

una batería de instrumentos legales, para que justificaran y fundamentaran sus acciones en el derecho vigente.

El paso de un estadio al otro es crucial para entender el papel desempeñado por Eichmann. Según lo que repetía en todos los interrogatorios, Eichmann odiaba a aquellos antisemitas viscerales como Julius Streicher que, ya consolidado el Estado SS, seguían confundiendo la maquinaria estatal con sus principios, y producían expresiones públicas de una retórica antisemita, que para Eichmann eran incompatibles con la maquinaria eficiente y fría que él se empeñaba en perfeccionar.

En junio de 1941 Adolf Hitler decidió romper el pacto germano-ruso e invadir la Unión Soviética. Fue el tiempo de una nueva etapa de las varias soluciones al problema judío: el exterminio de los judíos rusos mediante la ejecución drástica a cargo de patrullas móviles de asesinos, llamados *Einsatzgruppen* que arrasaban con la población civil en la retaguardia de las divisiones de la Wehrmacht para luego enterrar los cadáveres.

Este exterminio conllevaba riesgos y costos grandes por lo que, decidida ya en algún momento del verano o la primavera septentrional de 1941 y consagrada en Wannsee por diversos estamentos nazis, la solución final comenzó en 1942 su desarrollo sistemático mediante la construcción de cámaras de gas y hornos crematorios.

En este largo proceso, Adolf Eichmann ¿qué papel jugó? ¿Era consciente desde el comienzo de que su papel sería el de organizar el Holocausto? ¿O resultó, como lo argumentó en su defensa, sorprendido y atrapado por las circunstancias de la historia, sin haberse podido desprender de ellas?

El Estado nazi actuó con una perfecta dualidad, combinando acciones públicas anunciadas y proclamadas, con movimientos secretos, ejecutados en la penumbra, y clandestinos hasta tal extremo que en la Alemania donde imperaba la puntillosidad con la que se documentaba cada medida estatal, las órdenes para los actos de exterminio fueron orales, y casi no quedó de ellas constancia escrita.

Ninguna de esas tareas era nueva para Eichmann. Toda su carrera policial, desde que por primera vez se había sentado en una silla del aparato del Estado, tuvo que ver con los campos de prisioneros, y específicamente con el arresto y concentración de judíos. El viejo *lager* de Dachau había sido su primera escuela. Cuando sólo llevaba un año en la SD, se había abierto el *lager* de Buchenwald y el de Sachsenhausen, en Oranienburg, cerca de Berlín.

De cada uno de estos *lager*, Eichmann lo conocía todo. ¿Cuántas veces había ido a Oranienburg, por ejemplo, donde funcionaba la administración de la ciudad carcelaria berlinesa que era Sachsenhausen? Había sido el propio Eichmann quien autorizó –por supuesto por orden directa de Himmler– a 50 prisioneros de Esterwegen para que trabajaran en aquella región pantanosa a 30 kilómetros al norte de Berlín, a fin de erigir un campo nuevo, más grande que todo lo que se conocía, con al menos 80 o 100 barracones.

Julio de 1937. Los pinos que crecían contra todo pronóstico entre las dunas, fueron arrasados por el hacha de los prisioneros. Nunca olvidaría Eichmann la felicitación que recibió de su jefe cuando tras una visita como las que cumplía sin descanso Heinrich Himmler a fin de inspeccionar "sus" *lager*, le había elogiado el lema que estaba pintado a la entrada del campo: "Hay un camino hacia la libertad. Sus límites se llaman obediencia, aplicación, orden, aseo, sobriedad, franqueza, sacrificio y amor a la patria". Sachsenhausen, Berlín.

¿Una colmena? ¿Un palomar? Los campos no eran meros depósitos de hombres. En ellos funcionaban fábricas de armas, talleres de aviación, fábricas de tanques. Spandau –el presidio en el que se alojarían más tarde los últimos jerarcas nazis en cautiverio–, por ejemplo, fue durante mucho tiempo una cárcel modelo de la que no hubiera podido escapar ni siquiera Houdini. En Spandau, ergástulo escondido en el corazón de Sachsenhausen, el inmenso *lager* berlinés, "había de todo", hasta una fábrica Siemens que proveía de miles y miles de bombitas

eléctricas –la luz alemana–, aprovechando la mano de obra esclava.

Luego se fueron abriendo los demás campos, un mapa de la muerte a lo largo y ancho de Alemania y de sus tierras conquistadas. En 1938, fueron Mauthausen, en las praderas de Linz, la ciudad amada por Hitler y por Eichmann. Y Theresienstadt, o Terezin, en Praga. Y Flossenbürg, en Núremberg. Y Neuengamme, en Hamburgo. Y un campo sólo para mujeres: en Ravensbrück, cerca de Berlín.

Cada uno de estos campos era como un pequeño estado: requería una ingente tarea de organización y mantenimiento. Pero sobre todo, se necesitaba un plan, un diseño global, pues los campos no se abrían al azar ni por casualidad. Cada uno de ellos se situaba en un lugar preciso: debían estar enclavados en lugares alejados de las grandes concentraciones urbanas y en lo posible desérticos, por lo tanto, en lugares inhóspitos. Los desplazamientos de millones de cautivos debían hacerse con discreción, de manera que los alemanes los vieran pero no se horrorizaran. Ninguna crueldad debía ser infligida a los prisioneros a la vista de los ciudadanos. Pero al mismo tiempo los *lager* debían estar cerca de las grandes ciudades pues eran como apéndices de las concentraciones urbanas en las que esas rémoras del orden nazi –opositores, comunistas, socialdemócratas, intelectuales, curas, homosexuales, gitanos, judíos, judíos, judíos– surgían y se desarrollaban como flores malignas que envenenaban el Reich. Por eso, repasar un mapa de los campos de concentración y exterminio es como mirar un mapa demográfico de la Alemania de la época. En 1939 se abrió Stutthof, cerca de Danzig; y Bergen Belsen, cerca de Hamburgo. Y cuando Polonia fue invadida y conquistada, cuando Polonia se convirtió en adalid de una Europa *judenrein,* los *lager* florecieron por doquier en la tierra de Chopin: Auschwitz-Birkenau, cerca de Cracovia; Maidanek, cerca de Lublin; Belzec, Sobibor, Chelmo, Treblinka, Grossren, en Wrullaw, y Dora en Mittelbau.

La solución final

El año 1942, año decisivo en esta historia, no comenzó el 1º de enero. El primer día de ese año, como sucede con muchas historias, comenzó mucho antes de que se escribiera, o se pronunciara, la primera palabra. El 42 comenzó el 41.

Fue en el verano de 1941 cuando el Führer decidió exterminar a los judíos. Como es sabido, no ha quedado ninguna orden escrita por Hitler, lo que ha permitido a algunos historiadores llamados revisionistas sostener que el exterminio de los judíos no fue querido por Hitler.

Sin embargo, cuando se abrieron en Moscú los archivos de la KGB, tras la disolución de la Unión Soviética, se hallaron los apuntes diarios que Heinrich Himmler escribió durante 1941 y 1942, y en ellos figura una anotación crucial. Fue asentada el 18 de diciembre de 1941, tras una entrevista entre Himmler y Hitler, en el Berghof (Nido de Águilas), la residencia del Führer en Obersalzburg. Dice: "*Judenfrage./als Partisaene auszurotten*". O sea: "Cuestión judía./ exterminar como a guerrilleros".

A lo largo del varano de 1941, el Führer tomó dos decisiones: invadir la Unión Soviética y matar a todos los judíos. La primera no involucró directamente a Eichmann. En la segunda, Eichmann tenía un papel crucial. La tarea de Eichmann hasta entonces había sido organizar la expulsión de los judíos del territorio del Tercer Reich. Ahora, expulsión se había convertido en aniquilamiento.

La solución final dependió de la conjunción de muchas circunstancias y vidas, pero consolidó un trío de hombres alrededor del cual giró el proyecto de Hitler. Heinrich Himmler, Reinhard Heydrich y Adolf Eichmann.

Eichmann, apunta Hannah Arendt, se sentía más cerca de Heydrich que de Himmler. Pero, desde el punto de visa de Eichmann, ¿qué unía a Himmler con Heydrich? ¿Qué los separaba? ¿Qué grietas había en aquel sólido edificio de muerte, en aquellos lazos de sangre entre las cabezas del Estado SS?

Había una diferencia fundamental entre Himmler y Heydrich: el primero pertenecía al núcleo histórico de Hitler, mientras que Heydrich era un "advenedizo". No era una cuestión de edades,

pues sólo los distanciaban algunos años: Himmler había nacido en 1900, Heydrich en 1904 y Eichmann en 1906. Sin embargo, Himmler había estado en las calles de Munich en 1923, junto al Führer, cuando los nazis históricos habían sido ametrallados por el ejército de la república de Weimar. Es cierto que el papel de Himmler no había sido importante y que no integraba, ni siquiera entonces, el entorno principal de aquel ignoto demagogo austríaco que pretendía dar un golpe de mano y apoderarse del apolillado Reich. Himmler no había sido un Röhm, un Hess, un Goebbels, hombres del núcleo íntimo del Führer. Tampoco era un legendario fetiche como Herman Goering el as de la aviación alemana en la Primera Guerra Mundial. Goering era la alhaja de la corona para el grupo inicial nazi. Hitler sabía que a Goering lo debía preservar como oro porque entre todos aquellos ilustres desconocidos, aquellos politicastros, demagogos y militares ignotos, Goering era el único nombre que resonaba en la memoria de los alemanes.

Pero en las calles de Munich frente a la boca de los fusiles, Himmler había llevado el estandarte con la cruz gamada. La fotografía del joven Himmler con la bandera en las manos lo hizo entrar en la historia, y a medida que fueron pasando los años, en la leyenda del Tercer Reich. Pero, ¿dónde estaban Reinhard Heydrich y Adolf Eichmann cuando la sangre nazi corrió por la Feldstresse de Munich? Heydrich era un marinerito que soñaba con emular al almirante Nelson y Eichmann un petimetre que se hacía lustrar los zapatos en los cafés elegantes de Linz.

A las puertas del poder, Hitler necesitaba un hombre que multiplicara la milicia policial, convirtiendo el inminente poder nazi en un estado policial, sin la grandilocuencia ni la desmesura de Gregor Strasser o Ernst Röhm. Un tecnócrata de la represión capaz de cumplir con discreción pero con puño de hierro el diseño del nacionalsocialismo: toda persona o institución que no se plegara al poder era sin más un enemigo y había que eliminarlo. Himmler era ese hombre, por su energía, voluntad de acero, fidelidad probada al Führer y a los principios del

nacionalsocialismo.

En 1936 Hitler le entrega a Himmler el comando de todo el aparato de seguridad, refunde en las SS las fuerzas del orden, tanto la Gestapo o Policía Política Secreta fundada por Goering para Prusia, como los restos de las SA, o tropas de asalto, además de la policía criminal, la Sipo y demás organismos de seguridad. Hitler le dio a Himmler el resorte fundamental del Reich de Mil Años. Himmler, a su vez, aceptó esa hercúlea función porque su fanatismo no le permitía otra cosa. Pero también por otra razón poderosa: podía respaldarse en los hombros fuertes del príncipe de las mazmorras, Reinhard Heydrich, su gran descubrimiento.

Heydrich había entrado al Orden Nazi por la puerta grande. Brillante alférez de la Marina, era protegido del almirante Wilhelm Canaris quien lo consideraba el joven más brillante de la Armada germánica. Pero en 1931, pidió la baja. Los motivos nunca quedaron claros, ni siquiera para sus biógrafos más minuciosos como Edouard Gelic, quien tras investigar en todos los archivos que han quedado indemnes, así como la memoria de los allegados de Heydrich, debe confesar su fracaso: nunca se sabrá la verdad sobre la causa de la abrupta salida de Heydrich de la Abwehr. La tesis más difundida es que protagonizó "una cuestión de honor": Heydrich habría seducido, mientras se encontraba acantonado en un buque, en el puerto de Kiel, a una muchacha menor de edad, hija de un marino de alta graduación. Algunos historiadores niegan sustento a esta versión. Ningún marino hubiera desperdiciado una carrera fulgurante, en un momento histórico propicio para todo miembro de las Fuerzas Armadas, por un asunto de polleras, tanto más que entonces Heydrich era soltero. Otra tesis sostiene que la Marina obligó al alférez a dejar el uniforme porque su notoria afiliación nacionalsocialista contrariaba a la jerarquía naval, que despreciaba a la escoria nazi.

Lo cierto es que en el mismo año 1931 en que Heydrich deja la Armada, ingresa a las SS con un cargo importante y rentado. Todo lo contrario a Eichmann, quien vegetó años como

militante sufrido de la causa nazi hasta que consiguió atarse al presupuesto del Estado.

Dicen que Himmler vio algo en Heydrich, aquel hombre de imponente presencia, alto, de rubios cabellos lacios y acerados ojos, virilizado por el uniforme negro de las SS con sus botas, sus correajes, su impresionante gorra en la que destacaban los símbolos de la muerte en plata: la calavera y la doble hoja de roble. Pero también hay voces discordantes. En vida de Heydrich, era calumniado alegándose que en su familia había sangre judía y que su padre no era en realidad el compositor Bruno Heydrich sino un judío llamado Irineus Suss. La nariz larga y aguileña de Reinhard era considerada una prueba de esta teoría.

Algunas características de la vida de Eichmann lo acercaban más a Himmler que a Heydrich: como Himmler, los orígenes de Eichmann eran modestos. Ambos descendían de pequeños y anónimos alemanes de provincia; el padre de Himmler era profesor de bachillerato en Munich, el padre de Eichmann era burócrata y pequeño comerciante de Solingen y luego de Linz.

Por el contrario, Heydrich era un fruto de la gran cultura germánica, en uno de los campos donde ésta había llegado más lejos: la música. Su padre, Bruno Heydrich era un pianista eximio, concertista y compositor de sinfonías y conciertos, reputado maestro en el conservatorio musical de Hesse. El propio Reinhard Heydrich había estudiado violín con buenos profesores, ejecutaba con pericia y por lo menos durante su adolescencia, antes de preferir la ruda vida de marino a las salas de concierto, parecía predestinado a una carrera musical.

Pero en la dantesca Alemania que a comienzos de la década del treinta asistía al ascenso nazi, las preferencias o destinos personales se derretían al fuego del único destino que importaba, el del Reich y su Führer. Heydrich y Eichmann codo a codo, uno como jefe el otro como asistente, fueron encargados de levantar el gran monumento que el Reich legaría a la historia alemana, la depuración de la lepra judía y esa tarea común forjó lazos de acero entre ellos.

Veamos cómo fue la carrera de uno y de otro en los años en los que el Reich nazi alcanzó su cenit.

En 1933, cuando Eichmann se incorpora a las SS, Heydrich llevaba ya dos años en la organización negra, donde le encargaban misiones importantes. Ese año, por ejemplo, participó en la catarata de medidas represivas que sucedieron al nombramiento del Führer como Canciller del Reich: detención de opositores, desmantelamiento de las organizaciones políticas, sindicales y sociales, copamiento de las instituciones del Reich. En 1934, cuando Eichmann entretenía sus ocios preparando un museo de la masonería, Heydrich llega a jefe de la Gestapo de Prusia, y mientras Eichmann se enteró por los diarios del desmantelamiento de las SA de Ernst Röhm, durante la Noche de los Cuchillos Largos, Heydrich tuvo una intervención decisiva en la gran purga. Ese mismo año, Heydrich también participa en dos asesinatos que asfaltan la consolidación del poder de Hitler: el de Dollfuss y el del Rey de Yugoslavia. Al año siguiente Heydrich aparece como editor del nuevo órgano de las SS, *Das Scharze Korps*. En 1936, Heydrich se hace cargo de la seguridad del Reich durante los Juegos Olímpicos de Berlín, ese escaparate que Hitler ofreció al mundo para tranquilizarlo mientras la máquina represiva ya funcionaba, aunque más o menos en la sombra. En el Estadio Olímpico, el Führer presidía el desfile de atletas de todo el mundo, y colgaba las medallas a los nuevos centauros, sin importarle que fueran negros, amarillos o rojos. En las gradas colmadas de berlineses ondeaban las banderas rojas con la cruz svástica, y miles de periodistas que habían acudido al fasto no se enteraban de que a pocos metros, los muros de las prisiones acallaban los gritos de los prisioneros. Miles de cautivos. Heydrich era uno de los artífices de aquella esquizofrenia. El terror como secreto de Estado no tenía secretos para Heydrich.

Eichmann por entonces comenzaba a ocuparse de los asuntos judíos de la RSHA. En 1937 el hecho más importante en la vida de Eichmann fue su viaje de incógnito como espía nazi a

Palestina. Nadie, salvo sus jefes, sabía quién era aquel alemán o austríaco. ¿Eichmann? *Connais pas*…

Heydrich enhebraba en sus alforjas, uno tras otro, los grandes momentos del Reich. A sus triunfos añadió, ese año, durante la Guerra Civil española en la que el Reich prestó decisivos servicios a los alzados del generalísimo Franco, el bombardeo de Guernica, por la Legión Cóndor, un hecho simbólico que anticipaba los años a venir. Se lo atribuye como muchas otras operaciones políticas o de espionaje, a Heydrich, cerebro estratégico y realizador del Reich.

Después de 1938, a Eichmann lo ponen a cargo de la Oficina de Asuntos Judíos de las SS. Entonces, liga su suerte a la de Heydrich. Ambos participan codo a codo en los eventos que se suceden a ritmo de vértigo: anexión de Austria, invasión de Checoslovaquia, invasión de Polonia, pacto de Munich y reparto de Polonia con la Unión Soviética, desencadenamiento de la guerra total en diversos frentes a partir de septiembre de 1939, preparativos para la exterminación de los judíos, organización del orden concentracionario nazi. En el verano de 1941 operación Barbarrosa (invasión de la Unión Soviética) y a partir del verano de 1941 –o de enero de 1942–, solución final: el tiempo apremiaba y el Führer decidió que había llegado el momento de cumplir lo anticipado en *Mein Kampf:* extirpar a los judíos de la faz de la tierra. La primera ejecución con gas se consumó en el colectivo de la muerte, en Chelmo el 7 de diciembre de 1941.

Auschwitz

Adolf Eichmann llegó desde Berlín al pueblo polaco de Auschwitz, cerca de Cracovia, junto a un grupo de jerarcas de las SS. Arribaron en plena noche y durmieron en una casa confiscada, al amparo de numerosos guardias armados que custodiaban la expedición. Al día siguiente, visitaron una antigua fábrica de explosivos del ejército polaco, casi en ruinas. Estaba a tres kilómetros del pueblo. Entre ese lugar y otro pueblo llamado Burkenau, se extendía una superficie de ocho mil hectáreas

que el Estado había expropiado para dedicarla a la agricultura intensiva. Era un llano cruzado por pantanos y bosques. Los caminos estaban destrozados, y algunos habían sido borrados por el páramo. Había unas pocas casas perdidas. El lugar era nauseabundo pues las miasmas del pantano despedían un hedor que llevó a Eichmann a taparse la nariz con un pañuelo.

Eichmann volvió rápidamente a Berlín y respiró mejor cuando Auschwitz se convirtió en un punto de un mapa y en un nombre de los vastos esquemas que había sobre las mesas de trabajo del Referat IV B. Los trabajos comenzaron de inmediato: había que rellenar los pantanos y comenzar la construcción de las barracas. Unos meses después, Eichmann se integró a la comitiva que inauguró las instalaciones. Era un día soleado del invierno de 1940. La Wehrmacht se había apoderado de Francia en pocas semanas y los periódicos mostraban la foto del Führer junto a su arquitecto preferido, Albert Speer, con el fondo de la Torre Eiffel. El sol brillaba en el futuro del Reich de los Mil Años. Himmler inauguró el *lager* de Auschwitz y felicitó a quienes habían trabajado en esa obra llamándolos pioneros del Ostraum (el espacio oriental). Pero hubo problemas. El río Weischel se desbordó y una parte de las instalaciones del campo quedó inutilizada. Hubo que reconstruirlo. Los primeros prisioneros llegaron en la primavera de 1941. El Campo de Auschwitz estaba destinado a recibir los miles de prisioneros de guerra rusos.

Heinrich Himmler, en su escritorio, tenía un tintero tallado en mármol verde. ¿Era cierto que ese tintero se lo habían tallado presos de Dachau? Eichmann tenía ganas de preguntárselo pero no se animaba. Estaba en el despacho del Himmler, en una reunión importantísima. Tras el escritorio, refulgían los anteojos de Himmler, y frente a él se sentaban dos hombres. Con la espalda tiesa como una tabla, la estampa hierática de Reinhard Heydrich y a su lado, él, Adolf Eichmann.

En la estancia había otras personas pero Eichmann sentía que sólo estaban ellos dos, sus ídolos, Himmler y Heydrich, y él Eichmann, el hijo del electricista Karl Eichmann. Y el retrato

del Führer en la pared, por supuesto.

Himmler se ajustó las gafas y dijo con tono solemne:

–El Führer ha decidido terminar con la plaga judía y ustedes han sido elegidos para esa misión fundamental. El Führer considera que los judíos deben ser exterminados pues su supervivencia amenaza el futuro del pueblo alemán. Yo he elegido el *lager* de Auschwitz como el lugar donde se debe llevar adelante esta acción decisiva.

La decisión

Seis de la tarde del miércoles 20 de enero de 1942. Dos hombres se sientan en otros tantos sillones de la sala de reuniones del palacio situado en la Am Grossestrasse 56, en Wannsee, cerca de Berlín. Están cansados. Se sirven generosas copas de una botella añeja. El calor del buen cognac francés y de la chimenea los reanima. Se miran. Repasan los papeles que han quedado en las mesas. Se relajan. Sonríen. Han triunfado. La más compleja orden del Führer, la más terriblemente difícil de cumplir, será realidad en poco tiempo.

Esos hombres son Reinhard Heydrich, jefe de las SS y su lugarteniente, Adolf Eichmann, director del Referat IV de las SS. Acaba de terminar la conferencia de Wannsee y quince jerarcas del Tercer Reich, han firmado un documento que los obliga a todos: cómo tratar a los judíos a partir de ese momento. Acaba de terminar un episodio crucial en la historia del horror del mundo, quizás porque a diferencia de otros muchos horrores, de éste ha quedado constancia escrita: la frialdad de la prosa burocrática de un memorandum contiene la muerte de millones de seres humanos.

–¡*Heil* Hitler, Adolf! –brinda Reinhard Heydrich, levantando su vaso.

–¡*Heil* Hitler, Reinhard! –le contesta Eichmann. El fuego de la chimenea caldea el ambiente y los rostros de Heydrich y Eichmann brillan en la noche de Berlín. Fuera, la nieve lo cubre todo desde hace días. “Berlín yace bajo un sudario blanco”,

escribió Joseph Goebbels en el diario íntimo que llevaba con la disciplina y delicadeza de una adolescente, ese mismo día, el 20 de enero. ¿Presentimiento? La nieve blanca es negra para Goebbels, que reflexiona: "El invierno nos ha creado muchos problemas". Es el invierno de 1942, durante el cual el ejército nazi triunfante, imparable en su camino hacia Moscú, se empantana en la Rusia profunda.

Wannsee es una localidad a diez kilómetros al sudoeste de Berlín. Está en un punto boscoso a orilla del lago Wan. El lugar es una sucursal del paraíso. Un pueblo verde, una dispersa reunión de grandes residencias separadas por un denso bosque de altas coníferas. Era un lugar silvestre hasta que a comienzos del siglo el pintor impresionista Max Lieberman, y otros artistas del Berlín bohemio, edificaron allí sus residencias de verano. De octubre a abril, Wannsee se sumía en un letargo, pero en los meses de verano se llenaba de políticos, directores de bancos, empresarios y artistas. Wannsee era sinónimo de vida cosmopolita, y en sus costas imperaba la tolerancia. Cristianos, protestantes o judíos convivían y eran enterrados en el mismo camposanto, el Neue Friedhof, presidido por una cruz de Cristo y una estrella de David. Max Lieberman, personificaba esa Alemania liberal: judío, era un artista reconocido por la sociedad alemana, presidente de la Academia Prusiana de las Artes.

Pero no solo artistas acudían a las amenas orillas del Wannsee: allí tenían sus mansiones de descanso varios jerarcas del Reich, entre ellos Joseph Goebbels, Walther Funk, Hermann Esser, Wilhelm Stuckart, así como el doctor Theodore Morell, médico oficial de Hitler y uno de los acompañantes dilectos del Führer, a cuyo lado estuvo durante nueve años. También el arquitecto Albert Speer. La mayoría de estas residencias fueron compradas por precios irrisorios a sus antiguos moradores judíos.

La villa situada en el número 56 de Am Grossestrasse gozaba de una maravillosa vista sobre el mayor de los dos lagos; había pertenecido a Friedrich Minoux, dueño de la compañía Stinnes. Acusado de fraude, Minoux la vendió barata a una fundación

de caridad de la SD, llamada Stiftung Nordhav, que deseaba instalar una clínica de reposo para dignatarios nazis. Otras versiones indican que esa entidad era una tapadera para ocultar el patrimonio privado de Heydrich. Pero lo cierto es que la villa se convirtió en un hotel para el descanso de jefes del Servicio Secreto y miembros de la SD de otros distritos que visitaban Berlín. Un folleto turístico anunciaba la residencia en estos términos: "Habitaciones privadas completamente renovadas, salón de música y juegos, amplia sala de reuniones, jardín de invierno, terraza con vistas al lago Wannsee, calefacción central, agua corriente fría y caliente, y todo el confort. La villa ofrece buena gastronomía, comida y cena, vino, cerveza y cigarrillos".

Este paraíso podía disfrutarse a un módico precio: cinco reichmarks por noche, todo incluido.

Mark Roseman, en un exhaustivo estudio sobre la reunión de Wannsee, sostiene que tanto lujo y tanta beatitud en el entorno eran necesarios para atenuar la crudeza de la decisión que allí iba a tomarse, o mejor dicho, a difundirse. La reunión convocada por Heydrich y Eichmann en principio debía realizarse el 9 de diciembre de 1941. Su finalidad era coordinar las políticas de todos los organismos del Reich en relación con el tema judío.

Eichmann estuvo a cargo de las invitaciones y la organización del evento. No todos los convocados acudieron. La guerra estaba en un punto álgido, y las malas noticias llegaban hora a hora desde el frente oriental. El Ministerio de la Propaganda, a cargo de Joseph Goebbels, por ejemplo, se disculpó por no haber enviado ningún representante. Ulrich Greifelt, director de la Comisión para el Fortalecimiento del Germanismo, tampoco pudo estar presente, pues no llegó a tiempo de Italia. Hans Frank envió a su segundo, Joseph Bühler. El ministro de Justicia interino, Franz Schlegelberger, envió a su subordinado Roland Freisler, luego presidente del Tribunal Popular del Reich.

Acudieron representantes de los ministerios y organismos estatales involucrados en la cuestión judía: del Ministerio del Interior fue Wilhelm Stuckart; del Plan Cuatrienal, Erich

Neumann; de la Cancillería, Friedrich Wilhelm Kritzinger; de Relaciones Exteriores Martin Luther. También representantes de los territorios ocupados en el Este como Alfred Meyer y Georg Leibbrandt. Y oficiales de las SS como Gerhard Klopfer y Otto Hoffmann. Estuvo Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, por entonces subordinado a Himmler. Había oficiales SS que estaban en campaña como Eberhard Schöngarth y Rudolf Lange, este último comandante de un *Einsatzgruppen* y jefe regional de las SS de Riga. Asimismo concurrió el asistente de Eichmann Rolf Günther, encargado de tomar notas sobre lo tratado en la reunión. La conferencia sólo duró ochenta y cinco minutos, aunque el propio Eichmann recordaba que previamente, los comensales conversaron varias horas informalmente.

A falta de orden del día, Heydrich pronunció una larga alocución, de decisiva importancia. Las conclusiones redactadas por el propio Eichmann fueron uno de los pocos documentos que los aliados encontraron en Berlín cuando ocuparon la ciudad. ¿Quién salvó la Declaración de Wannsee de las llamas? No se sabe. Lo cierto es que este documento fue una de las pruebas cruciales que en el proceso de Jerusalén fundamentaron la condena a muerte de Adolf Eichmann. Éste, en su defensa, sostuvo que cuando el Protocolo de Wannsee dice "eliminación" no se refería a la muerte sino a la expulsión. Lo mismo sostienen los historiadores revisionistas como Frederic Maurisson, David Irving o Roger Geraudy, para los cuales el documento no menciona el asesinato de los judíos y al referirse a la Solución Final sólo quiere decir la expulsión definitiva de todo judío del territorio del Reich. Sin embargo, al margen de la discusión semántica, lo cierto es que la aniquilación física existió en los hechos, como lo demuestran los hornos crematorios encontrados al terminar la guerra e infinidad de pruebas. Entonces, leído a partir de ese resultado, el Protocolo de Wannsee no ofrece duda de que su lenguaje alambicado y burocrático escondía ya el propósito asesino.

Wannsee: el Holocausto por escrito

Sello: Asunto Secreto. 30 copias. Copia número 16 Actas de la reunión.

I. Debate acerca de la solución final de la cuestión judía, realizado en el 56-58 de Grosse Wannsee, Berlín, el día 20 de enero de 1942.

II. Al comenzar la reunión el Jefe de Policía de Seguridad y la SD, *SS-OberSturmbannführer* Heydrich, informó que el mariscal del Reich (Goering) delegó en su persona los preparativos de la solución final de la cuestión judía en Europa, y de que esta reunión había sido convocada con el fin de clarificar ciertos temas fundamentales. El deseo del mariscal del Reich de recibir un esquema de las medidas organizativas prácticas y financieras para la ejecución de la solución final de la cuestión judía en Europa requiere asegurar que los organismos centrales involucrados se reúnan y coordinen sus medidas por adelantado.

Independientemente de los límites geográficos, el control absoluto de la 'solución final' corresponderá al *SS-Reichführer* (Himmler) y jefe de la policía alemana y sus departamentos de Policía de Seguridad y SD.

El jefe de la Policía de Seguridad y la SD (Heydrich) informó brevemente acerca de la batalla que hasta ahora se había librado contra ese enemigo. A continuación se citan los principales puntos:

a) La expulsión de los judíos de todas las esferas sociales del pueblo alemán.

b) La expulsión de los judíos del espacio vital del pueblo alemán.

Para lograr estos objetivos, la única solución transitoria disponible hasta ahora había sido la aceleración de la emigración judía.

Por orden del Mariscal del Reich se creó en 1939 la Oficina Central para la Emigración Judía, liderada por el Jefe de la Policía

de Seguridad y la SD (Heydrich). Sus tareas más importantes fueron:

a) Llevar a cabo los preparativos necesarios para una emigración judía masiva.

b) Dirigir el flujo de esa emigración.

c) Determinar la prioridad de cada caso individual.

El objetivo consistía en limpiar de judíos –por vía legal– el espacio vital alemán.

Las desventajas de tal emigración eran evidentes para todos los involucrados. En ausencia de alternativas, no obstante, tales desventajas debían tolerarse.

En el siguiente período, las tareas asociadas a la emigración dejaron de ser solamente un problema alemán y se convirtieron en confrontaciones con las autoridades de aquellos países a donde se dirigía el flujo de emigrantes. Dificultades financieras como la exigencia por parte de varios gobiernos extranjeros de recibir sumas de dinero cada vez más altas por los desembarcos, falta de medios de transporte, reducción paulatina del número de permisos de entrada o su cancelación. Todos estos aspectos incrementaron las dificultades de la emigración A pesar de ello, se expulsó a 537.000 judíos desde nuestra llegada al poder y hasta el 31 de octubre de 1941. De esta cifra:

> – aproximadamente 360.000 se encontraban en Alemania antes del 30 de enero de 1933;
> – aproximadamente 147.000 se encontraban en Austria antes del 15 de marzo de 1938;
> – aproximadamente 30.000 se encontraban en el Protectorado de Bohemia y Moravia antes del 15 de marzo de 1939.

Los propios judíos o sus organizaciones políticas financiaron la emigración Para evitar que los judíos pobres quedaran atrás, se dispuso que los más ricos pagaran la emigración de los indigentes. Esto se realizó a través de un impuesto de emigración,

que se utilizaría para resolver las gestiones financieras ante el problema de los judíos pobres. Dicho impuesto se aplicaba en proporción a los ingresos.

Al desembarcar, además del necesario cambio por *Reichsmark*, se exigía a los emigrados moneda extranjera. Para impedir la fuga de reservas en divisa del Reich, las organizaciones judías en el extranjero fueron hechas responsables –junto a las homólogas de Alemania– de reunir una cantidad conveniente de las mismas. El 30 de octubre de 1941, los judíos extranjeros donaron un total de nueve millones y medio de dólares.

Por entonces, el *SS-Reichführer* y jefe de la policía alemana (Himmler) ya había prohibido la emigración judía debido a los peligros de realizar dichos traslados en tiempos de guerra y de las posibilidades que se presentaban en el Este.

III. De este modo, en lugar de la emigración el Führer aprobó una nueva solución: la evacuación de los judíos al Este.

Estas medidas deben considerarse un remedio temporal pero facilitarán sobre el terreno una experiencia práctica de gran utilidad para llevar a cabo la solución final de la cuestión judía en Europa.

Se verán involucrados en dicha solución final aproximadamente unos once millones de judíos, distribuidos en los distintos países como se indica a continuación:

Alemania: 131.800
Austria: 43.700
Territorios del Este: 420.000
Gobierno General 2: 284.000
Bialystok: 400.000
Protectorado de Bohemia y Moravia: 74.000
Estonia: libre de judíos.
Latvia: 3.500
Lituania: 34.000
Bélgica: 43.000
Dinamarca: 5.600
Francia/territorio ocupado: 165.000

Francia/territorio no ocupado: 700.000
Grecia: 69.000
Países Bajos: 160.800
Noruega: 1.300
Bulgaria: 48.000
Gran Bretaña: 330.000
Finlandia: 2.300
Irlanda: 4.000
Italia (incluida Cerdeña): 58.000
Albania: 200
Croacia: 40.000
Portugal: 3.000
Rumania (incluida Besarabia): 142.000
Suecia: 8.000
Suiza: 18.000
Serbia: 10.000
Eslovaquia: 18.000
España: 6.000
Turquía (parte europea): 55.600
Hungría: 742.000
Unión Soviética: 5.000.000
Ucrania: 2.994.684
Rusia Blanca (excluida Bialystok): 446.000
Un total superior a los: 11.000.000

El número de judíos en todos estos países extranjeros se refiere solamente a los practicantes religiosos, ya que ciertos gobiernos aún no han definido el término "judío" en su acepción racial. Solucionar el problema en algunos de estos países conllevará dificultades a causa de la actitud y el punto de vista de sus ciudadanos. Esto será especialmente complicado en Hungría y Rumania. Tanto es así que aun hoy un judío puede adquirir en Rumania documentos que oficialmente demuestran su nacionalidad extranjera.

La influencia de los judíos en todas las profesiones y en

todas las clases sociales es también muy conocida. En la parte europea de Rusia viven unos cinco millones. Sin embargo, en la zona asiática, escasamente un cuarto de millón.

Los judíos residentes en la Rusia europea se desglosan profesionalmente de la siguiente manera:

- Agricultura 9,1 %
- Obreros urbanos 14,8 %
-Comercio 20%
- Empleados del Estado 23,4%
- Profesiones liberales (medicina, teatro, periodismo, etc.) 32,7%

En el transcurso de la Solución Final y bajo el liderazgo conveniente, los judíos serán puestos a trabajar en el Este. En columnas de trabajo numerosas y separadas por sexos, los judíos se adentrarán en los territorios del Este construyendo carreteras. Sin duda la gran mayoría será eliminada por causas naturales. Lógicamente, los supervivientes serán individuos resistentes y de estos había que ocuparse de manera apropiada, pues en caso contrario y debido a la selección natural, llegarían a formar el germen de un nuevo renacimiento judío (ver la experiencia que nos lega la historia).

Durante la ejecución práctica de la solución final se peinará Europa de Este a Oeste. La cuestión judía deberá atacarse en primer lugar en la Alemania propiamente dicha –incluyendo el Protectorado de Bohemia y Moravia– debido a los problemas de vivienda y las necesidades sociales y políticas añadidas.

Los judíos evacuados serán enviados progresivamente a los denominados guettos de tránsito, desde donde serán transportados al Este.

El *SS-OberSturmbannführer* Heydrich hizo hincapié en que un importante requisito para la evacuación propiamente dicha es la definición de los individuos implicados.

No está estipulado evacuar a los judíos de más de 65 años, sino enviarlos a un guetto para ancianos. Se estudia usar Theresienstadt para ese fin.

Además de estos grupos de edad avanzada se aceptará en los guettos a los veteranos con secuelas de gravedad y a los judíos condecorados con la Cruz de Hierro de Primera Clase. Con esta solución expeditiva y de un solo golpe se evitarán numerosas intervenciones.

Las evacuaciones masivas darán inicio cuando lo permita la situación militar. En cuanto a la gestión de la solución final en aquellos países europeos ocupados y bajo influencia del Reich, se propuso que los expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores discutan el asunto judío con los mandos de la Policía de Seguridad y la SD correspondientes.

En Eslovaquia y Croacia el conflicto no es ya tan difícil, debido a que se han resuelto casi todos los problemas sustanciales. Entretanto, el gobierno rumano ha designado un comisionado para asuntos judíos. Respecto a Hungría, pronto se obligará a su gobierno a nombrar un consejero de asuntos judíos.

En lo concerniente a Italia, el *SS-OberSturmbannführer* Heydrich considera oportuno tratar esos problemas con el jefe de la policía (Himmler).

Tanto en la Francia ocupada como en la no ocupada, la evacuación judía procederá probablemente sin mayores inconvenientes.

El subsecretario de Estado Luther advierte que si se resuelve el problema con rigor en países como los estados escandinavos surgirán dificultades. Por ende, recomienda posponer las acciones en dichos territorios. Además, en vista de la reducida cifra de judíos, tal demora no causará ningún perjuicio perceptible.

El Ministerio de Asuntos Exteriores no prevé mayores problemas en el Sudeste de Europa ni en su zona occidental.

El *SS-Gruppenführer* Hoffmann considera oportuno enviar a Hungría a un experto de la Oficina Central de Raza y Reasentamiento para que suministre la orientación general necesaria al futuro jefe de la Policía de Seguridad de la SD. Se decidió nombrar al experto citado "Asistente del agregado de la Policía" pero este experto de la Oficina Central de Raza y Reasentamiento

no desempeñará su función abiertamente.

IV. Las Leyes de Núremberg proveerán el entramado fundamental de la planificación en la solución final. Sin embargo, un requisito esencial para resolver íntegramente el asunto es dar respuesta a la cuestión de los matrimonios mixtos y a las personas de ascendencia mixta.

El jefe de la Policía de Seguridad y la SD (Heydrich) esquematiza, al menos teóricamente, las siguientes directivas en respuesta a una carta del jefe de la Cancillería del Reich:

> 1) Tratamiento de las personas de ascendencia mixta de primera generación:
>
> En lo que a la solución final concierne, las personas de ascendencia mixta de primera generación quedarán sujetas a las leyes aplicables a los judíos.
>
> Serán exceptuados los siguientes casos:
>
> a) Las personas de ascendencia mixta de primera generación casadas con personas de sangre germana, si han tenido hijos (o sea, personas de ascendencia mixta de segunda generación). Estas personas de ascendencia mixta de segunda generación será tratadas fundamentalmente como alemanes.
>
> b) Las personas de ascendencia mixta de primera generación a quienes las más altas instancias del Partido y el Estado les han otorgado permisos de excepción para moverse en cualquier ámbito de la vida.
>
> Se estudiará cada caso individualmente y no se descarta revertir la decisión en perjuicio de la persona de ascendencia mixta.
>
> El prerrequisito para la excepción será siempre el mérito personal de la persona de ascendencia mixta.
>
> Las personas de ascendencia mixta de primera generación exentas de ser evacuadas se someterán a la esterilización para evitar nuevos descendientes, y eliminar el problema de la sangre mixta de una vez por

todas. La esterilización será voluntaria, aunque condición *sine qua non* para permanecer en el Reich. Las personas de ascendencia mixta esterilizadas quedarán libres de todas las restricciones a las que habían estado sujetas hasta entonces.

2) Tratamiento de las personas de ascendencia mixta de segunda generación.

Las personas de ascendencia mixta de segunda generación serán consideradas fundamentalmente como de sangre germana, exceptuando las siguientes circunstancias, en cuyo caso quedarán sujetas a las leyes aplicables a los judíos:

a) Las personas de ascendencia mixta de segunda generación nacidas de un matrimonio bastardo (es decir, de dos progenitores de ascendencia mixta).

b) Las personas de ascendencia mixta de segunda generación de apariencia especialmente desagradable y, en lo exterior, evidentemente judía.

c) Las personas de ascendencia mixta de segunda generación con antecedentes policiales por comportamiento judío.

En los casos anteriores, las personas de ascendencia mixta de segunda generación no serán susceptibles de concepción aunque se hubieran desposado con una persona de sangre germana.

3) Matrimonios entre judíos y personas de sangre germana.

Se deberá decidir en estos casos si el cónyuge judío será evacuado o, en vista del efecto de tal peso en los familiares alemanes del matrimonio, enviado a un guetto para ancianos.

4) Matrimonios entre personas de ascendencia mixta de primera generación y personas de sangre germana.

a) Sin hijos.

Si el matrimonio no hubiera dado hijos, la persona de

ascendencia mixta de primera generación será evacuada o enviada a un guetto de ancianos (tratamiento idéntico al dado a matrimonios entre judíos y personas de sangre germana, punto 3).

c) Con hijos.

Si el matrimonio hubiera dado hijos (o sea personas de ascendencia mixta de segunda generación) y estos quedaran sujetos a las leyes aplicables a los judíos, serán enviados a un guetto para ancianos junto con el padre de ascendencia mixta de primera generación. Si los niños son considerados alemanes (casos regulares) serán exceptuados de evacuación como lo será por tanto el progenitor de sangre mixta.

5) Matrimonios entre personas de ascendencia mixta de primera generación y personas de sangre mixta de primera generación o judíos.

En casos como éstos, el matrimonio (hijos inclusive) será tratado como un matrimonio judío y por tanto se enviará a un guetto para ancianos.

6) Matrimonios entre personas de ascendencia mixta de primera generación y personas de sangre mixta de segunda generación.

En tales casos, ambos cónyuges serán evacuados o enviados a un guetto para ancianos, sin tener en cuenta la atenuante de la descendencia, ya que los supuestos hijos gozarían de sangre judía más pura que una persona del ascendencia mixta de segundo grado.

El *SS-Gruppenführer* Hoffmann opina que la esterilización debiera usarse masivamente… porque ante la opción de ser evacuados, los *Mischlinge* se someterán a la esterilización voluntariamente.

El *Staatssekretariat* Wilhelm Stuckart señala que la aplicación de las directivas en cuanto a la raza mixta y a las cuestiones matrimoniales enumeradas, conllevará tareas administrativas interminables. Por otra parte,

para asegurar que se cumplan los objetivos biológicos, el doctor Stuckart propone esterilizaciones forzosas.
Y para simplificar el problema de los matrimonios mixtos, sugiere además la posibilidad de que la ley estipule que "tales matrimonios queden a partir de ahora disueltos".
Respecto de las repercusiones económicas de la evacuación judía, el *Staatssekretariat* Neumann afirma que hasta no disponer de mano de obra de reemplazo, los judíos empleados en puestos vitales para la industria bélica no deberían ser deportados.
El *SS-OberSturmbannführer* Heydrich responde que de acuerdo a estas directrices, no se los podrá evacuar de todos modos.
El secretario de Estado doctor Bühler manifiesta que los judíos deberán ser expulsados del territorio del Gobierno General tan pronto como sea posible ante el peligro inminente de que éstos causen epidemias; sin olvidar que las actividades del mercado negro judío desestabilizan permanentemente la economía regional. De todos modos, la gran mayoría de los dos millones y medio de semitas en la zona se hallan incapacitados para el trabajo.
El secretario de Estado Bühler añadió que la solución final de la cuestión judía en el Gobierno General es responsabilidad del jefe de la Policía de Seguridad y la SD (Heydrich), subrayando que sus esfuerzos contarían con el apoyo de la administración civil del *Generalgouvernement*. La única condición mencionada fue que el asunto se resolviera tan pronto como fuera posible.
En conclusión, se debatieron los diversos tipos de soluciones. El *Gauleiter* Meyer y el secretario de Estado Bühler dijeron que los preparativos deberían comenzar de inmediato en los territorios en cuestión, pero sin alarmar a la población.
Con una invitación final del jefe de la Policía de Seguridad

y la SD (Heydrich) para que le suministren la seguridad y asistencia necesarias, se dio por finalizada la reunión.

Eichmann, con su uniforme de la S.S.

Eichmann, de joven en Austria.

Vera Eichmann, en 1934.

Eichmann en Palestina, donde viaja en 1937.

Eichmann, a fines de la década de 1930, con su uniforme de la SD.

En Austria, en 1938, tras una redada en un barrio judío.
Eichmann es el tercero de la derecha.

Heydrich (centro), antes de inspeccionar un tren hospital que será mostrado por Hitler.

Ernst Kaltenbrunner, tras ser ejecutado en Núremberg.

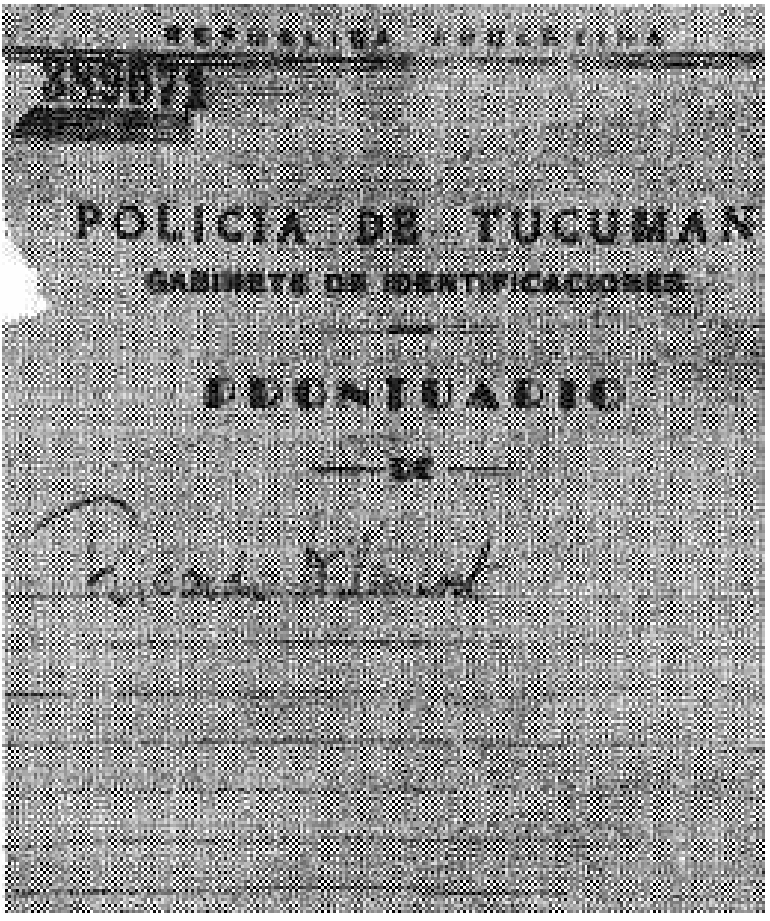
Adolf Eichmann, con sombrero y anteojos negros, en el barco que lo trajo a Buenos Aires en 1950. Lo acompañan dos agentes de la organización Odessa.

En Tucumán, en 1951 (circa).

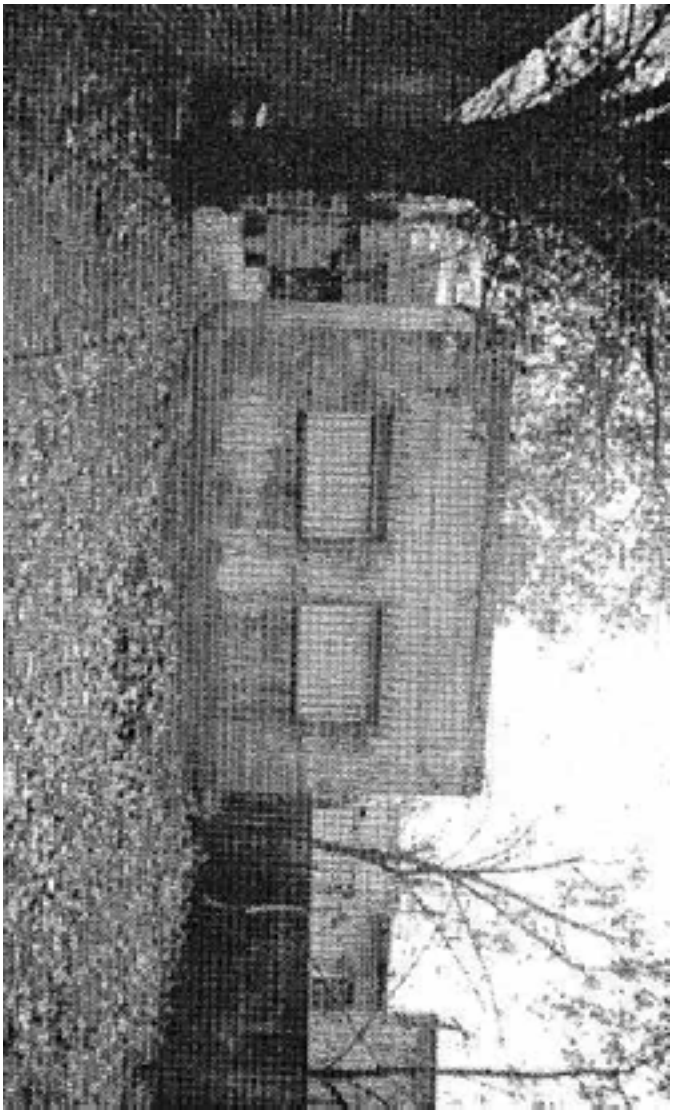
DIRECCION DE IDENTIFICACION CIVIL Y ESTADISTICA GENERAL
SOLICITUD DE CEDULA DE IDENTIDAD CIVIL
1975549

Solicitud de la Cedula de Identidad argentina a nombre de Ricardo Klement.

En el monte tucumano, en un descanso de la jornada laboral.



Prontuario de la policia de Tucumán cuando se hacía llamar Ricardo Klement.



La modesta casa de la familia Eichmann, en San Fernando.

Vera Eichmann con su hijo Ricardo Francisco.

En Buenos Aires, pocos días antes de ser capturado por el comando israelí.

Simón Wiesenthal, en 1958, testificando en juicio por crímenes de guerra celebrado en Viena.

Eichmann, durante el juicio en Israel.

Defendiéndose en el juicio de Israel.

Segunda parte. El clandestino (1953-1959)

Capítulo 3

En Buenos Aires

El lunes 27 de julio de 1953 Adolf Eichmann se paró frente a las pizarras de *La Prensa*, en la ancha y arbolada Avenida de Mayo de Buenos Aires, una animada arteria abarrotada de transeúntes que paseaban, se dirigían con prisa a sus ocupaciones, llenaban las mesas de los cafés que ocupaban las veredas bajo toldos verdes, perseguían taxis, tranvías y ómnibus. A pesar del inverno, la temperatura era dulce. Eichmann tuvo que avanzar lentamente entre la multitud que se apiñaba ante esas grandes vidrieras intentando leer lo que decían las pequeñas letras de plástico blanco que los empleados insertaban sobre unos tableros de terciopelo negro. Los porteños llamaban a ese escaparate, "la cartelera". Casi sin excepciones, el peatón se detenía un momento para sentir el pulso del mundo y, a veces, comentar con su vecino ocasional uno u otro suceso.

Eichmann leyó: "Hoy, en Panmunjom, el comandante de las fuerzas norteamericanas en Corea del Norte ha firmado un armisticio con el ejército enemigo. El país ha quedado dividido en dos estados separados por el paralelo 38".

Un murmullo se elevaba de la multitud que colmaba la ancha acera, tanto que los transeúntes debían bajar a la calzada para seguir su camino hacia Florida, por el oeste, o hacia San Martín, por el este. Vergüenza, traición, ha triunfado el…, gracias a… Esta es la esperan…, Qué va a pasar ahora, pap…

Adolf Eichmann siguió leyendo durante un rato largo. Repasó también las demás noticias, algunas de las cuales duraban poco porque los empleados del diario bajaban los tableros y los volvían a colocar con nuevas leyendas: "El general Clark comandante supremo de las Naciones Unidas y el embajador norteamericano

Dr. Briggs visitaron al presidente Syngman Rhee a las 8.35 de la mañana… El presidente Eisenhower declaró que agradecía a Dios por la paz… El precio de la libertad ha sido caro, dijo el presidente, y lo hemos pagado en términos de tragedia…".

Adolf Eichmann siguió su camino por Avenida de Mayo, dobló en San Martín y volvió a doblar en Lavalle, en dirección al río. Entró al bar ABC, un establecimiento largo y oscuro, en cuyo fondo, al lado de los baños, lo aguardaba sentado un hombre gordo y bajo, de espesos cabellos negros. Se dieron la mano y Eichmann se sentó a la mesa.

Ese lunes 27 de julio de 1953, Simón Wiesenthal se levantó a las seis menos cuarto de la mañana y bajó a la portería de su casa en el número 7 de la Ringstrasse, en Viena. Abrió el casillero postal con una pequeña llave y sacó más de una veintena de sobres. Entre ellos venía un diario doblado en cuatro y envuelto en una faja. Era su ejemplar del *Wiener Standard* en cuya primera página podía leerse: "Eisenhower exhortó a Corea del Norte a devolver los prisioneros de guerra que permanecen en las cárceles".

El mismo lunes 27 de julio un hombre pequeño, pero de tronco poderoso con una cabeza de toro y cabellos ya grises muy rebeldes al costado de su calva, abrió su ejemplar del *Narav* y leyó esta noticia redactada, como todo el diario, en hebreo: "Centenares de corresponsales de guerra presenciaron la firma del armisticio en la Pagoda de la Paz, situada al oeste de la capital coreana".

Se llamaba David Green, era un polaco nacido en Plonsk, una aldea en la imprecisa y móvil frontera entre Polonia, Ucrania y Rusia. Tenía, aquel lunes 27 de julio, casi setenta años y había abierto el diario al sentarse en una pequeña mesa en la sentina de un destructor de la Marina israelí, que se aprestaba a hacer la travesía marítima entre Tel Aviv y Jaffa. Si bien su nombre era David Green, desde que en 1905 había llegado a Eretz Israel, como colono, se hacía llamar David Ben Gurión (pequeño león) y así lo conocía el mundo. Era el Primer Ministro del Estado

de Israel, uno de los países más antiguos del mundo y uno de los más nuevos pues como Estado no contaba aún cinco años de vida. Eran aquellos los últimos días de su primer período de gobierno.

De los tres, a quien interesó más la noticia fue a David Ben Gurión porque la paz de Corea podía influenciar en el único tema que lo obsesionaba, la pervivencia de su Estado. El ajedrez internacional había pasado a ser el centro de su vida, después de muchas décadas de preocuparse por las vidas concretas de los judíos del siglo XX.

Charlando en el ABC

En realidad, las noticias que estos tres hombres buscaban en sus respectivos diarios, eran otras. Por ejemplo, los juicios que se abrían en distintos lugares del mundo contra antiguos nazis.

De todas maneras, en sus largas charlas del bar ABC, Eichmann y Mengele (Joseph Mengele era el nombre del señor gordo y bajo de cabellos oscuros) no dejaron de tomar en cuenta aquel hecho, el fin de la guerra de Corea, el más importante conflicto internacional desde la Segunda Guerra Mundial. Las cosas no iban del todo mal para los amigos.

Comentaron las noticias del día. En Corea habían participado algunos *Kamarad* que estaban trabajando en la Unión Soviética y otros que estaban haciéndolo en los Estados Unidos. Esos científicos y técnicos se habían situado en buenas posiciones y todo indicaba que ahora la pugna científica entre ambas potencias, con su competencia en relación a armas nucleares y cohetes, ayudaría a que la crema de los científicos se afianzara. La legión extranjera en Francia y en España había alistado, sin hacer preguntas, a miles de veteranos de la Wehrmacht y las Waffen SS. La organización Gehlen estaba funcionando cerca de Munich, y el proyecto Belarus había llevado a Estados Unidos a rusos blancos anticomunistas que habían colaborado con el Reich. Klaus Barbie estaba trabajando bien en Bolivia, y algunos antiguos hombres del Reich ocupaban puestos en la Alemania

Oriental. Los franceses también usaban algunos *Kamarad* en Indochina y otros ya dirigían bancos en la República Federal.

Desde su llegada a Buenos Aires, procedente de Tucumán, Adolf Eichmann, no tenía trabajo fijo. La crisis económica había obligado al gobierno de Juan Perón a suspender proyectos en marcha y cancelar contratos. CAPRI había dejado de existir. Adolf Eichmann visitaba cada día las oficinas de la calle Córdoba pero ni Fuldner ni sus colaboradores lo recibían a pesar de las largas esperas. Fuldner, Freide y los demás "amigos" lo habían dejado solo. No le quedó más remedio que levantarse a las tres de la mañana, tomar el tren hasta Retiro y luego, para ahorrar los veinte centavos del boleto, caminar hasta ese mismo lugar donde el lunes 27 de julio de 1953 había leído la cartelera –la sede del diario *La Prensa*– y esperar que repartieran, en los garajes donde salían los camiones que llevarían el diario a todos los quioscos de la ciudad, el suplemento de anuncios. Luego, con el sándwich envuelto en papel de estraza en el bolsillo, dirigirse a cualquier rincón de la inmensa Buenos Aires, en busca de un trabajo. La mayoría eran infames tareas transitorias, lo que los porteños llamaban una "changa". Aquello duraba ya varios meses.

Así, por extraño que parezca, la mayoría de las horas que Eichmann y Mengele pasaban sentados en el bar ABC tomando cerveza Quilmes, no hablaban sobre la experiencia histórica ni sobre la nazi sino sobre hechos precarios y minúsculos, como las respectivas estrategias para sobrevivir en la selva urbana.

Crisis, de la crisis hablan los porteños y Eichmann y Mengele, o el doctor Gregor y el señor Klement eran ya dos porteños, por lo tanto hablaban del discurso que acababa de pronunciar el presidente Juan Perón y en el que había dicho: "Compañeros, la prioridad es la lucha contra la especulación y el agio, que sorben la sangre del pueblo y minan sus energías…". ¿Minan? ¿Por qué los argentinos se empeñan en usar una cierta palabra para todo? Mina, minita, mina de oro, minón, minar, minar las energías del pueblo…

La oposición clama, estallan bombas en la Plaza de Mayo,

los peronistas queman el Jockey Club, allí muy cerca de donde conversan ahora Joseph Mengele y Adolfo Eichmann, en la calle Florida. También muy cerca de allí, en un hotelito de medio pelo de los que abundan en la Avenida de Mayo, se habían alojado los Eichmann cuando llegaron de Tucumán con los chicos, en abril de 1953. Era el mismo hotelito en el que paraban Adolf y Vera durante sus escapadas de aquellos años. Escapadas que consistían en comprar pasaje de ida y vuelta con camarote en La Estrella del Norte, el tren que unía Tucumán a Buenos Aires y pasarse unos días en la capital. Como millones de turistas del mundo entero, la pareja acudía a la gran ciudad para divertirse, asistir a espectáculos, comprar regalos y sumergirse en las tentaciones de la urbe y gozar del contraste con el pequeño rincón del mundo, aquel Tucumán a la vez tropical y nevado, en el cual habían pasado tres años.

Pero ahora, la situación era distinta. Mengele, como siempre, fue grosero:

–¿Qué mierda me importa? Lo único que me importa es que Perón, ese *gehornte*, está por caer. Y si cae Perón, ese *gehornte* –repitió Mengele con su voz chillona–, ¿dónde vamos?

Eichmann y Verónica Liebl habían vuelto de Tucumán con los tres hijos convertidos en auténticos criollos. Klaus tenía ya 17 años. Horst Adolf, 13 y el pequeño Dieter Helmuth, 11. Eichmann había ahorrado algunos pesos en los años que pasó en Tucumán trabajando para CAPRI, pero se le habían ido cuando pagó la "llave" de la nueva vivienda familiar, en Chacabuco 4261, La Lucila. Era un departamento de tres habitaciones situado a dos kilómetros de la ribera del Plata. Correspondía al partido de Vicente López, pero estaba situado en el pueblo de La Lucila. En realidad no era ni una cosa ni otra, porque algunos decían que La Lucila terminaba en la avenida Maipú y entonces la calle Chacabuco, ¿qué barrio era? ¿Villa Adelina? Así eran los argentinos, todo lo discutían. El edificio parecía una caja de zapatos. Un cuadrilátero de cemento perforado por pequeñas ventanas. El vestíbulo era sombrío y quienes lo edificaron

no habían gastado mucho en decorar la entrada: una escalera iluminada por una bombilla. Sus vecinos eran trabajadores del interior, o familias pobres que preferían acomodarse en aquel suburbio, en la esperanza de conseguir conchabo en alguna de las construcciones lujosas que se levantaban a la orilla del río. Porque Olivos, La Lucila, y los pueblos vecinos, Acasusso, Martínez o San Isidro eran las residencias de las familias de abolengo y de los nuevos ricos de la prosperidad de la Nueva Argentina de Perón. Pero también esos barrios residenciales tenían su propio suburbio oscuro. Y allí fueron los Eichmann. Para firmar el contrato de alquiler por esa vivienda –un dormitorio en el que vivían los tres chicos, otro para el matrimonio y para el nuevo vástago, el pequeño Ricardo Francisco, y una habitación que servía de salón, sala de juegos, biblioteca y escritorio para el pater familias, además de comedor familiar– Eichmann tuvo que pedirle la garantía a Herbert Kuhlmann, ahora Pedro Geller, quien, a la inversa de Eichmann, se había para entonces convertido en un próspero hombre de negocios dueño de un chalet con jardín y verja en Palermo Chico. Y ahí sí que no había suburbio oscuro. Kuhlmann residía en la calle Ombú 2929. Mientras los Eichmann-Klement se mudaban a un rincón perdido del inmenso cinturón urbano porteño, Kuhlmann-Geller se codeaba con embajadores, aristócratas y jerarcas: a doscientos metros habitaba el mismísimo general Juan Perón, en una casona, en Austria y avenida del Libertador, en la que poco antes, en julio de 1952, había muerto de cáncer la Abanderada de los Humildes, Eva Perón.

Eichmann, para salir adelante, tuvo que recurrir a amigos que le quedaban de la diáspora nazi. Con uno de ellos instaló una tintorería cerca de la estación de Olivos. En aquella aventura invirtió los ahorros: comprar las planchas, los percheros, alquilar el local y decorarlo, y luego intentar que los clientes afluyeran. Pero Eichmann no pudo vencer una arraigada costumbre argentina: la única colectividad dotada para los trabajos de tintorería, creen los argentinos, es la japonesa. Son aspectos

incomprensibles de una inmensa ciudad que albergaba a inmigrantes de todas las nacionalidades. Ya había en el barrio demasiados tintoreros japoneses para que el público admitiera a un "Otto", como se llamaba en el lenguaje popular a los alemanes, y el lavadero de Eichmann tuvo que cerrar.

De las cámaras de gas a la fábrica de calefones

En 1921 Robert Mertig, un alemán nacido en Dresde, había llegado a la Argentina, donde, como otros millones de inmigrantes, se abrió paso con dificultades pero con la tenacidad que en la Argentina todos reconocen a los alemanes, colectividad de la cual llegó a ser uno de los principales personajes en el campo de la industria. Patentó una marca, Orbis, y se dedicó a armar aparatos sanitarios y calefones a gas. La primera sede estaba en Callao 53. En los años treinta y cuarenta, cuando miles de inmigrantes del interior arribaron a Buenos Aires, estos artefactos se convirtieron en emblema del progreso y el crecimiento. La fábrica Orbis de Mertig triunfó, como otros industriales alemanes lo hicieron: los Roemmers con su laboratorio médico, los Kuhlke con Akapol, los Berger que fundaron la textil Grafex, los Arheit con Herramar, los Wertheim con Meranol. La industria en Argentina debe mucho a estos y otros establecimientos, algunos de ellos filiales de casas de la metrópolis, otros fruto de la pura energía de los inmigrantes.

Orbis se expandió y abrió nuevas sedes. La primera fábrica estaba en la calle Muñecas, le siguió otra en Palermo. Tiempo después, su sede central ocupaba tres pisos en la Avenida Callao 66, mientras que por toda la ciudad y sus alrededores más de veinte sucursales vendían calefones y sanitarios de la ya popular marca Orbis. La expansión culminó con la apertura de una gran planta para la fabricación integral de aparatos, en Villa Adelina. Allí fue a trabajar Eichmann.

¿Era nazi Mertig, como lo señalan muchos relatos sobre los alemanes en la Argentina? Lo cierto es que Eichmann, bajo su seudónimo de Ricardo Klement, trabajó 16 meses en Orbis

Argentina.

En la siguiente etapa de su vida laboral, Eichmann intenta una sociedad con Franz Pfeiffer, de quien algunas fuentes señalan que podría tener un lejano grado de parentesco con Eichmann. Abren un criadero de conejos de Angora en el pueblo de Joaquín Gorina, a más de 600 kilómetros al sudoeste de Buenos Aires. ¿Quién era Franz Pfeiffer? Un antiguo SS –había pertenecido al Regimiento Brandenburgo de las Waffen SS y recibió la Cruz de Hierro por méritos en combate. Este Pfeiffer, tras la experiencia frustrada con Eichmann en un lejano pueblo perdido de la pampa, se habría trasladado a Chile, donde dejó fuerte huella ya que fue uno de los fundadores del partido neonazi chileno.

El criadero de conejos, a pesar del fracaso, grabó en Eichmann un recuerdo agradable: los conejos eran lindos y su piel muy suave la pagaban bien los confeccionistas de la industria peletera de Buenos Aires, pero el lugar estaba muy lejos de la calle Chacabuco, en La Lucila, donde Verónica y los chicos seguían viviendo.

Las huellas dejadas por Eichmann en este periplo argentino son tenues. Estaba realmente hundido en el anonimato de la urbe. La pobreza es anónima. Ese fue el hallazgo de Adolf Eichmann y su aporte al arte de pasar inadvertido y eludir a los captores: la clave del éxito para un perseguido que quiere desaparecer no es la distancia, sino la invisibilidad. ¿Habrá leído Adolf Eichmann *La carta robada* de Edgar Allan Poe, el cuento en el que se relata la estrategia del ladrón que quiere ocultar un prueba comprometedora, la carta robada? No la esconde en un lugar remoto sino… a la vista de todos. ¿Habrá leído Eichmann el *Wakefield*, de Nathaniel Hawthorne, donde el protagonista desaparece durante años sin que nadie lo encuentre, para reaparecer cuando él quiere y revelar que en realidad… ha estado viviendo durante años en la esquina de su viejo domicilio? Sobre sus lecturas en aquellos años se sabe que consumía todo el material que aparecía en librerías argentinas sobre el Tercer Reich. Así, por ejemplo, tenía la edición argentina, publicada

por Stilograf, del *Breviario del odio*, de León Poliakov. También leyó una traducción de *The attempt to exterminate the Jewis of Europe 1939-1945* de Gerarld Reitlinger, aparecido en 1953, obras en las que de alguna manera él mismo era protagonista aunque no era citado porque su figura aún permanecía en la penumbra. Según su biógrafo Cesarani, Eichmann, en los círculos nazis que frecuentaba, se quejó de las mentiras que consignaban estas obras, aunque sólo podemos imaginarnos sus razones. También leía obras sobre geografía, historia antigua y divulgación científica, y últimamente le había dado por leer sobre un tema que lo apasionaba, el átomo.

Otra de las ventajas de la invisibilidad como estrategia sabia de un fugitivo era la circulación de falsos rumores. Según esta teoría, o quizás debería decirse más bien práctica (¿consciente y deliberada o meramente intuitiva?), es inevitable que se generen rumores sobre lo que no se sabe. Y esto le convenía a Eichmann.

Bar Caravana, El Cairo

En los primeros años cincuenta, mientras se iba desvaneciendo en la memoria colectiva la impresión dejada por el juicio, celebrado en Núremberg, contra 20 jerarcas, culminado con diez ejecuciones la noche del 15 al 16 de octubre de 1945, comenzaron a circular versiones que situaban a Eichmann escondido en algún lugar de Medio Oriente.

En 1960, cuando ya Eichmann está por comenzar a ser juzgado en Jerusalén, Quentin Reynolds, en su biografía de Eichmann, redactada con velocidad en aquellos meses y destinada a saciar la curiosidad de los lectores sobre el reaparecido Eichmann, asienta una de esas versiones, que consigno *in extenso* porque resume los estereotipos de los rumores sobre la presunta presencia de Eichmann en Medio Oriente:

> Dos ex colegas de Eichmann, Rauff, antiguo jefe de la SD de Mailand y Alois Brunner, ya estaban en Damasco. Allí encontraron muchos viejos amigos que habían colaborado,

enrolados en unidades sirias, en lucha de los árabes contra Israel. Hombres como Von Hiegel, mayor de la Luftwaffe, y Von Strachwitz, general de blindados. También estaba allí Franz Rademacher, un amigo de Eichmann, viejo especialista en el "problema judío", ahora buscado como criminal de guerra. Eichmann, Rauff y Brunner recibieron calurosa acogida de sus viejos compañeros. Eichmann ("Karl Brinkmann") y Brunner ("doctor George Fischer") se dedicaron al negocio de importación. Negociaban con artículos europeos, principalmente armas, no sólo para Siria sino para otros países árabes. Bautizaron a su firma "Sociedad Kathar". Tenía sede en una céntrica esquina en el número 22 de la calle George Hadad, de Damasco. El Dr. Fischer era el director nominal de la compañía y el reservado e insinuante Karl Brinkmann su principal auxiliar. Brinkmann tenía mucha facilidad para las lenguas, salvo para el hebreo, y adquirió el hábito de mezclar palabras árabes en la conversación cuando ofrecía recepciones a posibles clientes alemanes. El asistente de Fischer viajaba mucho por el Líbano, Irak, Egipto, Transjordania, África del Norte, Arabia Saudita y el Golfo Pérsico. Usaba muchos nombres en esos viajes: Brinkmann, Eckmann, Hirth, etc. Los jefes árabes con los que hacía negocios nunca supieron que él era Adolf Eichmann. Recorrió la mayor parte del Oriente Medio, con la excepción de Israel, claro, en camello, auto, avión y tren. Tras la captura de Adolf Eichmann, un reportero alemán, Heinz Eeizel Altmeyer, se encontró con un amigo árabe en bar Caravana de Damasco. El árabe le dijo que por trescientos dólares entregaría al reportero una historia sensacional, la historia de la complicidad sirio-alemana en la ciudad, dando especial relevancia en su relato a los hombres de la Sociedad Kathar. El reportero alemán pagó los trescientos dólares y obtuvo esa historia. Así supo que Fruad Nahdif, árabe, el tercer

> socio, e Ibrahim Hschin, representante de los rebeldes argelinos, compraban armas en la Sociedad Kathar. Esas armas eran obtenidas en Checoslovaquia, Polonia, Suiza, España y Alemania. Se pagaban a través de un banco suizo, y se entregaban en Lataka, un lugar en Siria, y de allí eran trasladadas a Argelia. El reportero alemán obtuvo todas las informaciones posibles sobre la sociedad Kathar. Poco tiempo antes, le habían ofrecido, por un precio de 100.000 dólares, informaciones con las que podría detenerse a dos jefes nazis. No confió en la seriedad de la propuesta y el negocio nunca se hizo. Adolf Eichmann pasó dos lucrativos años trabajando para la Sociedad Kathar. Durante todo ese tiempo se mantuvo en contacto con su esposa y los servicios de informaciones de varios países no conseguían descubrirlo porque las cartas que enviaba estaban escritas en un código especial y firmadas con distintos nombres.

El relato de Quentin Reynolds liga el fin de las actividades de Eichmann como traficante de armas con la historia ya conocida de su viaje a la Argentina. La que se ha leído es una de las tantas versiones sobre el itinerario de Eichmann entre 1945, cuando fue visto por última vez en Alemania, y 1960. Diferentes relatos reemplazan a Damasco, Siria, Kuwait, como escenario de andanzas de Eichmann.

Como ha sido dicho en partes de este libro, fueron otros jerarcas nazis, por ejemplo Alois Brunner, lugarteniente de Eichmann, los que pusieron rumbo a Medio Oriente, lo que explica que se atribuyera ese destino a Eichmann.

Desgraciadamente –o afortunadamente– para él, Eichmann nunca fue traficante de armas, sino criador de conejos en Gorina y luego obrero metalúrgico en González Catán, provincia de Buenos Aires; nunca estuvo en Damasco ni conoció el bar Caravana sino, a lo sumo, el bar ABC en la calle Lavalle de Buenos Aires, donde tomaba cerveza Quilmes con su amigo

Joseph Mengele.

Un cazador en la pista de Eichmann

El arquitecto Simón Wiesenthal, quien vivía a dos casas de distancia de la familia Eichmann en la calle Landstrasse 40, de Linz, pensó cada día de su vida, durante dieciséis años, en Adolf Eichmann. Ahora, un día cualquiera de su rutina, quizás un día de 1951 –faltaban aún cuatro años para que se trasladara a Viena– se sienta frente a su escritorio, una simple mesa en el oscuro departamento de la Landstrasse. Su método de trabajo era simple: un fichero, la lectura atenta de la prensa y el más barato y sencillo de los recursos, que a primera vista parecería inútil para cazar a los más peligrosos y crueles criminales de la historia: el correo.

Wiesenthal rastreaba el paradero de los antiguos prisioneros de los campos de concentración. Ellos vivían en países como Egipto, Estados Unidos, Uruguay o Portugal. Les escribía para saber si habían estado en un campo de exterminio y cuando lo confirmaba, se hacía enviar una declaración firmada en la cual el ex prisionero detallaba su calvario y la identidad de sus torturadores. De esta manera fue armando, en paralelo a las investigaciones oficiales, un mapa del poder nazi en los *lager*. Luego, seguía manteniendo correspondencia con los antiguos prisioneros, pidiéndoles que le informaran si averiguaban el paradero de aquellos nazis. Wiesenthal no tenía recursos. Cuando dejó de asesorar a las tropas de ocupación norteamericanas, quedó librado a sus propias fuerzas. Para sobrevivir con su esposa y su hija Pauline, volvió a su profesión de arquitecto. Mientras tanto crecía su inmensa red como cazador de nazis.

1950 había sido un mal año para Wiesenthal, según sostiene en sus memorias: la guerra fría estaba en su apogeo y los antiguos aliados se hallaban muy ocupados a ambos lados del Telón de Acero. Los americanos tenían de sobra con la guerra de Corea. Nadie demostraba interés por Eichmann ni por los nazis. Cuando dos nazis se encontraban en la calle, les decía Wiesenthal a sus

allegados, se decían: –Soplan buenos vientos.

Y se daban sendas palmadas en la espalda. De todas maneras, el nombre de Eichmann no desaparecía de la prensa. Se publicaban crónicas sensacionalistas sobre él: lo habían visto en El Cairo, en Damasco. Se decía que había creado una legión árabe, que entrenaba tropas en Kuwait, o que estaba por irrumpir en Tel Aviv al frente de una Legión Alemana que pelearía para los árabes. A Wiesenthal esas historias no le quitaban el sueño: sabía que un hombre que había rehuido siempre la publicidad no rompería esa regla.

Wiesenthal tenía sobre su escritorio un grueso *dossier* sobre Eichmann. Cada vez que lo veía, o sea cada día, aquel *dossier l*o amargaba. Porque Wiesenthal estaba convencido de que Eichmann no estaba ya en Europa. Probablemente, alguna organización de ayuda mutua entre ex nazis, como el Erizo u Odessa, se había ocupado de él y estaría en Medio Oriente o en Sudamérica, donde Wiesenthal no tenía gente que lo ayudara. Los norteamericanos se habían desentendido y cuando Wiesenthal les mencionaba a Eichmann, adoptaban un aire de fastidio o lo miraban con impaciencia. Llegaron a decirle con franqueza que padecía un complejo de obsesión con ese Eichmann.

–Usted, Wiesenthal, corre tras un fantasma. ¿Por qué no se olvida de él? –le dijo en la cara un coronel de las fuerzas armadas norteamericanas.

En enero de 1951, Wiesenthal conoció a un antiguo miembro de la Abwehr, servicio de espionaje del Reich, que tenía conexiones con hombres de Odessa. Este ex espía nazi, al que Wiesenthal conocía como Gustavo, le dijo que Eichmann había sido visto en el verano de 1950 en Roma.

–Si estuvo en Roma, fue de paso para Medio Oriente o Sudamérica.

Gustavo le explicó que si Eichmann había pasado por Roma, ello indicaba que estaría ahora en Sudamérica, porque los nazis que se dirigían a Siria, Egipto o Kuwait lo hacían a través de España. En cambio, Roma estaba en la ruta que conducía a

Génova, donde se abordaban los barcos hacia Sudamérica.

Wiesenthal sintió que había perdido la pista de Eichmann. No tenía medios para buscar a nadie en Brasil o en la Argentina, sin perjuicio de que esos no eran los únicos destinos posibles para los criminales de guerra nazis, quienes podían moverse en el continente y trasladarse ya fuese a Paraguay, a Chile o a Ecuador, lugares todos ellos donde algunos jerarcas habían sido detectados. Además, Wiesenthal sólo tenía una foto de Eichmann que databa de 15 años atrás. Su único recurso era vigilar a la familia de Eichmann que seguía en Altaussee, donde los niños iban al colegio.

El octubre de 1951, un hombre que había publicado en la prensa de Viena algunos artículos sobre el oro nazi fue a verlo. La secretaria de Wiesenthal le mostró a éste la tarjeta del visitante: barón Heinrich von Klimrod. Era un individuo esbelto y bien vestido, de porte militar, que saludó con gentil ceremonia.

–Señor Wiesenthal, ¿puedo hablar francamente con usted?

Animado por el arquitecto, el visitante le dijo:

–Vengo en representación de un grupo de vieneses, antiguos oficiales de las SS. Por extraño que parezca, tenemos algo en común con usted, y le aclaro que conocemos muy bien su vida y lo que usted ha estado haciendo en los últimos tiempos. Sabemos que usted es un idealista fanático y que quiere encontrar a Eichmann para entregarlo a la justicia. Nosotros también queremos ponerle la mano encima, pero por distintas razones: lo que queremos es el oro de Eichmann. Podríamos trabajar en estrecha relación.

Wiesenthal se quedó mudo. Esa gente quería recuperar el oro que Eichmann había arrancado de la boca de millones de judíos gaseados en los campos. El hombre prosiguió con su propuesta:

–¿Por qué todos esos hombres que disfrutan de vacaciones perpetuas en los lagos de Altaussee han de ser ricos mientras que otros de nuestros camaradas SS están en la pobreza? Lo que queremos es un reparto justo. De Eichmann sabemos muchas cosas: los nombres de los curas de Roma que lo ayudaron a

huir, y si no conocemos el paradero y el nombre que usa ahora en Sudamérica, tenemos muchos camaradas allí que pueden averiguarlo fácilmente.

Wiesenthal indagó más hasta que el hombre que se hacía llamar Gustavo le formuló crudamente su propuesta:

–Nosotros capturaremos a Eichmann, usted se quedará con él y nosotros con el dinero de los nazis.

Wiesenthal sin perder la calma –¡peores cosas había visto en su vida!– le explicó a su visitante que le era imposible aceptar esa propuesta: él no podía hacer pactos con antiguos SS, ni tratos sobre un oro que no le pertenecía y que en realidad provenía de las muelas que los nazis le habían arrancado de la boca a los 89 parientes de Wiesenthal que habían sido masacrados en los lager.

En 1952 se produjo otra novedad importante. La señora Verónica Liebl sobre la cual se posaban permanentemente ojos escrutadores había desparecido de Altaussee. El alquiler de la casa que habitaba había sido pagado puntualmente pero ella se había esfumado. Y lo que era aun más significativo: los tres hijos del matrimonio Eichmann no habían regresado al colegio tras las vacaciones de Pascua. Tampoco habían pedido un certificado de estudios sin el cual no hubieran podido completar el curso ni inscribirse en ninguna escuela de Alemania o Austria.

La siguiente pista sobre Eichmann la obtendría Wiesenthal por un inesperado conducto. Como era insomne, un médico le había recomendado que se dedicara a un hobby que lo mantuviera distraído y alejado de toda preocupación durante las noches. Wiesenthal eligió la filatelia, afición afín a su ocupación principal, la de coleccionista de nazis. Con su reconocido entusiasmo y empuje, Wiesenthal no tardó en relacionarse con una amplia red internacional de filatelistas con quienes intercambiaba hallazgos.

Uno de sus nuevos amigos era un anciano barón austríaco a quien había conocido durante ciertas vacaciones en el Tirol. Ese hombre lo había invitado a tomar el té en su villa de Innsbruck. Pasaron la tarde repasando la colección del barón. Luego de lo cual, éste ofreció a su visitante una copa de vino. Así cuenta el

episodio Wiesenthal:

> El barón era un probo anciano, monárquico hasta la raíz y católico devoto. Me escuchó con profundo interés cuando le hablé de mi trabajo y luego me dijo que conocía destacados jefes nazis tiroleses que ocupaban otra vez puestos importantes "como si nada hubiera cambiado", cosa de veras sorprendente. El barón se levantó, abrió un cajón lleno de sobres reservados a sus sellos más raros y mientras los mirábamos me habló de un amigo suyo de la Argentina, ex teniente coronel alemán que no había ascendido dentro de la Wehrmacht por tener fama de antinazi. Precisamente el año anterior, añadió, se había marchado a la Argentina donde trabajaba ahora como instructor del ejército de Perón. "Acabo de recibir carta de él" –me dijo el barón alargándome el sobre–. "Bonitos sellos, ¿no?" Yo le preguntaba si había encontrado allí a algunos de nuestros antiguos camaradas y vea lo que me contesta: "Hay algunas personas conocidas. De seguro recordará al teniente Hoffmann de mi regimiento y a Hauptmann Berger, de la 188 División. Hay también otros que usted no conoce pero, seguro, no imaginará ¡a quién me encontré!, es más, con quién hablé un par de veces: Ese asqueroso cerdo de Eichmann, el que se ocupaba de los judíos. Ahora vive cerca de Buenos Aires y trabaja para una compañía de aguas. ¿Qué le parece, Wiesenthal? Algunos de los peores criminales han conseguido escapar.

Wiesenthal, al escuchar el relato del barón, quedó profundamente turbado, pero no lo demostró y le pidió al barón ver esa carta. Fingiendo interesarse en los sellos, Wiesenthal leyó el pasaje que se refería a Eichmann y retuvo en su memoria cada una de las palabras. En el hotel, escribió el texto que había memorizado. Pero pronto su euforia decayó. Aun en el supuesto de que aquello fuera cierto, ¿cómo se podría llegar hasta Eichmann, en Buenos Aires, una ciudad tan distante,

donde habitaban millones de personas? Aun en el caso de individualizarlo, ¿cómo se podría probar que era él? ¿Qué podía hacer en todo caso, un simple ciudadano austríaco sin poder institucional ni político? Se hablaba mucho además de la protección que el presidente argentino otorgaba a los nazis. ¿Cómo, si no, podría haber sobrevivido Eichmann en una ciudad habitada por doscientos mil judíos?

Wiesenthal sintió que había llegado al final de un camino. Sus búsquedas debían ser continuadas por personas más dotadas. Ariel Eschel, cónsul del Estado de Israel en Viena, le pidió a Wiesenthal que preparara un completo informe sobre el caso Eichmann para el Congreso Mundial Judío. Ese informe incluía todas las pruebas que Wiesenthal había reunido sobre Eichmann: las fotos, los testimonios, las muestras de caligrafía. Wiesenthal envió una copia del informe a la sede del Congreso Mundial Judío en Nueva York y otra al Consulado de Israel en Viena. No recibió respuesta de ninguna de ambas instituciones. En cambio le escribió un rabino de Nueva York pidiéndole la dirección exacta de Eichmann en Buenos Aires. Wiesenthal con ironía le contestó que con mucho gusto le comunicaría esa dirección si el rabino pagaba los gastos del viaje Viena-Buenos Aires y un viático de 500 dólares.

A nadie le importaba Eichmann, concluyó Simón Wiesenthal. Todos se preocupaban por otra cosa. Corría el año 1954 y en un atolón del Pacífico, los Estados Unidos crearon un infierno como nunca había visto la tierra: de las aguas se levantó un inmenso hongo. Era la bomba de hidrógeno. Una fotografía tomada a 80 kilómetros del lugar horrorizaba al mundo que debía habituarse desde entonces a convivir con una nueva amenaza. Por su parte, los franceses, con la muerte en el alma, se despiden de su vieja colonia cuando el general Christian de Castries firma el armisticio luego que las tropas irregulares de Ho Chi Minh arrasan con la fortaleza de Dien Bien Phu. ¿Y la Argentina? Perón seguía en el poder pero su amigo el dictador brasileño Getulio Vargas, se había pegado un tiro en la cabeza.

¿Malos augurios para los dictadores? Wiesenthal empaquetó los cientos de expedientes que tenía en su casa y los envió al Archivo Histórico Vad Yashem, el más grande centro de datos sobre el Holocausto, que se había fundado en Jerusalén. Sólo guardó un archivo: el de Eichmann.

Sin saberlo, el fugitivo Eichmann que en ese mismo momento recorría febrilmente las páginas de los diarios de Buenos Aires buscando el anuncio de algún trabajo, el eterno huidor Eichmann, había ganado una batalla, aunque la guerra, su particular guerra contra la memoria, la iba a perder.

El país preferido del doctor Mengele

La reconstrucción de los años porteños de Eichmann ha sido abordada por sus biógrafos a partir de dos ópticas posibles: la primera es la narración de la caída de un hombre perseguido y denigrado por sus propios camaradas, un apestado. El exilio de Eichmann sería un calvario o una expiación. Abonan esta tesis hechos concretos de la vida de Eichmann: su pobreza no fue fingida. Los lugares en los que vivió Eichmann, tanto el departamento de la calle Chacabuco, en La Lucila como el lote de Bancalari en el cual levantó su "rancho", eran, más que pobres, miserables. Ni siquiera igualaban las expectativas de confort que estaban realmente al alcance de cualquier obrero durante la década del cincuenta, en lugares algo más accesibles que aquella imprecisa frontera entre Bancalari y San Fernando en la cual en 1959 comienza a levantar su casa Eichmann. Un obrero argentino podía vivir en barrios obreros en los cuales, a través de las obras sociales sindicales o de planes de bancos estatales, se levantaron muchas viviendas. Los socialistas habían empezado con esta política de vivienda mucho antes, pero Juan Perón durante sus dos presidencias (1946-1952 y 1952-1955) impulsó los planes de casas baratas y las levantó en Liniers, en San Justo, en Ezeiza, y en barrios cercanos al centro como Flores, Caballito, San Cristóbal o la Boca. Otros trabajadores compraban un lote en un lugar alejado y construian allí una casita

con sus propias manos. Un proyecto que el abrupto irrumpir de la justicia le impidió finalizar a Eichmann. Si hubiera podido completarla y decorarla, la de Eichmann hubiera sido una casita más de las miles y miles que levantaron los trabajadores en los alrededores de la ciudad: techo de tejas, paredes blanqueadas, jardincito, enanos en el jardín, un coche económico en la vereda, que los domingos a la mañana el dueño lava con fervor, en short y ojotas…

Una segunda hipótesis sobre los diez años de residencia de Eichmann en Argentina insinúa que Eichmann se victimizó deliberadamente. Lo expresa así Uki Goñi:

> Aunque es posible que los ánimos de Eichmann estuvieran por los suelos, la imagen suya proyectada por varios escritores, la de un marginado solitario y desprotegido, evitado y desdeñado por sus antiguos camaradas de las SS, se contradice con las evidencias. Eichmann no sólo escapó de Europa bajo el paraguas protector del Vaticano y la organización de rescate de Perón, sino que una vez en Argentina fue calurosamente acogido por la empresa CAPRI de Fuldner, donde su trabajo fue supervisado regularmente por un eminente camarada austríaco. Además, para obtener sus nuevos documentos argentinos contó con la ayuda de Schultz, una de las personas de confianza de Domingo Mercante, el gobernador de Buenos Aires… La presencia de Eichmann era bien conocida entre los recién llegados de la posguerra, quienes solían buscarlo, no tanto por admiración como por curiosidad morbosa respecto al Holocausto.

En este punto de la crónica sobre los años argentinos de Eichmann, cruza la figura de Joseph Mengele, en muchos sentidos otro Eichmann, aunque también su opuesto.

Mengele y Eichmann estuvieron en la mira de los cazadores

de nazis desde que sus crímenes rompieron la barrera de clandestinidad que ellos mismos habían erigido. Eichmann y Mengele fueron perseguidos cada uno por su lado. ¿Se habían frecuentado en Alemania? No lo sabemos.

Sin embargo, en un punto, los destinos de uno y otro se bifurcaron, en parte porque las personalidades e historias eran distintas, en parte porque también lo fueron las estrategias que, para eludir la persecución, asumieron uno y otro. Fue distinto el final: Eichmann subió a la horca mientras que Mengele murió en la cama. Es una manera de decir, ya que en realidad murió ahogado pero en una playa donde pasaba unas cómodas vacaciones, quince años después de que la trampa de la horca cayera bajo los pies de Eichmann, en Israel.

En abril de 1953, cuando Eichmann entra al ABC de Lavalle y se sienta con Mengele en una mesa del fondo, el ex *Untersturmführer*, grado equivalente a mayor, de las SS, Joseph Mengele, también conocido como Helmuth Gregor, estaba en un momento ascendente de su vida. En cambio, el ex *OberSturmbannführer* o teniente coronel de las SS, Adolf Eichmann, también conocido como el mecánico Ricardo Klement, changuista en Buenos Aries, sólo intentaba prolongar el único objetivo de su vida desde aquel ya lejano abril de 1945: mantener el anonimato.

Las historias de Joseph Mengele y la de Adolf Eichmann presentan analogías y diferencias. Las primeras tienen que ver sobre todo con la época en la que ambos inscriben sus experiencias de juventud.

Joseph Mengele había nacido el 16 de marzo de 1911 –era por lo tanto, cinco años más joven que Eichmann– en Günzburg, una ciudad pequeña y pintoresca, de prosapia medieval. Günzburg, bañada por el Danubio superior, en su recorrido alemán, contaba entonces, y ahora, con unos diez mil habitantes y estaba orgullosa de su castillo, de su iglesia, de su plaza del mercado y de su mayor industria: la fábrica de tractores Mengele y Compañía.

Günzburg. El corazón de la vieja Alemania. Muy cerca,

está Ulm, cuya catedral conserva un título invencible: fue la catedral de los siglos, ya que comenzó a ser construida en 1327 y se terminó en 1890, cuando su torre ostentaba también otro galardón: era la más alta del mundo. Ulm fue la cuna de Hans y Sophie Scholl, los niños mártires del Reich, los jóvenes que peleaban con las manos desnudas contra un régimen blindado. En Ulm se celebraron los grandiosos funerales del mariscal Rommel. Cuando se descubrieron los crímenes de Joseph Mengele y se convirtieron en actualidad resonante y se supo que no sólo había vuelto a Günzburg sino que hasta 1949 había vivido allí como Pancho por su casa, y cuando en 1951, los periodistas invadieron el lugar y quisieron indagar, los habitantes de Günzburg se cerraron en sí mismos y nadie habló. Un diario alemán llegó a escribir que Günzburg había actuado como "un grupo de conspiradores para ayudar a la familia Mengele". Esto no tiene nada de particular si se toma en cuenta que de los diez mil habitantes de Günzburg, la mitad eran empleados de los Mengele.

Bávaro, católico, primogénito, niño prodigio, Joseph Mengele fue definido como "un príncipe". Su padre, Karl Mengele, se hizo inmensamente rico al fundar –en 1907– y llevar al esplendor a la empresa de maquinarias agrícolas que ostentaba su apellido. Mengele y Compañía llegó a ser una de las tres fábricas de trilladoras más grandes de Alemania y Austria, y aunque la Primera Guerra Mundial lo arruinó, Karl Mengele resucitó de sus cenizas en la posguerra, convirtiendo a la empresa en un emblema de la fuerza incontenible de la Nueva Alemania que había fundado Adolf Hitler en 1933. Por algo, en 1935 el propio Führer había visitado la fábrica. ¡El Führer en persona!

El joven Joseph era el hijo mayor y estaba destinado a suplir al padre como jefe de la dinastía pero al descubrir que era un muchacho de gran talento, los padres lo enviaron a estudiar. Así fue como completó la carrera a los 25 años, graduándose como doctor en Medicina por la Universidad de Francfort, con las mejores calificaciones. Todo parecía indicar que el joven Mengele tenía ante sí un camino maravilloso que lo distinguiría

en la historia de la medicina alemana, lo que sí consiguió aunque con un sentido muy distinto al que soñaba su padre. Günzburg tiene una Mengelestrasse, pero como todos los guías turísticos lo puntualizan se trata de una Karl Mengelestrasse… no de una Joseph Mengelestrasse.

De joven, Joseph Mengele vivió la bohemia estudiantil en las cervecerías muniquesas y participó en los enfrentamientos callejeros entre las milicias de los partidos. El estudiante Mengele se inscribió en marzo de 1931 en una organización uniformada de ex combatientes, la Stahalhelm. Entre 1934 y 1937 el ingreso al NSAP de Austria y de Alemania fue restringido, debido a la avalancha de solicitudes. Cuando se levantó la veda, Mengele firmó la ficha y se la hizo firmar a su padre. Aunque quizás fue a la inversa: no cabe duda de que el poderoso industrial Mengele adhirió a la figura de Adolf Hitler, lo mismo que hizo todo el clan familiar. También Eichmann metió a su padre en el NSAP.

Como médico, Mengele comenzó a enseñar clínica general en las aulas de la Universidad de Leipzig. Por entonces se dictaron en Alemania las primeras leyes médicas que expresaban el peculiar sentido de defensa de la raza y el hombre nuevo, ario y puro que, según sostenía Adolf Hitler, serían la base de los futuros amos de la tierra.

En julio de 1933 se promulgó la pomposamente bautizada Ley para la Protección de la Salud Hereditaria. Establecía las condiciones mentales y físicas que autorizaban la esterilización obligatoria. Se prohibía procrear a quienes padecieran de imbecilidad, esquizofrenia, depresión maniaca, epilepsia, ceguera hereditaria, sordera, deformidades físicas, enfermedad de Huntigton y alcoholismo. El maestro de Mengele, e inspirador de estas leyes, era el doctor Ernst Rudin. Junto a médicos como el doctor Alfred Hioche y el doctor Karl Bindong, Rudin era el principal defensor de la tesis según la cual los médicos debían destruir "la vida sin valor". Los programas que prescribían la muerte no dejaron de crecer y así llegó a establecerse la eutanasia o muerte misericordiosa para los dementes incurables.

Esa escalada nazi siguió con el asesinato en masa de las personas que el Estado consideraba biológicamente inferiores como los gitanos, los eslavos y los judíos. Según la Ley Racial de Núremberg aprobada en septiembre de 1935, era delito que los alemanes se casaran con judíos y el objetivo de la ley era impedir el cruce de razas. Por eso, la unión sexual aun fugaz entre personas de distinta raza era castigada con prisión severa.

En mayo de 1943 el doctor Mengele fue destinado al equipo de médicos del campo de concentración y exterminio de Auschwitz-Birkenau, donde permaneció hasta enero de 1945. El día que salió de Cracovia y se aproximó al lager, la primera visión que tuvo Mengele fue la de una inmensa chimenea cuadrada en la cual ardían lenguas de fuego rojo, mientras que la brisa desparramaba un hedor nauseabundo. Cuando Mengele llegó a Auschwitz las cámaras de gas y los hornos crematorios estaban en pleno desarrollo y cada día unos nueve mil seres humanos eran gaseados y quemados.

En Auschwitz-Birkenau, según consta en las alegaciones de los fiscales que lo persiguieron sin poder capturarlo, Mengele se entregaba a experimentos en los que usaba como cobayos a los prisioneros. Mengele trabajaba para el equilibrio funcional del exterminio; como otros médicos, tenía una misión crucial: aprovechar al máximo aquella carne de cañón, los miles y miles de judíos que llegaban a los *lager*. Era necesario separar la paja del grano y no desperdiciar la fuerza de trabajo esclavo que necesitaba el Reich para el esfuerzo bélico, alimentar el complejo productivo armamentístico del campo modélico de Auschwitz-Birkenau, de manera que la aniquilación de los judíos como raza maldita no fuera simplemente el fundamento de una nueva raza aria pura sino que rindiera un rédito al pueblo, al *deutsche volk*. Los médicos en el *lager* debían pues, al mismo tiempo que aceitaban la maquinaria de exterminio, sorber hasta la última gota de energía antes que sus prisioneros fueran al encuentro del gas y del horno.

Claro que esta función "técnica" de Mengele ha sido recusada

por múltiples testimonios de sus víctimas y algunos de sus colegas. Textos de los más variados registros, intenciones y niveles han sostenido, por ejemplo, que Mengele arrojaba niños vivos al fuego, que no sólo arrancaba a los lactantes de las manos de sus madres sino que allí mismo los aplastaba contra el suelo, que quemaba genitales. Se pregunta con propiedad el biógrafo de Mengele Gerald Astor si éste era "un Frankenstein que operaba por su cuenta en un apartado rincón del Tercer Reich". Y responde que, lejos de ser un perverso aislado, Mengele era un respetado miembro de la corporación médica de Alemania, la cual jamás lo sancionó, sino todo lo contrario. Al corriente de sus labores, por comunicaciones directas del propio Mengele, las máximas autoridades de la Orden de los Médicos de Alemania, certificaron la seriedad e importancia de los aportes que estaba haciendo Mengele a la ciencia médica.

Además de ser un colaborador en la tarea colectiva del exterminio, en segundo lugar, Mengele era un esforzado experimentador. Por espantosos que nos parezcan, los experimentos a los que se entregaba Mengele no eran el delirio de un sádico ni las fantasías genético-raciales de un Hitler con guardapolvo blanco sino operaciones cruciales para el éxito de la causa en la que se estaba empeñado el Tercer Reich. Así, la vivisección de muertos –a veces ¡de vivos!– servía para probar el efecto de nuevas toxinas; la amputación de miembros se hacía para intentar injertos que prolongaran la vida útil de los esclavos del Reich; la inmersión en aguas heladas servía para medir la capacidad de resistencia al frío y con esas mediciones, prolongar o abreviar la vida de los soldados del Reich, que estaban combatiendo en las estepas heladas de Rusia; la introducción de vidrios, trapos sucios o tierra en las heridas reproducían las condiciones que se daban en los campos de batallas, de manera que esos experimentos podían servir para mejorar las condiciones de combate de las tropas.

¿Era Mengele un sádico que se complacía en provocar sufrimientos o un galeno arrastrado por la locura colectiva del

Estado nazi al que servía? Entre la catarata de testimonios que lo acusaron, se repiten actos de crueldad inaudita. Por ejemplo, ejecutó a un joven de 17 años por robar carbón (delito por cierto idéntico al que le adjudicó a Eichmann el fiscal de Jerusalén Gideon Hausner: matar a un muchacho de 17 años que mientras trabajaba como jardinero-esclavo en el jardín de la casa de Eichmann en Budapest, comió una frutilla sin permiso). Pero Mengele no sólo habría matado al joven por tan insignificante falta: antes le habría disparado un tiro en cada rodilla.

La pregunta que plantea Mengele a quienes escribimos sobre él es la misma a la que trató de contestar el proceso de Jerusalén contra Eichmann: ¿estaba loco, sufría algún desorden mental? En el caso de Mengele, esta pregunta es aun más pertinente pues mientras Eichmann era un asesino de escritorio, las manos de Mengele sí que estaban manchadas de sangre, pues su campo de acción no era la mesa de un despacho, como era el campo de acción de Eichmann, sino las salas de cirugía, los consultorios, las tiendas de emergencia, los lugares donde sobraba la sangre y el dolor, donde se administraban los primeros auxilios a los heridos. Lo que espanta en Mengele, su suprema perversión, es que él fuera un médico, es decir alguien a quien el mundo le ha confiado la tarea de aliviar los sufrimientos.

Eli Rosembaun, fiscal del Estado que intervino en las causas contra Mengele, señala: "Fuimos completamente sobrepasados por su monstruosidad. Su mente operaba como la de un científico, concentrándose en sus estudios y experimentaba dejando de lado los sentimientos. Realmente no pienso que Mengele tuviera remordimientos por lo que hacía. En su mente de científico, justificaba sus actos".

Mengele inyectaba a sus "sujetos" substancias como fenoles, cloroformo, insecticida, nafta… Algunas veces directamente lo hacía en el corazón. Él mataba a los objetos de sus experimentos para hacerles autopsias. Hacía vivisecciones para estudiar los límites de resistencia a los traumas y el dolor en el ser humano.

Demente o no, los experimentos de Mengele llegaron a su fin

en el invierno de 1944-1945: el Ejército Rojo se acercaba a los campos de Polonia y Himmler ordenó desmantelarlos. Cuando el Tercer Reich se derrumbó, un deprimido Mengele afluyó a Günzburg y luego se refugió en un pueblo perdido del interior de Alemania, Mangolding, Baviera, donde se escondió unos años del brazo de la ley, que no fue largo y no llegó a su ciudad natal. Luego, con la ayuda de su clan, y en un periplo que tiene mucho de común con el de Eichmann, en 1949 emprendió la llamada "ruta de las ratas".

Mengele entró a la Argentina con documentos que lo acreditaban como Helmuth Gregor el 28 de agosto de 1949, tras hacer la travesía desde Génova en el barco de bandera inglesa North King. Lo esperaba su hermano Alois, a cargo de la corresponsalía que la empresa del padre tenía en Argentina.

El doctor venía ligero de equipaje pero con un maletín que cuidaba como oro. Contenía las notas de investigación que había tomado durante los dos años en los que fue médico de Auschwitz; había estado a punto de perderlas cuando huyó de Auschwitz y fue internado en un campo de prisioneros aliados. Temeroso de que lo incriminaran, Mengele tuvo que desprenderse de sus notas. Para salvarlas –o quizás por su sempiterno don-juanismo– sedujo a una enfermera aliada que accedió a guardarle los papeles y luego se los devolvió. Allí estaban sus conclusiones sobre el tema que lo obsesionaba: la naturaleza de la gemelidad. Algunos sobrevivientes de Auschwitz lo recordaron muchos años después gritando "¡Gemelos, gemelos!" en los andenes en los que se amontonaban los judíos que eran vomitados por los vagones de tren que los traían de los cuatro puntos cardinales del Reich. Mengele quería gemelos para estudiarlos: les practicaba análisis, les extirpaba los órganos para analizarlos y compararlos, les cortaba los miembros. Además de los gemelos, cuya manipulación genética obedecía al sueño profundo del Reich vinculado a la multiplicación de la raza, otro rasgo de la especie humana volvía loco a Mengele: los ojos azules.

Ha extrañado esa obsesión en un hombre de tez morena,

cabello negro y ojos oscuros como él. Los ojos azules eran el símbolo del hombre germánico, del ario puro, del vikingo ancestral que alentaba desde el viejo corazón del Sacro Imperio o quizás mucho más allá, desde los mismos dioses Thor. Era el signo de la utopía racial que albergaba la mente de Adolf Hitler y desde ella pasaba a la voluntad de sus seguidores.

Cuando un día de agosto de 1949 Mengele se presentó en el mostrador de la Aduana de Buenos Aires, al descender por la planchada del North King, le hicieron abrir el equipaje. No tenía más que alguna ropa usada. Luego el aduanero miró con interés el maletín.

–¿Qué lleva ahí?

–Papeles.

–¿Qué papeles?

–Soy científico.

–¡Ábralo!

–¿Por qué? Soy profesor de la Universidad de Munich, Alemania.

Pero esa afirmación, ¿qué le importaba al aduanero? Quizás buscaba algo más prosaico, como lingotes de oro o marcos alemanes. Mengele abrió su equipaje y el aduanero se puso a manosear esos papeles. Los miró con atención. Eran unos signos incomprensibles para él.

–¿En que idioma están?

–En alemán.

El aduanero llamó a un colega que era el único que sabía alemán entre el personal de la Aduana, pero en ese momento no estaba. Entonces dejó pasar a Gregor, en cuyos documentos de identidad –fraguados en Italia, donde el señor Gregor aparecía como nacido…¡oh casualidad! en Ternana, el mismo pueblo del Branerro donde también "nació" Riccardo Klement– figuraba, como profesión, la de mecánico. La misma que un año después también llevarían los documentos de Riccardo Klement. Así pues la ciudad de Buenos Aires, con diferencia de un año, recibió la visita de dos oriundos de aquel pueblo de

la frontera austrosuizoitaliana: un mecánico llamado Klement y un mecánico llamado Gregor.

Al llegar a Buenos Aires, Mengele vivió un tiempo en una pensión de Palermo. Luego se integró en la trama social de los nazis que poblaban el exilio porteño. Se alojó en la lujosa casa de Arenales 2640, Florida, donde vivía un ingeniero llamado Gerard Malbranc, de simpatías por el Tercer Reich. Uno de los nazis más activos en Buenos Aires era por entonces Hans Ulrich Rudel, quien aprovechaba la circunstancia de que, siendo un notorio simpatizante de Hitler y además un as de la aviación famoso por sus hazañas aéreas, no estaba perseguido por crímenes de guerra. Por ello Rudel se movía con plena libertad. Charlando con Mengele, quizás en el mismo ABC donde él (otros dicen que fue el periodista Sassen) los presentó a Eichmann y Mengele, le aconsejó que probara suerte en Paraguay, un país donde no había judíos y por lo tanto, los *Kamarad* estarían siempre más seguros. Aun no gobernaba el general Alfredo Stroessner, el tiranosaurio, quien atraparía el poder en 1954 para no dejarlo por largas décadas, pero su sombra ya se sentía en Asunción. Mengele comenzó a preparar su viaje.

Mientras tanto, atendía una complicada vida sentimental. Se había casado en 1939 con una altísima belleza rubia, llamada Irene Schoenbein, con la que había tenido un hijo, Rolf. Cuando Mengele ya estaba en Buenos Aires, Irene le comunicó que se había enamorado de otro hombre y que quería divorciarse. Mengele no se preocupó demasiado. La pareja se disolvió. Luego murió el hijo menor de los Mengele y hermano de Joseph, Karl, a quien el patriarca había adjudicado la misión de dirigir la fabrica de tractores. Entonces, el viejo Karl Mengele apremió a Joseph para que se casara con la cuñada viuda, Martha Mengele, la esposa de Karl: de esa manera la herencia quedaría en manos de la familia, sin dispersarse en sangre ajena. Así lo hizo Mengele.

Mengele seguía desplegando su imparable energía en la capital argentina. Invirtió su capital en nuevos negocios, como un laboratorio médico, que bautizó Laboratorios Wander. En

1956 entregó un millón de pesos argentinos como base para fundar un laboratorio médico, bautizado Fadro Farm. Mengele, que había usado numerosos seudónimos como Helmuth Gregor, José Gregori, Wolfgang Gregh, y otros, no vaciló en firmar ese documento por el cual se constituía la sociedad Fadro Farm, con su propio nombre y apellido. Lo mismo sucedía con los inmuebles que adquirió, sobre todo la casa situada en la calle Virrey Vertiz, de Florida.

Por lo visto, consideraba saldado su pasado. Fue por entonces que escribió a la Universidad de Munich iniciando los trámites para que le restituyeran su título de médico que pensaba luego revalidar en Argentina. Su audacia y la increíble autoconfianza que lo caracterizaron, lo llevaban a arriesgarse, como cuando en 1951 no solamente volvió a Alemania sino que estuvo en Günzburg donde todos los vecinos lo conocían. Inevitablemente, esta conducta irresponsable llamó la atención de quienes lo habían conocido en Auschwitz.

Fue el caso de Herman Langbein, un antiguo prisionero de Auschwitz, veterano militante comunista desde los tiempos de la guerra de España en la que participó como integrante de las Brigadas Internacionales. Langbein, como todos los prisioneros de los *lager* que sabían idiomas, fue enviado a trabajar a las oficinas administrativas de Auschwitz, donde reunió gran cantidad de información y documentación sobre los responsables de ese y otros campos. En la posguerra, siguió los pasos de Joseph Mengele, con la misma tenacidad que lo hicieron con Eichmann Simón Wiesenthal o Tuviah Friedman o como lo harían algunos años después Serge y Beate Klarsfeld con Klaus Barbie.

Sin embargo, Joseph Mengele parecía haberlo planeado todo. Incluso tenía contratado a un abogado llamado Hans Laternser, para que estuviera atento por si aparecía algún proceso contra él en Alemania, Austria o en cualquier otro lado. Tantas precauciones le sirvieron aunque no pudo impedir que, finalmente, el 7 de junio de 1959 la Fiscalía del *lander* de

Friburg emitiese una orden de arresto contra el ciudadano Joseph Mengele. Había llegado la hora de huir.

Mengele vivió en Buenos Aires diez años, aunque su naturaleza inquieta lo llevó a realizar numerosos viajes. A Paraguay fue por primera vez en 1951. Desde entonces cultivaba buenas relaciones con el medio paraguayo y preparaba su fuga por si la situación en Argentina se complicaba.

El largo exilio de Eichmann y Mengele reveló las diferencias de carácter entre ambos. Mengele hizo todo lo que debe hacer un perseguido si quiere eludir a sus captores: no se conformó con fabricarse una identidad falsa sino que la multiplicó: en los treinta años que sobrevivió en América asumió muchas identidades. No le bastó un lugar para permanecer quieto sino que hizo de la movilidad un mandamiento. Estuvo en Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia, Paraguay y Brasil. Durante diez años, los que van de 1949 a 1959, prefirió Buenos Aires y siempre regresó a esa ciudad. ¿Qué tenía Buenos Aires para que le gustara a Mengele? Era el lugar perfecto para esconderse porque su vastedad aseguraba el anonimato. Pero también era un lugar peligroso. Mengele, como Eichmann, se convirtieron en prototipos que los buscadores de justicia difundieron incansablemente. Cuando pisó el puerto de Buenos Aires muy pocos habían escuchado su apellido. Cuando murió en 1979 en una playa brasileña, o mejor dicho cuando en 1985 se supo su fin, Mengele era parte del léxico universal y su figura más o menos ficcionalizada, había aparecido en incontables novelas, series de televisión y películas. Si bien el tiempo operaba a favor de los prófugos nazis, disolviendo la memoria de sus crímenes, también mitologizaba los horrores que habían cometido. Mengele huía en todos los sentidos; se movía geográficamente y exploró varias residencias: de su propio pueblo pasó a una ignota localidad de Baviera, de allí al barrio de Florida, en el norte de la Buenos Aires suburbial, con esporádicas estadías en el centro sur de Buenos Aires, luego fue a Asunción y finalmente recaló en Brasil, donde lo alcanzó el perseguidor implacable, la muerte.

También se mudaba de fisonomía. Mengele tenía algo de Houdini, era un transformista y hubiera consumado una obra maestra de la fuga si, en el último momento, cuando el bisturí de un experto cirujano plástico estaba por hundirse en su cara, si en ese preciso momento, no hubiera tenido miedo al cuchillo.

La situación no deja de tener su costado grotesco: él, que tantas operaciones, injertos y experimentos con cuerpos había consumado, estaba ahora bajo el imperio del bisturí de otro médico. Era en 1957 y el cirujano comenzó a intervenir para cambiarle la cara: iba a transformar su conformación craneana. Mengele tenía un cráneo inconfundible por una protuberancia ósea en la nuca. En ese momento, Mengele receló. Le habían afeitado la parte posterior de la cabeza y le habían inyectado anestesia local pero estaba consciente y al mirar detenidamente al matasanos que iba a literalmente abrirle la cabeza, algo no le gustó a Mengele, quien se levantó del quirófano, arrojó al suelo la bata que lo cubría y huyó del consultorio.

No tuvo miedo de realizar otras audaces maniobras, como fundar una fábrica de juguetes con sede en la esquina de avenida San Martín y Avenida de los Constituyentes, en uno de los barrios más populosos de Buenos Aires. ¿Cuántos chicos argentinos habrán jugado con los juguetes que fabricaba Mengele? Hizo operaciones financieras arriesgadas, entraba impunemente en la embajada alemana en Buenos Aires, situación que ha parecido incomprensible a muchos historiadores que sólo atinan a explicarla encontrando antecedentes filonazis de quien fuera muchos años embajador de la República Federal Alemana en Argentina, un tal Walter Junkers. Finalmente Joseph tuvo que radicarse en el Paraguay primero y luego en un pueblo de la costa atlántica cerca de San Pablo (Brasil) donde una ola gigante se lo llevó mientras se bañaba.

Eichmann no tuvo la elasticidad y el dinamismo de Mengele, y sólo encontró fuerza para cambiar una vez de identidad. Siguió siendo Klement, un don Otto para sus vecinas de La Lucila y de Bancalari, pero inequívocamente el verdugo Eichmann

para los miles de judíos que lo perseguían, algunos de los cuales finalmente lo cazaron. No se hizo la cirugía estética, no viajó a otros países, no exploró otros refugios. Se limitó a vegetar. Escribió sus memorias, cosa que también hizo Mengele, pero Eichmann las quiso hacer públicas, porque anhelaba la reivindicación histórica. Finalmente esa veleidad le reportó la horca.

Sus memorias, Mengele las guardó, sólo se las dio a su hijo. Las de Eichmann en cambio, redactadas junto a un sórdido escriba, fueron a parar a las redacciones de las grandes revistas en busca de un buen pago.

Barrio de tango

1953. Bar ABC, Lavalle y Reconquista. Este barrio es llamado por los porteños la City, en un remedo del Londres que también evoca una antigua confitería cercana, la London, en Perú y Av. de Mayo, mucho más ostentosa que el discreto ABC. Todo el barrio, las calles San Martín, Reconquista, 25 de Mayo, Bouchard, la avenida Corrientes y sus paralelas Lavalle, Sarmiento, Tucumán o Cangallo, está impregnado para los argentinos y para muchos lectores de todo el mundo por el recuerdo de los cuentos y novelas de Julio Cortázar quien gustaba situarlos en esas calles anónimas y comerciales, un micromundo los días de semana, y un desierto los domingos. Es que Cortázar, cuando dejó de dar clases en pueblos del interior argentino, se estableció en esa zona, donde alquiló distintos departamentos y un estudio situado a pocos metros del ABC, en la esquina de San Martín y Lavalle, donde ejercía su profesión de traductor público nacional. No sería raro que mientras en alguna mesa que imagino escondida en los fondos del local, Mengele y Eichmann cuchichearan en un alemán con acento bávaro, en otra mesa Cortázar leyera a Goethe en la versión de una Verlag de Leipzig o de Francfort, o sedujera a alguna belleza pálida o discutiera sobre Shelley o sobre Roberto Arlt con otros escritores que por entonces lo frecuentaban, por ejemplo, un tal Onetti Juan Carlos,

ácido periodista que trabajaba en la agencia de noticias –todo se liga– alemana, la Reuter, que también tenía sus oficinas por allí cerca. Todos codeándose en las tardes húmedas de Buenos Aires, respirando la ansiedad de esas tardes porteñas marcadas por el sensacionalismo de los titulares de los vespertinos que anunciaban el inminente estallido de la guerra –¿qué guerra?, cualquiera, "la" guerra– o el hallazgo de restos humanos en un solar de las afueras –el enésimo crimen de la descuartizada– o un nuevo golpe de Estado en la Argentina de Perón, en la Argentina de los militares, en la Argentina de los radicales.

No han quedado testimonios directos de aquellos encuentros. Eichmann guardó celosamente su relación con Mengele, y un secreto pacto entre ellos fue dilucidado cuando Adolf Eichmann estaba en poder de sus captores del Mossad, en aquellos días que van desde el 11 de mayo de 1960, cuando fue secuestrado en una calle de Bancalari, hasta el 21 de mayo, cuando decoló el avión de El Al que se lo llevó a Israel. Pero esto lo narraré mas adelante.

Quizás Mengele haya escrito sobre Eichmann en las memorias que quedaron en poder de su hijo Rolf y que han sido reveladas con cuentagotas. Pero según relata Gerald Posner, quien las ha leído, Rolf Mengele destruyó todas las páginas que su padre escribió sobre su estadía en Buenos Aires.

Mengele debía despreciar a Eichmann porque si él se consideraba un científico ¿qué era Eichmann? Un vulgar policía. Por culpa de Eichmann y otros sabuesos toscos, el peso del Holocausto –esa empresa que Hitler quiso magna y única, y que Eichmann convirtió en un tedioso horario de ferrocarriles– finalmente cayó sobre todos los sobrevivientes nazis, sobre los delirantes y sobre los prácticos, sobre los asesinos psicópatas y sobre los militares de honor y sobre los cumplidores de oficina. Eichmann debió despreciar a Mengele porque finalmente si él, Eichmann, había llegado a ser un teniente coronel de las SS, Mengele solo llegó al grado de Mayor. Y porque él, Eichmann, jamás le hizo daño a un ser humano de carne y hueso, así lo

proclamaba una y otra vez, mientras que Mengele los trituraba. Mengele por su parte, despreciaba a Eichmann, porque, finalmente, él había ido a la guerra mientras que Eichmann jamás salió de detrás de un escritorio: Mengele tenía la Cruz de Hierro ganada en combate mientras que Eichmann...

Según Astor y Posner, biógrafos de Mengele, éste le ofreció a Eichmann hacerse cargo de la atención médica de él y su familia, pero Eichmann habría renunciado a esa oferta. Mengele veía a Eichmann como un ave de mal agüero, un fracasado. No entendía su estrategia –si ello fuera una estrategia– de sumergirse en el anonimato y la pobreza. Además, Mengele era un gozador, un hombre sensual, alguien que abominaba del puritanismo protestantoide de Eichmann.

Todo llevaba al divorcio entre esos hombres tan distintos, unidos sin embargo por el destino que habían abrazado al unirse al Tercer Reich.

Una tarde de 1957, Mengele y Eichmann se reúnen en el Adam, cervecería que está en el último tramo de la calle Maipú. Muy cerca de allí, en Maipú 994, vivió durante cuarenta años Jorge Luis Borges. El Adam era una cervecería que él también frecuentaba, para reunirse con su amigo Manuel Peyrou, como Borges, aficionado a recorrer bares, aunque a diferencia del abstemio Borges, Peyrou era un bebedor fuerte, quizás un dipsómano. El Adam le quedaba mejor a Eichmann para encontrarse con Mengele, ya que además de rememorar las cervecerías bávaras que tantos recuerdos les traían a uno y a otro, estaba cerca de la estación Retiro, donde Eichmann tomaba el tren para volver a la casa de la calle Chacabuco, para lo cual podía bajar en la estación Olivos o en la estación La Lucila, y le quedaban por caminar como quince cuadras, en un caso o en otro.

El Adam estaba en la cuadra en la que Maipú se precipita barranca abajo uniendo la altura aristocrática y bohemia de la Plaza San Martín con la mucho más baja y proletaria estación Retiro, a la cual llegan cada día miles y miles de sudorosos

trabajadores quienes, en aquellos años en los que Eichmann y Mengele la usaban o pasaban por sus portones, se amparaban en su líder, el general Juan Perón, cuyos enormes retratos solían decorar el frente de la estación, a pocos metros del Adam. Allí, frente a la estación, se realizaban mítines, grandes manifestaciones de masas, celebraciones del régimen.

¿Y Mengele, que siempre vivió en Florida? También tomaba el mismo tren de manera que ambos hombres pudieran haber viajado juntos, pero Mengele tuvo pronto un auto, un Borgward Isabella, lujo que Eichmann jamás se pudo o se quiso permitir.

La última vez que Mengele y Eichmann se vieron fue en algún momento del verano austral de 1959: ambos estaban por irse de la Argentina. A ambos ya les pisaban los talones. En ese abril de 1959 la fiscalía de Friburgo había enviado al Ministro de Relaciones Exteriores de la Alemania Federal un pedido de extradición contra Mengele.

Mengele se despidió de Buenos Aires en abril de 1959. El destino de Eichmann ya estaba echado: en esa fecha David Ben Gurión y Golda Meier, junto a otros dirigentes del Estado de Israel, decidían que finalmente había llegado la hora de que Israel golpeara al mundo con un acto de justicia que inscribiera para siempre el horror del Holocausto en la conciencia del mundo. Por entonces, Mengele no frecuentaba ni el ABC ni el Adam, cervecerías alemanas que se habían convertido en lugares malditos. El hombre entró en La Ópera, inmenso café del centro neurálgico de Buenos Aires, en la porteña esquina de Callao y Corrientes. La Ópera es el lugar ideal para citas de conspiradores, perseguidos, policías y espías porque es tan grande que nadie sabe quién está en un extremo y quién se ha ido ya del establecimiento, que tiene salida a dos calles, y tiene por lo menos dos bocas del subterráneo prácticamente en el interior mismo del café, de manera que cualquiera en caso de necesidad puede escabullirse y sumergirse en los túneles del subterráneo de Buenos Aires.

La Lucila

Chacabuco 4261. La ciudad de Buenos Aires, en la que se escondió entre 1953 y 1960 Adolf Eichmann, había alcanzado ya a mitad del siglo XX los tres millones de habitantes dentro de sus límites municipales estrictos; pero esa cifra era engañosa pues a la ciudad, de contornos más o menos octogonales, extendida a lo largo de la costa del Río de la Plata –bautizada por un novelista "la ciudad junto al río inmóvil"– se acoplaban kilómetros y kilómetros de barrios suburbanos, una inmensa red de calles, avenidas pobladas por otros tantos millones de seres que cotidianamente afluían hacia el centro de la ciudad, que entraban y salían de ella. Esta región metropolitana duplicaba por lo menos la población de la ciudad. Al norte de ella, recostada sobre la costa, se extiende la llamada Ribera Norte. Durante el siglo XIX era un lugar desierto y salvaje, con costas que alternaban las altas barrancas sobre el río con la desembocadura de arroyos, y un piélago de pantanos y bañados que se confundían con las aguas barrosas del Plata. Pero en 1950 se había convertido en un largo rimero de pueblos que además habían conformado una identidad urbana particular. La Ribera Norte era un microcosmos que encerraba las múltiples caras de la ciudad que algún porteño infatuado quiso bautizar, con general beneplácito, como "la reina del Plata". A lo largo de 15 kilómetros se sucedían barrios engarzados por un ferrocarril que, partiendo de la estación Retiro, llegaba hasta el Tigre, donde el Plata se confundía con su afluente, el Paraná.

Adolf Eichmann, que trajinaba la ciudad en múltiples labores fugaces, regresaba por la tarde a su casa. El tren de Retiro iba colmado de gente cansada que anhelaba llegar lo antes posible a casa. Eichmann miraba por la ventanilla el ameno paisaje. A veces, a lo lejos, cada vez más lejos, se veía la línea de la costa. Los argentinos se devoraban su propio río. El agua era rellenada y sobre esa tierra nueva se construían edificaciones de manera que el río se iba alejando año a año. Edificios de lujo, pues en esas inmediaciones habitaban los argentinos más ricos en lujosas mansiones de las que los pasajeros del tren tenían sólo

atisbos, fugaces miradas a través de las espesas arboledas que las protegían. Cuarteles, iglesias, estadios, muelles, piscinas, toda la ciudad que bullía en ese corazón al norte podía palparse con el boleto del Ferrocarril Mitre en el bolsillo, como el que llevaba el ciudadano argentino Ricardo Klement, de profesión mecánico. Retiro, Lisandro de la Torre, Vicente López. Olivos. Eichmann leía un diario de la tarde; prefería *Noticias Gráficas* porque era tabloide y más cómodo para leerlo en el tren, aunque a veces compraba La Razón. A veces, Eichmann leía un ejemplar del *Argentinische Tabeblatt*, el diario alemán. La Lucila, Acassuso, Martínez, Tigre.

Se bajaba en la estación Olivos o a veces en la siguiente, La Lucila. Chacabuco 4261 estaba a una distancia equidistante de las dos. De la estación, tenía una larga caminata hasta casa, por lo cual, si estaba cansado, tomaba un colectivo que al menos lo acercaba. La calle Chacabuco corría paralela al río y a la avenida Maipú, una arteria de tránsito veloz que preferían quienes llegaban o se dirigían motorizados al centro de Buenos Aires.

Olivos y La Lucila eran dos barrios de lujo… pero sólo en la franja costera. En Olivos, a un kilómetro y medio de la vivienda de Eichmann, un espeso cerco custodiado por soldados y policías señalaba que allí estaba la residencia campestre del Presidente de la República, instalada en la antigua quinta de un millonario que el Estado había adquirido para que el primer mandatario pudiera descansar más tranquilo. Juan Domingo Perón la usaba con frecuencia, sobre todo desde que había quedado viudo al morir Eva Duarte, una mujer hiperdinámica cuyas actividades como agitadora –no ocupaba cargo público alguno– eran incompatibles con la vida silvestre y reposada del predio que los argentinos llamaban "la quinta".

Hacia el oeste de la costa, hacia el oeste de la Avenida Maipú, el barrio se desbarrancaba socialmente. Ya no había chalets de lujos ni espectaculares apartamentos. Las calles se volvían opacas, con lotes en los que cada vecino había hecho lo posible: no faltaban las casitas erigidas por el esfuerzo personal, sin

el auxilio de arquitectos ni constructores, sino meramente de los autoalbañiles de fin de semana. Otras familias exhibían un modesto frente de ladrillo, que adornaban con algún módico jardincito. Solían colocar allí unos muñecos de yeso que representaban gnomos, una costumbre argentina que a Eichmann no dejaba de sorprenderle porque mostraba la nostalgia de estos americanos del sur por unas mitologías ajenas. Lo mismo sucedía con el pino de Navidad y el Santa Claus barbado. En Buenos Aires no nevaba –parece ser que sólo había nevado una vez, quizás por un error de Dios– y la temperatura era templada, con inviernos benignos y veranos tórridos, en medio de los cuales estallaban las fiestas navideñas que los argentinos celebraban reproduciendo esos fetiches nórdicos, con nieve artificial y barbas postizas.

Los Eichmann habían alquilado una casita en Chacabuco 4261. Era un típico chalet barato, con cerca de madera, y constaba de dos viviendas separadas, una daba al frente, y usufructuaba el minúsculo jardín del frente; a la segunda, la que alquiló Eichmann, se entraba por un pasillo que llegaba hasta el fondo del lote. Esa casa fue demolida al poco tiempo de mudarse Eichmann y en su lugar se levantó el edificio que ahora ocupa el predio: un bloque de departamentos de tres pisos, con el aspecto de una caja de zapatos, con ventanas cuadradas, sin balcones, sin adornos, un auténtico palomar. La casita de la calle Chacabuco la alquilaron los Eichmann en abril de 1953 y Herbert Kuhlmann, o mejor dicho Pedro Geller, para entonces próspero hombre de negocios, les salió de garante.

No queda nada de aquella vieja La Lucila. Apenas, en la esquina de Chacabuco y Paraná una frutería antigua recuerda que ese fue un barrio de vecinas en chancletas y largas siestas del perro en la vereda. Los plátanos siguen dando la misma sombra fastuosa, pero las décadas y el progreso, que en medio de las contradicciones del país casi nunca dejó de bendecir a la zona norte de Buenos Aires, la han jerarquizado y La Lucila ha extendido su categoría inmobiliaria hacia lo que entonces

era una orilla. Algunos vecinos dicen recordar a Eichmann, lo que es incierto dado que ha transcurrido medio siglo; otros rehúyen hablar del tema, vivido en el país como episodio poco digno de la historia. Pero queda el testimonio fresco de aquellos vecinos de La Lucila que fueron literalmente asaltados por los periodistas locales y extranjeros cuando, a comienzos de los años sesenta, Eichmann se convirtió en un personaje de dimensiones mundiales.

En una popular revista de Buenos Aires, por ejemplo, pueden leerse estos testimonios: Don Eliah, un peluquero judío quien, aclara, no habla idish, sostiene que le cortaba el pelo cada quince días al señor Klement y que conversaba con él sobre su tema favorito (el de Klement): la instrucción de los pastores alemanes, raza que prefería. Klement tenía dos perrazos, una pareja, de ferocidad probada, y que además le brindaban profusa cría.

Como resumen de estas crónicas puede asegurarse que Verónica, a quien los vecinos llamaban doña Vera, era gárrula y sociable. Don Otto, o El Alemán, como algunos conocían a Klement, era reservado ("un hombre muy serio", en expresión suavizada) y los cuatro hijos del matrimonio alternaban: el pequeño Ricardo Francisco era "amoroso". Algunos de los mayores en cambio, eran percibidos por los vecinos como "muchachos belicosos" que no dejaban de meterse en líos. Fueron a colegios del Estado y a algunos colegios religiosos que brindaban educación gratis. Practicaban deportes en el Náutico, iban a bailar los sábados al Sunset. La familia, en sus escasas salidas compartidas, iba de picnic a la playa de Olivos. En 1957, Klaus, quien se dedicaba a la mecánica, se casó con una chica que había conocido en Tucumán, de nombre Mónica, y se fue a vivir a una casa en la Avenida General Paz, la avenida de circunvalación que rodea a la Capital Federal. Un año después, Adolf Eichmann fue abuelo. La revista *Así* publicó, tras el secuestro de Eichmann, varias fotografías de Verónica, su nuera y los niños, quienes no tenían gran diferencia de edad: Ricardito tenía siete y llevaba a su sobrino en brazos.

La historia del oro nazi

Es lógico que el lector que me acompaña mientras narro la historia de los Eichmann en la Argentina como una saga de la pobreza, se pregunte: ¿cómo es posible que uno de los hombres de mayor envergadura en el Tercer Reich viviera como un pordiosero cuando es de todos conocido que los nazis llevaron un inmenso tesoro a la Argentina? La historia del oro de los nazis a fuerza de ser repetido ha adquirido la entidad de un mito, es decir, un relato cuya verosimilitud parece no admitir réplicas. *Se non e vero, e ben trovatto*...

Veamos algunas versiones de ese mito, tales como las mismas han sido formuladas por investigadores serios ajenos al sensacionalismo periodístico banal.

A las siete de la mañana del 10 de julio de 1945, un submarino extranjero emergió de las profundidades del Océano Atlántico muy cerca de la costa argentina, en Mar del Plata, a quinientos quilómetros al sur de Buenos Aires. No lo hizo en una playa, caleta o bahía cualquiera de las que son tan pródigos los mil setecientos kilómetros de costa que posee el país. Como un Neptuno de acero, salió a la superficie frente a la ciudad, a tiro de piedra del puerto pesquero, donde también tenía una base la Marina Argentina. Inmediatamente rodeado de naves armadas, además de las alborotadas lanchas pesqueras, el capitán del submarino U-530 comandante Otto Wermuth, transmite a las autoridades el siguiente mensaje: "Este submarino, perteneciente a la Marina del Tercer Reich, se rinde a las autoridades argentinas".

El submarino atracó junto al Guardacostas General Belgrano, su tripulación formó en cubierta y el capitán entregó la nave, que fue conducido al puerto. Los marineros del U-530 en carácter de prisioneros de guerra (la República Argentina había declarado la guerra al Tercer Reich) fueron detenidos y alojados en dependencias navales a la espera de ser reenviados a guarniciones navales. Las autoridades comprobaron que el casco del U-530 estaba en perfectas condiciones, incluso recién pintado, pero gran

sorpresa se llevaron al penetrar en su interior, que encontraron devastado. Los instrumentos de navegación, brújulas, radares, los libros de bitácora, los cañones de cubierta, los torpedos y las municiones y hasta las cuchetas habían sido arrancados y arrojados al mar. A todo esto, se había desencadenado un gran escándalo en la Argentina, donde circulaban todo tipo de rumores. La opinión pública consideraba una patraña las declaraciones del almirante Otto Wermuth, según las cuales el mando nacional de la Abwehr había enviado al U-530, en el mes de febrero de 1945, cuando el Reich aún combatía, en una misión al Atlántico del Norte. Enterado de la capitulación del Reich, el almirante Wermuth y su tripulación habían decidido rendirse ante las autoridades de un país enemigo y habían elegido a la Argentina, aunque antes de hacerlo y obedeciendo a órdenes superiores habían desguazado el interior del barco.

La Argentina se puso a imaginar las razones por las cuales un submarino hubiera ido a parar a aquel rincón del mundo. Se disparó un auténtico torneo de imaginación. Se decía que, antes de entregarse, el U-530 había llegado a las costas patagónicas para desembarazarse de una carga preciosa. Aquí las opiniones se bifurcaban: algunos creían que una lancha rápida había llevado a tierra a un hombre embozado: Adolf Hitler, escapado vivo del bunker de Berlín. El Führer, según un plan preparado con minucia, esperaría, oculto en la Argentina, el desencadenamiento de una nueva guerra y el renacimiento del Cuarto Reich. Según otros, lo que habían desembarcado los marineros del U-530 eran las cajas conteniendo un cargamento de oro, divisas, alhajas: el oro de los nazis. ¡El tesoro que el Reich había acumulado a lo largo de doce años de persecuciones, y que los jerarcas no podían entregar a sus vencedores!

No faltaban quienes sostenían que ambas cosas eran ciertas. Que el gobierno no fue inmune a esa ola de rumores lo prueban las horas y horas de interrogatorios a los que fueron sometidos los tripulantes del U-530, así como el análisis detenido de los libros de navegación y de bitácora al que se entregaron las autoridades

argentinas. Debe recordarse que en ese momento era presidente de la república el general Edelmiro Farrell quien dudaba si llamar a comicios, lo que hubiera seguramente supuesto que el poder fuera entregado al principal partido civil, la Unión Cívica Radical, fuertemente pro-aliado, o clausurar para siempre la vida democrática e instaurar una dictadura estricta. La candidatura del entonces poco conocido coronel Juan Domingo Perón lo liberaría de esas dudas. Pero para eso aún faltaban por lo menos siete meses.

De regreso a aquel mes de julio de 1945, durante el tibio invierno argentino, los interrogadores que trataban de desvelar las intenciones de los submarinistas nazis estaban obsesionados en indagar un enigma: ¿acaso el submarino se había acercado a la costa? ¿Había desembarcado algún pasajero? Cabe recordar que de Adolf Hitler no se tenían noticias desde el 30 de abril de 1945, cuando los rusos bombardearon el bunker de Berlín. Sólo muchos años después, los rusos confiaron al mundo que en las ruinas del bunker se habían encontrado señales de que Hitler y Eva Braun habían sido rociados con una lata de nafta y habían ardido entre el fuego de los morteros.

Otra cosa que las autoridades argentinas trataban de averiguar era si entre los 54 tripulantes existía un pacto para guardar silencio, si se habían puesto de acuerdo en repetir una versión. A todo esto, una complicación adicional se presentó: antes de rendirse en Mar del Plata, el sumergible había hundido al crucero Bahía, de la Marina de Guerra brasileña, frente a Pernambuco. 370 marineros brasileños murieron en esta tragedia. La versión oficial proporcionada por el gobierno del Brasil sostenía que el Bahía chocó contra una mina flotante. Pero la aparición en Mar del Plata del U-530, en las mismas fechas y en los mismos lugares de la tragedia, hizo sospechar a los brasileños la posibilidad de que fuera el U-530 el que había mandado al Bahía al fondo del mar, a pesar de que la documentación hallada revelaba que el submarino nazi estaba a cientos de millas de la costa pernambucana el día que el Bahía estalló.

El acta de Chapultepec obligaba a la Argentina a poner a disposición del mando aliado todos los buques de guerra nazis que fueran sorprendidos en aguas territoriales argentinas. El U-530 fue entregado a marinos yanquis quienes se lo llevaron hacia una base de la USA Navy, mientras los 54 marineros con el almirante Wermuth a la cabeza subían a un avión norteamericano que los llevó a EE.UU. para nuevos interrogatorios. Todo esto generó innumerables protestas en un momento en el cual el ex embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires Spruille Braden, ahora director de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, mantenía una especie de guerra personal con el gobierno militar argentino y en especial con un coronel que estaba por lanzar su candidatura presidencial: Juan Domingo Perón.

Cuando los ecos del escándalo del U-530 se iban apagando, estalló otro escándalo. El 17 de agosto, en medio de la conmemoración del aniversario de la muerte del padre de la patria, general San Martín, se informó que un submarino nazi se había entregado a las autoridades argentinas. Era el U-977, un sumergible de 600 toneladas cuyo comandante, el capitán Heinz Schaeffer y sus 32 tripulantes quedaron detenidos.

Tiempo después y para atajar la nueva y aun más imparable ola de rumores, el capitán Schaeffer publicó un informe en la Argentina detallando los motivos que lo llevaron a entregar su nave a tantos kilómetros de su base. Según este informe, el U-977 se encontraba en alta mar cuando le llegó la orden de rendición cursada por el almirante Doenitz a todas las fuerzas del Reich. ¿A quién rendirse? Schaeffer trasladó ese interrogante a su tripulación. Treinta hombres decidieron hacerlo en Argentina, considerada un país donde los combatientes alemanes eran bien recibidos, como lo demostraba el asilo concedido a los tripulantes del Graf Spee. Dos hombres votaron por rendirse en España y dieciséis, casi todos ellos padres de familia, votaron por regresar a Alemania. Como si fuera un ómnibus que distribuye a los escolares en la casa de cada uno, el U-977 llevó a los dieciséis a un puerto de Alemania donde desembarcaron, luego enfiló a

Gibraltar donde dejó a los dos que prefirieron tierra española y finalmente enfiló rumbo al Sur llegando a Buenos Aires tras sesenta y seis días continuados de navegación submarina, lo que por cierto marcó un nuevo record mundial.

Un periodista llamado Ladislao Szabó escribió un libro publicado en 1947. Se titulaba *Hitler está vivo*, y en él sostenía que el U-977 no había venido solo. No era la primera vez que Szabó emitía estas noticias perturbadoras. Ya el 17 de julio de 1945, en plena crisis de los submarinos, había sostenido en el vespertino *Crítica* que el primer submarino trajo a Adolf Hitler a la Patagonia. En 1947 avanzó más en su tesis: ahora revelaba que el U-977 integró un inmenso y fantasmal convoy nazi, encabezado por el portaviones Schawbendland, que transportaba un tesoro, armas secretas y planos a la Patagonia. Una prolongada psicosis se desató en la Argentina, donde aparecieron numerosos testigos, pobladores y ocasionales viajeros quienes en aquel ya célebre julio de 1945 afirmaron haber visto emerger del mar en medio de la niebla, a submarinos varios y acercarse a tierra a sospechosas chalupas. Tales sucesos habrían sobrevenido en San Clemente del Tuyú, en Necochea u otros lugares del litoral de la provincia de Buenos Aries.

Otros testigos sostuvieron que esas naves se encontraban en las cercanías del Faro de San Antonio la noche del 17 de julio. Rebuscando en archivos oficiales, se encontraron algunas comunicaciones oficiales que parecían confirmar esos rumores como este parte emitido por la Marina de Guerra: "A las 20 horas, el Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires informó al secretario privado del ministro de Marina que alrededor de las 12 horas dos aviones de patrulla de la policía habrían avistado un submarino entre Querandí y Ostende".

¿Bastaba algo más para disparar la desmesurada imaginación de una catarata de periodistas, narradores, cineastas, historietistas, y otros seres de imaginación fértil? Algunos historiadores llevan décadas escudriñando estos hechos, lamentablemente con fines muchas veces interesados. Una versión manejada con impiadosa

imaginación ha reconstruido con exactitud esta hipótesis: el tesoro nazi fue recibido por Juan Domingo Perón y su fiel Evita, quienes lo usaron para financiar la campaña electoral que en 1946 llevó a Perón a la presidencia. El viaje que la primera dama hizo en 1947 a varios países europeos, durante el cual fue recibida por un agradecido Franco y con reticencias por otros mandatarios, habría tenido por finalidad depositar ese dinero en una caja de seguridad de Suiza, donde su marido, expulsado del poder, exiliado y pobre, trataba en vano de extraerlo diez años después.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto con las vicisitudes de Eichmann? En todo caso, fuese real o fingida la sórdida miseria que Eichmann vivía durante la década del cincuenta, algo puede decirse sin dudas: el famoso tesoro nazi si existió, fue a parar a otras manos que las del *OberSturmbannführer* de la SS Adolf Eichmann. Los hechos –y las innúmeras conjeturas que ellos desesperaron– resumidos en prieta síntesis, habían sucedido cinco años antes de la llegada de Eichmann a la Argentina, aunque sus ecos estaban destinados a durar mucho tiempo y a acompañar a Eichmann durante los diez años en los que habitó suelo argentino.

Skorzeny, nazi de leyenda

La existencia de ese tesoro fue uno de los temas sobre los que conversaron Adolf Eichmann y quien sería su interlocutor privilegiado en los años argentinos, el elegido por Eichmann para ser su confesor, su Eckermann y quien finalmente fue, consciente o inconscientemente, su Judas: Willem Sassen.

Al poco tiempo de regresar a Buenos Aires tras sus años tucumanos, mientras frecuentaba la colonia nazi porteña a fin de encontrar refugio a sus penurias económicas, Eichmann trabó amistad con un hombre exitoso, Hans-Ulrich Rudel y conoció a otro que era una leyenda viva, Otto Skorzeny, a los cuales no ha dejado de vinculárselos con ODESSA, y otras organizaciones de ayuda mutua para antiguos jerarcas nazis.

Es necesario para entender la relación Eichmann-Sassen,

referirse a los aviadores Rudel y Skorzeny, recalcando antes que nada las diferencias entre ellos. Skorzeny era un ser legendario, un superhombre moderno que, de haber vivido medio siglo más tarde se hubiera convertido en un fenómeno mediático considerable. Skorzeny pasó por la vida argentina y por la vida de la pareja Perón como una flecha, en cambio Rudel tuvo mucho que ver con diversos avatares de la historia de aquellos años, con un perfil mucho más prosaico.

Rudel y Skorzeny como casi todos los oficiales del Tercer Reich fueron a dar a campos de prisioneros al terminar la guerra. Skorzeny fue juzgado y condenado a dos años de prisión, que no cumplió pues, como correspondía a su vasta fama, escapó. Rudel ni siquiera fue incriminado y lo dejaron libre. Durante los siguientes años, ambos hicieron gala de sus hazañas y su presencia en la Argentina alimentó copiosamente las baterías de quienes acusaban a Perón de haber construido un santuario para nazis.

En algún sentido el *OberSturmbannführer* (mismo grado que alcanzó Eichmann) Otto Skorzeny fue la antípoda de Eichmann, no en el sentimiento nazi ferviente que ambos compartían ni en la nacionalidad austríaca, que Skorzeny tenía por haber nacido en Viena y Eichmann por haber pasado en Linz su infancia, sino porque ambos encarnaban a dos tipos humanos aparentemente opuestos: el aventurero y el burócrata.

Otto había nacido en una familia vienesa de clase media y origen alemán y quizás polaco. A los Skorzeny los arruinó la Primera Guerra Mundial, y el niño Otto, quien vino al mundo el 12 de junio de 1908, pasó hambre aunque ello no le impidió crecer hasta alcanzar una altura de casi dos metros. A los 18 años entró a la Universidad de Viena donde se destacó en dos campos: como estudiante consiguió graduarse en Ingeniería y como duelista, su afición absorbente, se ganó el prestigio de ser el mejor sablista de Viena. Se batió en total catorce veces y cuando no estaba sableando de madrugada en algún bosquecillo de las afueras de Viena o practicando el vicio en reyertas de taberna

estudiaba la historia de los duelos ya que era miembro de una Schlagende Verbindungen, o sociedad duelística. En esos lances, le quedó la cara cruzada por infinitas cicatrices, por lo que se lo conoció luego como *Scarface* Skorzeny. En 1931 se inscribió en el Partido Nazi pero su dedicación a la política fue tardía. Al estallar la guerra Skorzeny, que tenía avionetas y era piloto diplomado, se ofreció a la Luftwaffe pero fue rechazado porque ya había cumplido los 30 años. Sin desanimarse, consiguió entrar a las Waffen SS, donde fue destinado a la SS Leibstandarte, o guardia personal de Hitler. Entre 1940 y 1941 participó en las campañas de Holanda y Bélgica, en las que derrochó arrojo e inventiva. En Rusia fue herido y enviado de vuelta a Viena, donde le otorgaron la Cruz de Hierro.

Los jefes militares pusieron su ojo en él y le encargaron que organizara un grupo de elite, para misiones especiales. No tardó en requerírsele servicios. Corría 1943.

Benito Mussolini había sido destituido por el Gran Concejo del Fascio y estaba preso en un lugar ignoto. Hitler eligió a Skorzeny, después de haber desechado los méritos de otros seis guerreros, y le encargó una crucial misión: rescatar al Duce. Poco se sabía del paradero de Mussolini, salvo que estaba en algún lugar de los Apeninos. Skorzeny piloteando su Heinkel He 111, buscó afanosamente al Duce. Su avión fue ametrallado por cazas ingleses, que lo derribaron. Pero él, con tres costillas rotas, no quiso dejar la búsqueda y descubrió el paradero del Duce: estaba encerrado en el Hotel Campo Imperatore, en el pico más alto de los Apeninos, el Gran Sasso. Los carabineros que lo custodiaban tenían orden de ejecutar al prisionero al primer intento de rescate o fuga.

Liberar a este preso era algo arriesgadísimo ya que el Hotel estaba al borde de un precipicio y no había espacio para aterrizar. El 12 de septiembre de 1943, a las 12 y 30 del mediodía, Skorzeny con 20 soldados de su comando se descolgó en paracaídas sobre aquel barranco, dominó a los guardias y sacó a Mussolini del lugar. La *Unternehmen Eiche* (Operación roble) había tomado

sólo unos minutos y se saldó sin víctimas. Skorzeny hizo subir a Mussolini a una avioneta Storch donde también viajaba él mismo además del piloto. El peso de ambos pasajeros, dado que Skorzeny era un gigante y el Duce estaba bastante gordo, sobrepasaba el peso que la avioneta podía soportar por lo que el frágil aparato osciló peligrosamente en el aire. Finalmente llegaron a Viena, donde los recibió Hitler. El Führer felicitó a Skorzeny y allí mismo lo ascendió a *Sturmbannführer* y lo condecoró con la Orden de los Caballeros. Algunos historiadores han cuestionado la intervención de Skorzeny en la operación, sosteniendo que no intervino personalmente, sino que fue solo el planificador de la misma pero lo cierto es que todo el rédito de la espectacular acción, cuyo eco repercutió en el mundo, fue para Skorzeny.

Nuevas misiones le fueron encargadas. El 25 de mayo de 1944 partió a Yugoslavia con la orden de capturar vivo o muerto al jefe de la resistencia, Josep Broz, Tito. Skorzeny consiguió acceder con sus paracaidistas al cuartel general de los partisanos, entre los cuales causó estragos, pero Tito escapó. Skorzeny fue uno de los encargados de reprimir a los conspiradores del 20 de julio que habían puesto una bomba para matar al Führer, faena durante la cual Skorzeny estuvo durante 36 horas sin dormir. En 1944, el almirante Miklós Horthy, regente de Hungría, se negaba a rendir su país a los nazis. Skorzeny entró en Budapest, secuestró a Miki Horthy, el hijo del regente (algunos sostienen que para dominarlo le pegó un tiro en el brazo) y lo sacó de Budapest envuelto en una alfombra. Extorsionado por Berlín, que amenazaba con la muerte de su hijo, Horthy cedió a las exigencias del Reich. Las acciones espectaculares de Skorzeny continuaron. El 22 de octubre de 1944, el vienés comandó una acción de increíble audacia: un batallón de las Waffen SS se infiltró entre las tropas aliadas en las Ardenas, camuflado con uniformes ingleses, y manejando 14 jeeps americanos y 60 carros armados perfectamente mimetizados con sus modelos. La operación había sido preparada con minuciosidad por Skorzeny

y causó gran confusión entre los aliados.

Poco a poco, los aliados se dieron cuenta de que había un comando entre ellos que estaba formado por alemanes. Al ser detenidos, sus integrantes fueron fusilados bajo la acusación de espionaje. Pero antes de ser ejecutados, los hombres de Skorzeny en el interrogatorio revelaron que el verdadero propósito de Skorzeny era llegar hasta el general Eisenhower y matarlo. Esta versión trastornó a los aliados y el general Eisenhower durante dos cruciales semanas fue retirado de circulación y severamente custodiado.

Finalmente, Skorzeny herido en la cabeza por metralla se retiró a Berlín. Hitler lo llamó otra vez para intentar medidas desesperadas que salvaran a Berlín. El Führer, ya trastornado, condecoró nuevamente a Skorzeny y en el bunker le impuso la Cruz de Caballero con Hoja de Roble.

Skorzeny se despidió de su Führer y marchó a Viena. Estuvo en el reducto alpino entre Austria y Alemania, viendo las posibilidades de una acción de resistencia.

Cuando la guerra terminó para Skorzeny, éste todavía conservaba su comando, cuyos miembros sabían pilotear aviones pero también bucear, arrojarse en paracaídas, manejar locomotoras, lanzar torpedos y disparar cualquier tipo de arma automática. Contaban con autorización especial de Martin Bormann para requisar cualquier arma de todo arsenal o depósito del Reich. Cada comando estaba provisto de un mapa con todos los monasterios de Europa y entrenado para hacerse pasar por monjes.

El grupo de Skorzeny deambuló un tiempo por aquellas montañas. Allí llegó un día Adolf Eichmann, quien, según relató él mismo, quería integrarse al comando. Skorzeny y Kaltenbrunner, auténticos hombres de acción, despreciaban a Eichmann, a quien consideraban un burócrata. Skorzeny finalmente fue apresado por los ingleses, el 8 de mayo de 1945.

Se ha especulado sobre la detención de Skorzeny y su juzgamiento por un tribunal de guerra que le impuso la breve

pena de dos años de prisión. Skorzeny apenas cumplió unos meses de la condena siendo autorizado, debido a las secuelas físicas que padecía por sus heridas bélicas, a retirarse a la casa de su familia en Munich. Skorzeny estaba casado con la hija de Hjalmar Schacht, el antiguo ministro de Economía del Reich quien había sido uno de los acusados en el juicio a los jerarcas nazis celebrado en Núremberg. Schacht, finalmente, resultó absuelto, y en la posguerra se integró con cierta facilidad a la vida económica de la Republica Federal de Alemania, donde llegó incluso a dirigir un banco.

¿Ofreció Skorzeny sus servicios de anticomunista profesional a la inteligencia aliada, como se afirma? Lo cierto es que este inquieto personaje aparecía con frecuencia en dos capitales en las cuales tenía importantes valedores: Buenos Aires y Madrid, donde instaló una empresa próspera de ingeniería que según algunos era la tapadera para la venta de sus servicios como condotiero, lobbysta y conspirador, especialista en "operaciones especiales". Es fácil atribuir a un personaje como Skorzeny hechos de toda índole. Inaudito incluso para la imaginación del más delirante guionista de Hollywood, Skorzeny es una mina de oro para el historiador; como todo lo que abunda daña, es también un peligro para el historiador que trata de separar la paja del grano.

Otto Skorzeny escribió varios libros de memorias bélicas que se convirtieron en best-sellers y murió en un accidente de tránsito en 1975.

Rudel, un as de la aviación

Si Skorzeny era un condotiero más que un piloto, Rudel era el mejor aviador de la Abwehr. Él solo había hecho blanco en centenares de cazas enemigos y destruido quinientos tanques rusos. Hans Ulrich Rudel había nacido en Sieferdau, Alta Silesia, en 1916. Era por lo tanto, diez años más joven que Eichmann y ocho más joven que Skorzeny. Su familia era protestante y su paso por las aulas no dejó mucha huella: una biografía

sostiene que "su padre deseaba para él una carrera profesional, sin embargo hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial sólo había trabajado como profesor de educación física. De carácter algo introvertido padecía de un cierto grado de tartamudez que logró superar con el tiempo".

Quiso entrar en la Luftwaffe pero fracasó varias veces hasta que fue admitido como piloto de bombarderos y continuó su entrenamiento con los cazas Stukas en Graz. Finalmente obtuvo el pilotaje de un caza y desde entonces su carrera de piloto de guerra ensartó un éxito tras otro. Su escuadrilla fue enviada al campo de batalla de los Balcanes. La apertura del frente oriental hacia los vastos campos de la Unión Soviética le abrió perspectivas. Bombardeó la autopista Smolensk-Moscú donde destruyó varios convoyes enemigos. Luego ametralló el lago Ilmen y más tarde Tyrkowo y los alrededores de Leningrado. El 21 de septiembre de 1941 la escuadrilla de Rudel recibió la orden de poner fuera de combate a los navíos rusos en el puerto de Kronstadt, donde estaba anclado el acorazado Marat y otro crucero cuyas acciones artilleras habían perjudicado notoriamente las acciones del sitio de Leningrado. La Wehrmacht pedía a gritos la aniquilación de esas unidades navales rusas. Rudel se hizo cargar una bomba de mil kilos en su avión. Al llegar sobre los objetivos, su aparato picó casi verticalmente desde los 3.000 metros de altura. Soltó su terrorífica carga cuando estaba a 300 metros, antes de nivelar su vuelo. Una proeza increíble: el Marat recibió de pleno la mortífera carga que lo pulverizó.

Al enterarse de esta catástrofe, Stalin, indignado, puso precio a la captura de Rudel, por cuya cabeza ofrecía diez mil rublos. ¡Por Rudel, vivo o muerto, Stalin pagaba una fortuna! En diciembre de 1941 Rudel ya había volado en más de 500 vuelos de combate y el 15 de enero de 1942, cuando Eichmann estaba preparando la Conferencia de Wannsee, Rudel era condecorado por el Führer con la Cruz de Caballero y el ascenso al grado de *OberSturmbannführer.* En noviembre de 1944 Rudel fue

herido cuando volaba cerca de Budapest, ciudad en la que por ese entonces Eichmann estaba aniquilando a medio millón de judíos. Rudel salió de esa acción con una pierna destrozada por la metralla y en un hospital de Berlín se la amputaron. Hasta ese hospital fue Hitler a imponerle la más alta condecoración bélica alemana: la Cruz de Caballero con Hoja de Roble y Espadas. El doctor Joseph Goebbels, jefe de la propaganda nazi, hizo de Rudel, más que un piloto audaz, un héroe del Reich, un héroe de leyenda.

Rudel se entregó en mayo de 1945 a los norteamericanos, quienes no lo enviaron a juicio por considerar que no era un criminal de guerra, aunque fuera, como lo demostró su vida en la posguerra un nazi convencido. Por entonces, el prestigio de Rudel era grande y sus hazañas ya superaban los tabúes políticos.

Esforzado cultor del neonazismo, llegó a ser bautizado por algunos exagerados, hacia el fin de la década del cincuenta, "el nuevo Führer". En 1948 se trasladó a la Argentina donde residió hasta 1956. Rudel, a pesar de que no tenía cuentas con la justicia, no entró con su verdadero nombre a la Argentina –lo que sí hizo en cambio Skorzeny– sino con el seudónimo de Emil Meyer. ¿Por qué? Nadie estaba del todo seguro, por lo visto. En Córdoba trabajó en el polo aeronáutico de dicha provincia. También se dedicó a actividades deportivas, y llegó a ser un importante esquiador ¡con una pierna de madera! No todo eran deportes para Rudel. También ganó mucho dinero aprovechando permisos de importación que el gobierno le facilitaba. En el negocio de la introducción y comercialización de anilinas, Rudel habría ganado, según las investigaciones de Roland Newton en las transferencias bancarias, la suma de ochocientos mil pesos, sin duda enorme en la época.

En la posguerra, Skorzeny y Rudel se reciclaron como cultores de su propia gloria. Ambos escribieron libros ávidamente consumidos por los lectores en los que relataban sus hazañas. Algunos de esos libros fueron escritos por un *ghost writer* nazi, un tal Sassen, sobre el cual abundaré más abajo ya que

tuvo importancia crucial en la captura de Eichmann. Skorzeny publicó numerosas obras, entre ellas sus memorias tituladas *Vivir peligrosamente*. Rudel –autor de varios tomos sobre sus combates y de unas memorias en tres volúmenes–, fue un amigo constante de Perón, al que frecuentó durante los años que vivió en la Argentina, entre 1948 y 1956, y al que visitó, como lo atestiguan fotografías, con cierta asiduidad durante el exilio del presidente argentino, en la casa de Guardia de Hierro. Perón gustaba de escuchar los relatos sobre batallas aéreas de Rudel y lo fascinaba el personaje aventurero de Skorzeny.

A este último los opositores al peronismo le atribuyeron un affaire con Eva Perón. Skorzeny, aun en su edad madura, era un hombrón imponente: rubio, con un bigotito a lo Errol Flynn, a quien se le suponían dotes amatorias. Y los empecinados enemigos de Evita, quizás olvidando que la erótica de ella estaba volcada hacia la política, no se privaron de fantasear un encuentro pasional entre ambos.

He aquí el retrato de Skorzeny trazado por William Stevenson, antiguo agente secreto británico, en el libro *La hermandad Bormann*: "Era un hombre gigantesco. Una cicatriz como un trazo de tiza unía la sien izquierda con la comisura de sus labios, sobre una maciza barbilla. Sus ojos eran de un tono gris pizarroso; sus cabellos oscuros y sueltos. Este era el hombre ya entonces sospechoso de dirigir una agencia de fugas: *Die Spinne* (La araña)".

Sassen, escritor oscuro, atraído también por el teatro, fue el biógrafo de Skorzeny y Rudel además de ser el Judas de Eichmann.

Sassen, el escriba

Se llamaba Wilhelmus Antonius Sassen, aunque firmaba Willem Sassen. Había nacido el 16 de abril de 1918 en la ciudad holandesa de Geertruidenberg, como el hijo menor de una familia católica y conservadora de North Brabant. Se educó en Neerbosch, cerca de Breda. Willem mamó las ideas de la

extrema derecha de Holanda y su padre fue uno de los primeros miembros del Zwar Front, o Frente Negro, como se llamaba el partido nacionalsocialista holandés, del cual también formó parte el hermano mayor de Willem, Alfons.

Willem ingresó en un seminario católico, pero luego cursó la carrera de abogacía en la Universidad de Gante, donde integró varios grupos fascistas como De Vlag. Pero el hecho decisivo en su juventud fue un viaje turístico que realizó a Berlín para presenciar los Juegos Olímpicos. Cuando Sassen, en el Estadio Olímpico, vio la comunión entre la multitud y su Führer, algo se despertó en él. Al regresar a Gante tuvo su primer encontronazo con las autoridades que lo expulsaron del país. De allí pasó a Alemania donde se alistó en una brigada de extranjeros de la Wehrmacht. Cuando el 10 de mayo de 1940, el Tercer Reich invadió Holanda, Sassen acompañaba a los invasores de su propio país como miembro del 7° Regimiento de Artillería del Reich.

Participó en la Operación Barbarrossa –invasión de la Unión Soviética– en la primera línea de batalla, pero ya orientado hacia la prensa, pasó de soldado a corresponsal de Radio Bremen y miembro del aparato de inteligencia y propaganda de las SS. Como tal llegó hasta el Cáucaso y fue herido el 26 de julio de 1942 cerca de Rostow. El resto de la guerra lo pasó en hospitales de Krakow, Munich y Berlín, donde recibió el ascenso a *Untersturmführer* (subteniente). Entre agosto de 1943 y junio de 1944 junto a su colega Jef Deseeyn, tuvo a su cargo la propaganda nazi en Radio Bruselas y también el entrenamiento de corresponsales de guerra. Actuó como reportero para la prensa nazi en las batallas de Caen, Bayeaux, St. Lo, Avranches, Falaise y Lisieux. Editó en Ámsterdam un periódico en holandés, el *Het Nieuws van den Dag*, que instigaba a los holandeses a robar alimentos y combustible y entregarlos a las tropas alemanas.

El 5 de junio de 1945 Sassen fue arrestado en Alkmaar por la inteligencia británica e internado en un campo de prisioneros de las afueras de Utrecht, donde fue compañero de su propio padre, también preso de los aliados. WillemSassen se fugó en

laNochebuena de 1945, aprovechando que estaba disfrazado para una función teatral de la cual su padre era espectador.

Sassen fue condenado a muerte in *absentia* bajo el cargo de traición a la patria y conspiración con el enemigo. Refugiado en lugares ignotos de Holanda, huyó hacia la Argentina en 1949 mientras su hermano Alfons se establecía en Ecuador, donde desarrolló actividades como militante nazi. A Buenos Aires llegó con la identidad falsa de Jacobus Janssen.

Sassen era un hombre ávido de impresionar a los demás, cosa que pocas veces conseguía, debido a lo minúsculo de su trayectoria, aun criminal. En Buenos Aries, se integró a la comunidad nazi como un activo participante. No le debe haber ido mal, ya que su último domicilio conocido lo muestra viviendo en La Horqueta, uno de los lugares más refinados del barrio de San Isidro. Si, también él en la ribera Norte que ya integra la geografía del nazismo en la Argentina.

Sassen publicó libros en alemán, fue asesor de la editorial Durer, y uno de los fundadores de la revista *DerWeg*, que circulaba en tiradas de hasta diez mil ejemplares, parte de los cuales afluían a Alemania, como órgano del neonazismo; fue una aventura que encontró a Sassen, a Rudel y a Skorzeny como fogoneros. Su vocación histriónica la desahogaba Sassen actuando en el Deuschte Teater, dirigido por el teatrista Ludwig Nei. Publicaba narraciones en el diario alemán de Buenos Aires *Freie Press* y en *DerWeg* y habría sido el *gosth writer* de diversos libros de jerarcas nazis exiliados como las memorias de Galland, según sostiene Holger Meding, aunque siendo estas cuestiones sobre autoría estrictamente reservadas no hay constancias claras.

Casado tres veces, con Paula Fisette, con Miep Van der Voort y con Els Delbaere, hija esta última de un pintor flamenco también nazi y exiliado en Buenos Aires, Willem Sassen fue padre de Saskia Sassen quien, muchos años después de estos hechos, de regreso en Alemania, ha cosechado repercusión como socióloga y ensayista. Este es el hombre al que Eichmann eligió para que recogiera su pensamiento y su experiencia. Luego se

arrepintió de haberlo hecho.

Bajo el signo de Perón

El primer gobierno de Juan Domingo Perón se desarrolló entre 1946 y 1952 y fue llamado por algunos historiadores, "la fiesta interminable". Favorecido por las reservas que había acumulado el Banco Central durante la guerra europea, Argentina basó su prosperidad en la venta de cereales a Europa. Los barcos partían llenos de trigo para saciar el hambre del viejo continente devastado por la contienda.

Cuando a Eichmann se le terminó su trabajo en CAPRI, debió ingeniárselas para salir adelante. Una de las estrategias que intentó fue adscribirse a un rubro que entonces estaba de moda: el jugo de frutas.

Las fábricas metalúrgicas vendían miles de heladeras, ventiladores, cocinas a gas, y otros electrodomésticos que los trabajadores del interior llegados por millones a Buenos Aires y sus alrededores consumían con avidez. Entre esos nuevos fetiches estaba un aparato que había sido inventado en 1922 pero que los argentinos recién descubrían treinta años después: la licuadora.

Como el mercado de las embotelladoras de refrescos aún no había adquirido dimensiones masivas, los porteños adoptaron la moda de los jugos de frutas. Eichmann instaló un pequeño puesto –sólo era un toldo y unas tablas montadas sobre un caballete– a la entrada del puerto de Olivos; cada día se levantaba a las cinco de la mañana, iba al mercado de frutas, compraba varias docenas de naranjas, bananas, duraznos y otras frutas de la estación. Y durante todo el día ofrecía al público deliciosos jugos surgidos de la flamante licuadora marca Philips que se había comprado con sus ahorros de CAPRI.

El puerto de Olivos era el lugar de paseo preferido por las familias y parejas. El negocio le permitía vegetar durante la semana ya que embolsaba la mayoría de sus ingresos los domingos, cuando los paseantes acudían en masa. Entonces, Eichmann requería la ayuda de Vera y de algunos de los hijos.

La familia volvía a casa con una buena suma en el bolsillo.

Pero al cabo de unos meses, al hacer las cuentas, Eichmann no quedó satisfecho. Parte de las ganancias se le iban en comprar los vasitos de papel, un material que había empezado a escasear y cuyo precio se fue a las nubes.

En el año 1955 todo pareció cambiar en la Argentina. El 16 de junio una fracción de la Marina dio un golpe de Estado contra Perón, acusado de dictador y corrupto. El intento consistió en el ataque que algunos aviones de la Marina de Guerra llevaron contra la Casa Rosada, con el propósito de matar al Presidente. Pero éste se había refugiado en el Ministerio de Guerra, cerca de allí, y no fue alcanzado por la metralla, que en cambio se cebó sobre los transeúntes que esa mañana de junio circulaban por la Plaza de Mayo y sus aledaños y luego sobre los partidarios de Perón que, convocados por los sindicatos, se congregaron en el lugar para sostener al Presidente. El ataque se saldó con cientos de muertos civiles, cuyo número nunca fue precisado. Esa noche, partidarios enardecidos de Perón atacaron reductos de la oposición. El clima político se envenenó y tres meses después, el Ejército y la Marina volvieron a golpear, esta vez con éxito. Juan Domingo Perón, temeroso de sus adversarios, según sus enemigos, o con el noble objetivo de evitar un baño de sangre, según sus partidarios, renunció a la presidencia y se asiló en un barco de guerra paraguayo, que lo llevó a Asunción.

Quizás algunos antinazis se entusiasmaron con la caída de Perón y

pensaron que, finalmente, la Argentina se reivindicaría de su "complicidad" con los criminales de guerra, pero nada de eso sucedió. El general Eduardo Lonardi, hombre de salud frágil al que sus colegas alzaron a la presidencia, estaba rodeado de católicos y nacionalistas, y nombró canciller a su propio cuñado, uno de los más fervientes nazis argentinos, Juan Carlos Goyeneche, quien ya había sido enviado especial del gobierno militar de 1943-1945 y según algunos fue el único diplomático argentino que se había entrevistado con Heinrich Himmler.

Es cierto que Lonardi, con sus amigos y familiares filonazis (¿filo?), apenas duró dos meses en el poder. Fue expulsado por una fracción militar de filiación liberal (término que para los argentinos significa lo contrario que en el resto del mundo, es decir, derecha extrema). Quien ocupó la presidencia fue el general Pedro Eugenio Aramburu, cuya obsesión no era perseguir a los apolillados nazis que mientras tanto se habían refugiado en los lugares más seguros que encontraron, sino a los peronistas a los que Lonardi había ofrecido mano tendida. Y aquí no ha pasado nada.

Historia de Jurges

¿Qué consecuencias tuvieron estos cambios políticos en la vida de Adolf

Eichmann y otros nazis que vivían en la Argentina? Crearon una considerable incertidumbre, habida cuenta que la supuesta protección que Perón había brindado a criminales de guerra era un caballito de batalla de los antiperonistas. Al caer Perón, algunos pensaron que sería el fin para la "impunidad" que había brindado la Argentina. Entre quienes así pensaban, en primer lugar, debía contarse a un insobornable acusador del peronismo, el político radical de Entre Ríos Silvano Santander (1895-1971).

Antiperonista de la primera hora, Santander se había exiliado dos veces en Montevideo, la primera vez en 1943, cuando se produjo el golpe militar y la segunda en 1951. A pesar de ser intocable por sus fueros como diputado, a Santander lo persiguió la policía peronista. Apenas producida la caída de Perón, Silvano Santander y otros antiperonistas volvieron a Buenos Aires. Santander había sido miembro de la Comisión Parlamentaria de Investigación sobre actividades nazis, organismo cuyo nombre oficial era "Comisión de Investigación de Actividades Antiargentinas". Luego, Santander había denunciado en los medios de comunicación y a través de libros que circularon clandestinamente, la complicidad de Perón con los nazis.

Las denuncias de Santander están en sus libros *Nazismo en*

la Argentina. La conquista del ejército, publicado en Montevideo en 1945, y T*écnica de una traición. Juan Perón y Eva Duarte, agentes del nazismo en la Argentina*. Este último, cuyo título tiene una reminiscencia del célebre *Técnica de un golpe de Estado*, de Curzio Malaparte, fue publicado en Montevideo en 1952 y se vendía bajo la mesa durante los últimos años del gobierno de Perón. Santander fechó el prólogo a la segunda edición de la *Técnica de una traición* en el barco que lo devolvía a su país, a través del Plata, en el mes de octubre de aquel 1955. Fue entonces publicado con estruendoso éxito.

¿Qué decía Santander? En una exposición desordenada y por momentos circular, Santander mezcla datos de la realidad y franjas del mundo oscuro del nazismo en el Plata con fantasías paranoicas, produciendo una fascinante ensalada de revelaciones e hipótesis. Como han señalado, muchos años después, investigadores como Meding y Senkmann, la tesis central de Santander reduce la historia argentina a una fantasía conspiratoria: según la misma, en 1945, al convencerse de que iban a perder la guerra, los nazis habrían enviado a la Argentina un auténtico tesoro secreto, el que fue entregado a Juan Perón y Eva Duarte. Con estos fondos, ellos financiaron la campaña electoral del Partido Laborista y, tras acceder al poder, escondieron el remanente en Suiza.

A la luz del tiempo transcurrido, puede decirse que el coraje que derrochó Santander en sus investigaciones sobre exilio nazi, lo puso a disposición de su combate político antiperonista, de manera que su aporte al estudio de la relación entre el nazismo y el peronismo está inevitablemente mezclado con fuertes prejuicios. De todas maneras, el aporte de Santander es invalorable para reconstruir el cuadro del espionaje y los intentos de penetración que hizo el Tercer Reich y su embajada en la Argentina durante los años que van de 1933 a 1945.

Más equilibrado, aunque igualmente rico en material documental, es un libro posterior de Silvano Santander, *El gran proceso. Eichmann y el nazismo ante la justicia* (1961), escrito

al calor del secuestro de Eichmann en la Argentina y la apertura del juicio de Jerusalén. Santander, como Hannah Arendt, se las arregló para estar en el Tribunal cuando el 11 de abril de 1961 se abrieron las sesiones contra Eichmann. Su libro es un testimonio personal y una reescritura de *Técnica de una traición*, en clave algo menos desenfrenada en su antiperonismo.

Holger Meding, de la Universidad de Colonia, un investigador que ha reconstruido los sucesos de aquellos años en Buenos Aires desde una perspectiva académica –haciéndolo además, muchos años después de Santander–, señala hasta qué punto el político radical de Entre Ríos era dependiente de los informes que le brindaba Heinrich Jurges, alemán residente en la Argentina, quien elaboraba contrainformación antinazi a veces con poco rigor, y escasa fidelidad a la verdad. Jurges fue procesado por las afirmaciones que hacía, o invenciones, lo cual para Santander no era sino una forma de persecución. Sobre Santander dice Holding que "funda sus observaciones en el notorio falsificador Heinrich Jurges, procesado en diversas oportunidades por falsificación de documentos".

También el escritor canadiense Ronald C. Newton, con gran acopio de investigación en archivos, indagó la misma materia, aunque deteniéndose en 1947. A Newton le debemos un impresionante retrato de Jurges, a quien define como "un artista menor de la estafa, desfalcador, extorsionador, falsificador de documentos y ladrón, cuyas dotes modestas en tales empresas fueron llevadas a una furia maniática contra el Tercer Reich que lo había echado".

Jurges había nacido en 1898 en Bremen y fue herido en la Primera Guerra Mundial. Primero fue nazi hasta que, debido a sus problemas con la justicia alemana, ante la cual fue inculpado de defraudación y falsificación de moneda, emigró a la Argentina. Aquí se involucró en las disputas que agitaban a la colectividad alemana, ingresando en la delegación local del Frente Negro, fracción antihitleriana orientada por el antiguo nazi Strasser. Se convirtió en "informador" profesional antinazi, proveyendo de

material a políticos radicales y conservadores. Estos informes, por los cuales Jurges pedía siempre remuneración, se basaban muchas veces en su fantasía. Jurges por ejemplo, fue el auténtico inventor del extendido mito del tesoro nazi que habrían transportado los submarinos que emergieron frente a Mar del Plata. De Buenos Aires se fue a Chile donde cometió bigamia y nuevos desfalcos. Poseído por su odio al nazismo, Jurges desplegaba delirios imaginativos en una extraña combinación con actos delictivos. Así, por ejemplo, intentó extorsionar al embajador alemán en Buenos Aires durante el nazismo, Edmond Von Thermann. Con frecuencia debió presentarse ante los tribunales acusado de pergeñar documentos siempre en torno a su idea fija: la presunta avidez de los nazis por apoderarse del territorio argentino. La cabeza febril de Jurges pergeñó un plan nazi de invasión de la Patagonia. Jurges, en sus invenciones –que usaban sin embargo elementos de la realidad–, machacaba sobre la idea de que el Tercer Reich quería utilizar a la Argentina como refugio de sus líderes, o como escondite de inmensos tesoros, mitos que siempre encontraban interlocutores dispuestos a prestar ávida oreja. Terminada la guerra, Jurges volvió a Alemania donde siguió haciendo de las suyas hasta avanzada la década del sesenta.

En la Argentina dejó la leyenda de que los nazis mandaron un tesoro. Si bien se mira nada de ello es original pues lo mismo se dijo de los lagos de Altaussee, donde se habrían sumergido cajas de hierro con un fastuoso contenido aurífero, según lo que cuentan escritores como Víctor Alexander en *La mafia de las SS*, o las cajas también rebosantes de oro que habrían llegado a España, conteniendo el tan traído y meneado tesoro nazi, como lo narra el escritor israelí de lengua francesa Michel Bar-Zohar, en *Los vengadores.*

Un auténtico nazi exiliado en la Argentina, el francés José María de Mahieu, profesor muchos años en la Universidad de Mendoza, resumió estas fantasías diciendo con sentido del humor –algo que hasta los nazis pueden tener–: "¡Ojalá existiese ese tesoro, quizás me hubiera tocado algo!".

En todo caso, si se quiere indagar el destino de los tesoros nazis, más que en algún remoto territorio de la Patagonia, convendría buscar en los bancos de Suiza.

Capítulo 4

Ich, Adolf II. El exterminio

La campaña contra la Unión Soviética que desató Hitler el 22 de junio de 1941 debía ser breve y brutal, para multiplicar la sorpresa de la agresión. En la retaguardia de los batallones de la Wehrmacht que entraban en Rusia iban comandos exterminadores. Una orden precisa fue cursada por Goering a Himmler: lugar por donde pasaba la Wehrmacht, lugar donde debía exterminarse, inexorablemente, a todos los elementos de la población civil considerados inútiles para el Tercer Reich.

Los *Einsatzgruppen* eran patrullas de soldados de las SS que se desplazaban tras las divisiones de la Wehrmacht y ejecutaban sin juicio a la población civil y luego hacían desaparecer los cadáveres. Cada *Einsatzgruppen* estaba integrado por varios *Einsatzkommandos*, de diez o veinte miembros. Tenían órdenes estrictas de ejecutar a guerrilleros, comisarios políticos y militantes de cualquier partido pero también a todos los gitanos, homosexuales y judíos. Estos últimos debían ser aniquilados en masa, sin excepción. La orden incluía a las mujeres, a los niños, a los enfermos y a los ancianos.

Los *Einsatzgruppen* eran cuatro: A, B, C y D. El A lo dirigía Franz Walter Stahlecker y actuó en el Báltico. Mató a 429.420 judíos. Stahlecker fue ejecutado en 1942 por guerrilleros rusos. El *Einsatzgruppen* B lo comandaba Arthur Nebe y penetró por la Rusia Blanca en dirección a Moscú; los *Einsatzgruppen* C y el D estaban respectivamente a cargo de Otto Rasch y de Otto Ohlendorf. Cada una de estas patrullas asesinas tenía la protección de un batallón de las Waffen SS. Por precisas instrucciones de Berlín, los *Einsatzgruppen* intentaban involucrar en las matanzas a elementos locales, para lo cual exasperaban el

antisemitismo de las poblaciones lituanas, letonas, ucranianas, estonias e incluso de polacos que se anotaban como voluntarios de las SS, y eran utilizados como guardianes, cazadores de judíos y/o verdugos.

En 1947 se abrió en Núremberg un juicio contra los integrantes de los *Einsatzkommandos* en el que salieron a luz sus procedimientos: según Otto Ohlendorf, responsable del asesinato de 90.000 judíos, "se elegían como lugares de ejecución aquellos bosques o playas que estuvieran alejados de los centros urbanos". Podían ser zanjas, el lecho de un río, trincheras cavadas para la guerra o trampas antitanques. Servía cualquier lugar que permitiera acumular pilas de cuerpos. En un principio, a los judíos se los mataba vestidos. Pero luego, fueron obligados a desnudarse y acomodar cuidadosamente a un costado de la fosa, sus ropas y zapatos. Para cada comando trabajaba algún dentista o equipo odontológico que arrancaba los dientes de oro. Los judíos eran obligados a ponerse en el borde de la zanja de pie o de rodillas. "Nunca permití que nadie disparase individualmente, sino en ráfagas para evitar responsabilidades personales directas", declaró en Núremberg Otto Ohlendorf, considerado un nazi perfecto –además de militante era licenciado en tres universidades y tenía un doctorado en jurisprudencia–. Ohlendorf jamás se arrepintió de sus actos ni siquiera cuando fue condenado y colgado en Núremberg, el 7 de junio de 1951, tras un juicio en el que reivindicó su ideología. El subcomandante del *Einsatzgruppen* C, por su parte, Ernst Biberstein, era pastor protestante, teólogo y funcionario eclesiástico.

Durante 1941 y 1942, mientras se preparaba la red de los *lager*, llegaban cada día al escritorio de Adolf Eichmann en la Prinz Albrechtstrasse, los detallados informes sobre las matanzas de los *Einsatzgruppen*. A veces los verdugos conocían a las víctimas. En Memel (Polonia) un judío gritó antes de morir: "*¡Gustav, siech gutt!*" (¡Gustavo, apuntá bien!); el único favor posible era que el verdugo evitara una muerte lenta y "abreviara el trámite".

Paul Flobel, colaborador de Eichmann a quien éste había enviado a supervisar las matanzas en la Rusia Blanca (55.000 judíos), en la región de Simferopol (54.696 judíos), en Minsk y Moscú (16.694 judíos), lo relató de esta manera:

> La gente que bajaba de los camiones, hombres, mujeres y niños de todas las edades, debían desvestirse bajo las órdenes de los SS que llevaban consigo látigos de caza o rebenques para perros; dejaban la ropa en lugares determinados, a un lado los zapatos, a otro lado los trajes, y la ropa interior. Vi una pila de zapatos, unos 800 o 1.000 pares, ropas de todas clases. Sin gritar ni llorar, esta gente se desvestía, reuniéndose después en grupos familiares. Se besaban y decían unas pocas palabras de despedida, esperando luego un signo de otro hombre de las SS que estaba parado junto a la fosa, también con un látigo en la mano. No se escuchaban quejas ni pedidos de misericordia. Pasa una familia de ocho personas. Una anciana de cabellos blancos sostenía a un niño de un año en sus brazos arrullándole y haciéndole cosquillas. El niño estaba encantado con los mimos. La pareja contemplaba la escena con lágrimas en los ojos. El padre tenía de la mano a su hijo de diez años y le hablaba suavemente: el muchacho trataba de contener las lágrimas. El padre señaló al cielo, volvió atrás la cabeza y pareció explicar algo. En ese momento, el hombre de las SS junto a la fosa gritó algo a su camarada. Éste contó a veinte personas y les indicó que se pararan detrás de la fosa. Entre ellos se encontraba la familia que mencioné. Una joven, delgada y de cabellos negros, al pasar junto a mí, se señaló a sí misma y dijo: "¡23 años...!". Los cuerpos estaban muy juntos y tendidos unos sobre otros, por lo que sólo podían distinguirse las cabezas. Todos chorreaban sangre. Algunos todavía se movían y levantaban los brazos o daban vuelta la cabeza para demostrar que estaban vivos.

> La fosa contenía aproximadamente mil personas. El verdugo era un hombre de las SS que estaba sentado en la apertura más estrecha de la zanja con sus piernas suspendidas en su interior. Tenía una ametralladora sobre sus rodillas y un cigarrillo en la boca. La gente, completamente desnuda, descendía unos pocos pasos cerca de la pared de arcilla de la zanja y colocaba la cabeza junto a las cabezas de aquellos que ya estaban acostados allí, siguiendo las instrucciones de los SS. Se encontraban tendidos delante de los muertos y heridos. Algunos golpearon involuntariamente a aquellos que aún vivían y les hablaban despacio. Luego, una descarga. En la fosa, los cuerpos se crispaban sobre los cuerpos inmóviles que se encontraban bajo ellos. La sangre corría bajo sus cuellos. La próxima tanda ya se aproximaba.

Las matanzas de los *Einsatzgruppen* fueron una primera forma de solución al dilema que hasta ese momento no había podido ser resuelto y con el cual Eichmann se iba a dormir cada noche: ¿cómo haría el Reich para aniquilar a los judíos del nuevo estado mundial nazi en el cual ellos no tendrían lugar alguno? En Polonia, cuando el país fue ocupado por la Wehrmacht, había tres millones trescientos mil judíos. En la Unión Soviética, que Hitler invadió con ímpetu en junio de 1941, vivían varios millones de judíos. ¿Qué hacer con ellos? En medio del esfuerzo bélico supremo que el Reich pedía a su pueblo, era impensable, para la mentalidad del Führer, respetar las convenciones mundiales sobre prisioneros de guerra. ¿O acaso la preciosa energía aria del pueblo del Reich –sostenían tanto Hitler como sus acólitos– podía malgastarse en mantener y desplazar a cientos, millones de seres inferiores?

Adolf Eichmann, en sus numerosas declaraciones, alegatos y escritos memorialísticos y defensivos, asumió variadas estrategias en relación a los crímenes cometidos por las patrullas asesinas. Dijo en algún momento que no sabía nada de los *Einsatzgruppen*.

Afirmación insostenible pues testimonios múltiples recogidos en fuentes diversas coincidían en que las ejecuciones de las patrullas eran resumidas en minuciosos informes dirigidos… ¡al Referat IV B 4, la dependencia dirigida por Adolf Eichmann!

Otros testigos señalaron que Adolf Eichmann vio actuar en persona a los *Einsatzgruppen* por lo menos en dos lugares: en Minsk, Rusia, y en Chelmo, Polonia. Allí acompañó a los comandos y presenció, a cierta distancia, la ceremonia: los condenados desvistiéndose, la metralla, los cuerpos en la fosa, el hedor, la quemazón de los cadáveres… Eichmann mantenía estrecho contacto con los jefes de los comandos, por ejemplo, con Hans Hofle, quien mandaba el *Einsatzkommando* que actuaba en Lublin, bajo órdenes del Jefe de la Policía de la ciudad, el SS Odilo Globocnik.

"¡Pero yo no estaba de acuerdo con esas bárbaras ejecuciones!", clamaba Eichmann ante sus interrogadores. Que lo estuviera o no Eichmann, no está claro, y sus acusadores no hacían de esa cuestión un detalle crucial. Finalmente, Eichmann no negó el exterminio planificado de los judíos. Lo que sí quedaba claro era que si Eichmann cuestionaba el salvajismo de los comandos asesinos lo hacía por considerarlos una inversión inicua, en términos de "efectividad". Para la mentalidad del planificador y ordenancista Eichmann, los asesinatos en masa de los Einsatzkommandos eran un dispendio que multiplicaba los riesgos con poco provecho.

Eichmann formulaba una crítica metodológica, no moral: las matanzas consumadas por los *Einsatzkommandos* insumían una larga cadena de esfuerzos: era necesario encontrar los lugares de ejecución, transportar a los prisioneros, hacerlos desnudar, en muchos casos obligarlos a cavar las fosas, ametrallarlos, rematarlos –pues muchos quedaban malheridos pero vivos–. Finalmente las matanzas se completaban quemando los cadáveres. Los nazis no eran tan ingenuos como para dejar las huellas frescas de sus crímenes. La incineración de cadáveres sobre el terreno era una operación engorrosa, aunque no podía

hacerse de otra manera pues enterrar los cuerpos era un riesgo enorme; equivalía a barrer debajo de la alfombra. Más de una vez, los nazis debieron volver sobre sus pasos y desenterrar los cadáveres, o la misma naturaleza, mediante deshielos, inundaciones o desmontes, se encargaba de ello. Pero la política de tierra arrasada, o en este caso de cuerpos arrasados, también tenía sus inconvenientes: quemar tantos cadáveres exigía un combustible que podía –¡que debía, en la medida en que pasaba el tiempo y la situación se tornaba cada vez más complicada para el Tercer Reich!– ser usado en otros destinos.

Los cuerpos tardaban en arder. Finalmente había que enterrar las cenizas o esparcirlas en el agua de los ríos y camuflar las señales. Las quemazones dejaban claros en el bosque, troncos y malezas chamuscados, las brasas seguían ardiendo mucho tiempo. Borrar esas señales requería operaciones que llevaban horas, días, semanas. También aducía Eichmann que esos "procedimientos" comportaban un alto costo en términos de salud mental para las fuerzas de las SS. No todos los verdugos eran sádicos que gozaban al matar. Algunos integrantes de los *Einsatzgruppen* enloquecían; otros, incapaces de soportar la índole de sus tareas, padecían atroces pesadillas en las que reaparecían los gritos, los llantos, los ruegos formulados de rodillas. Estos SS pedían a sus jefes que los trasladaran a otras unidades y si no obtenían el traslado, desertaban. La extenuación psicológica aletargaba el trabajo de las SS, generaba peleas y hasta asesinatos entre ellos.

Si bien para los nazis el rigor represivo con el que trataban a sus territorios conquistados tenía su rédito porque cada matanza difundía una onda de pánico en las poblaciones que estaban en el camino de la Wehrmacht, de todos modos, afirmaba Eichmann, los inconvenientes eran mucho mayores. Él tenía una solución mejor.

La idea de matar judíos mediante gas venenoso ya podía leerse en el *Mein Kampf,* en donde Hitler escribió que "si en la Primera Guerra Mundial se hubiesen envenenado a doce o a

quince millones de judíos con gas, quizás se hubiesen salvado millones de alemanes".

Como las matanzas de los *Einsatzgruppen* habían dejado un saldo de insatisfacción, los nazis decidieron usar gas para matar a los judíos. ¿De quién fue la idea? ¿De Rudolf Höss, ese rudo granjero a quien le fue encomendada la dirección de la ciudad carcelaria de Auschwitz-Birkenau, pensada primero como lugar para el internamiento de los miles de prisioneros rusos, y convertida luego en la capital del exterminio planificado e industrial? ¿O fue de Globocnik, quien reivindicaba haber sido el primero a quien se le ocurrió meter a los prisioneros judíos en unos ómnibus de la muerte, cuyo caño de escape revertía hacia el interior del vehículo? ¿O fue de Adolf Eichmann, acusado de ser el principal organizador del Holocausto?

El antecedente directo de las cámaras de gas eran los autobuses herméticamente cerrados a los cuales se hacía ingresar a los prisioneros diciéndoles que serían trasladados. Se cerraban puertas y ventanas. El motor de explosión se ponía en marcha, pero el ómnibus permanecía sin moverse y el humo que despedía el motor entraba al interior del vehículo. Luego, se abrían las puertas y se descargaban los cadáveres.

En Auschwitz-Birkenau, este método primitivo fue pronto abandonado. Era indigno de un plan exterminador a escala planetaria, generador de un orden nuevo en el mundo. Un día de 1941, Adolf Eichmann, junto a sus lugartenientes Dieter Wisliceny y Hermann Krumey, tomó un tren que lo llevó al campo de Maidanek. Lo recibió en la estación el comandante del campo, un hombre de cabellos grises que durante la comida, en la cantina para oficiales del lager, apenas abrió la boca. Para no caer en un incómodo silencio, la conversación fue mantenida por los visitantes, especialmente por el sibarita Wisliceny, que siempre estaba de buen humor si se trataba de comer.

El comandante les dijo:

–Mejor que contarles cómo se realiza una "acción" véanla ustedes directamente.

La pequeña comitiva caminó por el interior del campo. Además de algunos guardias, no se veía un alma en aquella tarde fría y nublada. El contorno del campo estaba custodiado por una alambrada sostenida en postes de cemento. La parte superior de la alambrada se curvaba hacia dentro, de manera que sobresalía por lo menos 60 centímetros de la línea vertical. Era casi imposible, salvo para un acróbata, saltar ese cerco.

–¿Está electrificado? –preguntó Eichmann.

–Normalmente, sólo de noche. Pero cuando hay problemas en el campo, también de día.

–¿Suele haber problemas?

–Últimamente, sí.

Pasaban frente a enormes barracones rigurosamente cerrados. Sin embargo, tenían ventanas y tras los vidrios sucios se veían caras apiñadas. Los prisioneros los miraban.

–Los prisioneros saben qué les espera –comentó el comandante.

–¿Cómo lo saben?

–Lo saben. Incluso cuando llegan de Varsovia, lo saben.

Estaban frente a una barraca aislada, con las ventanas clausuradas. La custodiaban decenas de guardias SS con perros. Esta barraca estaba cercada por otra cerca de alambre electrificada. Era como un campo dentro del campo, y habían plantado abetos para ocultarla de la vista del resto del campo.

Entraron. Las puertas eran de roble macizo, reforzadas con planchas de hierro. Las clausuraban unas barras tan pesadas que requirieron la fuerza de varios vigorosos guardias para levantarlas. Entraron. Primero vieron un recinto pequeño donde había unos bancos y unas perchas colgadas de unos ganchos. Pasaron a otro recinto mucho más grande. A Eichmann le llamó la atención lo bajo que era el techo: parecía caerse sobre los visitantes. Podía tocárselo con la entera palma de las manos. El piso era de cemento. No había ventanas.

–Caballeros, los invito a seguirme –dijo el comandante–. Una "acción" está por comenzar. Es un grupo que acaba de

llegar de Varsovia.

Salieron y se retiraron hasta un pequeño bosque cercano, situado en una elevación del terreno que les permitía una buena mirada sobre el barracón. Oyeron un clamor de gritos, órdenes y ladridos que se acercaba.

Un contingente de judíos llegaba corriendo por la senda de acceso, custodiado por guardias SS y perros. Los hicieron formar. La mayoría de los detenidos eran mujeres y niños. Todos iban vestidos y no estaban rapados. Algunas mujeres llevaban niños pequeños en brazos. Los SS alineaban a los prisioneros en filas de a cinco. Los contaron.

–¡Son doscientos doce, Herr Sturmbannführer…! –informó el encargado del grupo al comandante del campo.

–Saque a los últimos cuatro de la fila de atrás y mándelos de vuelta a su barraca– ordenó el comandante.

La orden fue cumplida. Un anciano con un sombrero abollado, dos jóvenes y una niña fueron retirados. Una mujer gritó mientras aferraba a la niña. Reclamaba por su hija. Entre los prisioneros se desató una gritería. Eichmann no entendía nada.

El comandante del campo, tras dudar un momento, le ordenó al guardia que devolviera la niña a su madre. Ésta dijo unas palabras mirando hacia el grupo de jerarcas, Eichmann entre ellos, que seguían la escena medio ocultos por los arbustos.

–¿Qué dijo? –preguntó Eichmann

–Agradeció.

–¿Por qué hace esto? ¿Separar a cuatro?

–Para darles confianza.

El comandante ordenó a los prisioneros que se desnudaran e hicieran un atado con sus ropas y efectos personales, las que se enviarían a desinfectar y luego les serían restituidas. El grupo empezó a desnudarse con lentitud, con vergüenza. El comandante ordenó que los prisioneros entrasen a la barraca. El intérprete les dijo que cuando entrasen se abrirían las ventanas. Cuando hubo entrado el último, los guardias cerraron las pesadas puertas y colocaron las trabas.

El comandante tocó un silbato y oyeron un motor de explosión que se ponía en marcha. Eichmann y la comitiva dieron la vuelta a la barraca. Brillaba un sol raquítico, mientras los guardias mantenían las bocas de sus ametralladoras apuntadas hacia la entrada de la barraca que ahora se había cerrado a cal y canto. Un camión se había estacionado con la culata pegada a la pared del barracón. Un caño de escape salía de su parte trasera y tras formar un codo, penetraba en la barraca a la altura del techo.

Eichmann y el grupo se acercaron a la cabina del camión. Al SS sentado tras el volante le colgaba un cigarrillo de los labios.

–¡No apriete tanto el acelerador! –ordenó el comandante.

Y volviéndose a Eichmann, le dijo:

–Aprietan el acelerador a fondo, y en lugar de adormecerlos, los ahogan.

Eichmann distinguió a un grupo de prisioneros con los trajes a rayas que estaban formados cerca de la puerta trasera del barracón.

–Es un *Sonderkommando* –le informó el comandante–. Lo forman prisioneros jóvenes y fuertes. Son los encargados de enterrarlos.

–¿Son judíos? –preguntó Eichmann.

–Por supuesto.

Cuando volvía a Berlín, Eichmann rumiaba lo que había visto y las palabras del comandante de Maidanek:

–El gran problema no es matarlos es enterrarlos. Los cuerpos se acomodan en una fosa, y entre capa y capa de muertos se colocan maderas, para que ardan mejor. Se forma una gran pira. Pero eso lleva mucho tiempo. Es imposible seguir este ritmo.

Eichmann había presenciado esa quema. El claro del bosque, la enorme fosa que medía entre cuarenta y cincuenta metros de largo, el hedor insoportable, los cuerpos que se retorcían y estallaban en las llamas, como si aún conservaran vida… Las llamas altísimas desprendían una luz fantasmagórica y las brasas saltaban a veces a una distancia increíble, como si el fuego infundiera vida y lo peor era cuando esa fuerza lanzaba

un cuerpo a cierta distancia. El comandante le había explicado a Eichmann la mecánica de estas vastas hogueras humanas:

–Primero, se extiende un colchón de leña, sobre él, una capa de cuerpos, un centenar; luego, otras maderas. La hoguera se enciende con trapos empapados en petróleo que se colocan al final de largas teas de madera.

Eran muchos los problemas que causaban estas operaciones: desde el riesgo de que los incendios se extendieran si de pronto soplaba el viento y arrasaran con el campo mismo hasta la destrucción de los bosques.

En sus oficinas de Prinz Albrechtstrasse, Eichmann comenzó a recibir mensajes de todos los campos, repitiendo como letanías las mismas quejas: no podemos más, no damos abasto, no podemos matar a tantos como nos mandan.

Por otra parte, no se disponía de suficientes camiones. Se usaban viejos transportes confiscados a los rusos. Tienen los motores desgastados, rumiaba Eichmann, faltan repuestos. A veces, se apagan en mitad de una "acción". A veces falta la nafta, o bien el carburante es malo y no resulta lo suficientemente tóxico. A veces, hay que repetir la "acción". Lo peor es cuando se abre la puerta del colectivo o los portones de las barracas de la muerte y hay sobrevivientes. Se debe empezar todo de nuevo, y los prisioneros, desesperados, golpean con salvajismo las paredes y hay que dispararles. Todas las acciones de exterminio requerían ejecutores pero también custodias especiales: los campos cuando se realizaba una "acción" estaban custodiados por guardias armados. Los nazis no se fiaban ni siquiera de los cadáveres. Y más de una vez, algún cuerpo pareció volver a la vida y despedido por la fuerza del fuego cayó como un ángel vengador sobre un nazi.

Matar era difícil pero borrar la muerte era aun más difícil.

Entonces, Auschwitz-Birkenau fue la solución. Llevó muchos meses de trabajo, día y noche, pero finalmente se consiguió.

La solución fue el gas Cyclon Bausare (ácido prúsico), también conocido como Cyclon B, usado por el ejército polaco

para eliminar alimañas y bichos de sus depósitos. Se encontraron partidas de ese gas envasadas en grandes latas cilíndricas, con un cruz roja como protección. Tenían un cartel que decía: Gitgas y abajo Cyclon B. Era un remanente de una partida que la empresa Weerle y Frischler de Hamburgo había enviado un año antes con el fin de limpiar de insectos y gusanos los cuarteles de los artilleros polacos. Estaban guardados en cajas que pesaban más de un kilo, selladas. La firma de Hamburgo envió técnicos que hicieron varias demostraciones.

Todos los asistentes se colocaron máscaras. Al destaparse las latas, se desprendieron de ellas unos cristales verdes diminutos que al contacto con el aire desprendían un gas tan letal para el ser humano como para las alimañas.

Las primeras pruebas de Cyclon B en los *lager*, se hicieron con inválidos y resultaron un éxito. El gas podía matar cien y hasta doscientas personas en quince minutos. En las cámaras de Auschwitz se colocaron carteles que decían "Sala de desinfección". Se instalaron duchas, a través de las cuales el gas llegaba a la sala. Para prevenir cualquier movimiento de rebeldía, los guardias encargados de las "acciones" debían anunciar a los prisioneros que tras la ducha les sería servido un café caliente. Otra decisión importante fue instalar las cámaras bajo tierra, para que ninguna resistencia pudiera alterar la "acción".

Así creció Auschwitz-Birkenau. La más perfecta fábrica de la muerte. Los prisioneros bajaban a la antesala donde se desnudaban. Luego pasaban a las cámaras, para la ducha. El gas los mataba en diez o quince minutos. Cuando se abrían los portones, un sistema de ventilación despejaba la atmósfera eliminando vestigios de gas. Los *Sonderkommandos* sólo tenían que arrojar los cadáveres a un montacargas que los subía. Allí, prisioneros que eran dentistas les arrancaban los dientes de oro. Y peluqueros les cortaban el pelo si es que no venían ya rapados: el pelo humano era usado como aislante en los submarinos, o servía para rellenar almohadones. Otros *Sonderkommandos* los introducían en los hornos. Había cinco montacargas que subían

cargamentos de 25 cuerpos. Sólo hacían falta 20 viajes para desprenderse de 500 cuerpos.

Durante la primavera de 1942 el sistema estaba en pleno funcionamiento. Los primeras caravanas de judíos llegaron de Alta Silesia y de Checoslovaquia. El 4 de julio de 1942 una innovación fue introducida: la selección entre los judíos que eran ejecutados de inmediato y los que podían ser conducidos a las fábricas, se hacía en los mismos andenes de la estación de Auschwitz, donde se construyó una vía de riel estrecho que conectaba el andén con las Cámaras. En Auschwitz-Birkenau llegaron a funcionar cinco cámaras de gas.

El 17 y 18 de junio Eichmann integró la comitiva presidida por Heinrich Himmler que hizo la segunda visita del *Reichführer* a Auschwitz-Birkenau. Allí presenciaron la ejecución de un grupo de judíos holandeses. Durante todo el año 1943 en Auschwitz-Birkenau se sucedieron las "acciones": en la primavera, llegaron los judíos de los Balcanes y los de Salónica. En septiembre, los primeros judíos de Italia. Luego, los sobrevivientes del ghetto de Lodz. En 1944 llegaron en masa los miles y miles de judíos húngaros que habían sobrevivido a las marchas a pie. En 54 días de la primavera septentrional de 1944, Auschwitz-Birkenau recibió 154 trenes que transportaron 437.000 prisioneros, todos gaseados.

El total de muertos en Auschwitz-Birkenau ascendió, según algunos cálculos, a un millón de personas, otros afirman que fueron un millón trescientos mil, de los cuales 960.000 eran judíos, 70.000 polacos, 21.000 gitanos, 15.000 prisioneros de guerra rusos, 15.000 de otras nacionalidades.

Lo único que jamás pudo eliminarse de Auschwitz-Birkenau fue la ceniza. A veces, cuando soplaba el viento, la ceniza lo cubría todo y llegaba hasta varios kilómetros del campo.

Un día de la primavera de 1942, Adolf Eichmann almuerza en el Palacio Municipal de Bratislava con Sano Mach, el ministro del Interior de Eslovaquia, ese estado títere de Hitler. Tratan sobre la extorsión en marcha contra miles de judíos checos a quienes

se les exigían fuertes sumas en dinero o joyas como precio de salvoconductos. Quienes no pudieran pagar por sí o por otro, serán enviados a un campo de exterminio.

El fin de Heydrich

Eichmann, para llevar a cabo la *Endlösung* o Solución final en Checoslovaquia, había recabado, como en Austria antes y luego en Hungría, la participación activa de los grupos antisemitas locales. En 1939 Hitler dividió a Checoslovaquia: inventó Eslovaquia, con capital en Bratislava, como estado supuestamente independiente, del cual entregó la presidencia a un sacerdote, el padre Josef Tiso, del Partido Hlinka. Otro eslovaco nazi, Bela Tuka, fue nombrado Primer Ministro. La política antijudía estaba a cargo de Sano Mach, el ministro del Interior, creador de la Guardia Hlinka, cuerpo de milicias eslovacas. El gobierno de Bratislava había sondeado a Berlín solicitando que el RSHA se encargara de la depuración racial en Eslovaquia y del envío de los judíos eslovacos a los campos de exterminio de Polonia. En principio, los nazis se negaron: ya tenían bastantes problemas con sus propios judíos. Pero en 1942, la necesidad de mano de obra para las fábricas de armas se tornaba angustiosa y Eichmann fue encargado de proponer a los eslovacos un plan de "colaboración" entre ambos Estados. Eichmann quería saber si el Padre Tiso y Mach estarían dispuestos a pagar 500 marcos por cada judío checo que las SS se llevasen del país.

Era esta transacción mercantil lo que discutían Eichmann y Mach en Bratislava, la mañana del 27 de mayo de 1942, cuando Eichmann supo que Reinhard Heydrich había sido baleado en plena Praga por un par de desconocidos, que lo ametrallaron como a un perro rabioso...

El teletipo que leía estupefacto Eichmann decía: "Praga. 27 de mayo de 1942. Hora doce. El *OberSturmbannführer* Reinhard Heydrich, Protector de Bohemia y Moravia, ha sido herido en el centro de Praga por personas no individualizadas, quienes huyeron. El Protector se recupera".

Eichmann suspende todos sus compromisos y se pone en marcha hacia Praga, junto a sus colaboradores. Desde Berlín, donde Himmler recibió con lágrimas la noticia del ataque a Heydrich, han viajado a la capital checa algunos de los principales jerarcas policiales del Reich, como Heinrich Müller y Arthur Nebe. El ánimo es sombrío: todos son conscientes de la magnitud del desafío. Cuando Eichmann llega a Praga, se dirige de inmediato al hospital de la Bulovka, donde yacía el herido. Las SS habían evacuado todo el piso del hospital rodeado de tropas, como si se esperara un asalto.

El intento de magnicidio –durante una semana no se supo si consumado o no– mostraba la fragilidad del poder nazi. El Tercer Reich, esa construcción blindada, era vulnerable frente a cualquier audaz. Eichmann tenía en Heydrich a su principal valedor y aliado en la estructura de poder, además de su mentor y amigo, por lo cual el atentado de Praga –que lo sorprendió en medio de la mayor faena de su vida, el exterminio sistemático de la judería checa– fue una tragedia y también la premonición de un inexorable castigo.

Bohemia, la "ciudadela de Europa" según la frase de Bismark que el Führer solía citar, era la cuna de un pueblo bastión del germanismo. Cuando el 27 de septiembre de 1941 Heydrich fue nombrado Protector Sustituto de Bohemia y Moravia, algunos se extrañaron: Reinhard Heydrich, se había sugerido en los pasillos del poder, sonaba para ministro del Interior, tal era su prestigio. Fue Himmler, quien, devorado por el temor a que Heydrich lo desplazara en los favores del Führer, le impidió el ascenso a un Ministerio. Himmler odiaba y temía a Heydrich, a quien el mismo Himmler había "inventado" cuando en 1931 lo reclutó, entregándole decisivas manijas del poder policial en el Estado SS. Heydrich, con sus intervenciones relevantes en episodios como el incendio del Reichstag, el golpe de Estado de los nazis austríacos contra Dollfuss, las purgas de 1934 o el incidente de Velno, que fue la excusa a la invasión de Polonia, había demostrado su estatura de dirigente. En 1942 el jefe de las

SS celaba a su antiguo protegido. Heydrich había conseguido romper el privilegio de Himmler: ahora él también, Heydrich, tenía acceso directo al Führer.

Para Heydrich, su nombramiento como Protector Sustituto de Bohemia no fue un mero escalón del ascenso por la escalera del poder sino la posibilidad de desarrollar un laboratorio de la germanización del mundo, el gran proyecto de Hitler. Éste no estaba conforme con sus subordinados a quienes había confiado la incorporación de Checoslovaquia al Reich. El primer Protector había sido el Barón Konstantin Von Neurath, diplomático de carrera y uno de los políticos conservadores que habían aceptado al nazismo como inevitable mal menor. Con Von Neurath –que nunca se afilió al NSAP– fue a Praga, como jefe de policía, un nazi sudete, Karl Hermann Frank, checo germanófilo discípulo de Karl Hermann Wolf, el pensador que preconizaba la incorporación plena de Bohemia y Moravia al Reich, y la desaparición de la nacionalidad checa como "inutilidad de la historia". Los padres de Karl Hermann Frank lo habían bautizado así en homenaje a Wolf…

Pero en 1941, Hitler quería acabar con el grano checo y jubiló a Von Neurath. El diplomático, entonces de 69 años, participaría en 1944 en la conspiración contra Hitler. En Núremberg fue condenado a quince años de prisión. En lugar de von Neurath, Hitler envió a Praga a Reinhard Heydrich aunque mantuvo a Karl Hermann Frank al frente de la policía. Así, Praga quedaba bajo una doble mano de hierro: Heydrich y Frank…

Objetivo: limpiar racialmente el Protectorado y germanizar la población, Heydrich aplicaría su mano de hierro. Cuando toma posesión de su cargo, el 1° de octubre de 1941, en solemne ceremonia celebrada en el Castillo Hradcany ante los dignatarios del partido y del ejército, Heydrich explicó con claridad el pensamiento de Hitler sobre los territorios de la Europa del Este: "Son –dijo– espacios donde nosotros, clase superior alemana, hemos de actuar como dueños absolutos reuniendo en nuestro beneficio una reserva de materia prima y de trabajadores esclavos

para usarlos en grandes tareas de civilización".

Adolf Eichmann estaba aquel 1° de octubre en el Castillo. Escucha demudado las palabras que Heydrich pronuncia despacio, para que no queden dudas: dice el Protector de Bohemia y Moravia que "los checos presentan resistencia. Se han producido en los últimos meses a lo largo de todo el territorio del Protectorado, actos de sabotaje, huelgas sorpresivas, destrucción de cosechas además de atentados terroristas". Estos episodios, repite una y otra vez el Protector, no son aislados, también suceden en otros lugares de la Europa ocupada. La resistencia checa es víspera de una insurrección general en los territorios ocupados. Si el Reich no la aplasta, se extenderán.

Desde la ocupación de Checoslovaquia, el 16 de marzo de 1939, las SS habían establecido cuarteles generales en Praga y Brunn, además de sedes en quince distritos *(Oberlandrat)*. Los miembros de las sedes locales de las SS fueron reclutados entre la población alemana del país, que abarcaba casi un millón de personas. En Eslovaquia se organizó una policía política local, la Stanec Bezpecnosti o USB. En Praga, además de Frank, actuaba como jefe de la Gestapo Franz Böhme quien entre el 15 y el 23 de mayo de 1939 detuvo a 4.639 checos, mientras que en agosto de 1939, 8.000 personalidades culturales y políticas siguieron la misma suerte y fueron remitidas a Dachau, de donde salieron después con destino a diversos campos de exterminio.

En 1940 el gobierno nazi de Praga anunció que todo opositor detenido en cárceles checas sería ejecutado si no firmaba una adhesión al Reich. El descontento de Hitler ante la impotencia de sus jerarcas para dominar el revuelto patio checo, lo llevó a acentuar la dureza de la represión. Ése es el sentido del nombramiento de Heydrich como Protector.

Un estudiante checo, Jan Opletal había sido detenido mientras distribuía volantes contra el invasor nazi. Murió apaleado en los cuarteles de la Gestapo. El 17 de noviembre de 1940 los estudiantes organizaron una manifestación antinazi en las calles del barrio de la Mala Strana, reprimida por las fuerzas

de seguridad que detuvieron a 400 manifestantes. Diecinueve de ellos, elegidos al azar, fueron ejecutados pocas horas después, mientras otros doscientos fueron enviados al campo de Sachsenhausen. Torturas, razzias, ejecuciones convirtieron a las mazmorras del Castillo y demás prisiones en sedes del infierno. Nunca se rindieron los checos y el nombramiento de Heydrich fue la respuesta de Hitler.

¿Cómo detener esta masacre?, se preguntaba en Londres el gobierno checo en el exilio, presidido por el antiguo presidente Edvard Bones. Se decidió una acción desesperada: matar a Heydrich. Dos sargentos del ejército checo, Jan Kublia y Joseph Gablitz, fueron designados para llevar a cabo el atentado, al que se llamaría "Operación Antropoide".

El 29 de noviembre de 1941 un avión de la RAF que volaba sin luces, lanzó en paracaídas a ambos militares, en un punto de la geografía checa que debía estar cerca de Praga. Debido a la oscuridad y mal tiempo, la operación fracasó: los sargentos cayeron a muchos kilómetros del lugar previsto. Carecían de apoyo de cualquier tipo, por lo que deambularon por aquel territorio infestado de tropas nazis. Finalmente, Kublia y Gablitz consiguieron llegar a Praga y allí se dedicaron a preparar el atentado. Siguieron a Heydrich en cada paso que daba, vigilaron su vida, infiltraron su entorno. Un jardinero y uno de los muchos empleados que trabajaban en la cocina del Palacio Panesche Brezany eran miembros de la resistencia.

Heydrich salía cada mañana del Palacio donde había instalado su morada particular y se dirigía al Castillo Hradcany atravesando las calles de Praga a bordo de un Mercedes descapotable. El auto de Heydrich iba sin custodia. ¿Era provocación? En todo caso, el Protector les demostraba a los checos que tenía al país en sus manos: Heydrich ni siquiera concebía la posibilidad de un ataque.

Se decidió realizar el atentado el 27 de mayo, durante el trayecto al aeropuerto. Heydrich viajaría a Berlín, y quizás no volviera ya nunca a Praga. El Mercedes recorría los barrios periféricos de Praga. Era un itinerario que el comando había

estudiado detenidamente. Se fijó como lugar del atentado una curva cerrada que el Mercedes debía recorrer en un recodo del barrio de Holechowitz. Una zona muy populosa, transitada a toda hora por carros y camiones de carga, ya que allí funcionaba el matadero de Praga, y varias líneas de tranvías que unían el centro con el gran parque de atracciones del barrio.

A las diez y veinticinco de la mañana, uno de los tres checos divisó el Mercedes del Protector. Hizo la señal. El auto enfiló por la avenida Kirchmayerstrasse…

Unos meses antes, cierta noche de diciembre de 1941, Heydrich y Eichmann miraban la ciudad a sus pies desde un ventanal del Castillo. Praga cubierta de nieve estaba a oscuras, y las agujas barrocas de sus torres, las maravillosas cúpulas de la catedral de San Vito, la torre del monasterio Strahov, la estatua de San Adalberto sobre el puente de Carlos IV, se reflejaban en las aguas verdinegras del Moldava.

¿Qué sienten los dueños de Praga? Quizás temen: quizás perciben el odio de ese millón de checos que yacen escondidos en sus casas. El mero encendido de una luz era delito, pues podía ser usado como señal por la aviación enemiga.

Un millón de hombres y mujeres en la ciudad cautiva. ¿Un millón de conspiradores?

El Protector y el planificador de la depuración antijudía conversan sobre las respectivas estrategias. Heydrich y Eichmann eran maestros en el arte de envolver a los enemigos del Reich en tortuosas maniobras, enfrentándolos a constantes dilemas: mientras Eichmann trabajaba con el Concejo Judío Checo en la auto-organización del éxodo de cien mil judíos del Protectorado, Heydrich había convocado a distintos dirigentes políticos checos para que brindaran cobertura al gobierno nazi. Sin embargo, sólo pudo reclutar al doctor Hacha, aquel antiguo presidente que ya en 1939 había entregado el país al invasor. El 19 de noviembre de 1941, en la capilla de Wnezel, en el interior del Castillo, el presidente Hacha –simbólico presidente de un estado que no existe– había entregado al Protector Heydrich las siete llaves

de la sala del tesoro donde se custodia la más preciosa reliquia checa, la corona de Wenceslao, el príncipe santo, fundador del Castillo y padre de la patria, asesinado en el año 935 por su hermano Boleslav. Para la simbología nazi, Wenceslao era un César germánico, traicionado por un proeslavo.

Heydrich, el nuevo César, es el heredero de Wenceslao. Las flores, los cirios, el sonido de los órganos habían adornado la ceremonia del 19 de noviembre, una nueva coronación. Antes, en Octubre de 1941, la represión desatada por Heydrich peina la ciudad. Apenas entrado en Praga, el Protector proclama el Estado de sitio. Se forman concejos de guerra compuestos por tres funcionarios de la Gestapo. En menos de dos meses pronuncian cuatrocientas condenas a muerte, de inmediato ejecutadas. Miles de artistas, profesores, intelectuales, líderes y militantes polítcos, católicos y judíos son víctimas de razzias, y enviados al nuevo campo de concentración que se abre cerca de Praga, en Theresienstadt. Muchos son fusilados.

Reinhard Heydrich dormía en la residencia que se había agenciado como domicilio personal: el suntuoso palacio Panesche Brezani, de 30 dormitorios, situado en las afueras de Praga. Cada día viajaba los 20 kilómetros entre su domicilio y la comandancia del Protectorado, que funcionaba en el interior del Castillo Hradcany. Aquel 27 de mayo no fue una excepción. El Mercedes verde blindado, con la capota baja y sus dos ocupantes –el *OberSturmbannführer* Reinhard Heydrich y el chofer Klein– avanzaba por el barrio de Holechowitz, al oeste del Castillo. El sol era tibio y el recorrido pasaba cerca del Moldava y sus puentes. Recorría la avenida Kirchmayerstrasse. ¿En qué pensaba Reinhard Heydrich? Seguramente revivía los momentos vividos la noche anterior, cuando la Orquesta Sinfónica de Praga ejecutó *Amén*, la ópera –por supuesto wagneriana– de Bruno Heydrich.

Sí, Bruno Heydrich, su difunto padre, el compositor cuestionado a quien los contemporáneos habían calumniado difundiendo la especie de que era judío. Al terminar la ejecución, en el vestíbulo del Waldstein Palace, ante una concurrencia

cuajada de uniformes de gala, entorchados y mujeres con los hombros de marfil, Reinhard Heydrich y su esposa Lina van Osten brindaron por el próximo triunfo total del Reich.

Son las diez y treinta y un minutos del miércoles 27 de mayo de 1942, una mañana fresca, con el cielo de Praga cubierto por un sol tímido. Un hombre disfrazado de barrendero municipal saca un espejo de mano y lo mueve arriba y abajo. Es una señal. Cien metros más allá, el Mercedes comienza a doblar una curva cerrada. En la maniobra, sobrepasa a un tranvía 3. Heydrich, quien iba como todos los días, enfundado en su uniforme negro impecable, se sostuvo agarrándose de la puerta del coche. En ese momento, un hombre se acerca a la carrera, saca de su abrigo una pistola ametralladora y aprieta el gatillo. Pero las balas no salen. Gablitz, de él se trataba, había olvidado destrabar el seguro. El chofer no atina a acelerar, lo que habría salvado a su pasajero, detiene la marcha. Pasajero y chofer se ven de pronto frente a un hombre que les apunta pero que no dispara. El chofer sale del coche y se precipita hacia el atacante. Heydrich se levanta, desenfunda su Luger y apunta contra el agresor que se aleja a la carrera. En ese momento, otro hombre, Kublis, arroja una especie de bola de hierro (es una granada Mills) que rueda hacia el coche. La bomba estalla bajo una de las ruedas del Mercedes, destrozando su parte trasera derecha. Heydrich, por la fuerza del impacto, queda caído a unos metros del auto. El primero de los atacantes escapa por la Kirchmayerstrasse perseguido por el chofer del coche, por varios peatones y algunos policías. Toma por la calle Na Lolinianske hasta la calle Na Zapalci. Al llegar al número 22, frente a la fiambrería de Franz Brauner, se da vuelta, intercambia disparos con sus perseguidores. Al cabo de unos momentos, se ha esfumado en el laberinto de las callejas de Praga.

El segundo atacante, el que había arrojado la granada, huyó en bicicleta. Heydrich se había levantado y vociferando injurias disparaba su Luger hacia cualquier lado. Los transeúntes estupefactos parecían paralizados ante la vista de aquel titán

herido, que los insultaba… Finalmente, con lentitud, Heydrich bajó el arma, cayó de rodillas y se desplomó sobre los adoquines de Praga. Una mujer se acercó a él y luego de algunos minutos una camioneta de reparto lo llevó al hospital de la Bukovna. Tenía esquirlas de la bomba y trozos de la carrocería y hasta del cuero de los asientos, incrustadas en su cuerpo. Varias costillas rotas, la caja toráxica aplastada, el diafragma y el bazo perforados.

Himmler, desde Berlín, ordena que los atacantes sean capturados a cualquier costo. Los jefes de las SS que se encontraban en distintas misiones refluyen a Praga. Dieter Wisliceny, Alois Bruner, Adolf Eichmann. Mientras tanto, ¿qué dice Hitler? Contamos con un testimonio de primera mano: según las conversaciones de sobremesa que mantenía Hitler con Martín Bormann y que luego recogió un asistente del Führer, Henry Picker –en un libro cuya autenticidad ha sido cuestionada–, Hitler ni siquiera nombró una vez a Heydrich, extendiéndose en cambio en los temas más variados. Habló de la película que estaba por filmarse en estudios alemanes y que contaría la vida de Lola Montez, la amiga de Ludwig I de Baviera. Habló sobre un dispositivo antimosquitos que había ideado Martin Bormann. Habló sobre la manera de mantener limpias las fachadas de Munich.

Sólo el 4 de junio, cuando le anunciaron la muerte de Heydrich, el Führer estalló en improperios contra el muerto:

–¡Era un imprudente! ¡Viajar en un coche abierto por el seno de la ciudad llena de enemigos! –y agregó con ira–: ¡Quiero diez mil checos muertos!

En su cama del hospital de Praga, Heydrich luchó una semana por sobrevivir. El 1° de junio le extirparon el bazo. Himmler envió a Praga a su médico personal, el profesor Kurt Gebhart. Otros miembros del profuso staff médico de Himmler y también del Führer, como los doctores Brandt y Morell, acudieron a asistir al herido. La septicemia comía el cuerpo de Heydrich, a quien hubiera podido salvar la penicilina. Pero sólo los británicos la tenían.

Reinhard Heydrich murió a las cuatro de la mañana del 4 de junio de 1942. El Estado nazi organizó en su honor honras fúnebres fastuosas. El 6 de junio se realizó un funeral al pie del Castillo Hradcany. Luego, el féretro, envuelto en la bandera roja con la cruz gamada en un círculo blanco, fue escoltado por una guardia de oficiales de la Wehrmacht, de las SS y de la Gestapo. Seguían seis filas de caballos negros que encabezaba el caballo del muerto. El cortejo, al compás de centenares de tambores negros y pífanos de muerte, fue paseado por toda Praga, ataviada con banderines de luto y enormes cruces. Finalmente, cruzó con majestuosa lentitud el puente de Carlos V, ante la mirada ciega de las grandes estatuas barrocas de los santos de Praga. El féretro fue subido a un tren especial que lo trasladó a Berlín.

El velatorio se realizó en la Sala de Mármol del Salón Rosado de la Cancillería. A las tres en punto de la tarde se abrió una pequeña puerta y salió un Führer transido por el dolor, que se recogió un momento ante el túmulo. Los dos pequeños hijos de Reinhard Heydrich, presidían el duelo, mientras la viuda, grávida de ocho meses del tercero de los vástagos de la pareja, permanecía en Panesche Brezani. Fue uno de los pocos actos en los que el Führer fue vencido por sus sentimientos y apenas pudo musitar: "Tenía un corazón de hierro". Impresionado, Heinrich Himmler anotó en su diario: "El Führer acarició la cabeza de los pequeños…".

También lloró el almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, quizás recordaba cuando Reinhard escuchaba música en el gramófono junto a la esposa de Canaris, en las tardes de Berlín, hacía… sólo veinte años.

Pero además de estos fastos, había que encontrar a los culpables y castigarlos. Y esa era función de Heinrich Himmler y sus hombres. Adolf Eichmann entre ellos.

Había que encontrar a los asesinos. El Reich anunció que pagaría una recompensa de diez millones de coronas checas (un millón de marcos) por cualquier indicio. La radio transmitía alabanzas al muerto y amenazas a los checos. Pasquines negrirojos

habían sido pegados en las calles de Praga amenazando sanciones si los asesinos no eran hallados. Las primeras represalias fueron drásticas: todos los días se fusilaban entre 200 y 300 checos. Camiones nazis subían por las empinadas y estrechas calles del barrio judío o por las callejas de la Mala Strana, cruzaban algunos de los doce puentes que atraviesan el Moldava y se adentraban en el corazón de la vieja ciudad, seguidos por las miradas de espanto de los checos que se refugiaban tras las ventanas. De pronto, la caravana de la muerte se detenía ante alguna casa. Los soldados hacían salir a todos los moradores, incluidos ancianos, mujeres y niños. Un sargento amenazaba:

–¡Si en cinco minutos no se presenta el asesino de Heydrich, toda esta familia morirá!

A los cinco minutos, las ametralladoras no dejaban a nadie vivo. 13.000 personas fueron arrestadas, 1.293 personas fueron ejecutadas entre el 26 de mayo y el 3 de julio, sin que pudiera saberse la identidad de los asesinos. En el campo de Terezin, 3.000 prisioneros checos fueron muertos. La noche misma del atentado, Eichmann, en las oficinas de la RSHA en Praga, había entregado a las SS una lista con los domicilios de quinientos judíos fichados. Las patrullas los sacaron y allí mismo, en la calle, los ametrallaron. Padres e hijos, incluida la servidumbre, quedaron tirados, desangrándose.

Pero, ¿qué había sido de Kublia y Gablitz? Se los tragó Praga. Sin embargo, en el atentado contra Heydrich habían participado otras personas. Una de ellas iba a delatarlos. Era un tal Karel Curda, un pequeño delincuente que se había unido a la resistencia, donde a nadie se le preguntaba qué había hecho antes. La esposa de Curda, seducida por un oficial nazi, lo había abandonado. Enloquecido por los celos, Curda quiso recuperar a su mujer: para hacer que ella volviera con él, se propuso cobrar la recompensa. Se presentó en la comisaría del barrio.

–Los asesinos de Heydrich –confesó– son dos sargentos, se llaman Kublia y Gablitz. Están escondidos en la iglesia de San Cirilo y San Metodio, en la Resselgasse.

Curda cobró sus monedas de Judas y fue incorporado a las SS. Pero desde entonces no pudo descansar. Escapó por poco a varios atentados y al terminar la guerra, cuando intentó volver a Praga, fue repudiado y amenazado por ciudadanos checos; a pesar de que vivía con identidad falsa, fue reconocido, detenido, juzgado y fusilado en Praga.

Despunta el amanecer del 18 de junio de 1942 y la iglesia de San Cirilo y San Metodio es rodeada por ochocientos hombres de las SS. Unos sacerdotes salen a la puerta intentando mediar. Los curas habían escondido en la cripta de la iglesia a los ejecutores de Heydrich y a otros cinco hombres de la resistencia. Se accedía a la cripta levantando una de las losas del suelo de la iglesia. Pero había 300 losas y todas eran iguales. Los sacerdotes bajaban todos los días llevando alimentos. Dos de los hombres escondidos subieron al campanario para avizorar si había moros en la costa. Allí los sorprendió la redada. Los soldados nazis los acribillaron. En el sótano, los sobrevivientes comenzaron a disparar a través de un ventanuco. Así hostigaron durante varias horas a los sitiadores. Cada vez que veían un movimiento, disparaban. Los nazis arrojaron agua y explosivos, luego incendiaron el sótano de la iglesia. Cuando finalmente ingresaron a la cripta encontraron los cadáveres de los checos escondidos. Se habían pegado un tiro en la sien.

Se sospechaba que Kublia y Gablitz, mientras preparaban el atentado, habían estado escondidos en Lidice, un pequeño pueblo minero cercano a Kladno. Himmler y Eichmann sabían que no era así, pero los nazis entraron en Lidice y buscaron hasta debajo de las piedras; encontraron un aparato emisor de radio. El pueblo fue literalmente invadido por tropas de las SS, al mando de Karl Hermann Frank, quien luego de la guerra sería detenido, juzgado, condenado y ahorcado en la prisión de Pankrac, Praga, el 22 de mayo de 1946.

Algunos sostienen que fue Hitler en persona quien ordenó arrasar Lidice. Todos los hombres de la aldea, exactamente 199, fueron encerrados en una cabaña y quemados vivos. Las mujeres

de Lidice fueron enviadas a Ravensbruck, y los niños a diversos campos de exterminio. El pueblo entero, hasta la última casa, fue destruido por el fuego. No se habían molestado los soldados en preparar la hoguera. Lo hicieron por ellos treinta prisioneros judíos traídos de Terezin y luego fueron ejecutados ellos mismos.

Al frente del Protectorado, en reemplazo de Heydrich, fue nombrado Kurt Daluge, también oficial de las SS. Los checos ejecutados como represalia por el asesinato de Heydrich fueron, según diversas estimaciones, entre mil quinientos y cuatro mil quinientos.

Destino: Hungría

"Desde hace un tiempo es notorio para el Reich que el gobierno de Hungría presidido por Kallay está preparando la traición de su país" –dijo el Führer Adolf Hitler en un discurso emitido hacia el mundo el día 19 de marzo de 1944, y siguió así: "Los hebreos que controlan todo en Hungría, individuos reaccionarios o parcialmente hebreos y elementos corruptos de la aristocracia húngara, están arrastrando en esa dirección al pueblo húngaro, que siempre ha estado bien dispuesto hacia nosotros...".

Ese mismo día, ocho divisiones de la Wehrmacht entraron en Hungría dirigiéndose hacia Budapest. No era una acción sorpresiva ni una decisión espontánea. Obedecía, como todo lo que llevaba a cabo el Reich, a un plan de acción largamente elaborado: la Operación Margarita I.

En la madrugada del mismo 19 de marzo, Adolf Eichmann, *OberSturmbannführer* de las SS y especialista en la cuestión judía, salía de Berlín rumbo a Budapest, al mando del más grande equipo de exterminadores raciales que podía reunir la SS.

Adolf Eichmann era, por entonces, una estrella. Había aniquilado a los judíos de Alemania, Austria, Checoslovaquia, Polonia, Francia. En Hungría lo esperaba un botín de oro: setecientos mil judíos húngaros, a los que se agregaban unos cien mil húngaros de origen judío que alegaban haberse convertido

a otras religiones. En total: ochocientos mil judíos. El problema de Adolf Eichmann era el tiempo. Porque el Tercer Reich estaba a punto de perder la guerra. Motivo por el cual el exterminio de los judíos de Hungría además ser de uno de los episodios más impiadosos de la aventura nazi, fue una carrera contra el tiempo.

Hungría era un caso raro. La guerra llevaba cinco años y el país permanecía extrañamente al margen, como si la historia no pasara por aquel recodo del Danubio. Para los húngaros, que habían permanecido unidos a Austria bajo el imperio de los Habsburgo, el Tratado de Versalles fue un desastre territorial: desmembró al país, le quitó superficie por todos los costados: Backo quedó en poder de Serbia, Transilvania en poder de Rumania, Eslovaquia en poder de Checoslovaquia y Croacia y Eslovenia en poder de Yugoslavia. Sin embargo, Hungría aunque empequeñecida, era un país dinámico y contaba con una joya, la ciudad de Budapest y su fértil llanura. Recuerda Hannah Arendt que a los húngaros se los había llamado "la banda de ilusionistas" porque se mentían tanto a sí mismos que habían perdido hasta el sentido de su propia incongruencia.

En 1944 ocupaba el poder un regente, el almirante Miklós Horthy (1868-1957), noble y político que ya gobernaba Hungría cuando Adolf Hitler pintaba postales a la acuarela en una infecta pensión de Viena. Horthy era una figura legendaria: regente de un país sin rey y almirante de un país sin flota, estaba en el poder cuando se produjo la revolución roja del judío y marxista Bela Kun, aquel huracán que sólo duró 130 días en el poder. Cuando el ejército rumano echó a Bela Kun de Budapest, fue llamado a gobernar Horthy. En 1944, tras mil vicisitudes, el regente seguía en el poder. Para los húngaros, aquel hombre grueso, de rostro franco y masculino, con sus uniformes cargados de medallas, de quien se decía que había atravesado el Danubio helado cabalgando en su caballo blanco, era una leyenda. Encarnaba la figura simbólica de un padre protector.

Horthy practicaba una suerte de mussolinismo atemperado, que contenía todos los traumas de aquella nación singular: el

odio a Austria, fruto de la rivalidad entre las joyas danubianas, Viena y Budapest; el odio a los rusos, esos eslavos despreciados; el odio a los rumanos, vecinos y rivales. A pesar de todas estas tensiones, en Hungría, en 1944, increíblemente, funcionaba el parlamento, los partidos políticos desarrollaban su acción. Las leyes antisemitas fueron discutidas arduamente en el Congreso y se aprobaron tras meses y meses de polémicas. ¿Cómo era posible? ¿Había antisemitismo en Hungría?

Hubo judíos en Hungría ya en el siglo III pero se habían compenetrado con los magiares en una trama inextricable… hasta que comenzó el siglo XX. La mayoría de la población era católica, y los judíos no alcanzaban al 6% pero en cambio eran el 20% en Budapest. Sobre todo eran un elemento indispensable de la vida moderna de la ciudad: no sólo comerciantes, sino los profesionales e intelectuales más brillantes eran judíos. No podía concebirse la vida de la metrópolis Budapest sin ellos. En las calles, en los cafés de la costanera sobre el Danubio o en la isla Margarita, podía verse a viejos judíos con kipá leyendo el diario escrito en idish.

Hitler intentó usar en Hungría el mismo esquema que le había dado buen resultado en otros países: un núcleo nazi nacional reclamaba la germanización de Hungría. Los nazis húngaros cuyo líder era un antisemita furioso llamado Szalasi, se habían autobautizado los Flechas Cruzadas, y habían elegido como distintivo las camisas verdes. Pero la germanización de Hungría chocaba con un problema que no había tenido el Reich por ejemplo, en Checoslovaquia: la minoría alemana del país era escasa. De todas maneras, el antisemitismo, esa peste que corría por toda Europa como una fiebre, se enlazaba en el discurso de la extrema derecha magiar con la necesidad de restaurar la humillación nacional y territorial del país. Otro factor se agregó a partir de 1941. El odio a los rusos que, desde la ruptura del pacto germano-soviético, avanzaban desde el este dispuestos a engullirse Hungría. Horthy nombró para presidir sus gobiernos a políticos débiles como Paul Talesi, quien, al no poder impedir

la entrada en guerra de su país contra la URSS se suicidó, o Laszlo Bardossy. De esta manera, los húngaros fueron llevados por sus dirigentes a combatir codo a codo con los nazis en el frente oriental.

En 1944, cuando Adolf Eichmann irrumpe en Budapest para terminar con los judíos, Hungría presentaba una situación confusa y singular: el ejército peleaba en el frente oriental contra la Unión Soviética. Rumania, por ancestrales conflictos, estaba en guerra contra Hungría. Horthy, que a todo esto tenía ya 74 años, no se sabía si era pronazi o antinazi, y parecía atornillado al poder. El Führer lo había convocado al Berghof y lo había sometido a su especial "tratamiento" para forzarlo a una alianza con Berlín, que implicase un mayor compromiso en el frente oriental (donde el ejército húngaro se las había arreglado para estar siempre en la retaguardia) y para ajustar los torniquetes a los judíos húngaros, quienes hasta ese momento, se habían salvado.

La situación internacional jugaba un papel decisivo: ¿había perdido ya la guerra el Tercer Reich? No, si bien los rusos se habían recuperado y empujaban desde el Este y los aliados habían desembarcado en Normandía e Italia, Berlín aún tenía esperanzas de reconducir la situación.

Eichmann instaló su comando en el hotel Majestic. Lo acompañaban Dieter Wisliceny, Frank Novak, Theo Dannecker, Otto Hunsche, Franz Abromeit, Siegfried Seidl, Richard Hartenberger: todos ellos protagonistas de la depuración antijudía en Viena y Praga. Algunos cumplían en ese momento funciones en otros lugares de Europa, como Wisliceny, que estaba en Grecia, pero Eichmann insistió que la "misión" húngara requería de su afiatado equipo.

El 21 de marzo estaban todos trabajando en el hotel Majestic, en el barrio de Schwabenberg de Budapest mientras que Krumey y otros oficiales se alojaban en el hotel Astoria. El barrio era un reducto de los SS y se encontraba severamente custodiado por guardias. Una semana más tarde, Eichmann se mudó a una residencia de la calle Apóstol, en el barrio de Rose Hill, una

casa con extensos jardines sobre el Danubio, que había sido expropiada a un industrial húngaro llamado Aschner.

Varias cabezas de las SS fueron enviadas a Budapest y a veces se producían choques de jurisdicción entre ellas. Estaban en Budapest, Hans Geschke, Otto Winkelmann, Kurt Becher, todos oficiales importantes en los planteles de Himmler, y como segundo de Eichmann, Wilhelm Höttl.

Adolf Hitler designó como su representante personal en Budapest, con el cargo de embajador extraordinario y plenipotenciario del Reich, a Edmund Veesenmayer, hombre que provenía del Ministerio de Asuntos Exteriores, convertido desde la invasión nazi en el amo de Hungría.

Eichmann en su cuartel general del Majestic tenía un gran mapa de Hungría tendido sobre una mesa. Allí estaban demarcadas cinco zonas, que correspondían a los cinco distritos en los que se había dividido el territorio. La primera comprendía Rutenia, los Cárpatos y el nordeste del país. La zona II abarcaba Kolozsvar y Cluj así como el norte de Transilvania. La zona III se extendía por el norte de Hungría, la IV por Debrecen y Szeged, en el sur del país, y la V el sudeste. En esta división faltaba algo. La joya más preciada, la ciudad de Budapest, sede de más de 150.000 judíos. Eichmann decidió que la judería de la capital no fuera arrestada ni concentrada al comienzo de la exterminación ya que la componía la elite del país, y las razzias tendrían una repercusión tormentosa en el interior y en el exterior. Así pues los judíos comenzaron a ser arrestados en ciudades, pueblos y campos de todo el país. Eichmann a fines de marzo, realizó una recorrida por todo el país para ajustar detalles.

Durante el mes de abril, los judíos ya censados fueron llevados a campos de deportes, cuarteles, granjas, fábricas abandonadas. Lo primero que se hizo con ellos fue separar a los físicamente dotados, para cumplir una primera "cuota" que Horthy había autorizado y Veesenmayer había prometido: cien mil judíos húngaros debían sumarse a la mano de obra esclava que las fábricas del Reich demandaban como un sediento pide

agua para cumplir con el esfuerzo del Reich.

En mayo, partían trenes llenos de prisioneros rumbo a destinos fijados por la matemática estrategia de Eichmann, llevándose el remanente, los judíos húngaros que permanecían en el país, los que habían sido considerados "no aptos para el trabajo", entre ellos mujeres y niños. Destino: Auschwitz.

Eichmann discutía ardorosamente con la gendarmería y las autoridades civiles húngaras y en la primera semana de mayo se alcanzó la meta: tres mil húngaros llegaban por día a Auschwitz. Por supuesto que algunos ya estaban muertos al llegar.

Entonces sonó la hora de los judíos de Budapest. Patrullas de las SS y de los Flechas Cruzadas peinaron la ciudad de Pest, en la ribera izquierda del Danubio, donde se concentraban los judíos. Pero, ¿a dónde llevarlos? Eichmann respondía sin dudar: a Auschwitz. Pero no había trenes. Los trenes debían transportar tropas, materiales de guerra, insumos. No había trenes, no todos los trenes que necesitaba Eichmann. Entonces se mandaba a los judíos a residencias burguesas de Budapest, a los palacios y palacetes estilo Segundo Imperio que conformaban la gloria urbanística de la ciudad. ¿Y los dueños de las residencias? Debían marcharse para dejar su lugar a decenas y decenas de judíos. Elevaban su voz. ¿Acaso no era una confiscación? Todos protestaban en Budapest. Pero lo cierto es que los Flechas Cruzadas de Zaseny y los SS depositaban cada día judíos de Buda en aquellas casas rodeadas de jardines, protegidas por verjas altas. Y allí se hacinaban las familias.

Era como una película cuyo desenlace ya se sabía. Algunos hombres de buena voluntad, algunos justos no se lavaron las manos. El nuncio del Vaticano, Angelo Raotta, por ejemplo. O un comerciante italiano, Georgio Perlasca, que actuaba con la falsa identidad de diplomático español. El encargado de negocios de la España franquista, Ángel Sanz Briz, el encargado de negocios de Portugal, conde de Pongrac, el delegado de la Cruz Roja sueca Valdemar Langlet. Estos hombres se dedicaron a salvar judíos en medio de la confusión. Ninguno hizo tanto como un sueco

de poco más de treinta años, Raoul Wallenberg.

El 9 de julio de 1944 había llegado a Budapest un extraño joven, Raoul Wallenberg, miembro de una de las familias más ricas de Suecia. Sin saber nada de diplomacia aceptó con entusiasmo un encargo difícil: hacer cualquier cosa –pagar, prometer, corromper– para salvar la mayor cantidad posible de judíos húngaros.

Wallenberg y los demás ángeles salvadores, comprendían un rasgo de la mentalidad germana: la idolatría por los documentos y los sellos. Wallenberg se hizo imprimir centenares de pasaportes suecos. Eran falsos, pero estaban llenos de sellos y los SS se impresionaban con ellos.

Wallenberg cada día llenaba esos documentos falsos con los datos reales de judíos verdaderos, que así conseguían llegar a la frontera y escapar a la atroz trampa que les tendía Eichmann. Según algunos testimonios, Wallenberg llegó a entrevistarse con Eichmann en el restaurante del Majestic. ¿De qué hablaron? Wallenberg salvó a miles de judíos. Perlasca, un próspero negociante, dueño de una empresa que vendía ganado en pie para alimentar los mataderos en distintas ciudades de Europa, salvó a más de diez mil judíos haciéndose pasar por miembro de la embajada española. El gobierno de Franco, ante las protestas de Berlín, decidió retirar a su embajador y cerrar su embajada en Budapest. Pero en medio del caos y la confusión en la que estaba sumida la ciudad, los alemanes ni siquiera se dieron cuenta de ello y Perlasca, durante varias semanas, siguió actuando con falsos documentos que lo acreditaban como adscripto a una embajada en la cual no lo conocían y que además… ¡ya había sido cerrada!

Durante meses, Wallenberg hizo de la embajada de Suecia una isla de salvación para los perseguidos. Cuando los rusos liberaron Budapest, en abril de 1945, Wallenberg se esfumó en la niebla: nunca volvió. Es uno de los misterios que la apertura de los archivos de la KGB no ha podido disipar y clausuró de manera innoble por lo cruel y lo clandestino del fin, la trayectoria

de un justo del siglo.

El precio de la infamia. Los intentos de comprar la vida de los judíos de Budapest. ¿Corrupción? Se hacían ingentes esfuerzos por parte de miembros de la Organización Todt, una entidad no gubernativa mundial, para mediar entre el poder nazi en Budapest y la comunidad judía internacional. Joel Brand, su director, viajó quilómetros y quilómetros entre Budapest, Berlín y Estambul, donde debería haberse efectuado la transacción.

Se realizaron activas gestiones para "comprar" vidas. El mundo estaba dispuesto a pagar por los judíos húngaros. Pero, ¿cuánto vale la vida de un judío, de cientos de miles de judíos? Pagar… pero ¿a quien? En esas gestiones, también intervino el rabino Samuel Stern, quien se entrevistó varias veces con Eichmann.

Pero el OberSturmbannführer repitió lo que ya había hecho varias veces: se había convertido en un maestro de la doblez, de la falsa promesa, del engaño. Trataba con exquisita cortesía a todos lo que venían a pedirle por vidas, pero era en realidad implacable en el exterminio. Se dijo que Eichmann había tasado la vida de un millón de judíos: valía diez mil camiones militares, y la palabra del Tercer Reich de que no iban a ser usados en el frente occidental sino sólo contra Rusia. Durante el juicio de Jerusalén, Eichmann dijo no recordar nada de esto. Otros oficiales de las SS, por el contrario, ofrecían vidas a cambio de dinero.

El fiscal del juicio de Jerusalén Gideon Hausner, no pudo probar que Eichmann fuera un hombre corrupto. En todo caso, otros jerarcas de las SS, en la atmósfera enloquecida del Budapest de 1944, quisieron sacar ventajas personales.

El genocidio a la vista del mundo

¿Qué se sabía del Holocausto en 1944? En 1943, el nuncio apostólico en Bratislava, monseñor Giuseppe Burzio, había hecho llegar al Vaticano la información de que los judíos deportados hacia el Este eran aniquilados por gas. Desde esa misma fecha se conocían el empleo del gas Zyklon B, detalles de la construcción

de los campos de concentración y de exterminio así como las funciones que tenían los hornos crematorios. Noticias de primera mano y testimonios oculares habían llegado a Londres desde 1942, tanto sobre las matanzas ocurridas en el ghetto de Varsovia como sobre los trenes que desde allí partían sin pausa hacia los campos de exterminio. En abril de 1943, el mundo supo sobre la insurrección armada de los judíos del ghetto de Varsovia, y la posterior aniquilación, tras unos días de lucha, de todos sus habitantes por el general de la SS Jurgen Stroop. En julio de 1943, el delegado apostólico en Estambul, monseñor Angelo Roncalli, luego Papa Juan XXIII, envió una nota al Vaticano en la que afirmaba que "millones de judíos habían sido enviados a Polonia y allí aniquilados".

A comienzos de 1944 miembros de la resistencia polaca proporcionaron a los aliados mapas de los campos y la indicación de los itinerarios hacia Birkenau. Suplicaron la intervención de la aviación aliada para interrumpir las deportaciones. También pidieron que los aliados lanzaran sobre Alemania millones de volantes que informaban a la población sobre lo que estaba sucediendo y advertían sobre las consecuencias legales que tendría para quien fuera cómplice, en la posguerra. Dos prisioneros de Auschwitz habían conseguido escapar y relataron todos los detalles: torturas, exterminio, gaseamiento y cremación de restos... El *New York Times* publicó un artículo en el que avanzaba estos hechos y advertía que una matanza estaba consumándose en ese mismo instante ante los ojos del mundo, en la civilizada ciudad de Budapest. Pero esa noticia, en el ejemplar del diario del 17 de junio de 1942, quedó confinada a la página…¡siete!

De todo el mundo comenzaron a llegar voces indignadas. El Papa Pío XII clamó y también lo hizo Winston Churchill, quien lanzó una advertencia a las autoridades nazis: al terminar la guerra, la justicia iba a ser implacable con quienes alzaran la mano contra los judíos húngaros inermes. Nada fue suficiente.

Cientos de miles de húngaros, a la vista y paciencia del

mundo, iban al infierno caminando. La permanencia de los judíos húngaros en los improvisados ghettos debía ser lo más breve posible: ellos, ordenaba un rabioso Eichmann a sus adláteres, debían partir hacia el exterior lo antes posible. El 5 de mayo, Eichmann se entrevistó con los responsables de las ferrovías húngaras. Allí se tomaron decisiones importantes. Los trenes con deportados pasarían primero por Eslovaquia antes de arribar a Auschwitz. Cada tren llevaría 45 vagones por lo que las locomotoras debían ser reforzadas para arrastrar semejante peso. Eichmann, para cumplir con sus esquemas, exigía que de Budapest salieran cinco convoyes por día. Le concedieron tres por día.

La responsabilidad de "rematar" la inmensa operación fue trasladada a Rudolf Höss, quien había dejado de ser jefe de Auschwitz, a manos de otro oficial SS, Richard Baer. Pero la importancia de la "Operación Margarita" obligó a Höss, considerado irremplazable pues por sus manos habían pasado ya varios millones de judíos, a multiplicar sus afanes. Höss puso manos a la obra, construyó nuevos barracones, más hornos crematorios y más cámaras de gas.

Sin hacer caso de la apelación mundial, en junio, la aviación aliada bombardeó Budapest. No tenían planos detallados de la ciudad y una bomba cayó sobre un palacio expropiado lleno de judíos que esperaban la deportación. Murieron todos.

El 17 de junio el alcalde de Budapest Agos Doroghi Farkas publicó un decreto que obligaba a los hebreos a concentrarse en las casas que a su frente tenían una estrella amarilla. Eran 2.681 palacios de la ciudad cuyos dueños habían sido expulsados para que allí se albergaran los judíos. Fueron tantas las protestas que unas ochocientas mansiones fueron devueltas. Al mismo tiempo se prohibió a todos los judíos circular por la calle a cualquier hora del día, salvo entre las 14 y las 17 horas, y únicamente para recabar asistencia médica o comprar comida. Se prohibía a los judíos asomarse a la calle y hablar de ventana a ventana. Esa semana la prensa suiza comenzó a publicar artículos sobre lo

que sucedía en Budapest. Los aliados habían desembarcado el 6 de junio en Normandía. Horthy pidió directamente a Hitler el retiro de las tropas alemanas pero no recibió respuesta alguna. El 21 de junio durante un concejo de ministros, el ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Horthy hizo notar que la prensa mundial estaba haciéndose eco de las persecuciones a los hebreos húngaros. La Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Estados Unidos intimó al gobierno húngaro para que cesaran las persecuciones antisemitas. El Primer Ministro respondió que no había persecuciones raciales en Hungría y que los judíos enviados al exterior eran ciudadanos húngaros enviados a campos de trabajo. El 24 de junio el gabinete en Budapest decidió cancelar cualquier deportación.

Eichmann, al conocer esa decisión, montó en cólera y no hizo el menor caso de ella. Entre el 19 y el 24 de julio, tres mil judíos fueron enviados a Auschwitz. Durante lo que restaba del mes de julio, el tironeo sobre esta cuestión se prolongó. El 25 de agosto Eichmann debió inclinarse ante las presiones de Horthy y abandonó Hungría con su equipo.

Mientras tanto, Rumania firmaba imprevistamente un armisticio con los aliados. El 28 de agosto, los rusos alcanzaban la Transilvania y amenazaban directamente a Hungría. Horthy comenzó a tramitar separadamente armisticios con los rusos y los aliados. El 11 de octubre Horthy había aceptado las condiciones impuestas por el Ejército Rojo y estaba dispuesto a anunciar la rendición. Ese día, un comando encabezado por Otto Skorzeny, capturó a Miki Horthy, hijo del regente, y lo envió en avión a Mauthausen. El almirante fue sometido a extorsión: la vida del hijo por la anulación del armisticio con los rusos.

El 15 de octubre el embajador Edmund Veesenmayer se presentó en el comando general del almirante y lo arrestó. Horthy aceptó todas las condiciones que le impusieron. Ese mismo día Eichmann se presentó nuevamente en Budapest para finalizar la tarea que había dejado inconclusa. En la ciudad, en los diversos ghettos o escondidos, quedaban más de cien mil judíos cuyo

destino pendía de un hilo. Pasaban de la euforia –parecía que la guerra estaba ya definida– al terror. Los nazis impusieron en la jefatura del gobierno en lugar del depuesto Horthy al nazi húngaro Szalasi.

Los días 15 y 16 de octubre, los Flechas Cruzadas desataron una masacre entre los judíos, acribillándolos en las calles, donde sus cadáveres quedaban tirados. Un insano viento de violencia se desató a orillas del Danubio. Los asesinos asaltaban las casas que tenían pintada la estrella amarilla y mataban a todos sus ocupantes. Sin embargo, Eichmann paradójicamente, fue uno de los que frenaron la matanza. Si Wallenberg, Perlasca y monseñor Raotta actuaban para salvar vidas, Eichmann lo hizo porque abominaba de los progroms desordenados, considerándolos inútiles.

Nuevamente dueño de la situación, Eichmann comenzó la segunda fase de la depuración de los judíos húngaros: el éxodo a pie.

A las cinco de la mañana del 21 de octubre de 1944, todos los judíos de ambos sexos entre los 16 y 60 años fueron sacados a los patios de los palacios. De esa manera, los nazis tenían en sus manos a 25.000 hombres y 10.000 mujeres. Se los dividió en unos setenta batallones de trabajo. Muchos fueron matados por capricho, y otros fueron vejados y maltratados. El 25 de octubre comenzó la marcha a pie en dirección al confín fronterizo de Hegyeshalom, a doscientos kilómetros de Budapest. Los prisioneros caminaban. Los que caían enfermos o extenuados durante la marcha de exterminio eran rematados como animales. El resto debía marchar sin comida ni bebida. La crueldad inhumana de las Cruces y de los gendarmes húngaros impresionó inclusive al general SS Hans Juttner, que el 3 de mayo de 1948 en su testimonio ante el tribunal de Núremberg, contó lo siguiente:

> En noviembre de 1944 realizaba un viaje de inspección al frente en mi calidad de general de las Waffen SS en combate en el frente húngaro. Para preparar este viaje

> ordené al *OberSturmbannführer* Kurt Becher que se me uniera en Viena… La mañana de mi llegada, Becher me dijo que en su viaje de Budapest a Viena, había cruzado columnas de hebreos en marcha hacia el confín del Reich. Esa marcha lo había impresionado mucho a causa de las terribles condiciones de agotamiento en que se encontraban muchos de los peregrinos, algunos ya moribundos. Inicialmente, no quise creer en ese relato. Le dije a Becher que a mi regreso a Budapest pediría explicaciones al jefe de las SS, Otto Winkelmann.

En el juicio contra Eichmann en Jerusalén, Juttner también fue testigo y contó así lo sucedido cuando llegó a Budapest:

> Las columnas de judíos medio muertos que marchaban hacia la fronteras eran llamadas por los soldados "el regimiento Eichmann". En Budapest hablé del tema con Winkelman quien me dijo que las SS no tenían nada que ver con esto y que todo era manejado por Eichmann. Le pregunté quién era Eichmann y me dijo que el encargado de la Jefatura Central de la Seguridad del Reich, en relación a los judíos. En esta área, me dijo, él, Winkelman, no tenía autoridad alguna. Sólo se hacía lo que Eichmann ordenaba.

Durante su estancia en Budapest, Adolf Eichmann dio crecientes señales de degradación en su capacidad de autodominio y frialdad. Eichmann según su biógrafo Cesarani cayó en un "colapso moral". El exceso de poder –era virtualmente dueño de vida y muerte de miles y miles de prisioneros– lo llevó a la bebida. Su estado etílico habitual fue señalado por múltiples testigos, entre ellos Wilhelm Hottl y Hermann Krumey, sus subordinados. Debe puntualizarse que Eichmann siempre fue un fuerte bebedor, aunque no perdía el autodominio. En Budapest tenía comodidades con las que no podía ni soñar en su cotidianeidad. En septiembre de 1944 llegó a mudarse a

un castillo. Según una investigación publicada en 1960 por el periodista Comer Clarke, Eichmann en Budapest se entregó a "actividades orgiásticas, haciéndose asiduo de cabarets y burdeles. Sus fantasías sexuales se desataban hasta las seis de la mañana, hora en la que se reintegraba a su trabajo, consistente en mandar personas a la muerte".

Algunos de estos datos fueron aportados por Dieter Wisliceny, el colaborador quizás más estrecho que tuvo Eichmann en toda su carrera de policía criminal. Wisliceny sí que era un "vividor". Joel Brand, que tanto trató con el núcleo de hierro de Eichmann, señala que en Budapest Wisliceny estaba tan gordo que no podía ni sentarse en una silla normal.

Entre las amantes de Eichmann se menciona a una hermosa mujer divorciada, Ingrid von Ihne. Al ser interrogado en Jerusalén, Eichmann admitió que en Budapest tuvo frecuente trato con esta mujer y con la madre de ella. También tuvo una relación con una tal Margit Kutschera, la esposa de un diplomático y periodista, el conde Stefan Schlippenbach, quien trabajaba para la agencia oficial de noticias de Alemania.

Otra actividad "placentera" a la que se entregó Eichmann en Budapest fue la motonáutica, para cuya práctica adquirió una lancha anfibia. Hansi Brand, la esposa de Joel, quien trabajó arduamente para lograr un "convenio" económico entre la comunidad judía internacional y Eichmann y sus subordinados, contó que "Eichmann apestaba a coñac". En sus memorias, Eichmann dedica algunos párrafos a recordar sus exploraciones etílicas en relación con los vinos Tokay, a los que se hizo adicto.

Cesarani puntualiza que Eichmann nunca se convirtió en la "bestia sádica y lasciva" que algunos relatos sensacionalistas retrataron. Pero estuvo lejos, por lo menos durante su temporada en el infierno de Budapest, del clisé que se forjó sobre él: un robot burocrático, un monje ascético. El poder lo capturó. El poder absoluto que hizo de él amo de vidas y muertes.

Adolf Eichmann dejó Budapest la nochebuena de 1944 y su huida fue peligrosa. El fuego de la artillería rusa cortó la ruta

hacia Berlín pocas horas después de que Eichmann pasara. El jeep en el que se desplazaba Eichmann debió tomar diversos atajos para no ser alcanzado por los morteros rusos. La vanguardia del Ejército rojo estaba ya en las afueras de Budapest. Eichmann pasó la noche en Oldenburg, en la frontera austro-húngara. Allí se encontraban varios de sus colaboradores en Budapest, todos los cuales intentaban dejar atrás la capital húngara. Wilhelm Hottl no lo podía creer cuando vio emerger del camino a un Eichmann cubierto por el polvo de las explosiones.

La historia del exterminio de los judíos húngaros, cuyo número de víctimas, según un informe presentado por el propio Veesenmayer después de la guerra, ascendió a 445.000 personas, no terminó cuando Eichmann dejó la capital. Ferenc Szalasi y sus Flechas Cruzadas, en los helados días del invierno que separó el 1944 del 1945, recorrían Budapest "cazando" judíos. Los tiraban vivos a las heladas aguas del Danubio y allí los Flechas se entretenían disparándoles a la cabeza. Entre decenas de escuadrones de muerte, se destacaba el guiado por un monje católico, Andras Kun. Esa banda irrumpió el 11 de enero de 1945 en el hospital judío de la calle Maros provocando una masacre: el monje incitaba a sus hombres a disparar en nombre de Cristo. No hubo piedad para nadie: mujeres, niños y viejos. También los Flechas atacaron otro hospital, el de la Plaza Bethien, que ocuparon por 24 horas, llevándose a 28 niños que mataron horas después. Hundido en esta atmósfera de insania criminal, Szalasi estaba empeñado en escribir sus memorias y comunicarse con el espíritu de un escocés muerto, un tal Campbell, por quien se decía inspirado.

Tercera parte. El condenado (1959-1962)

Capítulo 5

Secuestro, juicio y ejecución

¿Quién es Frondizi?

1958 pintaba como el año en el que la Argentina se iba a encarrilar, por fin, hacia su eterno destino de gran nación del sur. Parecían quedar atrás golpes y contragolpes militares, leyes represivas, cárceles atestadas con miles de presos políticos. Había ocupado la presidencia el hombre a quien todos, aun sus enemigos, reconocían como el político más inteligente y capaz que había producido el país en décadas. Era un abogado de 50 años llamado Arturo Frondizi. La frente despejada y los anteojos le daban a ese hombre alto y delgado un aire intelectual que no era ningún disfraz: Frondizi tenía una formación académica sólida a la que unía un talento oratorio poco común. La esperanza bullía en el corazón de los argentinos. Por fin, pensaban no pocos hombres y mujeres, el país podría olvidarse de dudosos demagogos o militares primitivos.

El 1° de mayo de 1958 Arturo Frondizi cumplió un ritual al que los argentinos conceden enorme importancia: de pie, en un auto descubierto, ataviado con smoking y con una banda celeste y blanca cruzándole el pecho, mirando hacia el pueblo que lo había votado y que lo aclamaba en las veredas y en los balcones, el flamante jefe del Estado recorrió los mil metros que separan la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo donde había jurado cumplir su mandato por Dios y por la Patria, del Palacio del Congreso, sede del Poder Legislativo. Esos mil metros están unidos por la avenida de Mayo, la calle que simboliza la grandeza de esta ciudad de los Buenos Aires.

El primer proyecto de ley que Frondizi envía al parlamento

cumplió con la promesa que había hecho a la sociedad: la nacionalización del petróleo, que los argentinos veían como la llave del desarrollo.

El mundo parece confirmar ese optimismo con acontecimientos promisorios: los Estados Unidos envían el Explorer al espacio; el general Charles de Gaulle, llamado nuevamente al poder, promete terminar con la sangría de Argelia; el año se cierra con la huida vergonzante del tirano de Cuba, Fulgencio Batista, quien deja el poder a unos jóvenes idealistas que se han batido en las montañas. En el Vaticano, un hombre dulce y paternal invita al mundo a una era de paz. Se llama Angelo Roncalli pero se lo conocerá como Juan XXIII o el Papa bueno.

Israel lame las heridas de otra guerra que ha desgarrado la vieja tierra bíblica aunque se hubiera saldado con una victoria sobre el Egipto de Gamal Abdel Nasser. Ben Gurión decide que ha llegado la hora de mirar hacia atrás, hacia la ominosa era de exterminio. Ha llegado la hora de la justicia.

En el seno del gobierno de Tel Aviv las discusiones sobre el papel de los servicios secretos fueron arduas. Algunos, entre quienes se encontraban los ministros Levi Eshkol y Abba Eban, sostenían que el Mossad tenía que limitarse a espiar a los árabes y adivinar sus planes, porque de ello dependía el futuro del Estado. Otros, encabezados por Ben Gurión y Golda Meier, sostenían que Israel, hijo del Holocausto, debía preservar esa memoria, no sólo con ejercicios memorialísticos sino con hechos concretos de justicia que esculpieran en la conciencia del mundo la barbarie nazi.

El primer enviado, Goran

Ese es el contexto en el que Israel decide ocuparse de dos de los más siniestros criminales de guerra que hasta entonces han escapado de todo castigo. Según múltiples indicios, se ocultan en la Argentina. Son Adolf Eichmann, el arquitecto del exterminio de seis millones de judíos y Joseph Mengele, el médico que

usaba a los judíos como cobayos para experimentos genéticos.

Lo primero que hizo Isser Harel, jefe del espionaje israelí o Mossad, fue enviar a Buenos Aires a uno de sus agentes, Yael Goran. Durante los días que permaneció en la ciudad, Goran encontró una sociedad absorta en su renacimiento político. Era enero de 1958 y corrían las últimas semanas de la campaña para las elecciones presidenciales que ganaría Frondizi. Goran comprendió qué arduo era buscar a un hombre en semejante megalópolis: tres millones de personas vivían en Buenos Aires pero seis millones más se apiñaban en su periferia, en barrios inabarcables que se extendían sin solución de continuidad a lo largo de decenas y decenas de kilómetros.

Goran visitó la calle Chacabuco, en La Lucila, donde encontró una vivienda pobre, en un barrio pobre. Tanto Goran como los demás enviados que Harel desplazó luego a Buenos Aires eludieron la embajada de Israel en el curso de sus investigaciones y acciones porque el Mossad defendía su autonomía dentro del Estado. La seguridad del Estado no dependía del Ministerio de Relaciones Exteriores sino del propio jefe del gobierno. Pero ni Goran ni los demás agentes que se ocuparon de Eichmann y Mengele estaban enteramente solos en Buenos Aires. Ellos podían contar con la ayuda de militantes sionistas y amigos de Israel en los que sin embargo Goran no encontró, aquellos días de enero de 1958, mayor entusiasmo. El clima general no favorecía las indagaciones del pasado, Goran se sintió un aguafiestas. ¿Justo ahora venir a remover la mierda?

En el informe que Goran elevó al Mossad señalaba que no había encontrado el rastro de Eichmann. Consignaba su personal opinión según la cual era altamente improbable que un ex jerarca del Reich estuviese instalado en los paupérrimos suburbios bonaerenses. David Cesarani, el historiador inglés que más ha investigado sobre Eichmann, considera que el Mossad cometió muchas torpezas durante la larga cacería de Eichmann, como los garrafales errores de Goran. No sólo fue incapaz de ver lo que tenía bajo sus narices sino que contribuyó a un error

generalizado que el Mossad "compró", aunque debe decirse que tal error, si bien dilató la captura, no impidió a los servicios secretos de Israel conseguir su objetivo.

El error que revelan los testimonios aportados por los agentes israelíes –notorio en los libros escritos por Harel, Aharoni y Malkin– es sobrevaluar tanto la unidad, capacidad y fortaleza de los antiguos nazis refugiados en Buenos Aires como la capacidad logística y de inteligencia de la policía argentina.

La misión Hoffstätter

El informe de Goran no conformó a Isser Harel. Justamente, fue lo contrario. A todo esto, tanto Simón Wiesenthal como el fiscal Fritz Bauer, insistían una y otra vez en la tesis de que Eichmann vivía en Buenos Aires. En marzo de 1959 se le presentó a Isser Harel otra oportunidad para investigar el enigma Eichmann. Un inspector de la policía israelí (no política) llamado Efraim Hoffstätter, estaría un tiempo en Buenos Aires adonde iría invitado a un simposio sobre adelantos en las nuevas técnicas criminalísticas. ¿Podría, le pidió Isser a Hoffstätter, dedicar un día a entrevistar a ese tal Lothar Hermann, el empecinado denunciador de Eichmann?

Efraim Hoffstätter era un hombre de unos cuarenta años, con tupidos cabellos rubios. Iba siempre muy bien vestido. En el aeropuerto de Ezeiza, los taxistas lo tomaron por un gerente de multinacional o quizás por un distinguidísimo cirujano cardiovascular con consultorio en la Quinta Avenida o en los Champs Élysées. En Buenos Aires se alojó en el Hotel Plaza y terminados sus compromisos profesionales, se dispuso a cumplir el encargo de Isser Harel.

Se dirigió a Retiro y sacó pasaje para Coronel Suárez, a cuatrocientos sesenta kilómetros al noroeste de la capital.

Coronel Suárez, como muchos otros pueblos de la provincia de Buenos Aires, había sido en su origen, a mediados del siglo XIX, un fortín en la avanzada del gobierno argentino en territorio entonces dominado por los indios. El pueblo había sido fundado

por un militar cuya estatua ornaba la plaza del pueblo.

En aquel año 1959, alrededor del núcleo del pueblo, vivían miles de alemanes a quienes los argentinos llamaban "alemanes del Volga". Eran descendientes de agricultores alemanes que colonizaron el valle del río Volga, en el oriente de la Rusia europea, a fines del siglo XVIII. Aunque radicados en territorio ruso, se negaban a abandonar su lengua y sus costumbres. El zarismo desconfió de ellos, puso freno a nuevos asentamientos y hacia 1876 los quiso rusificar a la fuerza. Algunos de los colonos, conservadores de su tradición y lengua germánicas, prefirieron emigrar a América antes que aceptar ese mandato.

Y en 1885 habían llegado los primeros alemanes del Volga a la llanura bonaerense, donde fundaron tres colonias agrícolas: Santísima Trinidad, Santa María y San José, mientras que otro asentamiento, Sauce Corto se convirtió unos años después, en el pueblo de Coronel Suárez. Estos alemanes eran católicos o protestantes pero se habían mezclado con judíos askenazís provenientes de Polonia, Lituania, Ucrania y Rusia. En Coronel Suárez, como en muchos otros lugares del interior de la Argentina, por ejemplo, en ciudades del sur de la provincia de Buenos Aires, como Bahía Blanca o Médanos, convivían judíos, cristianos, turcos otomanos o descendientes de los marranos del Magrebh.

Me llamo Lothar Hermann

Durante el largo y tedioso viaje de varias horas entre Buenos Aires y Coronel Suárez, Hoffstätter aprovechó para reforzar su mal castellano en amenas charlas a media lengua con los representantes de comercio y otros viajeros que compartían su asiento y una mesa en el vagón comedor. Cuando llegó a Coronel Suárez tomó un taxi en la estación pero se encontró con la sorpresa de que el domicilio que buscaba, la casa del alemán Lothar Hermann, estaba a sólo cien metros de la estación.

Efraim tocó el timbre y el hombre que abrió la puerta lo hizo pasar. Era Hermann: maduro, tranquilo y curioso le

pidió a su mujer que les trajera un café. Hoffstätter, quien iba preparado a interrogar, primero tuvo que soportar él mismo un interrogatorio. ¡Lothar Hermann quería estar seguro de quién tenía delante! Cuando se convenció de que su huésped era un auténtico representante del Estado de Israel, se franqueó y contó la historia que ya había contado en numerosas cartas y que seguirá contando una y otra vez.

Contó Lothar que él era un abogado socialista a quien los nazis habían enviado a Dachau. En realidad tenía la mitad de la sangre judía pues su madre era hebrea, pero esto, por suerte para él, los nazis no lo supieron: no hubiera sobrevivido si no… Como tenía parientes en América que movieron cielo y tierra para liberarlo, finalmente, lo dejaron salir y en 1938, con su flamante esposa, viajó a la Argentina donde reconstruyó su vida y donde nació su hija Sylvia. Pero debido a los golpes que le habían propinado en Dachau, fue perdiendo la visión. Lothar Hermann finalmente quedó ciego.

Los Hermann, tras vivir varios años en las afueras de Buenos Aires, habían recalado en esta ciudad de Coronel Suárez donde manos solidarias los habían ayudado. Una historia como la de tantos.

Hermann contó que cuando vivían en Vicente López, su hija, entonces adolescente, había salido un tiempo con un muchacho delgado y muy nervioso, un tal Nicolás; se habían conocido en un local bailable de la ribera norte. Sylvia, como toda chica ilusionada, contaba cosas de su noviecito. Por ejemplo, repetía la opinión de Nicolás sobre la grandeza de Alemania, su admiración por el Reich. También, que Nicolás estaba orgulloso de su padre, fallecido en la guerra.

Hermann paró la oreja.

–¿Quién era el padre de Nicolás? –le había preguntado a su hija.

–El padre murió, y el padrastro, el segundo marido de la mamá, se llama Klement.

–Pero entonces ¿cómo se llama tu amigo?

–Se llama Nicolás.

–¿Y de apellido?

–Eichmann. Nicolás Eichmann.

¿Eichmann? Lothar Hermann no era un historiador del nazismo, sino un simple ciudadano que había vivido un tiempo trágico y que anhelaba pasar tranquilo el resto de su vida. Pero ese apellido, Eichmann, le sonaba. Esa noche no pudo dormir. Algo le rondaba la cabeza. Despertó a su esposa y la llevó al lavadero donde guardaban diarios y revistas viejas. Tras buscar mucho, la señora Hermann encontró un antiguo *Argentinische Tageblatt* que mencionaba a un tal Eichmann entre los criminales de guerra más buscados por los tribunales alemanes. Sí, ese era el artículo que su esposa había leído a Lothar y que éste había conservado en un rincón de la memoria. La memoria auditiva de Hermann, como la de tantos ciegos, era implacable.

Así pues, el hombre unió las piezas del rompecabezas. El padre de Nicolás Eichmann había sido alguien importante en el Tercer Reich. Y la familia decía que había muerto, pero en la casa de Nicolás había un hombre…

Unos días después, Lothar y su hija se fueron de Coronel Suárez a Buenos Aires. Llegaron a la estación Retiro y allí transbordaron a un tren de la línea General Mitre que los llevó hasta la estación La Lucila. Sylvia no recordaba exactamente dónde estaba la casa de Nicolás, a la que había ido sólo una o dos veces. Pero sí recordaba algo; estaba en una trasversal a Paraná, una avenida importante, perpendicular a la costanera y a la avenida Maipú. Tras deambular un rato, Sylvia encontró la calle, se llamaba Chacabuco e identificó la casa: tenía el numero 4261. Tocaron el timbre y nadie salió. Preguntaron a un vecino y les dijo que la familia que vivía en ese lugar se había mudado unas semanas atrás. Hermann comenzó a actuar. Envió una carta a la DAIA, la delegación de entidades israelitas en la Argentina, pidiendo una entrevista a fin de dar a conocer un dato importante para la justicia. Se la contestaron dándole direcciones del Concejo Mundial Judío y de otras entidades, con las que Hermann se

carteó. Entre ellas, la de un fiscal de Hesse, Alemania, el doctor Fritz Bauer. Hermann, por su cuenta, siguió averiguando. En esa casa de Chacabuco 4261 había dos medidores de luz, uno a nombre de Dalmaso y otro a nombre de Klement.

Hermann comenzó a cartearse con la fiscalía de Hesse donde el doctor Bauer estaba interesado en lo que él relataba. Todo esto había durado varios años, y durante ellos, Hermann más de una vez se desalentó, llegó a creer que sus denuncias no iban a servir para nada. Pero al fin…

El agente Efraim Hoffstätter no dudaba de los dichos de Hermann. En el informe que Hoffstätter envió a Isser describía a Lothar como un hombre apasionado pero sincero. Hoffstätter descartaba que el ciego fuese un mitómano o un aprovechador. Pero los datos que había dado sobre el posible Eichmann eran imprecisos y por más que buscó confirmarlos, no encontró nada. Agregaba Hoffstätter otra cosa que le había subrayado Hermann. Si Eichmann era capturado, él, Lothar Hermann, quería la recompensa que el Concejo Mundial Judío había ofrecido a quien posibilitara la captura de Adolf Eichmann. Hoffstätter le dijo que eso lo tratara con el Concejo, él era un simple empleado del Estado de Israel. Cuando el ciego insistió en que los viajes realizados y las cartas enviadas ya le habían insumido gastos que él no podía sufragar con su modesta renta de jubilado, Hoffstätter le extendió un cheque por 150 dólares.

Muere María Eichmann

Pasó el año 1959. El primer año de la década del sesenta ya no fue tan promisorio para los argentinos. El estado de gracia que el país había concedido a Frondizi pronto se agotó y los problemas de fondo que arrastraba la Argentina se precipitaron: los militares le habían entregado el poder formal al presidente pero retenían el poder real, y lo jaqueaban con continuos planteos, mientras los sindicatos peronistas comenzaban una ronda de huelgas exigiendo a Frondizi que les devolviera la CGT que los militares les habían arrebatado; el regreso del exiliado general

Perón –reclamado por sus partidarios, vetado por los militares, temido por el propio presidente– había vuelto a instalarse en el corazón de la realidad argentina como un problema inmune a cualquier tratamiento. Para colmo, el ministro de Economía al que Frondizi había recurrido, un conservador llamado Álvaro Alsogaray, acuñó en sus frecuentes mensajes al país una frase ("Hay que pasar el invierno") que el humor popular usó como *bumerang*. La opinión pública porteña, tornadiza, empezó a mirar de mal modo a la gran esperanza blanca que había sido Arturo Frondizi.

En abril de 1959 había muerto en Linz María Eichmann, la madrastra de Adolf. A Simón Wiesenthal, que no dejaba de leer con minucia la prensa de la ciudad austríaca, no le pasó por alto el aviso necrológico en el *OberöSterreichischen* Nachrichten, diario de Linz; el arquitecto-investigador había aprendido que los avisos fúnebres son fuente de informaciones invalorables. En este caso, entre los deudos que habían convocado al duelo de la señora Eichmann, Wiesenthal encontró a "Vera Liebl".

¿Qué quería decir eso? Si, como lo sostenía la familia Liebl –por ejemplo, la madre de Vera, a la que un hombre de Wiesenthal había entrevistado hacía poco tiempo–, Vera era viuda de Adolf y en América se había casado con otro hombre, ¿cómo se explicaba que estuviese tan al tanto de la muerte de su antigua suegra, al punto de que la incluyeran en el obituario? Más bien parecía como si Adolf –quizás vivo, quizás oculto fuera de Austria– estuviese muy pendiente de su madrastra y hubiera querido al menos participar del duelo a través de su esposa Vera…

Así pues, Wiesenthal no cejaba en su empeño pero hasta entonces no había encontrado eco en la justicia alemana. Bauer y Wiesenthal, confiaban ahora en que Israel se decidiera a actuar. El hombre decisivo para precipitar la captura de Eichmann fue alguien a quien ya he citado: el doctor Fritz Bauer (1903-1968). Había sido un combatiente antinazi, motivo que lo llevó varias veces a prisión y luego al exilio en Dinamarca y Suecia. Cuando el nazismo cayó, Bauer volvió a su patria, y se convirtió en una

gran figura del derecho penal alemán, al que aportó varios libros sobre criminalística, además de su actuación como fiscal. Bauer, antiguo compañero de afanes juveniles de Willy Brandt, había editado junto a éste una revista clausurada en su momento por Hitler.

De La Lucila a Bancalari

Mientras diversos actores tejían en Europa la trama que finalmente iba a atrapar a Adolf Eichmann ¿qué novedades había traído el año 1960 a la vida del ciudadano argentino Ricardo Klement, inquilino de la calle Chacabuco 4261? Los chicos crecían. Ninguno entró a la Universidad. Al más grande, Nicolás, o Klaus, a quien sus amigos argentinos llamaban Tito, le gustaban la mecánica y las motos –una afición que quizás había heredado del padre. Horst, el más rebelde y conflictivo, salía cada mañana de casa sin decir a dónde iba; sus padres le sospechaban militancia en organizaciones nacionalistas argentinas. Dieter se la pasaba navegando en lanchas de amigos y su sueño era engancharse como marinero en algún mercante. El pequeño Ricardo Francisco todavía jugaba con autitos en el patio de la casa.

Ese 1959 Eichmann cambió de trabajo. Dejó Orbis, la fábrica de calefones, y entró como técnico electricista en la Mercedes Benz de González Catán. De La Lucila a González Catán… El trabajo le quedaba lejos, entre ida y vuelta debía viajar cuatro horas diarias, pero el sueldo era mejor. Además, con los ahorros, los Eichmann decidieron mudarse. Tampoco se fueron muy cerca de la fábrica, pero algo era.

Una de las tantas empresas inmobiliarias que pululaban por el Gran Buenos Aires, la Santa Catalina Sociedad Anónima, ofrecía lotes baratos en barrios como Beccar, Villa Adelina o en el Acceso Norte. Los precios estaban fuera del alcance de los Eichmann. Visitaron muchos lotes en esa inmensa geografía suburbana que crecía sin parar con nuevos barrios como Villa Federal o Villa Virreyes. Importantes fábricas se abrían en el

norte del Gran Buenos Aires; la Fate en Victoria, la Hidrófila en Florida o la Atanor en Munro, y en los alrededores de las fábricas se agrupaban casitas de obreros.

Durante los meses en los que visitaron lotes, aprendieron que algunos lugares olían mal si había cerca algún frigorífico, como el Bancalari o el Cocarsa. Otros terrenos baratos estaban en lugares ruidosos como los que circundaban el aeropuerto de San Fernando. En otros, la amenaza de inundaciones era flagrante y los rematadores rozaban el delito porque vendían tierra que con dos gotas se anegaba. Es que la atravesaban ríos que apenas cabían en sus cauces, como el Reconquista o arroyos como el Basualdo.

Un lote en la calle Garibaldi

Un día, Adolf y Vera subieron a una "bañadera", un ómnibus descubierto que salía de la estación de Olivos, y fueron a visitar unos terrenos en venta. El lugar no era gran cosa: estaba lejos de todo, en una calle transversal a la ruta 202, que une San Fernando con San Miguel, y que empalma con la ruta 9, espina dorsal de la red caminera argentina, por lo que se ha llamado la Ruta Panamericana. En realidad, el lote no estaba en el partido de San Fernando. Estrictamente, era el barrio Villa Domínico o quizás el barrio Bancalari –Eichmann parecía preferir siempre vivir en esas periferias alejadas, donde las fronteras mismas se difuminaban–. Villa Domínico, Bancalari, no hablemos de Villa Forestal, eran barrios de menor pedigree que San Fernando.

Pero el lote era grande, tenía 700 metros cuadrados y por él pedían 65.000 pesos, pagaderos en cuotas durante veinte o treinta años; el gobierno, para incentivar la radicación de vecinos, lo había declarado libre de impuestos. Y además, el arroyo que corría a unos cien metros –colector del río Tigre– no se desbordaba, según le aseguraron los vendedores. El aeropuerto de San Fernando estaba cerca, pero el lote de la calle Garibaldi no parecía ruidoso, y tampoco había frigoríficos ni fábricas. Es cierto que a quinientos metros se había formado una villa

miseria donde se hacinaban familias del interior que trabajaban en los frigoríficos.

Firmaron el boleto de compra a fines de 1959. Antes de levantar la casita, los Eichmann tuvieron que hacerle una base elevada de cinco escalones para asegurarla contra inundaciones. La señal de vida humana que estaba más cerca era otro "ranchito", a cincuenta metros, y después, un quiosco a una cuadra, junto a la parada del colectivo 203.

Su aislamiento era tal que los moradores tenían una visión circular del entorno. Podía divisarse el horizonte en un área de 360 grados. ¿Fue eso lo que convenció a Eichmann?

Los Eichmann se habían convertido en propietarios, el sueño de todos los trabajadores argentinos. Lo primero que hicieron fue traer una prefabricada al lote, que después serviría de baño. Ahora, a levantar "la casita". Se pusieron manos a la obra. ¿Por qué no? Eran cuatro pares de manos masculinas, más un quinto par porque Vera trabajaría a la par de ellos. El único que no trasegaba con los ladrillos era el pequeño Ricardo Francisco que sin embargo estaba contento porque sus padres le habían traído de regalo una linda bandera roja con mástil de caña, que llevaba el emblema de la Inmobiliaria Santa Catalina. Los domingos y los días en los que Eichmann tenía franco en la Mercedes Benz, Adolf y los muchachos se iban de la calle Chacabuco a Bancalari y trabajaban de sol a sol. Y los días de semana, Klaus, Dieter y Horst también iban a Bancalari y seguían trabajando, si no tenían otra cosa que hacer. Además, varios empleados de la fábrica se ofrecieron a ayudar al compañero Klement y los domingos se reunían estos amigos. La gauchada era una práctica solidaria habitual entre los obreros argentinos. Era también una excusa para interrumpir el trabajo al mediodía y comerse un asado con vino tinto mientras los hombres escuchaban el partido en la Spica y las mujeres conversaban de sus cosas.

En febrero de 1960 Eichmann rescindió el contrato de alquiler de Chacabuco. Cargó los muebles en una chatita y temprano en esa mañana de calor intenso se mudaron a Bancalari: el

“rancho” era ya habitable. Tres habitaciones, con ladrillo sin revocar. Ventanas amplias, una cerca, alambrado. No había agua corriente ni luz eléctrica, ni gas, ni cloacas. Pero habían cavado un pozo ciego, y los amigos de Adolf habían instalado una buena bomba de agua, y en la construcción anexa la familia se podía duchar y Vera lavaba allí la ropa. El techo primero fue de cinc pero pronto le hicieron loza.

Vera hizo confortable la casita: le puso cortinas, instaló un calefón y adaptó los muebles que tenían en Chacabuco. Para cocinar, calentadores de kerosene y para iluminarse, un sol de noche; de todas maneras se acostaban temprano y para entretenerse tenían la radio a transistores en la que escuchaban la Hora Alemana.

Miles de obreros argentinos hacían lo mismo y todos, a pesar de los suelos bajos, de las huelgas, de los golpes de Estado, de los militares y los peronistas, todos salían adelante.

–¡Argentina es un flor de país, don Otto! –le decían a Adolf Eichmann los compañeros de la fábrica que venían a ayudar–. ¡Acá no hace plata el que no quiere, don Otto! –le repetían a Adolf Eichmann los compañeros cuando venían los domingos a comer el asado y dar una mano con las plomadas, la carpintería metálica, los ladrillos que durante la semana Vera se encargaba de comprar en corralones de la zona. Bancalari, Villa Adelina, San Fernando, ¿dónde estaba exactamente la calle Garibaldi? ¿A quién le importa?

Lo primero que hicieron, al instalarse, fue comprar casillas para los dos perros y Vera dibujó en una maderita, con unos números raros que parecían góticos, la numeración: 6070. Después pusieron una más grande: “Garibaldi 6070”.

¿Era Bancalari, era Villa Domínico, era Villa Florida, era San Fernando? Así era ese territorio vasto, inabarcable, la periferia, el gran Buenos Aires. La familia tenía su techo, estaban todos sanos y los chicos crecían.

Mercedes Benz Argentina

Adolf Eichmann se levantaba a las cinco y media. Vera le preparaba el bolso con un sándwich envuelto en papel blanco. Caminaba dos cuadras, desde la casita hasta al parada del colectivo 203, que lo llevaba a la estación Bancalari. Allí tomaba un tren lleno de obreros, que cruzaba transversalmente el noroeste de la provincia hasta la estación San Martín, donde tomaba otro colectivo que lo dejaba en la ruta 3, a las puertas de la fábrica. Había otro itinerario posible, llegar en colectivo hasta la estación Caseros y abordar el ramal del ferrocarril Sarmiento hasta Tapiales, y allí un nuevo colectivo hasta la fábrica.

Eichmann recorría diariamente unos 30 kilómetros para ir y volver del trabajo. Atravesaba los distritos de La Matanza, Morón, Tres de Febrero. De dos a dos horas y media de viaje a la ida, y otro tanto a la vuelta. Y así cada día.

La Mercedes Benz se llamaba Daimler Benz Argentina pero todo el mundo le decía Mercedes Benz. Esa enorme fábrica armaba vehículos con partes importadas de la central de Stuttgart. La había levantado el empresario peronista Jorge Antonio, hijo de un inmigrante turco y casado con la judía Esmeralda Rubín. Amigo íntimo del presidente Perón, Antonio era un *self-made-man* que había aprovechado el ascenso del peronismo para coronar una impresionante carrera: en 1946 era un ignoto empleado de una concesionaria de autos. Hizo su fortuna montado en la expansión del mercado automotor argentino. En los primeros años de la década del cincuenta, tras viajar varias veces a Alemania, la empresa de Jorge Antonio importó los gasoleros Mercedes Benz, unos coches que prestaban el servicio de taxis en Buenos Aires, y se convirtieron en un distintivo de las calles porteñas en aquellos años.

Cuando Perón fue derrocado, en 1955, a Jorge Antonio lo detuvieron, le sacaron todo lo que tenía, incluso las acciones de la Daimler y por un pelo no lo fusilaron pero la fábrica, tras algunos avatares, continuó en funciones. Cuando Frondizi llegó al poder fomentó el armado de automotores con partes importadas pero también la fabricación completa de vehículos,

a tono con su proyecto de impulsar la industrialización del país. A la planta tradicional de Daimler (Mercedes Benz) situada en San Martín, se agregó la de González Catán, donde se fabricaban camiones. En 1959 ya salían de fábricas argentinas más de 30.000 automóviles anuales, a los que se agregaban tractores, motonetas, furgonetas. Pero el plan de Frondizi era multiplicar esa cifra y llegar a los 200.000 vehículos anuales. Es en este contexto que Eichmann comienza a trabajar para Mercedes Benz, un hecho que se ha atribuido a eventuales simpatías pronazis de los directivos de la empresa, quienes habrían decidido proteger al antiguo camarada. No hay pruebas de ese auspicio, aunque es cierto que ellas serían difíciles de encontrar. En marzo de 1959 ingresó Adolf Eichmann a la Daimler con cargo de supervisor electricista. Y lo hizo junto a miles de trabajadores mecánicos argentinos que hallaron una fuente de trabajo en la industria automotriz.

En la planta de la Mercedes Benz Eichmann aprendió algunas de los sobrentendidos del mundo obrero argentino: los trabajadores de las terminales automovilísticas, primero habían sido representados por la Unión Obrera Metalúrgica, el sindicato entonces más importante. Después, de los metalúrgicos se había separado otro sindicato, el de mecánicos propiamente dicho, y los mecánicos y los metalúrgicos eran, desde entonces, como unos Montescos y Capuletos proletarios, siempre peleándose. Es que esos sindicalistas de la Argentina, ¿eran gángsters o luchadores? ¿Al Capone o Lenin, eran? Él, Eichmann, o sea Klement, nunca se involucraba en esas discusiones, pero se había afiliado a otro sindicato, el de los supervisores. Eichmann miraba la policía que con frecuencia rodeaba la planta. Miraba, miraba todo. Esos locos de los peronistas, que se hacían llevar por la policía al grito de "¡Viva Perón, carajo!". Eichmann no hacía más que mirar, y registrar en su memoria esos hechos ¿incomprensibles? Los supervisores, que eran de clase media, no se involucraban en los conflictos obreros pero no eran monjas, peleaban los salarios y discutían cada cláusula de los convenios colectivos.

Sí, Eichmann se había hecho ducho en este léxico argentino: paritarias, convenio, proscripción, "De pie con Perón". Perón, Perón, Perón, todo el tiempo los argentinos con ese nombre en los labios: dictador depuesto, líder, la vida por Perón…

De esto se hablaba alrededor del Alemán con cara de esfinge, un tal Klement.

Un día del enero de 1960 Eichmann fue a la Oficina de Personal para recibir la orden de sus vacaciones. Le habían tocado en la segunda quincena de marzo, y una empleada, le dijo:

–Klement, ¿ya recibió la buena noticia?

–¿Qué buena noticia?

–La herencia…

Como él se quedó mirándola con su cara inexpresiva, ella vaciló. A lo mejor había metido la pata, pensó seguramente esa empleada de la sección Personal de la Mercedes Benz. Parece que alguien había preguntado en qué sección trabajaba un tal Klement, y cuando ella dijo que la empresa no daba información, le explicaron que eran de un estudio jurídico y que querían ubicar al señor Klement por el legado de un pariente.

Eichmann sintió que se encendían luces de alarma. Mil veces había sentido lo mismo antes. Cuando lo reconocieron en un campo de prisioneros en Rosenheim, cuando el aduanero en el puerto de Buenos Aires escrutó largamente su pasaporte, tantas veces. Pero esta vez era distinto. Estaba cansado de escapar.

Ben Gurión, el polaco sabra

David Ben Gurión se enamoró del *Spinoza*, gigantesco estudio biográfico y filosófico en cuatro tomos que el escritor argentino León Dujovne, había publicado en 1941 en una editorial de Buenos Aires. La obra es un verdadero monumento a la vida y enseñanzas del sabio pulidor de vidrios holandés. Dujovne le había regalado aquella edición a Ben Gurión cuando visitó Israel. Tanto le gustó esa obra a Ben Gurión que aprendió la lengua castellana para entender mejor ese libro. Un rasgo de desmesura que pinta de cuerpo entero a David Gryn, el polaco sabra.

Sus charlas con León Dujovne lo acercaron a la Argentina, ese país tan lejano para Ben Gurión, que no conocía pero al cual sin embargo habían acudido ya, desde el fin del siglo XIX, miles de judíos. Ben Gurión escuchaba a León Dujovne cuando éste le contaba esas historias que hacían revivir en la imaginación del Viejo, la odisea de los "gauchos judíos", los pioneros que, como el propio Ben Gurión lo había sido en la Palestina de 1905, habían llegado en un barco al puerto de Buenos Aires, en este caso el Wesser, en 1889, la mayoría de ellos procedentes de Podolia, Rusia, para luego asentarse en los campos feraces pero peligrosos de la Argentina. Otros se habían quedado en la gran ciudad, y también existían, pues, los porteños judíos. Sabía mucho el Viejo sobre esas historias, la ilusión de los viajeros, el pan de la esperanza, la fe ciega y absurda en persistir…

De todo eso se acordaba Ben Gurión, a quien llamaban el Viejo, cuando se convenció de que dos nazis como Eichmann y Mengele debían ser llevados a cualquier precio y juzgados en Israel. Ben Gurión era hombre que solía tomar decisiones por cuenta propia, sin decírselo a nadie. "Hay cosas que uno no le dice a nadie, ni siquiera a sí mismo", escribió en su diario este filósofo práctico, quien, en su reducto del desierto, una casita modesta en el *kibutz* de Sde Boker, tenía una biblioteca con veinte mil libros. Así era el Viejo. A veces, se disfrazaba y salía a caminar por las ciudades de Israel, para escuchar la voz del pueblo. Para Ben Gurión disfrazarse era ponerse un gorro que le ocultara la cabeza leonada y los cabellos voladores: con esa precaución ya nadie lo reconocía porque Ben Gurión, para sus compatriotas, para sus seguidores y para el mundo, era esa cabellera loca, esos pelos blancos flotando alrededor de la cabezota.

Cuando alguien osaba preguntarle sobre este rasgo de su conducta –disfrazarse y salir de incógnito a escuchar la *vox populi*– Ben Gurión citaba a un personaje de *Las mil y una noches*, el sultán Haroun el Rachid, quien hacía lo mismo en las calles de Bagdad. "Pese a su posición inapelable de conductor

nacional y figura del mundo –escribe Michel Bar-Zohar, biógrafo de Ben Gurión–, sorprendía cierto rasgo de ingenuidad juvenil en su personalidad. Admiraba a los magos, a los ilusionistas y a quienes sabían hacer rápidos cálculos matemáticos".

Este era el hombre que había convencido a sus pares de que Eichmann y Mengele debían ser llevados a Israel y allí juzgados.

–Pero ¿cómo lo haremos?

Ben Gurión no vaciló en responder:

–Eso lo decidirá Isser.

Hagámoslo

Los años que siguieron al hundimiento del Tercer Reich ignoraron la especificidad del genocidio de los judíos. La expresión genocidio, que significa la destrucción sistemática de un grupo étnico, fue usada por primera vez en referencia a los judíos y el nazismo por el profesor de Derecho Internacional de la Universidad de Yale, Raphael Lemkin. En el caso de los judíos y el nazismo, la expresión no sólo quería significar la exterminación física sino el intento de barrer con la tradición y hasta la memoria de su paso por el mundo. Esa memoria sin embargo no se había perdido. Los judíos mártires de Varsovia, aun en medio de la tragedia, habían escrito. Emanuel Ringelblum, periodista e historiador polaco que redactó sus recuerdos del ghetto de Varsovia, señala que en el ghetto, "todos escribían…, no sólo los escritores y periodistas, por supuesto, sino también los maestros, los trabajadores sociales, los jóvenes y hasta los niños". Ringelblum hace la crónica del ghetto pero también hace la crónica de la memoria escrita del ghetto, y recuerda cómo todos sus habitantes se habían organizado para preservar esa escritura. Tan importante para la salvación de los judíos eran las armas que iban a alimentar la resistencia armada, cuando llegara la hora del alzamiento, como los papeles, en los cuales ellos habían depositado el sentido de su tragedia.

En otros lugares de Europa ocupada por los nazis, donde los judíos fueron perseguidos y aniquilados, la memoria fue también

un objeto precioso que debía ser conservado a toda costa. En Francia, ya en 1943, durante la ocupación, un judío de Grenoble llamado Isaac Schneersohn, había creado un centro clandestino de Documentación judía. Desaparecido el nazismo como una pesadilla que se disipa en el cerebro, Schneersohn comprobó que no bastaba con guardar los papeles, porque los archivos eran poco consultados. Había que realizar otros gestos. El propio Schneersohn erigió un monumento al mártir desconocido, similar a las estatuas que en muchos lugares recuerdan al soldado desconocido. En 1953, la Knesset, el parlamento de Israel, dictó una ley que creó el Memorial Yad Vashem, en Jerusalén, al que siguió otro Memorial similar erigido en París tres años después.

Pero en medio de las dificultades que creaba la inserción de Israel en el mundo del siglo XX, entre los dirigentes del nuevo Estado creció una convicción: la memoria del Holocausto debía reavivarse con actos concretos de justicia que recordaran e impusieran lo sucedido en la conciencia del mundo.

Las investigaciones combinadas de los cazadores de nazis, que proporcionaban constantemente nuevos datos sobre el paradero de los criminales de guerra así como las tareas de los servicios de informaciones de Israel, permitieron a Ben Gurión y sus colaboradores elaborar un plan en varias etapas para la captura y castigo de esos nazis.

En noviembre de 1959 llegó a la sede del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina, un mandato de detención –que debía ser tramitado previa extradición– contra el ciudadano alemán Joseph Mengele, aparentemente radicado en la Argentina. Lo había enviado la fiscalía criminal de Friburgo, y como todo documento extranjero, estaba legalizado por el consulado argentino en Munich.

En cuanto se recibió tal documento en la sede de la Plaza San Martín, el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina lo trasfirió al Procurador General de la República, doctor Ramón Lescano. Este, en una resolución de fecha 17 de noviembre, dictaminó en estos términos:

> Señor Ministro: Por no existir tratado con la República Federal de Alemania a efectos de la extradición de delincuentes, las rogativas que en tal sentido se emitan deben ser tramitadas por vía diplomática de conformidad con lo dispuesto por los arts. 648 y 652 del Código de Procedimientos Criminal. En el presente caso, en el que se requiere la detención de Joseph (José) Mengele, observo que se ha omitido acompañar los siguientes recaudos: 1) copia del auto que decreta la solicitud de extradición; 2) copia de las disposiciones legales aplicables a los hechos acusados, vigentes en la época de la comisión de éstos; 3) copia de las disposiciones legales relativas a la prescripción de la acción penal. Procedería pues hacerlo así presente a la Embajada solicitante, a fin de que se satisfagan los mencionados requisitos legales, hecho lo cual podrá darse curso a la presente rogatoria. Firmado: Ramón Lescano, Procurador General de la Nación.

Despojado de sus tecnicismos legales, este documento quería decir que la Argentina no estaba dispuesta a detener –menos a entregar– a un criminal de guerra. La negativa a extraditar se escudaba en tecnicismos legales: no había tratado de extradición vigente ni le constaba a la Argentina la naturaleza de los delitos que se imputaban a quienes se quería extraditar. El texto del dictamen de Lascano dejaba abierta la puerta para la defensa del candidato a ser extraditado, pues aludía al argumento que había sido empleado profusamente para cuestionar las condenas del Tribunal de Núremberg: la aplicación de una ley posterior al hecho juzgado, lo cual era considerado ilegítimo en la doctrina jurídica prevaleciente.

Además, si el delito que se le imputaba a Mengele, tenía algún componente político, los defensores podían alegar que la extradición violaría el derecho de asilo.

El gobierno de Arturo Frondizi, sin comprometerse tampoco en un rechazo explícito de la orden de detención contra Mengele, se aferró al dictamen de Lescano y diluyó la colaboración con

los tribunales requirentes. Y en un caso semejante, la dilación significaba lisa y llanamente, la anulación del efecto sorpresa, algo elemental en todo procedimiento policial.

La familia de Mengele, como se ha visto en otras partes de este libro, tenía abogados contratados para seguir en todos los tribunales de Alemania las causas que pudieran instruirse contra él. Ninguna iniciativa judicial iba a sorprender a Mengele, sin contar que, además, tenía quien le "filtrara" las novedades en los tribunales argentinos.

Mengele se despidió de la Argentina en abril de ese año 1959, es decir seis meses antes de que el pedido de extradición llegara a las autoridades argentinas, donde de todas maneras fue rechazado. Los sistemas de alerta instrumentados por Mengele, habían funcionado: para Mengele, se había encendido la luz roja.

El embajador Levavi

Tel Aviv. Oficina del Primer Ministro Ben Gurión. Cierto día de abril de 1960. A una reunión de máxima importancia han sido convocados Golda Meier, ministra de Relaciones Exteriores; Haim Cohen, Procurador de la Nación; Pinhas Rosen, ministro de Justicia y Isser Harel, el jefe del Mossad, servicio de inteligencia dedicado a operativos en el exterior, mientras que el Shin Bet, se ocupa de la seguridad interior. También están presentes otros asesores y funcionarios. Tema: qué hacer con los criminales de guerra que sobrevivían en Buenos Aries.

Desde Buenos Aires, se ha desplazado especialmente para tratar esta cuestión el embajador de Israel en la Argentina, Ariel Levavi, quien trae en su portafolios un grueso *dossier* sobre la frustrada extradición de Mengele a Alemania. La primera parte de la reunión estuvo dedicada a escuchar a Levavi, quien hizo una detallada exposición de la posición argentina en el tema. Ya en 1947, durante la presidencia de Perón, la Argentina había rechazado un pedido de extradición que, desde Belgrado, había enviado Tito, el presidente de Yugoslavia, contra el líder ustacha Ante Pavelic, ex jefe del gobierno pronazi de Croacia, acusado

de asesinar a miles de víctimas. También se rechazaron los pedidos de extradición de una docena de otros jefes ustachas.

Ben Gurión no pudo contenerse y le preguntó a Levavi:

–¿En qué fecha se rechazó esa extradición?

–En 1947.

–¿Quién gobernaba?

–Perón.

–¿Dónde está Perón ahora?

–Está exiliado, en Santo Domingo.

–¿Dónde queda eso?

–¿Santo Domingo? En América Central, aunque parece que hace unas semanas, Perón se ha mudado a Madrid y algunos dicen que se quedará allí, si Franco lo autoriza.

–¿Quién lo mandó al exilio?

–Los militares antiperonistas.

En este punto Golda Meier interrumpió al embajador para contar que en 1949 había conocido a Eva Perón en Buenos Aires, y que le había parecido una mujer frágil, tanto que al hablar con ella Golda tuvo la impresión de hablar con un fantasma.

–¿Cuándo murió Eva Perón? –preguntó Golda.

–En 1952. Y su cadáver no se sabe dónde está.

–¿Quién gobierna la Argentina, hoy? –quiso saber Ben Gurión, siempre impaciente.

–Un presidente civil, Frondizi.

Ben Gurión dijo que había conocido a Frondizi en una reunión internacional y que le había causado gran impresión.

–Embajador Levavi –preguntó–, ¿Frondizi es peronista?

–No.

–Frondizi, ¿es nazi?

Al embajador Levavi le pareció que la temperatura en Tel Aviv había subido varios grados.

–¡Por favor! –exclamó–. Es un demócrata, y en su momento se batió contra el fascismo argentino.

–Entonces –le preguntó Ben Gurión– ¿por qué Frondizi negaría la extradición de unos inmundos criminales nazis?

Levabi sorbió un vaso de agua helada y se enjugó el sudor que le caía por la frente. Era un hombre de rostro franco y redondo, con la mirada abierta y las mejillas rosadas de quien está satisfecho de la vida. Pero ahora enfrentaba un problema: ¿cómo explicar lo que era la Argentina a esos hombres y mujeres que lo miraban con fijeza? Se refugió en los documentos que tenía desplegados sobre la mesa, como una tabla de salvación.

–En 1952 la Argentina negó la extradición de Hans Ulrich Rudel, el as de la aviación.

Todos conocían a Rudel. ¿Qué cuentas pendientes tenía Rudel con la justicia?

–Acusado de ametrallar algunas poblaciones civiles. Escapó de un campo de prisioneros pero no se le podía probar nada. Rudel fue amigo de Perón y organizó la aviación argentina. En 1958 Checoslovaquia pidió la extradición de tres criminales de guerra: Jan Durcansky, Juan Pekar y Vojtech Hora, acusados de una matanza en Banska Bystrica. Durcansky y Hora vivían en Buenos Aires y Pekar en Santa Cruz, en la Patagonia. A pesar de que el pedido de extradición fue acompañado con varios kilos de pruebas documentales, incluso fotografías, Lascano devolvió el pedido de extradición.

Ben Gurión se lo hizo repetir una y otra vez, como si quisiera que aquella idea entrara bien adentro de su cabeza:

–La Argentina –recalcó Ariel Levavi, dirigiéndose a todos pero mirando a Ben Gurión, cuyos pelos blancos parecían esa mañana más eléctricos que nunca–…la Argentina no extradita a criminales de guerra. Si no lo hace a Alemania, menos aún lo hará a Israel, ya que nuestra jurisdicción para castigar a los nazis va a ser cuestionada en muchos sentidos.

–¿Por lo tanto, Isser? –preguntó Ben Gurión, dirigiendo la mirada esta vez a Isser Harel.

–El único camino que queda –dijo Isser Harel– es traer a Eichmann y a Mengele.

–¿Traerlos? ¿Quiere decir, por la fuerza?

Nadie contestó a esa pregunta. Harel miró fijo al patriarca.

Entre los miembros del gabinete todos coincidían en que Isser era el judío que menos hablaba en el mundo. Todas las miradas convergieron hacia él e Isser pronunció estas palabras, con el tono bajo que siempre usaba:

–Traerlos a Israel, como sea.

El pequeño Isser

¿Quién era Isser Harel? Había nacido en 1912 en Chagall, cerca de la ciudad de Vitebsk, hoy Belarius, Rusia. Su verdadero nombre era Isser Halperin o Halpern. Era un hombre de físico menudo y tenía un temple de acero. Trabajaba para la causa sionista desde niño. Su padre, un pequeño industrial, se había refugiado en Letonia cuando llegaron los bolcheviques, en 1918. En 1929 a la edad de diecisiete años, ya militante de la juventud sionista, Isser Halperin desembarcó en Palestina. Cuando bajó del barco en Jaffa solo llevaba una maleta de cartón y bajo la camisa una pistola que le había robado a un guardia rojo. Fue a trabajar al kibutz de Herzlija, cerca de Tel Aviv, donde se hizo cultivador de naranjas. Pero lo de Isser, a quien ya entonces llamaban Isser Kakatan (el pequeño) no eran los naranjales sino la lucha. Se enroló en las filas del Shay, servicio de informaciones de la Haganah. En la guerra mundial integró la Brigada Judía que peleó codo a codo con los aliados pero cuando volvió a Palestina, se convirtió en pesadilla de los ingleses hasta que éstos se retiraron en 1948, dejando paso al nuevo Estado de Israel. Isser no era sólo el Pequeño Isser por su estatura sino para distinguirlo del Gran Isser, Isser Beri, otro militante de hierro del sionismo, a quien Ben Gurión puso a cargo de la inteligencia militar israelí. A Isser Beri, Ben Gurión lo había degradado cuando lo acusaron de matar con sus propias manos a un supuesto traidor del Mossad.

En 1958 Ben Gurión le confió a Isser Harel toda la seguridad de Israel; era al mismo tiempo jefe del Mossad y del Shin Beth: los aparatos de seguridad internacional y nacional.

Este fue el hombre al que escucharon durante los siguientes

cincuenta minutos, los presentes en aquella austera sala de la sede del gobierno de Israel, el mediodía del 1° de abril de 1960. La voz baja y cálida de Isser. Los ojos ardientes de Isser Harel, que, de vez en cuando, tímidamente, se levantaban de los papeles que consultaba. Sólo se escuchaba la voz de Isser y el rumor de los ventiladores de techo, lentos y sofocados, como la respiración de un asmático.

Lo que vio el ciego

–Hace tiempo –dijo Isser Harel– sabemos que Eichmann está en la Argentina.

El Concejo Mundial Judío había ofrecido una recompensa de diez mil dólares a quien aportara datos sobre el paradero del antiguo jefe del Referat IV. El fiscal criminal de Hesse, doctor Fritz Bauer, se había comunicado varias veces con el Mossad.

¿Qué decía *herr Doktor* Bauer?

En la Argentina, un alemán, antiguo prisionero en Dachau, juraba y perjuraba que Eichmann vivía allí con la falsa identidad de Klement.

Isser contó que había viajado especialmente a Viena, donde se entrevistó con Simón Wiesenthal quien poseía muchos datos, algunos inciertos, sobre la posible fuga de Eichmann a la Argentina. Con Bauer, ese fiscal dispuesto a todo, Harel también se había entrevistado, incluso en Jerusalén a donde Fritz Bauer había venido no hace mucho a dar una conferencia sobre derecho penal. Entonces, Bauer le había contado la historia de aquel alemán que en la Argentina sostenía saber quién era Eichmann y dónde se ocultaba.

Ese alemán se llamaba Lothar Hermann, y su historia ya la he narrado…

La reunión del gabinete del gobierno de Israel, en Tel Aviv, duró varias horas. La discusión fue ardua. Eskhol y Eban habían tratado de convencer al Viejo de que secuestrar a Eichmann y a Mengele iba a reportarle al país más problemas que soluciones.

–Pero entonces –preguntó Golda Meier a Isser– ¿estamos

seguros de que Eichmann y Mengele están en Buenos Aires?

Isser pasó a relatar lo que había hecho para confirmar las sospechas de Simón Wiesenthal, los requerimientos de Fritz Bauer, las denuncias de Lothar Hoffmann.

Zvi Aharoni en Buenos Aires

Zvi Aharoni fue el agente que Isser Harel eligió para identificar de una vez al posible Eichmann. Zvi era un judío berlinés nacido en 1934. Al hacerse agente tuvo muchas identidades. En realidad había nacido como Arndt, Herman Arndt, pero también llevó los nombres de Joseph Kenet, o Keret. Sus padres habían escapado a Eretz Israel cuando Zvi tenía tres años. Creció en el kibutz Alonin, donde a los diez años ya disparaba la carabina de su padre contra los beduinos. Con 16 años, se alistó en la policía judía rural y a los 20 lo admitieron en el Mossad. A pesar de sus antecedentes, Aharoni no se consideraba un agente de acción sino un investigador de gabinete, y un buen interrogador.

El 1° de marzo de 1960 un joven alto de cabello rubio, con gruesos anteojos de carey presenta a los empleados de Inmigraciones del aeropuerto de Ezeiza un pasaporte que decía Josef Kenet, profesión: docente.

–¿Motivo de su viaje?

–Soy profesor de la Universidad de Tel Aviv y realizo una tesis sobre la historia de los judíos en Argentina.

Los días siguientes, una vez que se hubiera instalado en un modesto hotel del centro, el doctor Kenet, en realidad el agente del Mossad Zvi Aharoni, se presentó en diversos ámbitos universitarios, en bibliotecas y archivos argentinos, desparramando el perfil elegido: investigaba sobre el paradero de los primeros judíos, quienes habían desembarcado del Wessel. ¿Cuáles de ellos se habían establecido en el interior y cuáles se habían quedado en Buenos Aires?

Mientras dedicaba una parte de su tiempo a reforzar esa cobertura, Zvi había contactado a una pareja de profesionales sionistas: los Kornfeld. Él era Diego, ella Diana. Él arquitecto,

ella psicóloga. Un abogado argentino, el doctor D., aportó sus contactos fluidos con una agencia de detectives. Eso era todo lo que se necesitaba para poner en práctica la Operación Garibaldi.

La operación que sobre el terreno iba a comandar Zvi era la más importante que nunca hubiera emprendido el Mossad y su costo equivalía al presupuesto del sistema de seguridad del Estado de Israel durante un año, o quizás aun más. Pero el Estado que esos hombres y mujeres representaban jugaba en esa operación mucho más que una suma de dinero.

Los agentes que participaron en el secuestro de Eichmann eran la elite surgida de 22 años de esfuerzos del Estado para establecer un sistema de seguridad. Eran también una elite forjada al calor de dos guerras. Los servicios secretos de Israel no se distinguían por su magnitud. Según Ben Dan, no superaban el centenar de hombres. El origen de ese aparato, según este autor, se remonta al comienzo de la colonización judía de Palestina. Al verse obligados a hacer frente a los ataques beduinos, los colonos judíos debieron crear organizaciones defensivas. La primera llevaba el nombre de Hashomer (El Guardián). Luego se creó la Haganah (La Defensa) un verdadero ejército clandestino. Otras organizaciones aún más combativas eran Irgun y el grupo Stern. Cuando en 1948 se creó el Estado de Israel, al aparato de la Defensa Nacional se integraron también el Sheruth Yediot o Shay (Servicio de Informaciones). El Mossad era el servicio de información e inteligencia que actuaba en el extranjero. El Modin era la rama militar y el Shin Beth, abreviatura de Sherouthe Habitachon, abarcaba las ramas del contraespionaje que actuaba en el interior del territorio.

La Operación Garibaldi, como se conoció al secuestro de Adolf Eichmann y su envío clandestino a Israel, comenzó formalmente el 1° de abril de 1960. Pero llevaba preparándose mucho tiempo. Fueron una veintena de agentes los que consumaron el operativo Garibaldi, pero quienes colaboraron en él fueron muchos más. Según consigna Jorge Camarasa, habrían sido 64 las personas involucradas. Arriesgaría aún más, tomando

en cuenta que algunas de ellas actuaban en ciudades de Europa y América Latina, por ejemplo, donde realizaron gestiones como la compra de pasajes de los miembros del comando secuestrador, para quienes se diseñaron itinerarios de vuelos muy complejos, a fin de que ninguna huella llevara a Israel. Algunos de esos colaboradores ni siquiera supieron o lejanamente sospecharon en qué participaban.

Hubo un gran cerebro, una cabeza, la de Isser Harel y un conductor en el terreno, Zvi Aharoni. Desde fines de diciembre de 1959, a Isser su familia casi no lo vio. Permanecía en sus oficinas, trabajando sin descanso en la Operación Garibaldi.

El Mossad fabricó una veintena de identidades. Ello supuso inventar biografías, imprimir juegos de documentos, adquirir pasajes de avión en países de todo el mundo. Los miembros del comando tenían que coincidir en Buenos Aires, como por un azar, en un momento especial, alrededor del 1° de abril. Y detrás de cada identidad –un comerciante de alfombras de Estambul; un químico de Toulouse, Francia; un estudiante de arqueología de Toledo, y así hasta completarse el equipo– estaba un agente del Mossad. No es raro que esta filigrana fuera reivindicada por sus protagonistas, quienes, algunos aún en actividad, como Isser en 1975 y otros ya jubilados, quisieran contarla a la manera de cada uno.

El primero en llegar a la meta fue Menasche Talmi. En realidad, para las autoridades aduaneras, era el doctor en medicina Roberto Pissarro, ciudadano mexicano, titular de una beca de la Universidad de Puebla para estudiar las campañas de vacunación antivariólica instrumentadas en los últimos quince años por el Ministerio de Educación de la República Argentina. Si alguien quería indagar, Pissarro tenía una carpeta con su currículum, auspicios, recomendaciones y galardones, personas que en Buenos Aires pudieran avalarlo, etc. etc.

Tal era el disfraz del agente del Mossad Menasche Talmi, un sabra nacido en 1933 en un kibutz de Galilea. Era el agente perfecto para una misión difícil y por eso Isser Harel

lo consideraba la estrella del equipo: es que Menasche en realidad era el disfraz de sí mismo: en verdad un historiador de la Universidad Hebrea, especializado en historia y cultura de América Latina. La única diferencia entre la realidad y la mentira, o entre la verdad y el servicio secreto, era que Menashe Talmi no iba a concursar por ninguna cátedra sino que estaba cumpliendo una misión para su empleador, el Estado de Israel. Menasche Talmi era, de todos los miembro del equipo, quien mejor se movía en el ambiente de Buenos Aires, su castellano era excelente. Había estado ya varias veces en la ciudad y manejaba con fluidez los códigos de la vida cotidiana en la ciudad porteña.

Entre el 22 de abril y el 2 mayo, otras dieciocho personas llegaron a Ezeiza. Algunos venían de Europa, otros de capitales latinoamericanas. Algunos llevaban viajando varias semanas, con diversos trasbordos.

Shalom Dami, judío húngaro de 32 años, experto falsificador de documentos, llegó con la identidad de un artista plástico israelí, por lo que viajaba por Swissair con varios bultos: obras propias, cuadros al óleo que venían montados y protegidos por un embalaje especial. En realidad, esos embalajes ocultaban un sofisticado equipo de falsificación de documentos, ya que Shalom Dami, quien en Ezeiza abordó un taxi que lo llevó al Hotel Continental, en la Diagonal Norte, era un monedero falso, capaz de reproducir cualquier cosa impresa: desde un billete de cien dólares a un pasaporte de la República del Paraguay.

Ehud Revivi, judío vienés, había huido con su familia hacia Israel en 1938, ganándole por pocas horas al Anschluss. Eli Yural, judío polaco, vivía en Israel desde los seis años. Los nazis habían matado en Auschwitz a su única hermana y a sus tres sobrinos. La especialidad de Zev Keren, lituano, desde chico pionero en Eretz Israel, eran las cerraduras. Ezra Eshet había pertenecido a un escuadrón de vengadores que quince años atrás, al terminar la guerra, había ajustado cuentas con algunos integrantes de los *Einsatzkommandos.* Naum Amir era asimismo lituano: plurilingüe, era el agente que, luego de Talmi, conocía

mejor el castellano: estaba encargado de las traducciones. Gabi Eldad, un sabra de la Haganah, veterano de la Palmah –elite de agentes especiales– pertenecía a la policía de Tel Aviv.

La aerolínea de bandera

Asher Kedem era un experto piloto que durante la guerra había cumplido misiones espaciales para la RAF: nacido en Holanda ahora era ciudadano israelí y junto con Moshe Tadmor, no usaron seudónimo al entrar a Ezeiza. Es que Kedem y Tadmor venían con credenciales de El Al, la compañía de bandera de la aviación israelí, que no tenía por entonces vuelos regulares a ningún país de la América Latina, pero quería tenerlos. Kedem y Tadmor, por lo tanto, tenían la excusa perfecta para pasar desapercibidos.

Otro miembro del comando era Yitzhak Nesher, que se destacaba como conductor de autos y fue el encargado de alquilar el parque automotor que usaría el comando. La dotación se completaba con Ahoron Kazar y la única mujer del grupo: Dina Ron. Ella fue la última en llegar a Buenos Aires, lo hizo el 10 de mayo, la víspera de la "operación". No participó en el secuestro pero su presencia era indispensable. Despertaba menos sospechas que fuera una pareja y no hombres solos quienes alquilaran casas para usar como "cárcel del pueblo". Dina era una muchacha morena y elegante, una de las mejores agentes femeninas del Mossad, cuya residencia habitual era París. Había esperado la confirmación de su viaje en una capital latinoamericana vecina.

Estos hombres y mujeres se sumaron a Zvi Aharoni, y a otro hombre, un médico al que llamaré "el doctor", cuya identidad no ha sido hasta el momento revelada debido a que, si vive, puede ser sancionado por la orden médica a la que pertenece, y si ha muerto, su memoria profesional puede verse perjudicada. La función de este último integrante del comando era esencial, pues se encargaba de mantener al prisionero con vida y buena salud.

Pero hubo uno más. Nadie lo vio jamás en Buenos Aires. Nunca pisó los lugares donde el comando se reunía, no visitó las

sedes de la operación, pero su presencia era indispensable para el éxito. Era el jefe de los servicios de seguridad del Estado, un hombre de 48 años nacido Isser Halperin, general de brigada del ejército de Israel: Isser Harel. Él tenía que estar en Buenos Aires porque semejante operativo no podía ser comandado por alguien tan distante. Isser Harel tenía que estar al alcance de sus hombres. Y lo estuvo. Llegó pocas horas antes de que comenzara la acción. Pero no era la primera vez que Isser Harel estaba en la capital argentina. Ya lo había hecho en 1949, cuando acompañó a la entonces ministra de Trabajo del flamante Estado, Golda Meier, quien visitó la Argentina y se entrevistó con María Eva Duarte de Perón.

Isser era un gran espía, uno de los más grandes espías contemporáneos. Por lo tanto, era difícil que alguien lo conociera personalmente. Pero la Operación Garibaldi fue una obra maestra del espionaje moderno. Y nada podía ser dejado al azar.

Alquilo quinta tranquila

Los miembros del grupo secuestrador se alojaban en diversos hoteles de Buenos Aires, y cada uno había recibido, al partir de Israel, instrucciones secretas, diferenciadas y detalladas sobre sus movimientos en la capital argentina. Cada uno de ellos tenía sus contactos: nombres falsos, números de teléfonos y citas señaladas. El equipo estuvo completo en Buenos Aires el 1° de mayo de 1960.

La primera misión consistía en alquilar los lugares donde los prisioneros Adolf Eichmann y Joseph Mengele debían ser escondidos hasta su salida del país. Se reveló algo más difícil que lo pensado. Resulta que en la plaza inmobiliaria de Buenos Aires no abundaba el tipo de inmuebles que buscaba el comando: casas de campo ocultas a toda mirada curiosa, con abundante fronda, en la zona de la ribera norte. Visitaron las inmobiliarias de la zona y cada día compraban el *Buenos Aires Herald, el Argentinische Tageblatt, La Prensa, La Nación, Clarín*. Pero todas las fincas de fin de semana eran ofrecidas en venta. Ellos

querían alquilar por un tiempo breve, bajo el disfraz de unos industriales europeos que debían alojarse temporalmente en la ciudad, a efectos de cerrar unos negocios. La cobertura era perfecta y manejaban dinero en efectivo, eso no era problema.

Pero el comando no podía inventar un mercado que no existía. Los agentes inmobiliarios que visitaban ofrecían casas en venta y no en alquiler. Finalmente consiguieron alquilar una casa que reunía las condiciones mínimas: era un chalet en San Miguel a pocos metros de la ruta 197, con varios dormitorios, y una buena arboleda, pero tenía varias contras: no estaba en los barrios cercanos a Bancalari, donde habían buscado ese refugio: ni en el Talar del Pacheco, ni en Don Torcuato, ni siquiera en José León Suárez. En estos lugares, se hubiera abreviado el mayor riesgo de la operación: que la policía los parara en algún camino y descubriera que llevaban a un secuestrado a bordo.

La quinta que encontraron estaba a unos diez kilómetros al sudoeste de Bancalari, aunque unida a este barrio por la ruta 197, un acceso directo y rápido. Pero esos diez kilómetros rozaban en varios lugares el Campo de Mayo, un lugar atestado de militares ya que era la sede de un enorme cuartel. La finca de San Miguel, que ellos bautizaron como Doron, tenía otro inconveniente: la casa se alquilaba con un cuidador, quien vivía en una construcción auxiliar. Era imposible echarlo, hubiera despertado sospechas. Por lo tanto, Yural y Dina Ron, quienes se presentaron como los inquilinos, tenían que vigilar los movimientos de ese casero y, en los momentos decisivos, encargarle "mandados" para alejarlo del campo de la acción.

Necesitaban una sede alternativa, por si en mitad del operativo debían cambiar de planes. Alquilaron una segunda casa en los bosques de Ezeiza. No demasiado lejos de Bancalari –por lo menos en relación a las enormes distancias de Buenos Aires– y tenía otra ventaja para el ulterior propósito del grupo, salir de la Argentina: quedaba a un paso del aeropuerto. Llamaron Tira a este lugar alternativo.

Finalmente, alquilaron un departamento en la planta baja de

un edificio de varios pisos a metros de la Avenida Libertador, la principal arteria del barrio de Vicente López. Era una buena vía de ingreso a la ciudad de Buenos Aires. El comando no quería de ninguna manera entrar en la ciudad, pero no estaba de más tener un trampolín para hacerlo. Mahoz, como llamaron a ese departamento, fue usado para las últimas reuniones del grupo. Otra ventaja de Mahoz era que estaba muy cerca del lugar donde supuestamente moraba Joseph Mengele, el segundo objetivo del comando.

Nesher, encargado de alquilar autos, probó muchas unidades. Su sorpresa fue grande al comprobar que las agencias argentinas entregaban a sus clientes unos coches de velocidad menguada, algunos en franco estado de deterioro. Recorrió numerosas agencias de alquiler de autos, buscando vehículos en mejor estado. Finalmente, alquiló cuatro coches y su habilidad mecánica le permitió dejarlos a punto, dentro de lo posible.

El siguiente paso era que los conductores del grupo adquirieran dominio de las rutas, acostumbrándose al tránsito por los caminos de circunvalación de la ciudad, y sobre todo, un camino especial: el que llevaba de Bancalari, a través de la ruta 202 hasta San Miguel, donde un discreto desvío permitía llegar a Doron.

Mientras parte del equipo se encargaba de estas tareas, otros seguían a Adolf Eichmann. Durante los nueve días anteriores al secuestro, cada paso que dio Adolf Eichmann fue controlado por el comando, que lo siguió en el rutinario y tedioso viaje desde Bancalari hasta la fábrica Mercedes Benz y vuelta. El domingo 10 de mayo, la víspera del secuestro, Eichmann no trabajó pero tampoco salió de la casa.

Para seguirlo sin denunciarse, el comando usaba alternativamente unos y otros coches. Otros miembros del grupo se disfrazaron de vendedores ambulantes, de empleados de la empresa de luz, de carteros, o repartidores de empanadas, y no dejaron de tener bajo su vista, ni un minuto, al *OberSturmbannführer* Eichmann. Los empleados de la agencia

de detectives que el doctor D. había contratado, hicieron algunas de estas tareas.

La última reunión del comando se hizo en Maoz, la víspera del operativo. Resumen del plan, instrucciones finales, y deseo de mutua suerte. Repasaron cada detalle, itinerario, rutas alternativas, excusas en caso de que algún policía los parara, posibilidad de interferencias. Nadie usaba armas. Todos tenían buenos documentos argentinos. Miraron por última vez las fotos de Eichmann, el *dossier* completo, a esta altura ya abultado, con fotos tomadas con teleobjetivo donde se lo veía, con su bigotito, en el patio de la calle Garibaldi; otras, a la salida de la fábrica, bajando del colectivo 203. Finalmente, quedaron en silencio, ensimismados cada uno en sus pensamientos. Musitaron una oración. Era el martes 10 de mayo de 1960, estaban en un edificio a pocos metros de la avenida Libertador, en Vicente López, provincia de Buenos Aires.

No sabemos en qué pensaron. Pero no es difícil imaginarlo. Cada uno pensó en la última vez que había visto a un ser querido que le había sido arrancado. Padres, madres, hermanos, tíos, judíos a los que se llevaron, últimas imágenes de seres humanos yéndose en la noche, en una mañana radiante, en una melancólica tarde de niebla y lluvia, en medio de gritos, de órdenes, de imprecaciones, de disparos. Hombres, mujeres, ancianos subiendo a trenes o a camiones, partiendo desde una estación o doblando una calle, en Budapest, en Viena, en Kiev, en Grondno, en Ponievitz, en Melnitze. Últimas manos levantadas, últimas palabras musitadas, o gritadas, pestañeo, ausencia, vacío, una bufanda o un sombrero en el asfalto, un mensaje ilegible, escrito con lápiz de labios o con estilográfica de tinta negra, un pedazo de diario arrancado y arrojado al viento.

Ninguno de los hombres que allí estaban, ni tampoco la única mujer, había estado en un campo de concentración o de exterminio. Eso había sido un requisito para que fueran convocados. Pero todos ellos, todos, habían perdido familiares.

Miércoles 11 de mayo de 1960. A las seis en punto de la

tarde sonó la sirena en la fábrica Mercedes Benz, y por el portón que daba a la ruta 3, en González Catán, salieron miles de operarios. Ya era de noche en el otoño avanzado de aquel suburbio porteño. Obreros y empleados se repartían por los alrededores, buscando los colectivos que los acercaran a sus hogares. A Adolf Eichmann, el electricista Ricardo Klement, ingresado a esa fábrica el 20 de marzo de 1959, inscripto en la Caja de Jubilaciones para empleados de la Industria bajo el N° 1.785.425, con un salario de 2.540 pesos por mes, lo esperaba un largo periplo hacia su casa de Bancalari. ¡Treinta kilómetros, que recorría ida y vuelta cada día! Subió a un colectivo que lo dejó en la estación de González Catán. El tren de las seis y media lo llevó hasta Morón, donde tomó el colectivo 203 de la empresa de Transportes Ciudad de San Fernando que se dirigía a Bancalari, tras atravesar El Palomar, Martín Coronado, Caseros, José León Suárez.

Klement iba sentado en la primera fila del colectivo, junto a la ventanilla. A poco de subir cayó en una modorra cercana al sueño. Llevaba levantado desde las cinco y media de la mañana. Ni siquiera reparó en que otro pasajero tampoco se movía de su asiento. Era raro. En el largo recorrido del colectivo 203, el pasaje se renovaba. El hombre que iba sentado al fondo tapaba su cara con una gorra que se la ensombrecía. Era Ezra Eshet, agente secreto del Mossad.

Sin embargo, nada especial sucedió, nada que hiciera de aquel miércoles 11 de mayo de 1960 un miércoles distinto. Un Chevrolet negro seguía al colectivo a lo largo de la ruta. Otros dos coches aguardaban estacionados en Bancalari. Uno estaba en la esquina de la ruta 202 y la calle Garibaldi, y otro a cincuenta metros, sobre la ruta misma, a veinte metros de un kiosco, muy cerca de la parada de colectivos que no era otra cosa sino una vulnerable tapera, protegida con un techito de cinc.

En el Dodge que aguardaba estacionado en la ruta, junto a la parada del 203, estaban Zvi Aharoni, Eli Yural, Gabi Eldad y Zev Keren. Según los cálculos, Eichmann debía bajar del

colectivo alrededor de las ocho. A las ocho y cinco pasó un 203 y Eichmann no bajó. A las ocho y quince pasó otro y no bajó. Al grupo lo devoraban los nervios. ¿Y si en lugar de Eichmann aparecía una patrulla policial? Zvi no aguantó más. Se bajó, levantó el capot del auto e hizo como si revisara una avería. Miró hacia el segundo coche, parado al otro lado de la ruta 202. Se veía muy mal a la luz de alguna luz dispersa, el cielo estaba encapotado. En ese segundo coche estaban Menashe Yalmi, Shalom Dami y Ehud Revivi.

Entonces, cuando los relojes marcaban las ocho y veinte y ya hacía mucho que era noche cerrada en Bancalari, Provincia de Buenos Aires, apareció el colectivo verde a la distancia. Traqueteaba el 203. Se detuvo en la parada. Bajó un hombre y vieron su silueta acercarse al borde del camino. Llevaba una linterna para alumbrar la oscuridad.

El hombre vestía un sombrero oscuro y un gabán negro y cuando pasó de largo junto al Dodge, y se alejaba, Eli se dirigió a él y le dijo las dos únicas palabras que sabía en castellano:

–Momentito, señor.

Lo que dijo Nahum

Los sucesos que habían comenzado a producirse en un suburbio de Buenos Aires, cuando caía la noche del miércoles 11 de mayo de 1960, habían tenido un largo prólogo en diversas latitudes del mundo. El comando que secuestró a Adolf Eichmann en Buenos Aires tenía la operación Garibaldi ya lista pero no podía ponerla en práctica hasta tanto recibiera la orden final del Primer Ministro Ben Gurión. Así pues, las cosas sucedían al mismo tiempo en Buenos Aires, en Tel Aviv, en Jerusalén, en París y otras capitales del mundo.

Mientras algo sospechaban Mengele y Eichmann, Ben Gurión no se limitaba a leer la biografía de Spinoza escrita por León Dujovne. La actividad del Primer Ministro de Israel era frenética. Un viaje decisivo fue el que había hecho a comienzos de abril a Nueva York, para participar en la Asamblea de las Naciones

Unidas.

Ben Gurión, antes de ordenar el secuestro de Mengele y Eichmann, confió su plan a dos personas. La primera era Nahum Goldman, el presidente del Consejo Mundial Judío y de la Organización Sionista Mundial. Aunque no vivía en Israel, Goldman era el judío cuya voz suscitaba más respeto en todas las colectividades del mundo. Nahum Goldman se reunió con Ben Gurión en una habitación del Waldorf Astoria en Manhattan y conversaron varias horas. Nahum se opuso al plan de Ben Gurión. Argumentó que Israel no podía utilizar el mismo instrumento ilegal que pretendía juzgar y condenar. Pero, entonces, ¿qué hacer?

Pedir la extradición. Nahum Goldman durante horas trató de convencer al Viejo sobre su argumento: era letal para Israel violar el derecho internacional. Una y otra vez, Ben Gurión le explicó a Goldman que la Argentina nunca extraditaría un criminal nazi a Israel.

¿Y Frondizi? –preguntaba Goldman y Ben Guríon una y otra vez tenía que repetir la explicación que le habían dado el embajador Levavi y otras fuentes.

Arturo Frondizi, decía Ben Gurión a Nahum, es un amigo de Israel y sus antecedentes de combatiente antifascista son irreprochables. Es un gran hombre de Estado, uno de los mejores políticos de América, repetía el Primer Ministro, pero en la confusa situación política argentina, su poder es escaso, y si autoriza que un refugiado alemán poseedor de documentación argentina, como la tienen tanto Mengele como Eichmann, sea llevado a Israel para ser juzgado y seguramente colgado, sus poderosos opositores, los militares, la derecha argentina y buena parte de la opinión pública, lo harán pedazos.

El segundo personaje al cual Ben Gurión confió el plan fue el canciller de la República Federal Alemana, Konrad Adenauer, quien podía tener motivos para oponerse a la decisión que estaba por tomar el Estado de Israel. Al fin y al cabo, los crímenes que se iban a imputar a Mengele y Eichmann se habían cometido en

territorio de Alemania, en el Tercer Reich propiamente dicho o en otros territorios europeos que entonces se encontraban bajo la jurisdicción de Alemania.

Konrad Adenauer era un político decisivo para el futuro de Israel porque las indemnizaciones de guerra que él había posibilitado aún no habían sido pagadas en su totalidad. El consentimiento explícito o implícito de la RFA resultaba crucial para que el operativo Eichmann-Mengele culminara como lo deseaba Ben Gurión. La RFA podía pedir a Israel la extradición de Eichmann, u objetar que Israel fuese la que juzgara a estos protagonistas del Holocausto.

La República Federal Alemana había pagado a Israel a partir de 1952 unos 700 millones de dólares, y en los siguientes cuatro años debía pagar varios millones más –lo que hizo–, hasta completar una reparación financiera total de 820 millones, suma de todas maneras inferior a la estimación económica del daño sufrido por los judíos, que el Estado de Israel había justipreciado en 1.500 millones de dólares. Aunque menos de lo que habían pedido, la cifra había alcanzado para que el nuevo Estado construyera su red eléctrica y ferroviaria, además de erigir miles de viviendas para acoger a los judíos de la diáspora que acudían a Eretz Israel (la tierra de Israel) desde todos los rincones del mundo.

Esa transferencia de recursos había sido convenida y ejecutada no sin una contraprestación. Conforme los acuerdos entre Ben Gurión y Adenauer, un importante porcentaje debía ser utilizado obligatoriamente en la compra de mercaderías a Alemania. Y así se hizo.

La construcción del Estado de Israel provocó tensiones internas. Tras el triunfo bélico sobre Egipto, en 1956, la sociedad israelí necesitaba un acontecimiento que la cimentara. Se necesitaba, según Tom Seguev, "una experiencia colectiva, impresionante, purificadora, patriótica, una catarsis nacional". Por ejemplo, la captura y juicio de dos de los más nauseabundos criminales nazis, dos monstruos a través de cuyo proceso el

mundo reviviría el terror de la Shoa.

Pero, ¿por qué Ben Gurión no había ordenado secuestrar a Eichmann y Mengele antes? Por varias razones; entre ellas, la importancia de la relación que el Viejo había construido con la RFA; los problemas del nuevo Estado, cuyo aparato de seguridad político –léase Mossad– tenía otras cuestiones más candentes (por ejemplo, el estado bélico que Israel había mantenido prácticamente sin pausa desde su creación en 1948, con algunos estados árabes) que perseguir a unos viejos nazis. Ben Gurión, con la intuición que el largo combate sionista le había dado, sintió que había llegado el momento de sacudir a ese mundo tornadizo, proclive al olvido. El Viejo supo que los sufrimientos de los judíos de Europa, ese martirio, habían salido de la agenda del mundo. Y supo que era el momento para que el martirio reapareciese.

Ben Gurión sabía que la captura y el proceso de aquellos dos nazis por parte del Estado judío, instalaría el exterminio de los judíos de Europa por los nazis nuevamente en el centro de la conciencia ética del siglo. Y ello era necesario para que el mundo, consciente o inconscientemente, con asentimiento o con disparidad, tuviera clara la siguiente premisa: cualquier país del mundo puede ganar o perder guerras, salvo Israel, porque si así sucede, los judíos se quedarían sin Estado. ¡Hasta ese punto –pensaba Ben–Gurión– Israel es el fruto del genocidio nazi! En esto pensaba el Viejo, durante sus noches de insomnio rodeado por los 20.000 volúmenes de su biblioteca.

Ben Gurión escribe en su diario personal, justamente por tales fechas, estas palabras: "En Egipto y en Siria, los discípulos de los nazis quieren destruir Israel, y este es el mayor peligro que nos amenaza". Esta idea básica de la persecución continua necesitaba ser relanzada en aquel 1960, para que el mundo no olvidase que las fronteras de Israel no eran solamente las que las Naciones Unidas habían trazado con una escuadra sobre el mapa de los Santos Lugares en 1948 sino que había otra frontera inviolable, la que Raymond Aron, años después, en vísperas de la

Guerra de los Seis Días, definiría como "la frontera Auschwitz".

Así pues, Ben Gurión avisó. Sea lo que fuese lo que Adenauer le haya dicho durante las varias horas que ambos conversaron en una habitación del Waldorf Astoria, cuando ambos habían concurrido a la Asamblea de la ONU, en el abril de aquel 1960, Ben Gurión había avisado y por lo tanto, nada lo hizo retroceder.

La orden fue cursada a Buenos Aires. El equipo del Mossad ya completo en Buenos Aires y listo para actuar, recibió luz verde. La "Operación Garibaldi" había comenzado.

Y los brazos de oso de Eli Yural aferraron al hombre que en su bolsillo llevaba una cédula de identidad argentina que lo nombraba como Ricardo Klement. Y en la noche de Bancalari, al borde de una ruta cualquiera en el inmenso damero de Buenos Aires, la pampa de cemento, en el culo del mundo, se elevó un grito gutural, el aullido inhumano de un animal herido.

Adolf Eichmann gritó por primera y única vez, pero quienes escucharon ese lamento jamás lo olvidarían.

Papá no vino a dormir

La noche del 11 de mayo de 1960, cuando Eichmann no volvió a casa después del trabajo, su esposa se desesperó. Hacía quince años que vivía con miedo de que pasara algo. Un hermano de Verónica, Franz Liebl, oficial checo que había actuado al servicio del invasor nazi, no había vuelto a casa. Luego se supo que los guerrilleros lo habían arrestado al acabar la guerra, y luego lo ahorcaron por colaboracionista.

Las horas volaban, la noche pasaba en la casa de la calle Garibaldi, malamente iluminada por las luces de las casillas y precarias viviendas desparramadas alrededor de la ruta 202, y Adolf no volvía. Vera no durmió y en la mañana del jueves 12 fue con su hijo Nicolás a la comisaría de San Fernando. Temía –declaró– que su marido hubiera sido asaltado.

Un policía adormilado llenó un formulario.

–¿Nombre de su marido?

–Ricardo Klement.

–¿Profesión?

–Empleado de Mercedes Benz.

La hicieron subir a un patrullero que la llevó a distintos hospitales y a la morgue de la zona norte, pero Verónica y Nicolás no encontraron al marido y padre entre los muertos y heridos que esa noche había producido la populosa ribera norte de Buenos Aires. Luego, ella completó la búsqueda en los demás hospitales de Buenos Aires, con igual resultado. Vera volvió a la casita de Garibaldi. ¿Qué hacer?

Ese jueves, Vera llevó una nota a la oficina de personal de la Mercedes Benz en la que comunicaba que su marido, el empleado Ricardo Klement, había sufrido un percance, y pedía a la empresa que no lo reemplazara. La tranquilizaron en este aspecto, resaltando el hecho de que Ricardo Klement había sido siempre un elemento apreciado en la fábrica, por su corrección y meticulosidad. Los días pasaron y nada sucedió.

Una semana después, aproximadamente el 20 de mayo, el hijo de Eichmann, Nicolás, fue a la fábrica y, a la salida del turno mañana, encaró a los compañeros del padre, en los portones de la Mercedes. Temía, dijo, que su padre hubiera sido secuestrado y pidió ayuda a los empleados y técnicos de la Mercedes Benz para encontrarlo. Algunos capataces y personal de conducción eran alemanes, no así los miles de obreros que trabajaban en los enormes pabellones de la automotriz. Nicolás les reveló a los más cercanos a su padre la verdad sobre éste; no era Ricardo Klement sino Adolf Eichmann. Les mostró una rareza: una foto del padre en uniforme de las SS.

¿Qué impresión causó en aquellos hombres la revelación? Cuando Nicolás salió de la fábrica, dijo a su mujer y a sus hermanos, quienes lo aguardaban en un café a una cuadra de la fábrica:

–Prometieron hacer lo que pudieran.

Pero en la policía, Nicolás Eichmann había contado otra versión de la historia; allí dijo que Ricardo Klement –el desaparecido– no era su padre sino su tío. Nicolás, quien tenía

24 años, se mostró preocupado por la seguridad de su esposa, Margarita, de 18, argentina, y sobre todo por su hijita Mónica, de sólo cuatro meses, la primera nieta de Adolf Eichmann.

Así pues, las contradicciones y la impotencia minaron lo que hubieran podido hacer los familiares de Eichmann. La verdad la conoció el mundo sólo el 24 de mayo, cuando las agencias difundieron desde Israel la noticia de que Eichmann había sido secuestrado y se encontraba preso en una cárcel de Jaffa. Todos los diarios y noticiosos radiales y televisivos del mundo resaltaron ese día el hecho.

Comenzaron a afluir periodistas extranjeros a Buenos Aires y a la casita de Bancalari, en camino a la cual muchos periodistas se perdían, tan remoto era el lugar e intrincado llegar a él. Frente al "rancho", había un movimiento inusitado. Los vecinos no podían creer lo que veían: cámaras de cine y televisión. Un enviado de la prensa inglesa consiguió una entrevista con Nicolás. En ella, el joven insistió en que Adolf Eichmann no era su padre sino su tío. El periodista trajo a colación el caso del niño Ricardo Francisco, de 7 años, quien, como todos los vecinos lo comentaron, vivía con Vera y con el hombre de la casa. Pero entonces, ¿quién era ese hombre? ¿El hermano de Vera? ¿O el marido? Entonces, ese niño, Ricardito Francisco, ¿de quién era hijo? ¿De Vera y de su… cuñado? La pregunta abrupta, perturbó a Nicolás.

–¡No sé nada!

–¿Conocía usted que su padre está acusado de haber matado a seis millones de judíos?

–De eso no sé nada –repetía, ya a la defensiva, Nicolás Eichmann–.

Estudié en una escuela argentina. Nunca nos enseñaron nada sobre campos de concentración ni exterminio de judíos…

–De eso no sé nada –repetía, ya a la defensiva, Nicolás Eichmann–. Estudié en una escuela argentina. Nunca nos enseñaron nada sobre campos de concentración ni exterminio de judíos…

El periodista le preguntó si pensaba ir a Jerusalén para

presenciar el juicio al padre.

–¿Qué ganaría con eso? Además no creo que el hombre que está preso en Israel sea mi padre. Mi madre siempre me dijo que a mi padre lo mataron en la guerra.

A todo esto, Vera Liebl, sus hijos y sus dos perros queridos, un *dachsun* y un pastor alemán, desaparecieron de la casa de Bancalari. Una noche, muy tarde, un camión rojo en cuya cabina llegaron, además del conductor, otros dos hombres, paró frente a la casita de la calle Garibaldi. Cargaron con los muebles y con los perros. Los vecinos, que atisbaban alertados por los ruidos, dijeron que los tres hombres que venían en el camión tenían aspecto de alemanes.

La policía sospechó que la familia había sido llevada a un escondite por militantes de algún movimiento nazi argentino. En aquellos días se dijo que una fracción de las tantas que pululaban en la Juventud Peronista, se aprestaba a secuestrar al embajador de Israel en la Argentina, quien sería canjeado por Eichmann. De los tres hijos mayores de Adolf Eichmann, Horst, el segundo, que entonces tenía 20 años, desarrollaba una militancia conocida en círculos neonazis. Los grupos de esta ideología eran activos en la Argentina de 1960, y estaban enfrentados por diferencias ideológicas o personales. Horst Eichmann era con frecuencia usado como prenda de unión ya que su apellido se había vuelto legendario. Durante un tiempo, la casita de Bancalari fue convertida en un Fortín Nacionalista: ataviada con banderas argentinas y nazis, cubierto su frente con inscripciones antisemitas, allí se realizó una conferencia de prensa en la cual se anunció el próximo retorno del Reich Nazi al poder en Alemania.

Políticos e intelectuales nacionalistas protestaban airadamente en aquellos días en los que el secuestro de Eichmann estaba en boca de todos. Acusaban a Israel de inaceptable intrusión en los asuntos argentinos. Buena parte de la opinión pública, incluso muchas personas de ideas izquierdistas que jamás hubieran defendido a Eichmann y que en cambio hubieran apoyado su

extradición, también se mostraban molestas por la vulneración de la soberanía nacional.

Al día siguiente de recoger los muebles de la casa de Garibaldi, el mismo camión paró frente una casa en la Avenida Gral. Paz 3030, en los lindes entre la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, y se llevó el modesto mobiliario de Nicolás Eichmann y su esposa Margarita.

Los Eichmann habían desaparecido de la circulación. En el taller mecánico donde trabajaba Nicolás, propiedad de un señor Ziess, un austríaco que había emigrado a la Argentina antes de la guerra para huir del nazismo, los periodistas acosaban al dueño preguntándole sobre el paradero de Nicolás.

–Ayer llamó por teléfono –dijo el señor Ziess– y me anunció que se tomaría dos meses de licencia.

Al día siguiente, sonó el teléfono en la habitación del hotel Plaza, donde se alojaba un enviado especial de la prensa inglesa, quien acababa de llegar a Buenos Aires para cubrir el clamoroso caso Eichmann.

–No tengo mucho tiempo –dijo Nicolás Eichmann, premioso–. Salí en secreto de mi alojamiento. Necesito plata. ¿Cuánto me paga por una entrevista?

–Depende de lo que cuente en ella –dijo el periodista con cautela–. ¿Por qué no nos encontramos para conversar?

–No puedo esperar. Debo irme ya –y Nicolás colgó.

Dos semanas después, el joven Eichmann ofreció sus declaraciones a la revista alemana *Stern*, que se las rechazó por no encontrarles interés.

Mientras Eichmann comenzaba a ser interrogado en la prisión de máxima seguridad de Jaffa, en Buenos Aires dos personas procuraban sacarle el jugo a historias sobre Eichmann, a presuntas declaraciones, memorias o autobiografías del ex jerarca nazi. Lo mismo que Nicolás hacía Wilhelm Sassen, muy conocido por los frecuentadores de la prensa nazi publicada en la Argentina, donde su firma aparecía en casi todos los números de la revista *Die Weg*, pero ignoto fuera de ese círculo. A Sassen, en posesión

de un manuscrito de 700 páginas que era el fruto de sus diálogos con Eichmann, el secuestro le había caído como un regalo del cielo: su mamotreto, de relativo interés pocos días antes, se había convertido en oro. Pero en 1960 las comunicaciones telefónicas no eran tan fluidas como para regatear y en este apartado lugar del mundo los grandes medios de la prensa mundial no tenían representantes autorizados.

Para un buen negocio periodístico los clientes tenían que ver lo que compraban. Sassen sacó un pasaje de avión para Francfort. Llevó consigo una carta de Nicolás a su padre. En Francfort, cuando estaba en la redacción de la revista *Stern* negociando su manuscrito, se cruzó con un redactor quien partía hacia Israel para cubrir el caso Eichmann. Sassen le encargó que llevase una carta de Nicolás a su padre y tratara de entregársela a éste. Cuando el periodista arribó a Israel, intentó dársela a Pinchas Rosen, el ministro del Justicia, al jefe de la Policía, Joseph Nachmias, o al Inspector Avraham Zellinger, encargado del Bureau 06, a cargo de la seguridad de Eichmann. Todos ellos leyeron la carta pero rehusaron entregarla, alegando que debía ser enviada por correo común. La carta fue copiada por el Yad Vashem, Instituto de Documentación de Israel y examinada por especialistas; temían que pudiese contener algún mensaje secreto. Más tarde fue llevada a las oficinas del Ministerio de Información. Sólo pudo conocerse muchos años después, al liberarse los papeles de Eichmann archivados en Jerusalén. La carta decía así:

Principios de junio de 1960.

Mein Lieber Papa (Querido papá):

Hay tantos rumores corriendo por acá que no nos dejan otra alternativa sino aceptar que Adolf Eichmann, que se encuentra preso, no es otro que tú. Debes comprender que no puedo estar de acuerdo con las acusaciones que pesan sobre ti, y aunque sean confirmadas, sigues siendo mi padre y yo tu hijo mayor, nunca te abandonaré. Prometo cuidar de mamá y los chicos. Aunque no sé dónde se

encuentra mamá en este momento, me aseguraron que está protegida. La casa está casi vacía y me hice un tiempo para reparar la cerca y regar las plantas, así como talar las ramas del árbol porque aquí ya llegó el invierno. Te escribo estas cosas porque sé que son noticias que te gustarán en la situación en la que te encuentras. No es fácil para nosotros tampoco, porque debido al sensacionalismo de la prensa, hemos tenido problemas en el trabajo.

Pero no te preocupes, saldremos adelante y nos arreglaremos. Tenemos salud y eso es lo más importante como siempre dices. Dejé de ir a la escuela nocturna, últimamente. Reanudaré las clases cuando la prensa se olvide y entonces recuperaré lo perdido. De modo general, los compañeros en mi trabajo se mostraron comprensivos pero aun así, creo que sería mejor para ellos y para mí que dejara de trabajar allí temporariamente. Con mi profesión puedo encontrar muchas oportunidades de trabajo, pero un nuevo documento o mejor otro nombre, sería lo más aconsejable, en esta fase difícil. Mamá ni quiere oír hablar de eso y debemos estar unidos en este momento. Querido papá, llego al fin de la página y me haría muy feliz saber que has leído esta página y que mamá también podrá escribirte. Besos, Klaus

En Buenos Aires, Margarita Eichmann –nuera del hombre capturado– declara a una revista argentina que ella y su marido Klaus habían vivido en paz, creyendo que el padre de él había muerto. "Ahora nos encontramos ante esta situación nueva –dijo la joven–. Ustedes me preguntan lo que mi marido Klaus piensa de esto. Bueno, en resumen, tenemos que dejar correr las cosas. No tenemos nada que ver con lo que pasó antes, y la amarga experiencia que esta situación puede traernos no debe desmoronar nuestro modesto hogar en el que éramos tan felices".

Fotos de Margarita con su pequeña Mónica en brazos, de

Vera y de la madre de Margarita ilustran la prensa de Buenos Aires: ninguna de estas mujeres tiene nada extraño para un lector de la prensa popular: son mujeres típicas de los suburbios o barrios modestos de Buenos Aires y hasta alguna vecina de la cuadra asoma en ellas; todos muestran ese estupor que provoca el súbito interés de la prensa por seres ignotos.

Después del grito

Cuando Eli lo aferró, Adolf Eichmann lanzó un grito. Pero ese par de brazos y otros tres, lo inmovilizaron. Sin embargo, Eichmann luchó.

Cuando Zvi vio que Eichmann se acercaba al auto estacionado, le gritó a Eli: "Mira la mano izquierda, puede tener un arma". Eichmann había introducido su mano izquierda en el bolsillo del gabán. Eli lo aferró desde atrás, pero Eichmann se defendió y ambos cayeron al suelo quedando Eli debajo de Eichmann. Éste no dejó de gritar, y Eli describió su aullido como "el grito primario de un animal que va a ser sacrificado". Entre los cuatro inmovilizaron a Eichmann y lo arrojaron al piso del asiento trasero del coche, donde le cubrieron los ojos con antiparras de motociclista cegadas con trapos.

–No se mueva y no le haremos daño, si no, lo mataremos.

Desde entonces, Eichmann jamás volvió a perder el control. Nadie se dio cuenta del secuestro. Las puertas del coche se cerraron, un segundo después el coche volaba por la ruta 197 hacia San Miguel, en cuya cárcel del pueblo lo tuvieron encerrado diez días.

Cuando entraron a Eichmann, el casero no se hizo ver. Al prisionero lo encerraron en una habitación secreta, esposado a la cama.

El secuestro de Adolf Eichmann en Buenos Aries, el 11 de mayo de 1960, ha sido narrado por tres de los miembros del comando: el jefe del Servicio Secreto Israelí Isser Harel publicó en 1975 *La casa de la calle Garibaldi*. Zvi Aharoni publicó en 1990 *Operation Eichmann*, y Peter Malkin, en realidad Eli

Yural, editó en 1997 *Eichmann in my hands*.

Hay diferencias entre esos relatos. Todos sin embargo, coinciden en un aspecto que, pasado medio siglo, resulta raro por lo menos para los argentinos. El Estado de Israel y su aparato de seguridad tomaron demasiadas precauciones. Los secuestradores partían de dos premisas falsas: según la primera, Adolf Eichmann estaba defendido por una coraza de nazis organizados, armados y con altísima capacidad de resistencia. La segunda premisa falsa es que el Estado argentino en 1960 estaba preparado para evitar operaciones realizadas por agentes extranjeros en su territorio.

En cuanto a lo primero, la verdad es que los refugiados nazis eran por aquellos tiempos una colección de inofensivas momias; y sus eventuales seguidores, unos cuantos muchachos exaltados, capaces de algunas algaradas, cuyas máximas hazañas eran ponerse un brazalete con la svástica y escandalizar a la clase media. Es cierto que podían consumar atentados y acciones clandestinas perversas y no se privaron de hacerlo. Pero allí terminaba su capacidad de acción. En cuanto al Estado argentino no estaba en condiciones de descubrir trama alguna.

Pero esto no lo sabían los agentes del Mossad. Y si lo comprendieron una vez consumado el secuestro, no lo dicen en los libros de memorias. Esos libros los escribieron porque el secuestro, traslado, procesamiento, condena y ejecución de Adolf Eichmann quedó inscripto como un hecho importante del espionaje del siglo XX y como un acto controvertible pero ejemplar de la lucha del mundo por establecer la justicia internacional.

El relato de Isser Harel, a quien, por ser el cerebro de la operación, le adjudico la mayor credibilidad, se estructura a partir de un núcleo: todo el tiempo, el comando esperaba que sucediera algo mientras Eichmann permaneció secuestrado en la Argentina.

¿Qué sucediera qué?

Por ejemplo, lo confiesa Harel, que el aparato de seguridad estatal los hubiera seguido y tratara de aprehenderlos. Pero

ese "aparato" no tenía la menor idea de que en el país se había introducido una célula de secuestradores. Temía el Mossad que el Estado lanzara una campaña pública de rastreo, o alertara a la población para que ésta comunicara a la policía cualquier movimiento extraño que observara. Nada de esto sucedió, en principio porque la familia de Eichmann no se animó a blanquear la identidad del secuestrado. En segundo lugar porque aun si así hubiera sido, la policía política argentina, como lo ha hecho siempre antes y después del secuestro de Eichmann, se ocupa mucho más de las cuestiones domésticas, por ejemplo, la persecución de los opositores del poder de turno, que de cuestiones que involucren la soberanía.

Una vez que las verjas de la casa de San Miguel se cerraron, miembros del comando compraban cada día todos los diarios y escuchaban los noticiosos de radio y TV.

Visto el asunto en perspectiva nos damos cuenta hoy de que Verónica Liebl y Nicolás, Dieter y Horst Eichmann se mordieron los codos pero no hicieron nada. Y cuando decidieron hacer público el secuestro lo hicieron casi en sordina. Porque no podían decir la verdad. Si el desaparecido era Ricardo Klement, un ignoto mecánico alemán-argentino, ¿a quién le importaba? Cada día desaparecen en la inmensa ciudad de Buenos Aires muchos ciudadanos, algunos tragados por tramas delictivas, otros porque se tiraron una cana al aire con alguna pebeta. Distinto hubiera sido el caso si la familia denunciaba que el desaparecido era el *OberSturmbannführer* Adolf Eichmann. Entonces el escándalo hubiera sido enorme. Pero esto no lo podía hacer Vera ni los hijos de Eichmann sin traicionar el diseño del esposo y padre quien había optado por el estricto secreto y la clandestinidad como pasaporte para eludir el castigo.

Por eso, el mundo tuvo que esperar a que el comando se llevase a Eichmann de la Argentina, con considerables temores pero finalmente sin despeinarse demasiado. El mundo y la propia familia de Eichmann debió aguardar a que el secuestrado llegara al aeropuerto de Lidda, en Tel Aviv; debió esperar a que la policía

israelí confirmara mil veces que aquel hombre era realmente Adolf Eichmann –en alguna medida, como surge de los relatos testimoniales de los miembros del comando, ni ellos terminaban de creérselo–, que Ben Gurión finalmente, lo anunciara en la Knesset. Recién entonces el Estado argentino se desayunó sobre dos hechos: el arquitecto del Holocausto llevaba viviendo diez años en la Argentina y un comando extranjero había entrado al país y se lo había llevado olímpicamente, como quien se lleva un *souvenir*.

En San Miguel, lo primero que hizo el comando fue revisar a Eichmann, tarea que realizó el Doctor con minuciosidad. Le obligaron a desnudarse. Incluso, a pesar de las protestas de Eichmann, a sacarse la dentadura postiza. Que fue examinada a fondo, pues no ignoraban los miembros del Mossad que varios jerarcas nazis se habían suicidado con cápsulas de cianuro escondidas en la dentadura. Apunta Aharoni que al ver desnudo a aquel verdugo de los judíos, a aquella figura legendaria del nazismo, lo impresionó un hecho patético: llevaba ropa interior raída.

"Me impresionaron –relata Zvi– esos calzoncillos medio rotos. Espontáneamente, me pregunté: ¿éste es el gran Eichmann, el hombre que decidía el destino de millones de seres?"

–¿Cómo se llama? –preguntó Aharoni.

–Ricardo Klement.

–¿Y antes?

–Otto Henninger.

–¿Cuándo y donde nació?

–Solingen, 19 de marzo de 1906.

–¿Cómo se llamó al nacer?

Durante un tiempo, el interrogatorio siguió de esa manera hasta que el prisionero no aguantó mas:

–¡*Yawolth! ¡Ich bin* Adolf Eichmann!

La delación

Durante los diez días que estuvo preso en San Miguel, los

hombres del Mossad interrogaron obsesivamente a Eichmann sobre el paradero de Mengele. Una y otra vez, Eichmann negó conocerlo, adujo que no sabía nada de él. Pero esta línea se quebró en algún momento del segundo o tercer día de cautiverio.

Entonces, Eichmann, quien nunca perdió la calma y en todo momento intentó dialogar amigablemente con el comando (según Eli Vural, se mostró con él untuoso y falsamente amigable), quiso sacar ventaja del interés que mostraba el comando por Mengele y ofreció a sus interrogadores un trato.

Como luego se encargaría de relatarlo en sus textos de memorias, Eichmann, al ser capturado en la ruta 202, pensó lo peor: que iba a ser ejecutado allí mismo, asesinado como un cerdo en un camino periférico de una ciudad latinoamericana. Destinos similares habían tenido otros policías y jerarcas nazis. Cuando se dio cuenta de que no lo mataban sino que lo llevaban a un cautiverio, sus esfuerzos estaban dirigidos a saber quiénes eran sus raptores. Podían ser alemanes, israelíes o gente de otras nacionalidades.

Cuando se dio cuenta de que era el Mossad, los engranajes de su cerebro comenzaron a pergeñar las líneas de la defensa en la que iba a perseverar: se presentó como un amigo de los judíos, exageró sus contactos con líderes sionistas y su carácter de víctima de la locura antisemita de Hitler.

Cuando los interrogatorios del comando del Mossad lo llevaban una y otra vez al paradero de Mengele, señalándole que existían pruebas de que él y Mengele se veían en Buenos Aires, Eichmann avanzó en otra línea de defensa. Estaba dispuesto a denunciar a Mengele, pero ¿a cambio de qué? El Mossad le hizo notar que él, Eichmann, no estaba en condiciones de pedir ningún tipo de contraprestación, pues era un cautivo que iba a ser sometido a juicio.

Eichmann no cejó. El comando se enfrentaba a la siguiente situación: es cierto que el secuestro había sido limpiamente consumado. Sin embargo, Eichmann era un zorro. El Mossad nunca infravaloró su astucia. Por eso, se cuidaron de no mostrar

demasiado las cartas. Los interrogatorios fueron llevados a cabo por cuatro miembros del grupo secuestrador. En todo momento se evitó que Eichmann pudiera ver a otros agentes y sobre todo se preservó a Isser Harel, quien jamás se presentó ante Eichmann aunque estaba al tanto de cada palabra que éste pronunciaba. Algunos biógrafos de Eichmann sostienen que Harel no vio a Eichmann, otros dicen que le echó un vistazo en momentos en que Eichmann dormía.

Eichmann, finalmente, delató a Mengele a cambio de que los miembros de la familia Eichmann no fuesen molestados. Pero nada indica que el Mossad, tras tantos trabajos que se había tomado para pasar inadvertido, fuera a hacer eso. ¿Qué podían aportar, por otra parte, esa esposa y esos hijos que jamás habían intervenido en la vida pública de Eichmann? Pero éste no estaba seguro de ello y temió que el odio de sus captores, o el afán de venganza, se cebara en los suyos.

Este temor era compartido por ellos, los familiares de Eichmann. Como ya he relatado, pocos días después del secuestro, Vera Liebl y sus hijos abandonaron la casa de la calle Garibaldi, a la que jamás regresaron. ¿Dónde fueron? No se ha sabido. Presuntamente, se protegieron junto agente de la confianza de ellos.

Sin embargo, Eichmann no le dio al Mossad el verdadero paradero de Mengele. Les dio la dirección de la pensión en Vicente López en la cual el médico de Auschwitz había vivido en algún momento. Puede entonces formularse la siguiente hipótesis: Eichmann recurrió a una táctica habitual en los detenidos políticos, qué él, como policía veterano, conocía muy bien. Eichmann dijo una parte de verdad y ocultó otra. Es probable que Eichmann supiera la inconsistencia de la información que entregaba al Mossad. En la pensión de Vicente López no iban a encontrar a Mengele. Pero una y otra vez, ante las presiones de sus captores, él les opuso esa forma de colaboración y reclamó contraprestaciones.

Los secuestradores no le tocaron un pelo. Ni siquiera en

Jerusalén,

cuando lo negó todo y dio mil vueltas a sus versiones, Eichmann denunció eso. Fue en compensación a la seguridad para su familia que Eichmann firmó este texto, más tarde presentado por el Estado de Israel en el juicio:

> Yo, Adolf Eichmann, el firmante, declaro en plena libertad que: ahora que mi identidad es conocida, reconozco que no tiene sentido eludir más tiempo la justicia. Consiento en ser trasladado a Israel y allí enfrentar un enjuiciamiento por tribunales competentes. Está de más decir que he recibido buen trato y que deseo que se investiguen los hechos cometidos durante los últimos años de mi carrera de funcionario, sin ningún disfraz a fin de que la posteridad tenga un buen retrato de los mismos. Esta declaración la hago en plena libertad. No se me han hecho promesas ni ofrecido tratos de ninguna especie. Sólo deseo hallar una paz en mi mente.Puesto que no puedo recordar todos los detalles y se me confunden, pido ayuda para hallar la verdad a través de documentos y testimonios. Buenos Aires, mayo de 1960.

Aharoni y Malkin se han atribuido la redacción de este texto, que en el juicio de Jerusalén, Eichmann negó haber firmado por propia voluntad, afirmando que le fue arrancado bajo presiones.

El intríngulis

Entre el 11 y el 21 de mayo de 1960 Adolf Eichmann permaneció cautivo en la cárcel del pueblo de una casa del suburbio bonaerense de San Miguel. Le servían comidas livianas, y se alternaban para vigilarlo. Siempre había un agente junto a él. Nunca jamás, hasta el fin de sus días, Eichmann iba a tener intimidad, pues para sus captores, su vida era preciosa, a fin de arrancársela. Y muchos nazis habían eludido el castigo a través del suicidio.

La situación era la siguiente: Eichmann estaba en manos de un comando de agentes secretos israelíes que lo habían secuestrado cuando volvía a su casa en Bancalari. Eichmann en realidad era un criminal de guerra pero también un ciudadano con documentación argentina. Y sus secuestradores, si bien con identidades falsas muy bien fraguadas, no sólo eran todos súbditos de un país extranjero e ingresados al país ilegalmente, no sólo portaban documentación falsa sino que además eran agentes de otro Estado. Y pretendían además, multiplicar la violación de las leyes nacionales ¡mediante la consumación de un segundo secuestro: el de Mengele!

¿Qué hubiera pasado si la policía irrumpía en el lugar y descubría todo esto? ¿Cuántas normas legales se habían violado? ¿Qué hubiera dicho el Estado de Israel de haber sido confrontado por la Argentina, si le hubiesen pedido explicaciones por la cantidad de delitos que cometían sus funcionarios, delitos, además, de "tracto continuo", o sea que continuaban consumándose? ¿Cómo hubiera explicado el Estado de Israel que todos esos hombres, por más pretextos éticos que pudieran alegar, delinquían flagrantemente contra medio Código Penal de la República Argentina, país con el cual Israel tenía relaciones diplomáticas, que además eran cordiales?

Es de imaginar la desesperación con la que vivían esas horas tanto Isser Harel como Zvi Aharoni, como los agentes del Mossad que guardaban a Eichmann, a medida que pasaba el tiempo y el riesgo aumentaba.

Pero, ¿por qué tardaron tanto en llevárselo? Fueron diez días…

Lo hicieron porque buscaban que Eichmann delatara el domicilio de Mengele y finalmente lo hizo: ese domicilio era la pensión Jurmann, en la calle 5 de Julio 1045 de Vicente López. Estaba en una callejón vecino a la vía del ferrocarril. Se produce otra disparidad de criterios. Harel, convencido de que tiene a Mengele en la mira, no quiere arriesgarse a una operación casi suicida como la intentada con éxito para atrapar a Eichmann. En

este punto debe tenerse en claro que capturar a Mengele hubiera sido un éxito clamoroso pero una falsa maniobra podía echar al traste toda la operación. Aquí radicaba también la astucia de Eichmann, quien retuvo la delación de Mengele con la finalidad de demorar su propio traslado a Israel.

Harel necesitaba más hombres. Los integrantes del comando que secuestró a Eichmann tenían funciones que cumplir y no podían dejar al *OberSturmbannführer* Eichmann encerrado, como quien guarda al perro, para dedicarse a otra misión. No ha de olvidarse que la parte más difícil de la Operación Garibaldi, la partida de la Argentina con el ilegal prisionero, estaba aún pendiente. Harel convoca con urgencia a un agente llamado Meir Lavi, quien se encontraba a la espera de órdenes en un país vecino. Meir Lavi era el único agente que tenía a su alcance Harel para infiltrarse en la pensión de Vicente López sin llamar la atención. Cuando Aharoni se enteró de que el comando no partía porque el jefe había decidido ir porMengele, tuvo una áspera discusión con Harel. Así lo explica el propio Aharoni en su libro:

> En aquella época, yo ni siquiera había oído mencionar a Mengele.
> Su nombre no había aparecido en los diarios y tengo que admitir que lo único que me preocupaba era llevar a Eichmann a Israel.
> Harel no nos había dicho nada antes [sobre Mengele]. Cuando lo hizo, algunos de nosotros tuvimos la sensación de que era un proyecto demasiado ambicioso y que podría poner en peligro el éxito de la Operación Garibaldi… Yo pensaba que siempre podríamos
> intentarlo con Mengele en otra ocasión…

En cuanto Lavi llegó a Buenos Aires se reunió con Harel en uno de los cafés que éste usaba como oficina. Lavi le confesó a Harel que no se sentía con suficiente solvencia idiomática como para entrar en la pensión y hacerse pasar por un argentino.

¿Qué sucedería si Mengele veía de pronto llegar a un hombre desconocido? En caso de que Mengele realmente viviera allí, no le alcanzaría el tiempo para huir. Lavi le sugirió a Harel que utilizara a una pareja: Ada y Benyamin Efrat, dos israelíes que vivían hacía tiempo en Buenos Aires. Cuenta Harel: "En cuanto vi a Efrat supe que era el hombre que necesitaba. Hablaba español con fluidez y su aspecto era el de un argentino corriente". Los Efrat, durante varios días, merodearon por las calles de Vicente López mirando detenidamente a todos los que entraban y salían de la pensión. Pero ninguno se parecía a Mengele. Finalmente, abordaron a un cartero que hacía su reparto cargado con una pesada cartera de cuero. Le preguntaron si traía habitualmente correspondencia para un doctor Mengele.

–Sí. Suelo traer cartas para un doctor Menelle… o algo así. Pero hace un tiempo que en la pensión me devuelven esas cartas porque se ha mudado.

Fueron hasta la sucursal de correo de Vicente López y allí les confirmaron que "el pájaro había volado" y que no sabían cuál era su dirección.

Pero Harel no se contentaba. Su deseo de apresar a Mengele y coronar así una operación apoteósica, era demasiado grande. Siguió acechando la pensión de la señora Jurmann. Efrat, por ejemplo, llegó a entrar en la casa con el disfraz de un plomero que venía a arreglar el calefón. Así se enteró de algunos pormenores. Por ejemplo, que allí había vivido una pareja de norteamericanos, lo cual agregaba confusión. ¿Sería Mengele, ese Frégoli, quien nuevamente se les escapaba, ahora disfrazado de norteamericano?

Pero entonces, ¿dónde estaba Mengele? Es posible que hubiera pasado algún tiempo en esta pensión, pero, pensaba Harel, las filtraciones sobre el pedido de extradición cursado por la RFA, lo habían alejado.

¿Estuvo en algún momento decidido Isser Harel a asaltar la pensión y llevarse por la fuerza a Mengele, como ha llegado a sostenerse? El propio Harel, en su narración del "caso Eichmann" habla muy poco del proyecto de secuestrar y llevarse a Mengele.

Sin duda que, desde ese punto de vista, él vivió la Operación Garibaldi como un fracaso. Nunca supieron con claridad dónde estaba Mengele. El rastro que había dejado el médico de Auschwitz era mucho más tenue que el de Eichmann. Harel no ha querido manchar con el fracaso del secuestro fallido de Mengele, lo que fue una operación exitosísima desde el punto de vista del espionaje.

De todas maneras, si Harel renunció a Mengele, fue a último momento. Pues, como el avión de El Al esperaba al comando, cualquier operación fulminante podía haber sido intentada. Pero, como luego se supo, el doctor Mengele había salido del territorio argentino y nunca volvería ni sería hallado. Pasó a Paraguay y luego a Brasil, donde murió en 1979.

La extraña aventura de Rafi Arnon

El secuestro de Adolf Eichmann se cruzó en la vida de un muchacho judío, un *kibutzin*, de vacaciones en la ciudad de Buenos Aires. Todo comenzó en una pizzería de la porteña esquina de Corrientes y Pueyrredón, dos avenidas populosas que ligan el centro de la ciudad con el barrio judío, el Once. Restaurantes *kosher*, la redacción de varios periódicos judíos, librerías de textos en hebreo, sinagogas y seminarios de estudios cabalísticos se mezclan en un barrio que también alberga a proletarios criollos: a pocos metros se erige la estación Once de Septiembre, que los porteños llaman Miserere, de la que parten trenes y autobuses a los suburbios populares que se multiplican en el inacabable oeste ciudadano.

Rafi Arnon –treinta y pico de años, alto, rubio, la piel curtida por el sol de Palestina de un típico sabra– se había caído de un tractor en su *kibutz* de Israel. Aunque el golpe en la cabeza por poco lo mata, finalmente, sólo le quedó una cicatriz en la frente. Soltero y buen mozo, buen compañero y trabajador, sus amigos del *kibutz* poco menos que obligaron a Rafi a tomarse un descanso. Y Rafi tenía familiares en Buenos Aires. ¿Por qué no visitarlos? Viajó a la capital argentina sin tener la menor idea

de los hechos que sucedían o estaban por suceder, y que narra este libro.

Así tenemos a un muchacho que chapurrea castellano, y que está pasando la gran vida con las "pibas" de una ciudad que, a fuerza de rica dieta proteica y mezcla de orígenes, ha producido mujeres de considerable belleza. En sus días porteños, a Rafi le presentaron varias solteras de la colectividad que lo miraban con avidez.

Aquel día de abril de 1960 Rafi estaba en la pizzería de Corrientes y Pueyrredón, restaurándose ¿de o para? alguna cita galante cuando el destino se le cruzó en la forma de Menashe Talmi.

A Menashe Talmi esa tarde le había tocado entrevistar a su jefe, el director del Mossad Isser Harel, en una de las oficinas volantes que éste usaba, situadas en mesas de varios cafés de Buenos Aires. Aquella noche, justamente el lugar del encuentro era una pizzería de Corrientes y Pueyrredón. Entre la concurrencia, Menashe reconoció a Rafi Arnon, a quien conocía por haber coincidido en experiencias bélicas-patrióticas. Ambos habían participado, aún adolescentes, en la guerra de la independencia de Israel. El cerebro de Menashe funcionaba como un motor a explosión. Menashe le dijo a Harel que se fuera porque se le había ocurrido una idea. El severo jefe Isser Harel sabía con qué bueyes araba. Si Menashe había pensado algo...

Menashe sorprendió a Rafi sentándose en la mesa de éste y en los siguientes minutos se cruzaron las habituales frases, hola querido compañero, qué estás haciendo, venir a encontrarnos en este rincón del mundo, etc., etc.

Esto era lo que pergeñaba la cabeza de Menashe: he aquí a un judío de confianza, que sabe algo de castellano, y está disponible. Llevó la conversación al terreno que le convenía:

–Rafi –dijo Menashe–, me encuentro cumpliendo una misión. Es un suceso muy importante para nuestro Estado, y desgraciadamente no puedo revelarte los detalles.

Durante varios minutos, Menashe trató de seducir

mentalmente a Rafi. ¿Querría él, Rafi Arnon, prestar un enorme servicio a la patria común?

¿De qué se trata?, inquirió el *kibutzin*, intrigado. No de mentir, explicó Menashe, sino de exagerar un poco la realidad. ¿Acaso Rafi no acababa de sufrir un terrible accidente al caer del tractor? Pues bien, se trataba de contarle a las autoridades argentinas lo mismo... pero como si hubiera sucedido más tarde, hoy mismo.

Rafi tenía dificultades para seguirle.

–¿Qué te pasó cuando te caíste? –preguntó Menashe.

–Me dolía la cabeza, me resonaban los oídos, tenía vértigos y mareos, veía mal...

–¿Habías perdido la memoria?

–Sí, no me acordaba de nada, estaba confuso...

–Pues eso mismo te va a volver a pasar –dijo sonriente Menashe.

Cuarenta y ocho horas después, una fresca noche de mayo, un hombre que se agarraba la cabeza con ambas manos paró un taxi en una esquina de la avenida Cabildo.

–Por favor –clamó el supuesto herido–, me acabo de caer en la calle, lléveme al hospital más cercano...

El taxi partió raudo. Unos minutos después, los médicos de guardia en el Hospital Pirovano ven entrar a un taxista que sostiene a un joven muy alto, que vacilaba al caminar. Al cruzar la calle, contó, había resbalado. Estuvo, dijo, inconsciente unos minutos, hasta que pudo salir del letargo.

Lo revisaron. El médico del comando le había dado a Rafi Arnon instrucciones precisas. Debía quejarse mucho por el dolor, y fingir que su visión era borrosa. Le hicieron controles, le sacaron radiografías –tantas que, de pronto, Rafi empezó a tener miedo de que le encontraran algo malo, desconocido… y verdadero– y finalmente, le dijeron que se quedara unas horas, en observación. Mientras tanto, él había exhibido su pasaporte, que estaba en regla. Todo esto quedó asentado en el Libro de la Guardia de Hospital Pirovano, correspondiente al miércoles 3

de mayo de 1960.

A la mañana siguiente, cuando tomó funciones el nuevo jefe de guardia, le practicaron la enésima revisación. Por supuesto, le dieron el alta, recomendándole que, por unos días, se moviera poco y estuviera atento a algún posible síntoma. Así pues, a la mañana siguiente Rafi Arnon se fue del Pirovano. Se cumplía el plan de Menashe. Un ciudadano israelita, accidentado en la cabeza, había sido internado en un hospital, al parecer afectado por una conmoción.

El equipo de falsificadores de la casa de San Miguel, mientras tanto, había sacado una excelente réplica del pasaporte de Rafi, con una única variante: en lugar de la foto del joven sabra, en la página tres estaba pegada la de Adolf Eichmann... Es cierto que había diferencias de edad: Eichmann tenía veinte años más que Rafi, pero antes de fotografiarlo, a Eichmann lo habían maquillado.

Ese documento serviría de excusa por si la policía argentina irrumpía en San Miguel, o interceptaba al comando en el viaje a Ezeiza. Aunque finalmente no fue esa la estratagema usada, y Eichmann dejó la Argentina con la identidad de un tripulante de El Al. Pero Rafi Arnon se había asegurado un lugar en esta historia.

El tripulante borracho

La participación de El Al en la salida de Adolf Eichmann de la Argentina no se limitó a facilitar el avión Bristol Britannia. Diversos miembros de El Al intervinieron en la trama urdida para la salida de Eichmann. La compañía, desde su fundación en 1948 y por lo menos hasta 2003, fue más que una aerolínea de bandera, casi una prolongación del Estado israelí. Su primera misión al margen del comercio aéreo fue llevar judíos de Yemen a Palestina para que sirvieran como voluntarios en la guerra. Transportó a Chaim Weizmann en vuelo triunfal, de Ginebra a Tel Aviv, cuando el Estado acababa de nacer. En 1960, Adolf Eichmann se fue de la Argentina disfrazado de piloto de El Al.

Todo ello sin perjuicio de la destacada actuación de El Al en la aviación comercial del mundo: en 1960 habían pasado por los aviones de la compañía veinte mil pasajeros, que llegaron a su destino conformes, incluso con la comida kosher que servían las azafatas. Y en 1961 ese número se elevó a sesenta mil…

La compañía había facilitado al comando del Mossad en la clandestinidad de Buenos Aires, tres uniformes de personal de vuelo. Se los enfundaron los agentes Gabi Eldad y Zev Keren; con el tercero, vistieron a Eichmann. Otros miembros de la compañía, todos vinculados con el vuelo del Britannia que trajo a la delegación israelí que venía a los festejos del sesquicentenario de la Independencia, estuvieron en contacto con el personal de Ezeiza que repostó el avión, y participaron en gestiones para que, mientras se le practicaban al avión los controles de rutina, se lo mantuviese estacionado en un área especial del aeropuerto, al alcance del comando. El objetivo de estos movimientos era que el secuestrado pudiera subir al aparato sin interferencias de la policía argentina.

El 14 de mayo de 1960, el Britannia LY 601 había despegado del aeropuerto de Lidda (Tel Aviv). Llevaba un retraso de tres días sobre el plan previsto, por dificultades en juntar a los distintos miembros de la delegación oficial. La tripulación, integrada por pilotos veteranos, la flor y nata de la aviación israelí, como el piloto capitán Yoel Meged, y el copiloto, capitán Gad Nishri, había sido advertida que regresaría con un pasajero "especial".

En Ezeiza, el Britannia se encontró con un escenario muy alterado. La llegada de las delegaciones motivaba un gran despliegue de las fuerzas de seguridad. En el aeropuerto pululaban agentes de la CIA y de la custodia personal del presidente de los Estados Unidos de América, general Dwight Eisenhower, cuya llegada preocupaba a los encargados de la seguridad argentina. Temían algún atentado, o bien que molestaran al huésped los habituales actos de protesta callejera de la izquierda argentina.

La noche del 21 de mayo, en la quinta de San Miguel, Adolf Eichmann fue disfrazado con un uniforme de piloto de El Al.

Le inyectaron un tranquilizante y flanqueado por un agente a cada lado, lo ubicaron en el medio del asiento de atrás del coche. Así entraron a las pistas de Ezeiza, y se dirigieron al sector de vuelos nacionales. Al coche en el que iba Eichmann lo seguía un microbús con el resto de la tripulación. Algunos, en las horas que pasaron en Buenos Aires, habían descansado en el hotel del aeropuerto y otros lo habían hecho en hoteles del centro. Un guardia que custodiaba el sector, los paró y les pidió que se identificaran. Mostraron sus credenciales y explicaron que eran miembros de la tripulación del Britannia. ¿Miró el guardia al hombre semidormido que viajaba en el asiento trasero? ¿Les dijo algo a los demás tripulantes? ¿Les pidió algo? La versión de los agentes del Mossad es que bastó una explicación simple:

–Nuestro compañero ha tomado unas copas de más –habría dicho el piloto que viajaba junto a la ventanilla del coche. El guardia argentino no averiguó más. Según el relato de Harel, "el doctor", sentado a la derecha de Eichmann, tenía en su mano una jeringa, camuflada por un abrigo, para inyectar a Eichmann una dosis masiva de hipnótico si él hubiera hecho algún movimiento raro.

Fue el momento más difícil. ¿Qué hubiera pasado si el prisionero comenzaba a gritar, pidiendo ayuda? Pero nada pasó. El grupo subió al avión y Eichmann fue situado en los asientos delanteros, de la primera clase, rodeado de agentes.

El vuelo partió de Ezeiza faltando cinco minutos para la medianoche del 21 de mayo de 1960. Estaba todo el pasaje ya embarcado y los reactores encendidos, cuando se produjo una extraña demora. Los agentes que custodiaban a Eichmann se inquietaron. Los minutos pasaban y el aparato seguía inmóvil. Al cabo de un rato, cesó el ruido. ¡Los motores se habían apagado! Los agentes del Mossad miraban inquietos por las ventanillas; sólo se veía el lejano contorno de los edificios de Ezeiza, apenas iluminados en la noche. Comenzaron los viajes a la cabina de mando. ¿Qué sucedía?

Es que uno de los miembros de la delegación oficial, el

ministro de Industria y Comercio de Israel Ahron Dovrat, había insistido en que su visita a Buenos Aires debía ser brevísima y quedó de acuerdo con el personal de El Al en que regresaría en el mismo Britannia. Pero le avisaron que la partida era a las dos de la mañana del domingo 22. Unos minutos antes de la medianoche, llegó tranquilo a Ezeiza; pensaba que tenía tiempo de sobra; se encontró con la novedad de que su avión despegaba en ese momento. Montó en cólera por el incumplimiento, y exigía que el aparato regresara a buscarlo. Pero el Britannia 601 ya no podía regresar. En él viajaba Adolf Eichmann, tras pasar nueve años, diez meses y siete días en la Argentina.

¿Qué hay de comer?

El avión hizo escala en Recife y Dakar. Luego se dirigió a Tel Aviv. Nada sucedió en el avión. Aharoni, consumido por los nervios, no probó bocado. En cambio, el propio Eichmann devoró con apetito las bandejas que le servían las azafatas, llenas de comida *kosher*.

Los pilotos consumaron una hazaña al llegar de Dakar a Tel Aviv sin escalas porque normalmente ese vuelo cargaba combustible en Roma.

Adolf Eichmann pisó tierra de Israel a las cuatro de la mañana del lunes 23 de mayo de 1960 rodeado de un impresionante operativo de seguridad. El primer paradero de Eichmann en Israel fue la prisión de Yagur, cerca de Jaffa, en el norte del país. Un fortín conocido como Camp Iyar, que había sido construido por los ingleses durante el mandato, a fin de alojar a los árabes e israelitas que combatían el Imperio. Cuando el gobierno de Tel Aviv decidió guardar allí a su preso más importante, fueron desalojados todos los árabes que entonces se encontraban en Yagur y desde esa fecha la fortaleza pasó a alojar a un solo detenido: Adolf Eichmann.

Los trabajos para confirmar la identificación de Eichmann demandaron mucho tiempo, así como la revisación física completa. Fueron convocados a Camp Iyar dos hombres que

habían tratado a Eichmann en Berlín y Viena, *circa* 1938: Benno Cohen y Moshe Averbach o Agawi. Contó el primero que, cuando fue llevado frente a Eichmann, ambos hombres se miraron largo tiempo pero él no reconoció a Eichmann. Éste, según luego también relató, no reconoció a Cohen. Había pasado demasiado tiempo.

A las cuatro de la tarde del 24 de mayo de 1960, una vez que Ben Gurión hubo recibido a Isser Harel en la sede del gobierno y todas las seguridades le fueron dadas, se dirigió a la Knesset, que en ese momento sesionaba. La entrada en el Parlamento israelí del Primer Ministro, a quien siempre se le reprochó su predilección por los golpes de efecto, superó esta vez todos sus anteriores actuaciones. Tras pedir perdón al presidente del cuerpo por interrumpir la sesión, Ben Gurión dijo con voz estentórea:

> Hace algún tiempo, fue detectado por los servicios de seguridad del Estado uno de los más grandes criminales de guerra nazis, Adolf Eichmann, responsable junto a otros jerarcas de lo que dieron en llamar la solución final al problema judío, o sea el exterminio de seis millones de los judíos europeos. Adolf Eichmann se encuentra detenido ya en Israel y en breve será procesado aquí conforme a la Ley de Justicia contra los nazis y sus colaboradores 1950-5710.

En pocas horas la noticia había dado la vuelta al mundo.

En la Argentina, los vespertinos *La Razón y Correo de la Tarde* dieron la primicia en sus ediciones del 26 de mayo. Ben Gurión no había dicho, al comparecer ante la Knesset, dónde había sido detenido Eichmann –sólo se refirió a "un país extranjero"– pero los rumores recogidos de inmediato por la prensa señalaban a la República Argentina.

El 27 de mayo, desde hora temprana, los periodistas acudieron a la sede de la embajada de Israel, en la calle Arroyo, para indagar sobre el anuncio hecho en Tel Aviv. Abba Eban, quien presidía la delegación de Israel a los festejos de Buenos Aires, aún se

encontraba en la capital argentina. Eban, a quien el ministro de Relaciones Exteriores argentino Diógenes Taboada, acababa de enviar un cable en el que exigía una explicación, se vio forzado a comparecer ante la prensa pero dijo no saber nada.

Cuando años después publicó sus memorias, Abba Eban admitió que conocía el proyecto del secuestro –no podía ser de otra manera pues integraba el gabinete de Ben Gurión, ante el cual éste había expuesto el plan– pero que el Primer ministro le había prometido no anunciar el secuestro hasta que él, Abba Eban, dejara la Argentina.

El conflicto

Difieren los testimonios y las interpretaciones del conflicto diplomático entre Argentina e Israel acerca del caso Eichmann. Mientras algunos historiadores sostienen que Ben Gurión actuó por su cuenta, sin decir nada a su gobierno, esta versión me parece insostenible habida cuenta de la forma tan amplia en que la operación Garibaldi involucró a distintos personajes del Estado.

Isser Harel, cuya profesión era el espionaje, magnifica el perfil conspirativo que tuvo el secuestro de Eichmann e ignora toda participación en los hechos de la embajada de Israel. En cambio, el embajador Levavi, en documentos que transcribe Rein Raanan (ver bibliografía), sostiene algo muy distinto: que Isser Harel le requirió ayuda y que durante los días del secuestro, "la embajada era el centro de (las) actividades. Toda la planta baja estaba repleta de personal de El Al al tanto de lo que ocurría. Daban vueltas por allí todo el tiempo. Estaba lleno".

El conflicto entre Argentina e Israel comienza cuando el canciller Diógenes Taboada, en una comunicación a la embajada de Israel enviada el 27 de mayo, pide aclaraciones por escrito: "En caso de que Eichmann haya sido secuestrado en la Argentina, ello se contradice con las normas internacionales y forzará a la Argentina, pese a sus buenas relaciones con Israel, a presentar una protesta muy severa y los resultados son impredecibles".

Levavi tranquiliza a Taboada y desmiente que ciudadanos israelíes hubieran participado de la captura. Pero por vías diplomáticas, Levavi revela su miedo por la reacción argentina, en caso de que el secuestro se confirme; envía un cable urgente a Tel Aviv en el que pide al gobierno israelí que niegue el secuestro:

> En mi opinión, hay un peligro casi tangible de que el gobierno argentino, débil y perseguido por la oposición, esté obligado a cortar relaciones diplomáticas con nosotros si no negamos el secuestro de Eichmann aquí. Una negativa de este tipo equilibrará la situación y lentamente volverá la buena atmósfera de relaciones que imperaba en el pasado… La ruptura de relaciones sería un golpe mortal para los judíos locales y cuestionaría por mucho tiempo nuestro status en toda América Latina.

Cuando todo el mundo hablaba ya de que el secuestro de Adolf Eichmann se había producido en Buenos Aires, el Estado de Israel elaboró la versión a la que se aferraría desde entonces y durante más de 45 años, incluso luego de que sus mismos protagonistas, agentes del Estado ya en pensión, hubieran relatado la verdad en sus más mínimos detalles. Según la versión oficial de Israel, unos voluntarios judíos habrían "entregado" al Estado de Israel a un individuo que resultó ser el criminal de guerra Eichmann. Para esa versión, el Estado de Israel ni tenía nada que ver con el secuestro, ni sabía quién se había llevado a aquel hombre de la Argentina.

Según declaró años después un diplomático israelí entonces consejero de la embajada en Buenos Aires, Joel Barromi, la excusa de Israel sonaba absurda aun para los propios diplomáticos israelíes y suscitó muchas críticas de aquellos funcionarios de la embajada que permanecían en la Argentina, quienes debían lidiar con un país humillado en su soberanía. Por ello, acusaban a Ben Gurión de torpeza: "De veras, aquella carta era terrible –se refiere a la carta de Ben Gurión que transcribo más abajo–. Recuerdo que estábamos muy enojados… –señalaba Barromi–.

Sentíamos que el asunto no prendería".

El 8 de junio de 1960 el gobierno de Arturo Frondizi entregó otra misiva mucho más dura, y en términos de ultimátum. En ella se exigía la inmediata restitución de Adolf Eichmann "antes de que termine la semana corriente" así como el castigo de los violadores de la soberanía nacional, bajo el apercibimiento de que, si así no se hacía, la República Argentina se vería en la obligación de romper relaciones con Israel. En el cuarto párrafo de la carta de Frondizi del 8 de junio, se hacía alusión a algo indigerible para Israel: la acción de los supuestos voluntarios, rezaba la declaración argentina, "revestía características propias de los métodos que empleó un régimen definitivamente condenado por la conciencia universal".

En esta declaración, Israel era considerado, por la República Argentina, como un país con comportamientos nazis. El último párrafo de la carta, sin embargo, abandonaba estas valoraciones y devolvía la cuestión a carriles negociables. La Republica Argentina se lamentaba en ese párrafo de que Israel hubiera rechazado una oferta de Nahum Goldman para que Eichmann fuese juzgado por un tribunal internacional. El rechazo a esa iniciativa por Israel, decía la declaración, es uno de los criterios evaluados por el gobierno argentino para sustentar su reacción. Al mismo tiempo que entregaba esta carta, el gobierno argentino retiró a su embajador en Tel Aviv, Rodolfo García Arias.

Levavi trabajaba infatigablemente en pos de una solución negociada. Propuso a Ben Gurión que el caso Eichmann fuera reconducido a un carril más auspicioso: la buena relación personal entre Ben Gurión y Arturo Frondizi. Es imperativo, clamaba Levavi desde Buenos Aires, que el Viejo le escriba una carta personal al presidente argentino, casi su discípulo: Frondizi era 22 años menor que Ben Gurión.

Ben Gurión lo hizo de inmediato y, para que su contenido no se filtrara, el mensaje no fue cursado por medios diplomáticos normales. La carta de Ben Gurión la llevó personalmente Levavi a la residencia de Olivos, entregándola en mano a Frondizi.

"Nunca hemos conocido horror semejante", decía Ben Gurión resumiendo la aniquilación de millones de judíos, entre ellos niños pequeños, por los nazis. Pero Frondizi no necesitaba que nadie le recordara esas cosas pues ya en 1938 había pronunciado el discurso inaugural del Primer Congreso Argentino contra el Racismo y el Antisemitismo.

Luego, Ben Gurión explicaba las circunstancias especiales en las que Israel había debido intervenir en la "operación" y concluía:

> Estoy seguro, Señor Presidente, que considerará estos argumentos con toda la ponderación moral. Usted mismo ha combatido contra una dictadura y ha revelado su enfoque sobre valores humanos
> y yo espero que nos comprenda y acepte nuestra sincera expresión de pesar por el perjuicio a las leyes de su país, causado en virtud de una obligación moral interna […] [Esperemos] que se sume a todos los amantes de la justicia en el mundo, que ven en el enjuiciamiento de Adolf Eichmann en Israel un acto de Suprema Justicia histórica, y que las relaciones amistosas entre Israel y su país no resulten perjudicadas.

El conflicto era inevitable, pues al presidente Frondizi lo tironeaban dos exigencias: tenía que defender la soberanía nacional que había sido violada por los agentes del Mossad, pero también debía aceptar que el procesamiento y eventual castigo de Eichmann era un acto de elemental justicia. La oposición interna se dispuso a triturar al presidente, al que odiaba; los radicales, antiguo partido del propio Frondizi por ejemplo, se colocaron en la línea dura, exigiendo a Frondizi algo imposible: que Israel devolviera al secuestrado. Algunos dignatarios de la Iglesia, por su parte, como el cardenal primado de la Argentina, Antonio Caggiano, sostenían que Eichmann, más allá de sus crímenes, era un perseguido y debía ser perdonado. Ben Gurión no lo pasaba mejor que Frondizi, pues sus opositores le reprochaban diversas

cosas: desde haber puesto en riesgo la amistad con un país que albergaba trescientos mil judíos hasta, en el extremo opuesto, no haber colocado en su lugar a los argentinos. ¡Cómo podía un país como Argentina, clamaba la línea dura israelí, darse el lujo de insinuar que Israel usaba métodos nazis, habiendo sido la Argentina un refugio para notorios criminales de guerra! Arturo Frondizi había sostenido siempre que eran las Naciones Unidas el ámbito en el cual debían resolverse los conflictos entre naciones. Con coherencia, el representante argentino ante la ONU recibió instrucciones de plantear en ese ámbito la queja por el acto ilegal de Israel. El problema radicaba en que el embajador argentino en la ONU era Mario Amadeo, un diplomático de carrera que también era político, escritor y polemista. La oposición a Frondizi agregó otro motivo de crítica: Mario Amadeo, franquista confeso, ¿podía representar al país? Ciertos antecedentes de Amadeo fueron recordados: el 12 de octubre de 1954, por ejemplo, mientras participaba como invitado especial en los fastos del Día de la Hispanidad, Amadeo pronunció ante el Caudillo Francisco Franco un discurso en el que exaltaba al régimen español.

Mario Amadeo había renunciado dos veces a sus funciones diplomáticas. La primera, en enero de 1944, como protesta por la ruptura de relaciones diplomáticas de la Argentina con Alemania. Reincorporado, volvió a renunciar en mayo de 1945 cuando Argentina declaró la guerra al Eje.

Los antecedentes fascistas de Amadeo se acumulaban; por ejemplo, solía colaborar, junto a otras plumas como las de Juan Sepich o Marcelo Sánchez Sorondo, en una revista llamada *Dinamita Social*, en la que proliferaba la propaganda anticomunista y las críticas feroces al sionismo. Otra figura de la que Amadeo había estado cerca era la de Juan Carlos Goyeneche, confeso admirador del Reich, quien había sido compañero de Amadeo en el breve gabinete del general Eduardo Lonardi, presidente durante 49 días en 1955, quien había nombrado a Amadeo canciller.

Mientras se aguardaba la reunión del Consejo de Seguridad en la que se trataría la denuncia argentina, fijada para el 22 de junio de 1960, se multiplicaban los intentos de mediación. Golda Meier propuso, por ejemplo, el siguiente plan: ella llevaría a Eichmann, bajo custodia, al local de la embajada argentina en Tel Aviv y lo devolvería simbólicamente a la Argentina. En ese mismo acto la Argentina, a su vez, lo "traspasaría" a Israel y el preso regresaría a su celda.

Según varias opiniones, Frondizi y sus asesores transmitían, bajo cuerda, la certidumbre de que el gobierno argentino, en sus protestas diplomáticas, actuaba "para la galería" pero su verdadero propósito era llevar el conflicto a la vía muerta de un expediente diplomático…

En Israel no había temor a la reunión del Consejo: las potencias del mundo no iban a actuar contra Israel. La posición del país estaba galvanizada en torno a la necesidad de hacer justicia sobre los horrendos crímenes del Holocausto, consumado a los ojos del mundo, sin que las potencias occidentales hubieran movido un dedo para impedirlo. ¿Con qué fundamento podrían ahora reprochar a Israel su intento de hacer justicia?

La venganza de Satanás

Nueva York y el mundo seguían la sesión minuto a minuto. *The New York Times* había publicado el 11 de junio un artículo de Erich Fromm, en el cual definía al secuestro de Eichmann como "un acto ilegal, exactamente del mismo tipo que los que reprochamos a los nazis. Es cierto que no hay crímenes peores que los crímenes cometidos por Eichmann. Pero es justamente en casos extremos que el respeto a la ley y la integridad de otros países se pone a prueba".

En su alocución durante el debate, Mario Amadeo recogía algunos de esos argumentos: el canciller destacó que la Argentina había acogido con los brazos abiertos a miles de inmigrantes judíos, muchos de los cuales, huyendo de persecuciones, habían ingresado a la Argentina ilegalmente, ante lo cual el país había

preferido cerrar los ojos. La Argentina, decía Amadeo, respeta y practica el asilo político y le abre las puertas a cualquier perseguido sin preguntarle quién es. Luego, Amadeo criticaba amargamente que Israel hubiera "traicionado" un tratado de extradición cuya firma se había producido justamente pocos días antes del secuestro de Eichmann.

La canciller israelí Golda Meier se revolvió con furia contra Amadeo al rechazar la argumentación según la cual la persecución de los crímenes nazis pudiera parangonarse al horror del exterminio de los judíos por el nazismo. Golda agitaba en sus manos un artículo titulado "Soberanía para carniceros", publicado el 17 de junio en el diario *El Mundo* de Buenos Aires, en el cual Ernesto Sabato aplaudía "al grupo de hombres valerosos que arriesgaron su vida buscando por el mundo al criminal de guerra Adolf Eichmann y mostraron su moderación al capturarlo y no ejecutarlo de inmediato, entregándolo de inmediato a las autoridades israelíes para que éstas lo juzgaran".

La acción de los voluntarios israelíes y la acción del Estado de Israel al juzgar al genocida no constituyen un acto de venganza sino de justicia, dijo Golda. Culminó su discurso parafraseando al poeta nacional judío Haim Nachman Bialik: ni siquiera Satanás podría encontrar la fórmula para vengar la muerte de un niño.

Cerrado el debate, el Consejo de Seguridad emitió una resolución en la que, tras condenar la acción de Israel, instaba a Tel Aviv a indemnizar a la República Argentina. Luego recalcaba que la repetición de casos como el de Eichmann pondrían en riesgo la paz mundial. Estados Unidos agregó dos enmiendas, que los argentinos aceptaron: en la primera se condenaban los crímenes nazis contra los judíos y se anhelaba que Adolf Eichmann fuese juzgado por su responsabilidad en ellos. En la segunda, el Consejo formulaba su augurio de que "las relaciones entre Argentina e Israel, hasta este momento amistosas, mejoraran".

Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña votaron la condena de Israel, aunque el embajador de USA en el Consejo

de Seguridad, Henry Cabot Lodge, no se privó de relatar sus propias experiencias personales cuando, como integrante de las fuerzas armadas norteamericanas, liberó el campo de Dachau y descubrió el espeluznante martirio de los judíos.

Los embajadores de la Unión Soviética y de Polonia, aunque con algunas reservas, apoyaron en sus discursos la posición de Israel y, al llegar al momento de votar la moción de censura, se abstuvieron.

El conflicto tuvo algunas otros coletazos: el embajador Levavi fue declarado *persona non grata* y dejó el país. Tras una estada en París, regresó a Tel Aviv donde fue recibido como un héroe y designado para un alto cargo en la Cancillería. Mientras tanto, funcionarios israelíes y argentinos, sin alharacas, trabajaban para que el caso Eichmann apagara sus resonancias.

"La irritación de los nacionalistas –recuerda el historiador israelí Rein Raanan en su precisa reconstrucción del episodio– no podía frenar la normalización de las actividades bilaterales". La colectividad judía continuó con sus actividades. En septiembre de 1960 se inauguró en Buenos Aires una exposición sobre descubrimientos arqueológicos en Israel, con la presencia de autoridades municipales y nacionales. El Consejo Deliberante aprobó una ordenanza por la cual se bautizaba Estado de Israel a un tramo de la antigua calle Lavalle.

La opinión pública no manifestó indignación ni condena al secuestro de Eichmann, posturas que quedaron confinadas a algunos nacionalistas, quienes batían el parche en sus medios de prensa. "¡Silencio, miserable silencio!", apostrofaba Juan Carlos Goyeneche en el periódico *Azul y Blanco* mientras que Carlos Florit, antecesor de Taboada en el cargo de canciller, escribía en una publicación académica que la expulsión del embajador israelí debía haber sido la primera medida argentina y no la última y calificaba la actuación oficial como una muestra "del deterioro de la política exterior argentina". Terminaba con esta comprobación: también la "prensa ha sido influida por la óptica judía internacional".

¿Cuál fue la reacción de los 300.000 judíos argentinos ante el secuestro de Eichmann? Júbilo por un lado, y temor ante reacciones que los afectaran por otro. Un enviado especial del diario israelí Haaretz en Buenos Aires pinta así el momento:

> En el público, había una sensación de puñalada por la espalda; por un lado, apariciones festivas y manifestaciones de amistad y por el otro una violación de la soberanía nacional. En la calle judía se dice que el gobierno israelí demostró incomprensión de un punto sensible en estos países [de América Latina]. La consternación es visible incluso en la posición del doctor Gregorio Topolevski, el anterior embajador de Israel en la Argentina, cercano a círculos judíos aquí, quien al comienzo opinó que se debía devolver a Eichmann a la Argentina. Posteriormente, el doctor Topolevski se retractó de esa posición.

Según Yosef Avidar, un diplomático israelí que fue embajador en Argentina, "la prensa de Buenos Aires fue objetiva y hasta ligeramente simpatizante con los testimonios y los procesos en el juicio, exceptuando las opiniones de algunos juristas que no reconocían el derecho de Israel de juzgar a Eichmann…". Una iniciativa de algunos círculos judíos argentinos para traer a Ben Gurión a Buenos Aires, quedó en la nada y sólo se concretó nueve años más tarde, cuando ya el veterano luchador había perdido el poder. En esa oportunidad, miles de argentinos judíos y no judíos llenaron el Luna Park para aclamarlo como una gran personalidad del siglo XX.

De todas maneras, menudearon las pintadas antisemitas, los títulos agresivos en medios nacionalistas como *Cabildo y El Pampero* y los enfrentamientos entre estudiantes secundarios. Un joven judío, estudiante del Colegio Nacional Domingo Sarmiento, Edgardo Trilnick, de 15 años, fue baleado por militantes de Tacuara, un movimiento muy activo que luego engendraría un ala de izquierda. Es cierto que las resonancias del secuestro

de Eichmann coincidieron con luchas callejeras en torno a la discusión de una ley que modificaba la tradición laica de la educación argentina.

Las reacciones antisemitas se multiplicaron cuando Eichmann fue ejecutado dos años después. Menudearon las pintadas antisemitas, bombas en sinagogas y clubes judíos y ataques personales. La estudiante antifascista Graciela Sirota fue secuestrada y luego liberada con una svástica tatuada en el pecho. El 29 de mayo de 1962, cuando era inminente el ahorcamiento de Eichmann, fue secuestrada en el barrio de Caballito una adolescente judía, Mirta Norma Penjerek, cuyo cuerpo sin vida apareció unos días después, sin que la policía aclarara jamás el crimen. La prensa sensacionalista divulgó con gran estrépito una versión difundida por algunos policías, según la cual el asesinato de Mirta Penjerek fue una venganza por luchas internas en el seno de una banda que prostituía jóvenes. Fueron detenidas varias personas, pero todas demostraron su inocencia. En cambio, el diario *El Mundo* sostenía que los padres de Mirta, Enrique Penjerek y Clara Breitman, habían prestado ayuda al comando que secuestró a Eichmann; por lo tanto, el crimen pudo ser una venganza política. Los padres de Penjerek se fueron a vivir a Israel y el caso Penjerek jamás se aclaró.

En septiembre de 1960, se reanudaron las relaciones diplomáticas normales entre ambos países. La crisis no había durado ni cuatro meses.

La casa del pueblo

Adolf Eichmann fue juzgado por quince cargos concretos que incluían crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y crímenes contra el pueblo judío. El proceso de Jerusalén, comenzó el 11 de abril de 1961, y por los estrados pasaron cien testigos. En marzo de 1962 fue pronunciado el veredicto: Eichmann fue considerado culpable y condenado a morir en la horca, en la prisión de Ramla, cerca de Jerusalén.

A las 8.55 horas de la mañana del 12 de abril de 1961 Adolf

Eichmann entró en la Casa del Pueblo de Jerusalén, un edificio que acababa de construirse y que fue elegido como sede del juicio del siglo. El gobierno lo había blindado y estaba rodeado por un auténtico ejército, tanto que la prensa de Jerusalén comenzó a llamar al lugar "Eichmanngrado". En la sala, con capacidad para 750 espectadores, se instaló, junto al estrado de los jueces, la cabina para el acusado: una caja de vidrio antibalas con una puerta directa al interior del edificio. *La caja de vidrio* fue el título de un film documental sobre el proceso Eichmann, hasta ese grado la cabina blindada se convirtió en símbolo del proceso.

Más de medio millar de periodistas de todo el mundo habían acudido a Jerusalén. Entre ellos estaban Bertrand Russell y Elie Wiessel, historiadores del nazismo como Hugh Trever-Roper y Leon Poniakov y la crema del periodismo mundial. También había, por lo menos, un argentino, el político y periodista Silvano Santander, quien luego escribiría el libro *El gran proceso*, al cual me he referido. También estaba acreditada Hannah Arendt, enviada de la revista *The New Yorker*, una de las mayores filósofas del siglo XX, quien sería la autora de *Eichmann en Jerusalem*, autora y libro a los que aludo más adelante. Israel tenía televisión, de manera que el juicio fue filmado por la compañía de TV Capitol Cities Broadcasting Corporation, cuyos técnicos enviaban cada noche el material filmado por avión a Nueva York. Gracias a la diferencia horaria, el público norteamericano tenía la posibilidad de ver casi en directo el juicio en un espacio televisivo que se llamó *Diario del Juicio.*

Todas las miradas se concentraban sobre el acusado y casi inevitablemente, la conclusión de tantas expectativas no podía ser otra: ¡qué decepción! Aquel hombre frágil, delgado, vestido con corrección, sumiso, silencioso, que cada día llegaba a su silla de acusado llevando papeles y libros, que seguía con atención cada palabra que se pronunciaba en el proceso, que con frecuencia se rascaba la nariz, no podía ser el terrible aniquilador de seres humanos del que se hablaba en el estrado. Lo expresó así uno de esos enviados especiales, Moshe Pearlman: "Los crímenes

que se le atribuían eran de tal magnitud que esperábamos ver entrar a un monstruo".

La preparación del juicio

La preparación del proceso a Eichmann había sido ardua, y en ella se habían comprometido los esfuerzos de todo el poder judicial del Estado. Finalmente fueron designados los tres jueces. Eran juristas judíos nacidos en Alemania. Presidía el tribunal Moshe Landau, de 48 años, calvo y delgado, auténtico protagonista del juicio; dirigió con brío las sesiones y fueron memorables sus duelos con el defensor Servatius. Landau se había formado en Berlín y en Londres, y había emigrado a Palestina en los años treinta. Los otros miembros del tribunal eran Benjamín Halevi, de 51 años, y Yitska Ravih, de 55 años; ambos ejercían como jueces en el distrito de Jerusalén.

El proceso de Eichmann fue visto como el escenario de una obra prodigiosa –todo proceso tiene un componente teatral–, un duelo entre las personalidades del defensor y el fiscal.

No había sido fácil elegir el defensor de Eichmann. ¿Debía ser un abogado judío? Hubiera despertado suspicacias. Finalmente, el principal consejero legal del acusado, su propio hermano Robert Eichmann, abogado en ejercicio del foro de Linz, Austria, se puso de acuerdo con Robert Servatius, un abogado de Colonia, quien había ya actuado como defensor de nazis en Núremberg, donde fue el letrado de Fritz Sauckel. Sauckel fue ejecutado.

Servatius –cuya designación fue calurosamente aprobada por Eichmann– era un hombre grueso, con el cuello de un toro, de frondoso pelo gris, y ojos acerados tras gruesos lentes de montura transparente. Era agresivo y tonante. Hannah Arendt lo retrata sin concesiones: "personaje sinuoso, hábil y sin duda corrupto, pero mucho más inteligente que el fiscal".

¿Qué interés tenía Servatius, como otros abogados que se ofrecieron a defender a Eichmann? Los honorarios, fijados por el tribunal, no fueron compensatorios: 30.000 dólares, que pagó el Estado de Israel luego de un largo forcejeo con Alemania Federal

para que fuera el gobierno de Bonn el que se hiciera cargo. Pero Servatius anhelaba participar en un proceso que sería histórico.

El fiscal era la antítesis de Servatius. Gideon Hausner, Fiscal General del Estado, tenía 48 años y era un judío nacido en Lvov, Polonia, hijo de un padre sionista que emigró con sus hijos a Palestina en la década del treinta. Hausner acababa de ser nombrado Fiscal General. Era un hombre políticamente muy cercano al auténtico inspirador y arquitecto del proceso Eichmann: Ben Gurión.

Ben Gurión confiaba en Hausner pero al mismo tiempo lo presionaba: es que el proceso tenía que desmentir las críticas que despertaba en todo el mundo, según las cuales era una farsa, un juicio cuyo resultado se sabía de antemano y más cercano a la venganza que a la justicia. ¿Cómo deshacer estos prejuicios?

Para Hausner fue un desafío inmenso, sobre todo porque no tenía experiencia en el campo penal. Su actuación judicial se había limitado al fuero comercial. Ben Gurión puso al alcance de Hausner todos los recursos del Estado. Investigadores comisionados por Hausner recorrieron media Europa buscando testimonios, documentación y pruebas del exterminio de los judíos. Lejos de ser un trámite, el proceso de Jerusalén, para Ben Gurión y Gideon Hausner, debía ser un irrefutable monumento probatorio del Holocausto.

Fue bajo esa exigencia que Hausner construyó los quince cargos concretos de su acusación. Cuando un secretario del tribunal los leyó, el presidente Landau preguntaba al acusado si era culpable o no culpable, a lo que Eichmann respondía: "En el sentido de la acusación, no culpable".

Leer el escrito acusatorio le llevó a Hausner tres agotadoras jornadas. Su versión impresa alcanza las doscientas páginas. Comenzaba con unas palabras que electrizaron a los asistentes y conmovieron al mundo:

> Al presentarme aquí ante ustedes, jueces de Israel, para dirigir la acusación contra Adolf Eichmann, no me encuentro solo. Conmigo están seis millones de

> acusadores. Pero ellos no pueden levantarse para dirigir su dedo acusador contra quien está allí sentado, detrás de ese vidrio y gritar "Yo acuso". Porque sus cenizas están apiladas sobre las colinas de Auschwitz y los campos de Treblinka o desparramadas en los bosques de Polonia. Sus tumbas están dispersas a lo largo y a lo ancho de Europa. Su sangre clama pero no se oye su voz. Por eso, seré su voz y en nombre de ellos, formularé la horrenda acusación.

Silvano Santander, retrata con estas palabras a Hausner:

> Menudo, nervioso, con enérgica serenidad […] supo llevar la acusación con un plano extraordinario por la acumulación de pruebas reunidas, por la habilidad con que sabía sacar partido de las contradicciones del acusado, por la agudeza mental con que respondía a los argumentos del doctor Servatius, por el esfuerzo mental y físico que derrochó durante todo el proceso. A veces, frente a un documento oficial, equívoco, de los archivos del Tercer Reich, del que surgía una prueba o ante las declaraciones de testigos que igualmente corroboran acusaciones, la figura física del doctor Hausner parecía que se agrandaba. Frente al acusado que estaba tras la casilla de vidrio, lo señalaba con su índice que parecía una espada, para que respondiera a sus requerimientos. Y la vez que Eichmann quiso hacer literatura y hasta filosofía, como cuando expresó que había sido un enamorado de Kant, lo colocó contra la pared para que dijera cómo explicaba él –Eichmann– que había estado recibiendo órdenes sin hesitaciones durante tantos años y como consecuencia… se habían exterminado a seis millones de seres humanos, con el imperativo íntimo del yo, según la concepción kantiana […] El doctor Hausner estaba hecho a la medida como para ser el gran fiscal…

Entre los miles de sobrevivientes de las persecuciones

nazis que los agentes de Hausner habían encontrado, el Fiscal seleccionó un centenar para llevarlos a Jerusalén. A través de sus palabras Hausner intentó reconstruir las persecuciones sufridas por la colectividad judía en distintos países de Europa entre 1938 y 1944. Mientras la acusación en Núremberg se había basado en la documentación encontrada por los aliados entre las ruinas de la Alemania nazi, el juicio contra Adolf Eichmann casi no incluyó documentos entre las pruebas. La acusación descansaba en el relato detallado, personal, a veces íntimo, de cien judíos que habían escapado a la muerte. Y querían decir lo que guardaba su memoria, el horror que habían vivido/sufrido. El Estado de Israel les pagó el pasaje a todos, muchos otros aun no elegidos, se trasladaron por su cuenta a Jerusalén y cada día pedían en la oficina del fiscal ser llamados para declarar.

La mecánica de las sesiones era la siguiente: subía un testigo, relataba lo que sabía y Servatius trataba de demoler o deteriorar su veracidad, cuestionando su memoria, resaltando sus contradicciones u omisiones. Con frecuencia se producían situaciones de alto voltaje emotivo. Los testigos lloraban, algunos debieron ser sacados del recinto para reponerse y por lo menos uno de ellos se cayó redondo del estrado, desvanecido. Uno de los momentos más electrizantes del proceso fue cuando Avraham Gordon relató que Eichmann, durante su estadía en Budapest, mató con sus propias manos a un muchacho judío de 17 años que cuidaba un cerezo en la villa del *OberSturmbannführer*. Según narró Gordon, Eichmann hizo entrar al joven en un garaje porque había visto que tiraba cerezas. De ese garaje Eichmann salió alterado. Luego, el muchacho jamás fue visto. Los investigadores del fiscal no habían podido apuntalar ese episodio con más testimonios, pero como explica David Cesarani, "Hausner no pudo aguantar la tentación de presentar a Eichmann como un asesino".

Si alguien pensó que Eichmann bajo la presión del proceso iba a desmoronarse física o psicológicamente, se equivocó. Cauto, sereno, atento a cada palabra que se pronunciaba en los

estrados, sin desconectarse jamás de los auriculares a través de los cuales le llegaba la traducción simultánea al alemán de los debates y testimonios (el lenguaje oficial del tribunal era el hebreo aunque algunos testigos elegían expresarse en alemán), Eichmann en alguna medida fue mejor abogado de sí mismo que el propio Servatius. Según narra Cesarani, hubo mementos en los cuales desconcertó y hasta apabulló a Gideon Hausner, por ejemplo cuando se trataba el proyecto de enviar a los judíos a Madagascar. Hausner trataba de probar que ese plan, en el que tanto empeño había puesto Eichmann, encubría el propósito de eliminar a los judíos. Pero Eichmann discutió cada punto con Hausner hasta que quedó claro que no había ningún elemento que lo probara: Madagascar era un plan para salvar judíos, no para matarlos.

¿Qué dijo Eichmann ante sus jueces? Reconoció que el Tercer Reich le había ordenado matar a todos los judíos. Reconoció su participación en el exterminio, y pidió perdón al pueblo judío pero alegó que él no había podido evitarlo por que era una rueda del engranaje del Estado. Se lo habían ordenado y no podía dejar de cumplir las órdenes.

Hannah Arendt en Jerusalén

Una de las personas que, apiñadas en la Casa del Pueblo, miraban fascinadas la entrada de Eichmann en la caja de vidrio aquel 12 de abril de 1960 era Hannah Arendt, una intelectual judía alemana que vivía en Nueva York y escribía en inglés. Nacida en 1906 en Hannover, Baja Sajonia, en una familia culta, había llegado a ver, de niña, a la pasionaria que inflamaba a las masas con su verbo: Rosa Luxemburgo, asesinada en 1919 por el ejército alemán, en medio de una cruenta intentona de revolución marxista aplastada también con sangre. Hannah estudió filosofía en la Universidad de Marburgo y fue discípula aventajada de Martin Heidegger, a quien conoció cuando ella tenía 19 años y él 35. Heidegger había publicado su obra maestra, *El ser y el tiempo*, a fines de la década del veinte. Martin y Hannah

se habían fascinado mutuamente, ella por la originalidad del pensamiento y la belleza expresiva del verbo de Heidegger, él por el talento explosivo de la muchacha. Pero mas allá de la filosofía y de la admiración intelectual, fue un amor humano, bien carnal. Pronto, Hannah se convirtió en militante antinazi; fue encarcelada y en 1933 debió exiliarse, mientras que Heidegger aceptó ser nombrado rector de la Universidad de Friburgo y no sólo juró por Hitler sino que se afilió al NSDP y colaboró en la nazificación de la universidad alemana y la expulsión de los profesores judíos.

En el electrizante Berlín de los años veinte, Hannah Arendt había conocido estrechamente –había convivido– con Walter Benjamin, Bertolt Brecht y Gerschom Sholem, quien la introdujo en el sionismo, incompatible entonces con el marxismo. Sholem la hizo cambiar de opinión y revalorizar el humanismo judío. Inclinada hacia la filosofía política, Hannah Arendt preparaba una tesis de doctorado magistral, un análisis lúcido y abarcativo de los mecanismos del poder y las formas en que el poder degenera en depravaciones violentas. Más tarde esta tesis sería su libro más influyente, un estudio histórico y filosófico de mil páginas publicado en 1950 con el título de *Los orígenes del totalitarismo*.

Hannah pasó a Francia y luego a Lisboa y escapó a América del Norte cuando ya tenía en los talones a los nazis, quienes, en cambio, atraparon a Walter Benjamin. El autor de *Los Pasajes de París* prefirió suicidarse en la frontera franco-española antes que afrontar la humillación de la prisión nazi.

En Nueva York, casada con Heinrich Blucher, su compañero de vida y de trabajo, Hannah Arendt era una estimada profesora en pequeñas universidades de la costa Este y sus ensayos breves se publicaban en revistas de pensamiento junto a colaboraciones de los más importantes pensadores. Algunos de esos ensayos llegaron años después a medios de gran prestigio intelectual como la *Partisan Review* o *Commentary*, y fueron reunidos en libros –*Sobre la revolución, La condición humana*– que obtuvieron el reconocimiento del mundo académico como un

aporte central a la moderna filosofía política.

Hannah Arendt era una académica prestigiosa cuando se produjo en Buenos Aires un acontecimiento que iba a afectarla. Adolf Eichmann fue capturado el 11 de mayo de 1960. Hannah siguió en la prensa, con apasionado interés, las noticias sobre el secuestro en Buenos Aires, el traslado de Eichmann a Israel y el procesamiento. Cuando se anunció que el juicio comenzaría en Jerusalén en abril de 1961, Hannah Arendt le ofreció a William Shawn, jefe de redacción del semanario *The New Yorker*, viajar a Jerusalén para cubrir el proceso. Shawn era el mismo editor que envió a Truman Capote a informar sobre un juicio criminal en un remoto pueblo de la América profunda. De su intuición de editor y de ese encargo iba a salir *A sangre fría*.

Hannah se pagaría el viaje a Jerusalén mientras que la revista le abonaría una suma de dinero por cinco artículos sobre el juicio. Ella a su vez obtuvo de la Fundación Rockefeller una beca de un año que le permitía dejar sus clases. "Me perdí Núremberg pero debo asistir a ese juicio, porque nunca vi a esas personas en carne y hueso y ésta será la única oportunidad que tendré de verlas…", explicó Hannah a Mary McCarthy su gran amiga e interlocutora epistolar, papel que Mary compartía con Karl Jaspers. Hannah por entonces creía en el derecho que tenía Israel de juzgar a Eichmann ya que "habla en nombre de las víctimas pues la mayoría de ellas, unas trescientos mil, viven hoy en Israel".

Es cierto –explicaba Hannah a Mary y a sí misma, quizás– que Alemania hubiera podido reclamar a Eichmann pero a pedido de Ben Gurión no lo hizo. Es cierto que fue secuestrado pero "¿cómo hubiera sido juzgado si no, ya que la Argentina no lo iba a extraditar". Frente a quienes sostienen que Israel no existía cuando Eichmann cometió sus supuestos crímenes, Hannah sostiene que ese argumento sustenta la tesis de Ben Gurión: "Es a causa de las víctimas del Holocausto que Israel existe hoy".

Retrato del asesino banal

"Asistir al juicio es de alguna manera cumplir con una obligación de mi pasado", explicaba Hannah Arendt, decidida a comparecer en Jerusalén a cualquier precio, cuando escribió a la universidad de Vassar, para anular una conferencia concertada con anticipación.

El proceso permitió a Hannah reencontrarse con algunos amigos que habían tomado otros caminos. Por ejemplo, el sionista Kurt Blumenfeld, su compañero de la Alemania de los veinte. En cuanto a Karl Jaspers, trató de convencer a Hannah de que no fuera a Jerusalén, intuyendo con razón que remover aquel pasado sería muy doloroso para ella. Además, ¿valía la pena? ¿Iba a ser Jerusalén un hecho importante? El escepticismo sobre el juicio a Eichmann reinaba en los círculos intelectuales de todo el mundo. Sin embargo, Hannah se empeñó en estar y estuvo.

En Jerusalén se alojó en el Hotel Rey David y convivió con los periodistas provenientes de todo el mundo. Asistió a las tres primeras semanas del juicio. No tenía obligaciones precisas con *The New Yorker* de manera que tomaba notas, reflexionaba con sus colegas periodistas, leía.

El proceso de Jerusalén desencadenó en Hannah Arendt una crisis personal profunda. Al cabo de veinte días no pudo soportar más y se desplazó a otros lugares de Europa, donde tenía compromisos gratos, conferencias, presentación de las traducciones de sus libros. Luego, en junio de 1961, retornó a Jerusalén y asistió a algunas sesiones más.

La primera impresión de Hannah sobre Eichmann ya no cambiaría durante el resto del proceso: "En un sentido, es realmente estúpido y en otro, no lo es", le escribe a Jaspers. Al comienzo, le impresiona la lentitud de los procedimientos judiciales pero luego se introduce en el dramatismo del proceso. Cuando deja Jerusalén, lleva una valija con documentos y apuntes. De vuelta en Nueva York seguirá el proceso a través de la prensa, hasta su fin.

Pero Hannah, aquejada de un bloqueo mental, no puede escribir los artículos para *The New Yorker.* Los posterga una y

otra vez. En marzo de 1962 cuando Adolf Eichmann en su celda de Ramla sólo espera su encuentro con el verdugo, Hannah sufre un accidente mientras viaja en taxi por las calles de Nueva York. El golpe le provoca conmoción cerebral, varias costillas rotas y fractura de muñeca. Un percance que parece corporizar la terrible depresión que se había apoderado de Hannah Arendt. La recuperación es muy lenta. Termina el año 1961 y no ha escrito ni una línea sobre el proceso.

En 1962 se traslada a pasar una temporada de descanso fuera de Nueva York. Finalmente, comienza a escribir sobre Eichmann y entonces es como si algo se desbordara dentro de ella. Lo que le sale no son unos artículos sino un libro de 250 páginas que titula *"Eichmann in Jerusalem. Report of the banality of evil" (Eichmann en Jerusalem. Informe sobre la banalidad del mal)*. Los artículos se publicaron finalmente en el New Yorker simultáneamente con la salida del libro, en 1963, un año después de la ejecución de Eichmann.

¿Qué dice Hannah Arendt sobre Eichmann? El libro es una crónica minuciosa de los antecedentes del proceso así como una semblanza del acusado. Pero Hannah Arendt va más allá.

Ve en los hechos en los que Eichmann estuvo involucrado la forma en la que, en las sociedades de masas, orientadas hacia la tecnología, se vulnera la dimensión humana. El proceso a Eichmann toca en su nervio un problema del ser humano, un problema tan amplio que el hombre aun parece incapaz de enfrentar.

Hannah Arendt resalta la siguiente paradoja: Adolf Eichmann fue protagonista del juicio del siglo cuando, como por cierto él mismo se encargó de repetirlo mil veces, lo único que había hecho era conversar con sus colaboradores, empleados y jefes, redactar planillas y sellar papeles. Todo ello, lo había hecho sentado en su escritorio.

El libro se ocupa de esa incongruencia: el crimen por el que se lo acusa en el proceso de Jerusalén, es el asesinato de millones de hombres y el único reo es alguien que iba cada día a la oficina;

un hombre que lejos estaba de ser un psicópata; por el contrario, había sido un buen padre y un buen marido (agreguemos, desde la Argentina, un buen ciudadano).

Hay una contradicción profunda entre la banalidad de Eichmann como hombre y funcionario, y la magnitud del exterminio causado por Eichmann. Sean cuales fuesen las críticas que se formulen a Hannah Arendt, hay que reconocer que este pensamiento de la autora de *La condición humana*, se ha inscripto como central en nuestra época. La banalidad de Eichmann ilumina la contradicción entre el inmenso poder que la tecnología ha puesto en quienes ocupan el poder, y la insignificancia de los hombres que lo detentan.

Algunas de las características del Tercer Reich –señala Arendt– son propias del totalitarismo moderno, por ejemplo, el terror contra los diferentes, que también impusieron el estalinismo y muchas otras dictaduras padecidas por el mundo; los argentinos pudimos palpar en nuestra propia carne ese fenómeno durante el régimen militar de 1976-1983. En ellas, los destinos humanos están controlados por una burocracia impersonal, que se mueve tras una pantalla de objetividad. Y es ese mecanismo neutro, travestido de pura funcionalidad, lo que hace al totalitarismo moderno más peligroso.

¿Por qué causó tantas polémicas el libro de Hannah Arendt? En su denodado esfuerzo por comprender el fenómeno del nazismo, Hannah Arendt critica la función de los Consejos Judíos, cuando éstos "colaboraban" con el diabólico poder nazi en la confección de listas para la muerte. Pero, ¿era posible hacer otra cosa, en esa circunstancia precisa? Bruno Bettelheim, un psicoanalista judío que sobrevivió a Auschwitz, discute acerbamente con Hannah Arendt, reconociendo sin embargo el enorme valor de ella, y dice: "La mayoría de las personas no son ni héroes ni mártires, sometidos a gran tensión y sufrimientos, unas pocas se convertirían en héroes pero la inmensa mayoría de la gente se deteriora con bastante rapidez" .

¿Por qué, se pregunta Bettelheim, incorporar a la crónica del

exterminio nazi el hecho de que algunos judíos, incluso líderes judíos, contribuyeron sin querer al exterminio de otros judíos? Dice Bettelheim: "Esto no tenía nada en absoluto que ver con el acusado. Su culpabilidad (la de Eichmann) no queda rebajada ni un ápice porque algunos judíos obraran así".

Según Bettelheim, Arendt no supo ver que lo principal en el proceso no fue Eichmann sino el totalitarismo. El propio Bettelheim se pone a sí mismo en el centro de la escena. Él vivía en la Alemania nazi y no alzó la voz. En su astucia de asesino banal, Eichmann usó el argumento en su defensa. "Yo no sabía", dijo; además, con enorme cinismo, agregó: "no llegaban voces de afuera".

El análisis de Arendt sobre las complicidades implícitas en las víctimas es de tal crudeza que ha llevado a Bettelheim y a otros muchos intelectuales judíos a rechazarlo como cruel. Bettelheim ejemplifica esa crueldad de Arendt con la mención al caso de un hombre justo, el rabino Gruber, de Hungría. No pudo hablar. Hasta Boris Pasternak, sostiene Bettelheim, tuvo que callar durante el stalinismo, mientras los Ilya Ehrenburg de turno, en cambio, exaltaban al dictador.

Cuando Hannah Arendt admite el hecho de que hasta un santo como Gruber calló, o habló tan bajo que su voz fue inaudible, lo que quiere retratar, y en el fondo tanto Hannah Arendt como su contradictor Bettelheim coinciden, es la tragedia del hombre honrado en una sociedad totalitaria.

El principal aporte de Hannah Arendt al pensamiento contemporáneo es haber resaltado que no es necesario estar bajo la bota de monstruos para que la condición humana se degrade. Ciertamente, Eichmann era a su manera un monstruo, quizás peor aun que el propio Hitler, pues era más humano, en el sentido de normal.

Hannah Arendt cree que para el tribunal de Jerusalén el Tercer Reich fue la culminación del crimen antisemita. Bruno Bettelheim, en cambio, sostiene que fue el comienzo del totalitarismo moderno. En su respuesta a Hannah Arendt coincide

en diversas críticas al proceso de Jerusalén. Por ejemplo, no hubo equilibrio entre la maquinaria de la acusación y la de la defensa. El defensor de Eichmann no tuvo libertad para citar testigos con inmunidad.

Sin embargo, Bettelheim replica: ¿podía haberse hecho de otra manera? Pasados tantos años, la frase de Bruno Bettelheim, aun está vigente. La utopía de un tribunal internacional que juzgue los crímenes contra la humanidad tiene una gran deuda para con procesos imperfectos como los de Núremberg y Jerusalén, a los cuales es fácil adjudicarles defectos pero difícil ignorarlos como hitos en el camino hacia un mundo más justo.

Entre marzo y mayo de 1962 se sucedieron las apelaciones contra la sentencia del Tribunal de Jerusalén y también las polémicas sobre la inminente ejecución. Si alguna dolió a Ben Gurión, fue la de Martin Buber. Nacido en 1865, este filósofo, teólogo y escritor, profesor eminente de la Universidad Hebrea, quien vivía en Jerusalén desde 1938, era uno de los hombres más respetados por los israelíes.

Ben Gurión, de 77 años, fue a ver al maestro Martin Buber, de 94 y le pidió que reconsiderase las críticas a la ejecución de Eichmann. Dicen que en ese encuentro, Martin Buber le propuso a Ben Gurión otra pena para Eichmann: que lo encerraran en un *kibutz* para que trabajara la tierra hasta morir.

Lo cierto es que Martin Buber no dio su brazo a torcer y hasta el fin clamó contra el ajusticiamiento: "Ningún castigo podría expiar el crimen nazi. La ejecución de Eichmann sólo puede darle a la juventud alemana una fácil vía de escape para sus sentimientos de culpabilidad. Esa culpabilidad es reconstituyente y contribuye a revivir el humanismo en Alemania".

La ejecución

Cuando llovían desde distintas partes de mundo las críticas contra la sentencia de muerte para Adolf Eichmann, Ben Gurión citó a su gabinete para discutir sobre la inminente ejecución y buscar la forma de, por lo menos, convencer a Martin Buber

de que depusiera su visceral crítica. El ministro del justicia Dov Joseph, solicitó al pastor de una iglesia protestante, el reverendo William Hull, que aceptara una tarea especial: asistir espiritualmente al condenado. Hull era de nacionalidad canadiense y profesaba en la sede que tenía en Jerusalén la Misión Cristiana de Sión.

Eichmann se había despedido ya de Vera unos días antes y todo estaba listo, salvo un problema que afectaba a Aryeh Nir, el Director Nacional de Prisiones. En el país no regía la pena de muerte –Eichmann fue el único ejecutado en la historia del Estado de Israel– y, por lo tanto, no había horca. Nir debió improvisar una solución. En un sector de la prisión de Ramla se abrió un boquete en el suelo, entre el tercero y el segundo piso. Una horca fue instalada allí y bajo ella, una trampa removible. La probaron con un maniquí varias veces y funcionaba.

A las ocho de la noche del 31 de mayo de 1962 Eichmann fue notificado de que el presidente del Estado de Israel, Yitzaak Ben Zvi, había rechazado la petición de clemencia. La sentencia sería ejecutada a la medianoche. Eichmann pidió una botella de vino tinto y se sentó a la mesa de su celda a escribir sus últimas cartas.

El reverendo Hull asistió a la ejecución, junto con cuatro periodistas, dos de la prensa de Israel y dos extranjeros.

–Estoy preparado para mi camino y no estoy dispuesto a discutir el suyo ni sus ideas –dijo Eichmann cuando vio llegar al pastor a la celda. Hull le mencionó la amplia confesión que, poco antes de subir a la horca, en Núremberg, había hecho Hans Frank, *Gauleiter* de Polonia durante la guerra. Eichmann le contestó:

–Se arrepintió, pero él era culpable. Era un general, comandaba tropas y daba órdenes. Necesitaba arrepentirse, pero yo no soy culpable.

Y añadió:

–Estoy preparado para morir.

Faltando unas horas para la ejecución, Hull se hizo conducir a Jerusalén a fin de agotar algunas gestiones y a las once de la noche volvió a Ramla. La prisión, intensamente iluminada,

estaba rodeada por policías y tropas del ejército. A pesar de que no se había hecho pública la hora de la ceremonia, se temió hasta último momento una acción de comando para salvar al condenado.

Al llegar a la celda, Hull se encontró con este espectáculo: Eichmann había comido unas aceitunas y bebido media botella de vino tinto israelí. Al verlo, Eichmann le dijo:

–*¡Gutten abend!* Usted parece muy triste, reverendo. ¿Por qué está triste? Yo no lo estoy.

Eichmann escuchó de boca de Hull el fracaso de las últimos pedidos de gracia y le dio las cartas que había completado para su familia.

Relataría luego el pastor que "Eichmann parecía incluso feliz, sin ningún miedo, como si deseara el fin". Unos minutos después de la medianoche del 31 de mayo, los guardias lo esposaron y le ataron los tobillos.

Fue llevado en vilo hasta la horca. Eichmann pidió un momento para recogerse en una última oración silenciosa. Lo acompañaban varios guardias, el Director Nir, el reverendo Hull y los periodistas. En el breve trayecto le goteó la nariz y pidió que lo sonaran. Cuando fueron a ponerle una capucha, Eichmann la rechazó.

Horno precario

Le preguntaron si quería decir sus últimas palabras. El pastor William Hull, según lo transcribió en el libro que tiempo después escribiera sobre la ejecución de Adolf Eichmann, escuchó lo siguiente:

–¡Larga vida a Alemania, larga vida a Austria, larga vida a Argentina! Fueron los tres países a los que estuve más ligado, y nunca los olvidaré. Agradezco a mi esposa, a mi familia y a mis amigos. Estoy listo. Pronto nos encontraremos, ese es el destino de todos los hombres. Creo en Dios.

Le colocaron la soga alrededor del cuello. Dos hombres operaban sendas palancas, pero sólo una de ellas hundió la

trampa. Ninguno de ambos supo nunca quién había operado el mecanismo.

Sólo se escuchó un golpe seco: el suelo al abrirse bajo los pies del condenado y el tirón del peso del cuerpo sobre la garganta de Adolf Eichmann.

Según David Cesarani, "Eichmann murió con coraje y dignidad. Lo que siguió fue gran guiñol. Eichmann había pedido que su cuerpo fuera cremado, pero esa práctica no existe en Israel ya que los judíos son enterrados. Ingenieros del ejército y contratistas civiles habían construido un horno precario, bajo estricto secreto".

Una vez que el cuerpo de Eichmann fue liberado de la soga y el médico de la prisión comprobó su muerte, lo colocaron en un ataúd y, bajo fuerte escolta, fue llevado a un lugar ultrasecreto. El reverendo Hull lo seguía por una ruta saturada de carros armados y tropas militares. Así llegaron hasta el terreno en el cual se había instalado el horno. Era un baldío iluminado por los faros de los camiones militares. El horno era un tubo de metal de cinco pies de altura y siete pies de largo con una chimenea que arrojaba humo hacia lo alto. Cuando un soldado despejó una abertura pudo verse un fuego rojo en su interior. El reverendo William Hull fue llamado por última vez para que identificara el cuerpo que iba en el ataúd, lo que así hizo.

Con una horquilla, empujaron el féretro dentro. Pero el fuego no tenía la suficiente fuerza o bien el ataúd no estaba bien colocado. Pasaban los minutos y no ardía, por lo que debieron sacarlo y colocarlo de otra manera. Por segunda vez, los soldados que manejaban la horquilla, empujaron el ataúd para que las llamas, alcanzándolo de lleno, cumplieran su función. "En medio del brillo intenso de las luces y la ardiente fosforescencia del horno –relata Cesarani– se vivía una escena que no hubiera estado fuera de lugar en los bosques de Chelmno o en el horno de Birkenau: figuras uniformadas se esforzaban por empujar el ataúd hacia el fuego devorador. Finalmente, la chimenea dejó ver humo negro. Soldados con cascos que les protegían la cara,

juntaron con palas las cenizas. Al reverendo Hull le hicieron firmar un nuevo papel que lo certificaba."

El pastor Hull y el director de prisiones Nir observaron cómo el soldado depositaba esas cenizas en una urna de acero, que fue cargada en un camión militar. La caravana partió de nuevo, esta vez hacia el puerto de Jaffa, donde los dos hombres abordaron una lancha de la Marina de Israel, que de inmediato se hizo a la mar. Ya eran más de las cuatro de la mañana. Hull y Nir sólo tuvieron tiempo de sentarse en la cantina de la nave y beber un café. Cuando la lancha traspasó la línea del mar territorial, Nir tomó en sus manos la urna. Junto con Hull, subió a cubierta. El mar Mediterráneo estaba calmo mientras el sol asomaba por el horizonte. La urna fue arrojada por la borda y las aguas se la tragaron para siempre. La lancha viró en redondo y en su proa, que de retorno enfiló hacia la costa, fue izada una bandera celeste y blanca.

Cronología Otto Adolf Eichmann

1906. Nace el 19 de marzo a las 5.00 horas en Solingen (Renania, Alemania), hijo de Karl Adolf Eichmann, de 28 años, natural de Elberfeld-Barmen, empleado de una compañía eléctrica, y de María Schefferling. Ambos de religión calvinista. Adolf fue el hijo mayor de cuatro hermanos: Emil, Helmuth, Irmgard y Otto.

1913. La familia se traslada a Linz (Austria), ciudad de cien mil habitantes, donde el padre tenía una hermana casada y donde consigue un empleo en la Compañía de Tranvías. Años después, tras fracasar en distintos proyectos, Karl Adolf Eichmann abrió una pequeña empresa de instalaciones eléctricas que siguió explotando hasta su muerte. En Linz, Adolf hace estudios primarios en la misma escuela a la que había concurrido Hitler. Luego cursa la *Realschule* (secundario) y estudia dos años en la Escuela Federal de Ingenieros. Forma parte de la Wandervogel, especie de *boy scouts*, sin definición política, aunque muchos de sus camaradas luego actuaron en organizaciones juveniles de extrema derecha.

1916. Muere su madre a la edad de 32 años, como consecuencia de un nuevo parto. Poco tiempo después, el padre se casa con María Zawrzel, ligada a la alta sociedad de Viena. Tienen un hijo, Robert.

1925. Adolf, tras desempeñar varios trabajos, entra como corredor de la Compañía de Construcción Eléctrica de Alta Austria.

1927. Lo contratan como viajante de una petrolera, la Compañía Vacuum Oil de Viena, que tenía a su cargo la distribución de gasolina en la zona de Altaussee, Salzburgo y

norte del Tirol.

1932. Se alista en el Österreicher NSDAP (Partido Nazi de Austria), por invitación de una novia cuyo padre era dirigente. Un amigo de la familia, Ernst Kaltenbrunner, tres años mayor que A. E. y abogado de Linz, lo recomienda para entrar a las SS austríacas. Durante un tiempo pertenece también a un club masón, Schalarafia.

1933. En enero, Adolf Hitler, triunfador en las elecciones para Reichstag, es nombrado Primer Ministro. En Austria, Eichmann obtiene un ascenso en la Vacuum, al encargársele el distrito de Salzburgo. En mayo, Eichmann es despedido de la Vacuum: la compañía alega una reestructuración. Según Eichmann, fue como represalia por su alistamiento. En agosto, Eichmann, entonces desocupado, se radica en Alemania. Al cruzar la frontera, en Passau, declara como profesión la de corredor de una compañía de petróleo. Recibe entrenamiento militar en los campamentos de Lechfeld y Dachau, Munich, donde ese año se inaugura el primer campo de concentración, entonces sólo para presos políticos. Coincide el exilio de Eichmann con la ilegalización del austrofascismo por el gobierno del socialcristiano Engelbert Dollfuss. Septiembre: Eichmann es promovido como *Unterscharführer* (grado situado entre cabo y sargento) de las SS. El 1° de octubre es destinado al Cuartel General de las SD, sección de inteligencia de las SS. Su primera tarea es crear un archivo sobre la masonería (prohibida).

1934. Se dictan las leyes raciales en Núremberg: los judíos pierden sus derechos políticos como alemanes, se prohíben los matrimonios mixtos. El 30 de junio se produce la Noche de los Cuchillos Largos: las SS aplastan a las milicias del partido, las SA y es asesinado Ernst Röhm. En diciembre Eichmann es promovido como *Sicherheitsdienst Reichsführer SS* (teniente 1°).

1935. Eichmann pide permiso a sus superiores para casarse

con Verónica Liebl, natural de los Sudetes, de religión católica. Adjunta los antecedentes de pureza aria de su novia. Pasa de la sección Masonería, para la que organizó un museo sobre la hermandad, a la sección Judaísmo. En septiembre es ascendido a *Oberscharführer SS* (sargento). En noviembre se promulgan leyes raciales en Núremberg.

1936. Una de sus primeras tareas es organizar un museo del Judaísmo. Lee los clásicos del sionismo y realiza algunos estudios de hebreo e idish. Nace en Berlín su primer hijo Nichlauss o Klaus.

1937. Viaja a Palestina para informarse sobre la problemática del sionismo. Se abren dos nuevos campos de concentración, en Buchenwald, Weimar y en Sachsanhausen, Berlín.

1938. 11 marzo: Anschluss (anexión de Austria al Reich). Eichmann viaja a Viena el 16 marzo y organiza la deportación de judíos. Linz tributa una gran recepción al Führer. Se abren campos en Malthausen (Linz), Flossenbürg (Núremberg), Ravensbrück (Berlín, sólo para mujeres) y Neuengamme (Hamburgo). Nuevo grado para Eichmann: *Untersturmführer* (teniente segundo). El 9 de noviembre se desencadena la Noche de los Cristales Rotos: razzias, detenciones y asesinatos de 30.000 judíos.

1939. El 15 de marzo el Reich ocupa Checoslovaquia. En junio Eichmann abre en Praga la Oficina de Emigración Judía. Se crea el campo de concentración de Theresienstadt (Praga) y el de Stutthof. En septiembre el Reich ocupa Polonia y los aliados declaran la guerra a Alemania.

1940. Eichmann trabaja en el proyecto de emigración masiva de los judíos a Madagascar. El plan resulta inviable por el dominio inglés en los mares, que haría imposible el

traslado. Nace en Praga el segundo hijo de Eichmann, Horst Adolf. Reestructuración interna en la RSHA. El Referat (Oficina) IV, dirigida por Eichmann pasa a depender de la Gestapo. Su jefe inmediato es Heinrich Müller. Sin embargo, Eichmann continúa trabajando estrechamente unido a Heinrich Himmler, *Reichführer* a cargo de las SS, con mando sobre todas las fuerzas represivas, y con el lugarteniente de éste, Reinhard Heydrich. Invasión nazi a Dinamarca y Noruega. Blietzkrieg sobre Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Se abre en Polonia el campo de Auschwitz-Burkenau. Se cierra el ghetto de Varsovia.

1941. Se abre en Polonia el campo de Maidanek (Lublin). El Tercer Reich invade Rusia. El 3 de septiembre comienzan las ejecuciones masivas con gas en Auschwitz.

1942. El 20 de enero se realiza la conferencia de Wannsse (Berlín), organizada por Eichmann a la que acuden 15 jerarcas del Reich. Por órdenes del Führer se decide la "solución final", o exterminación total de los judíos. En julio la resistencia mata en Praga a Reinhard Heydrich, jefe directo de Eichmann, cuyo poder se acrecienta. Nace en Praga el tercer hijo de Eichmann: Dieter Helmuth. En Polonia se abren los siguientes campos de exterminio, que se agregan al de Auschwitz: Belsec, Sobibor, Chelmno y Treblinka. En Letonia comienza a funcionar otro campo, en Riga.

1943. El 19 de abril se subleva el ghetto de Varsovia. Las SS clausuran los campos de Treblinka, Sobibor y Belzec.

1944. Eichmann dirige la persecución contra los judíos en Hungría. El 20 de julio Hitler sobrevive a un atentado organizado por militares.

1945. Convocado a Berlín, Eichmann pasa por Theresienstadt. El 30 de abril se suicida Adolf Hitler. Eichmann, con algunos

de sus colaboradores, intenta llegar al SO de Alemania, para integrar una guerrilla de resistentes en los Alpes. Desiste y cada uno queda librado a su suerte. Eichmann se confunde con los alemanes que caminan por las rutas. Intenta llegar al Norte. Cae prisionero y es recluido en Rosenheim, campo de prisioneros del ejército norteamericano. Tiene documentos falsos a nombre de Adolf Barth. Escapa y vuelve a ser detenido y enviado a otro campo, esta vez en Weiden-Oberplaz, donde usa otra falsa identidad: Otto Eckmann. En octubre comienzan los procesos de Núremberg, donde se menciona el nombre de Eichmann.

Se fuga de Weiden con un ex miembro de la SS, Kurt Bauer. Se dirige a un paraje boscoso en el norte de Alemania, cercano a Eversen, donde se radica bajo identidad falsa: Otto Henninger. Trabaja como cortador de leña.

1948. Sigue en Eversen. En Núremberg, se realiza un proceso a médicos nazis.

1949. Pasa todo el año en Eversen.

1950. Amenazada su seguridad por continuas referencias a su nombre y por nuevos procesos a antiguos criminales de guerra, emigra a América Latina a través de la "ruta de las ratas". Atraviesa los Alpes. En Roma obtiene de la Cruz Roja un documento a nombre de Riccardo Klement, con el cual embarca en Génova en el buque Giovanna C. El 15 de julio llega a Buenos Aires tras 28 días de navegación. Viajó con Herbert Kuhlmann, (en la Argentina, Pedro Geller), capitán de las SS. Eichmann se alojó unos días en un hotel, y luego en una pieza de pensión en la calle Monasterio (hoy Magaldi) N° 1429, en Barracas. Comienza a trabajar en un taller mecánico de Palermo (Serrano 1818). Vive escaso tiempo en el Tigre (Madero al 100). Es el año del Libertador General San Martín. Gobierna Juan Domingo Perón. La Compañía Capri lo envía a San Miguel de Tucumán donde realiza trabajos de hidrografía. Comienza ganando un sueldo

de 1.000 pesos y al cesar obtenía un sueldo de 2.500.

1951. Permanece todo el año en Tucumán.

1952. El 26 de julio muere Eva Perón. Al día siguiente, llegan a Buenos Aires en el Salta, paquebote de Dodero, Verónica Liebl, y sus hijos Klaus, Horst y Dieter. Eichmann los recibe en Puerto Nuevo, pasan unos días en un hotel de la Avenida de Mayo y luego se trasladan a Tucu-mán. Durante algunos viajes que realiza a Buenos Aires, Eichmann se encuentra con Joseph Mengele, llegado al país un año antes que Eichmann con documentos falsos a nombre de Helmuth Gregor. Por su fortuna familiar, Mengele gozaba de buena posición económica. En la Argentina, Mengele se dedicaba al comercio e intentó revalidar su título de médico.

1953. Capri contrata entre 1950 y 1953 a más de cien personas, (algunos dicen trescientas), todos alemanes o austríacos, algunos de ellos científicos de alta capacitación formados en universidades germanas durante el nazismo. Eichmann trabaja en las localidades de La Cocha y Graneros, al sur de San Miguel de Tucumán. También lo hace en El Cadillal, al norte de la provincia. Quiebra Capri, debido a la crisis económica. Los Eichmann (o Klement) regresan a Buenos Aires y se establecen en la calle Chacabuco 4261 de La Lucila, vivienda que alquilan a un judío argentino o austríaco llamado Federico Schmid. Eichmann trabajó en una fábrica de jugo de fruta. Con sus ahorros, abrió una lavandería que no prosperó. Se empleó como capataz de depósito en una fábrica metalúrgica pequeña. Ese año nace su cuarto hijo, al que bautiza Ricardo Francisco.

1954. Eichmann es contratado como gerente de la granja Siete Palmas, dedicada a la cría de conejos, situada en Joaquín Gorina, a sesenta y cinco kilómetros de Buenos Aires. La granja quebró.

1955. Es derrocado el presidente Juan Perón.

1956. Eichmann trabaja como mecánico en varios talleres de la periferia porteña y como capataz en una plantación de hortalizas.

1957. Graba sus memorias en diálogo con el periodista holandés Willem Sassen, ex miembro de las SS. El material ocupa 67 cintas magnetofónicas. Luego Sassen lo vendería a *Life*. Eichmann entra como mecánico a la fábrica de calefones Orbis, situada en Villa Adelina, propiedad de Robert Mertig, empresario nazi amigo de Mengele.

1958. Simón Wiesenthal y otros cazadores de nazis interesan al Mossad sobre la supervivencia de Eichmann en Argentina. El servicio secreto envía a Buenos Aires a un enviado, quien investiga a Ricardo Klement pero, impresionado por la pobreza de éste, regresa convencido de que Klement no es Eichmann.

1959. En abril, Eichmann entra en la fábrica de camiones Mercedes Benz de González Catán, como electricista. Compra con sus ahorros un lote en la calle Garibaldi, en el límite entre San Fernando y Bancalari. Su esposa compra el material para levantar la casa en un corralón y firma las facturas como: "Señora Liebl de Eichmann". Una petición de extradición librada por tribunales federales de Alemania contra Joseph Mengele es rechazada por el Procurador de la Nación, quien alega insuficiencia en las probanzas.

1960. El 6 de febrero muere Karl Adolf Eichmann en Linz. En los avisos fúnebres, entre quienes participan de su muerte, se menciona a su hijo Adolf. El cortejo, que convoca a los hijos que vivían en distintas ciudades de Alemania, fue fotografiado clandestinamente por colaboradores de Wiesenthal, quienes advierten el parecido de los hermanos Eichmann con el ausente

Eichmann. Tanto Simón Wiesenthal, cazador de nazis de Viena, como el Mossad identifican a Klement, vecino de la zona norte de Buenos Aires, como Eichmann. Se muda a la casa de la calle Garibaldi levantada con sus propias manos. En ella alcanza a vivir pocos meses con su mujer y los tres hijos menores. El mayor, casado con una argentina, vive en su propio domicilio, Av. Gral. Paz 3030. Nace una nieta de Adolf Eichmann. Por entonces, las pruebas sobre la identidad de Eichmann son ya abundantes. El Estado de Israel decide secuestrar a ambos prófugos, Eichmann y Men-gele y juzgarlos en Israel. Los planes son preparados por el director del Mossad, Isser Harel, quien recluta un grupo de expertos agentes. En marzo y abril una veintena de ellos llega a la Argentina y prepara la captura, para lo cual alquilan varios inmuebles en Buenos Aires. Mengele sin embargo huyó al Paraguay. El comando decide llevarse a Eichmann en el avión Britania que trajo la delegación israelí a los festejos del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, en Mayo de 1960. Eichmann fue secuestrado el miércoles 11 de mayo, cuando regresaba de su trabajo en la Mercedes Benz a su domicilio. El 21 de mayo es transportado a Jerusalén en un avión de El Al. El lunes 23 de mayo de 1960 el Primer Ministro David Ben Gurión comunica a la *Knesset* (Parlamento) que Adolf Eichmann ha sido capturado.

1961. Entre el 11 de abril y el 14 de agosto Adolf Eichmann fue juzgado por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad en Jerusalén. Lo defiende el abogado de Colonia Robert Servatius, quien ya había sido defensor de algunos de los acusados en Núremberg. Entre el 11 y el 15 de diciembre, fue leída la sentencia que condena a muerte a A. E.

1962. En febrero, Servatius apeló la sentencia, que fue confirmada por el Tribunal Supremo de Israel. El presidente de la nación, Yitzaak Ben Zvi, rechazó los pedidos de gracia. Eichmann fue ahorcado en la prisión de Ramla, la noche del

31 de mayo al 1° de junio. Su cuerpo fue cremado en la misma cárcel. Las cenizas, guardadas en una urna de hierro, partieron en una nave de la Marina israelí desde la que fueron arrojadas, la madrugada del 1° de junio, al Mar Mediterráneo, fuera del litoral territorial de Israel.

Bibliografía

(En la medida que el autor las conoce, se citan las ediciones en castellano.)

AA. VV.: *The Holocaust. Selected Documents*, XVIII tomos, New York, Garland, 1982.

AA. VV.: *The trial of Adolf Eichmann. Record of Proceedings in the District Court of Jerusalem*, 9 tomos, Jerusalem, 1992-1995.

AA. VV.: *Trials of War Criminals before the Núremberg Military Tribunals under Control Council Law*, XV tomos.

AA.VV.: *Eichmann Interrogated. Transcriptions from the Archives of the Israeli Police*, edited by Jochen von Lang in collaboration with Claus Sibyll, Farrar, Straus and Giroux, New York, 1983.

Aarons, Mark y Loftus, John: *Ratline*, London, Heinemann, 1991.

Adler, Laure: *Dans les pas de Hannah Arendt*, Paris, Gallimard, 2003.

Aharoni, Zvi y Dietl, Wilhelm: *Operation Eichmann: Pursuit and Capture*, London, John Wiley and Sons, 1997.

Amadeo, Mario: *Ayer, hoy y mañana*, Buenos Aires, 1956.

Antonio, Jorge: *¿Y ahora qué?*, Buenos Aires, Verum et Militia, 1966.

Arendt, Hannah y McCarthy, Mary: *Entre amigas*, Barcelona, Lumen, 1999.

Arendt, Hannah: *Eichmann in Jerusalem*, Viking, New York, 1964.

Astor, Gerald: *Mengele, el último nazi*, Buenos Aires, Vergara, 2006.

Augier, Marc: *Les voiliers fantômes d'Hitler. Aventures vécus*, Paris, Presses de la Cité, 1973.

Bar-Zohar, Michael: *Los vengadores*, Barcelona, Plaza y Janés, 1968.

Bayer, Osvaldo: "El fin del último corsario. Tragedia y supervivencia del Graf Spee", *Todo es Historia*, N° 6, octubre 1967.

Bejar, María Dolores: "La guerra en la vida política argentina", *Todo es Historia*, N° 148, septiembre, 1979.

Black, Edwin: IBM y el Holocausto, Buenos Aires, Atlántida, 2001.

Bloch, Michael: Ribbentrop, Buenos Aires, Javier Vergara, 1994.

Bolasell, Rafael, Reid, Pablo y Toni, Patricia: La infiltración nazi en la Patagonia, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

Brauman, Rony y Sivan, Eyal: Elogio de la desobediencia, México, FCE, 1999.

Brayard, F: *La Solution finale de la question juive. La technique, le temps et la*

catégorie de la décision, Paris, Fayard, 2004.

Breitman, Richard: T*he architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, New York, Alfred Knopf, 1991.

Brockdorf, Werner: *La evasión de los dirigentes nazis*, Barcelona, Luis de Caralt, 1973.

Buch, Esteban: *El pintor de la Suiza argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.

Bullock, Alan: Hitler: *A Study on Tiranny*, London, Odhams, 1952.

Burrin, Pierre: *Hitler et les juifs. Genèse d'un génocide*, Paris, Le Seuil, 1989.

Burzaco, Ricardo: "Los científicos alemanes y Perón", T*odo es Historia,* Mayo 1995.

Calic, Edouard: *Heydrich. El hombre clave del III Reich*, Buenos Aires, Atlántida, 1987.

Camarasa, Jorge: *Los nazis en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

————————: *Odessa al sur,* Buenos Aires, Planeta, 1995.

Cartier, Raymond: *Hitler. El asalto del poder*, Barcelona,

Argos Vergara, 1978.

Caspari, Antonio: *Los judíos, Pío XII y la leyenda negra,* Buenos Aires, Planeta, 1998.

Cernadas Lamadrid, Juan Carlos y Halac, Ricardo: *Antisemitismo*, Buenos Aires, Perfil, 1986.

Cesarani, David: *Becoming Eichmann,* Cambridge, Da Capo Press, 2006.

Cohen, Bernard y Rosenzweig, Luc: *El misterio de Kurt Waldheim*, Beunos Aires, Gedisa, 1987.

Corbiere, Emilio: *Ellos están entre nosotros*, Buenos Aires, Letrabuena, 1991.

————————: "Perón y los judíos", Todo es Historia, N° 252, junio 1996.

Giefer, Rena y Giefer, Thomas: *Die rattenlinie, Fluchtwege der Nazis. Eine Dokumentation*, Frankfurt am main, Anton Hain, 1991.

Cornwell, John: *El papa de Hitler,* Buenos Aires, Planeta, 2000.

DAIA: *Proyecto Testimonio*, Buenos Aires, Planeta 1998, tomos I y II.

Damonte Taborda, Raúl: Ayer fue San Perón, Buenos Aires, Gure, 1956.

Deaglio, Enrico: *La banalidad del mal. Historia de Giorgio Perlasca*, Barcelona, Herder, 1997.

Delarue, Jacques: *La Gestapo*, Barcelona, Bruguera 1963.

Derogy, Jacques y Carmel, Hesi: *Israel ultrasecreto*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

Efron, Gustavo y Brenman, Darío: "Los medios gráficos argentinos durante el nazismo", *Todo es Historia*, N° 446, septiembre 2004.

Eichmann, Adolf: Yo, Eichmann, Barcelona, Planeta, 1963.

Erstein, Erich: *Les criminels de glace: la chasse aux nazis en Amérique du Sud,* Paris, Solar, 1970.

Farago, Ladislas: *Aftermath. Martin Bormann and the Fourth Reich*, New York, Avon, 1974.

————————: *The games of the foxes*, New York, David McKay, 1971.

————————: *The tenth fleet*, New York, Obolesky, 1962.

Feierstein, Ricardo: *Historia de los judíos argentinos,* Buenos Aires, Planeta, 1993.

Fleming, Gerald: *Hitler and the Final Solution*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1984.

Frank, Michael: *Die letzte Bastion: nazis in Argentinien*, Hamburgo, Rutten und Loenning Verlag, 1962.

Friedman, Tuviah: *The Hunter,* New York, Doubledey, 1961.

Galic, Edouard: *Heydrich, el hombre clave del III Reich*, Buenos Aires, Atlántida, 1985.

Gallo, Max: *La nuit des couteaux longs*, Paris, Robert Laffont, 1970.

Garbely, Frank: E*vita Geheimnis. Die nazis, die Schweitz und Peron Argentinien*, Zurich, Rotpunk Verlag, 2003.

Gilbert, Martin: *The Holocaust: a Story of the Jews of Europe during the Second World*, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1966.

Giefer, Rena y Yhomas: *Die Rattenlinie, Frankfurt an Maine*, Anton Hain Verlag, 1991.

Giudici, Ernesto: *Hitler conquista América*, Buenos Aires, Acento, 1938.

Goebbels, Joseph: *Diario,* Barcelona, Plaza y Janés, 1967.

González Crespo, Jorge (ed.): Eichmann en la Argentina, Ediciones Ayer y Hoy, N° 3 de la serie "*La memoria argentina"*, abril de 1996.

Goñi, Uki: *La auténtica Odessa*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Goyeneche, Juan Carlos: "*Reflexiones sobre el caso Eichmann*", Azul y Blanco, 9 agosto de 1960. Recogido en Ensayos, artículos, discursos, Buenos Aires, edición del autor, 1976.

Harel, Isser: *La casa de la calle Garibaldi,* Barcelona, Grijalbo, 1975.

Hassell, Ulrich von: *Hitler debe morir*, Barcelona, Luis de

Caralt, 1964.

Hausner, Gideon: *Seis millones acusan*, Montevideo, Ediciones Documentos, 1963.

Headland Ronald: *Messages of Murder. A study of the reports of the Einsatzgruppen of de Security Police and Security Service*, Teaneck, Farileigh University Press, 1992.

Hegner, H.S.: *El tercer Reich*, Barcelona, Plaza y Janés, 1972.

Hillberg, Raul: *The Destruction of the European Jews*, New York, Quadrangle Books, 1961.

Hitler, Adolf: *Mi lucha, Santiago de Chile*, Ediciones Trasandinas, 2002.

Höss, Rudolf: *Comandante de Auschwitz,* Barcelona, Mario Muchnik Editor, 1983.

Hull, William: *The Struggle for a Soul,* New York, Doubleday, 1963.

Hutton, J. Bernard: *Hess, el hombre y su misión,* Barcelona, Plaza y Janés, 1972.

Jackisch, Carlota: "Nazis y refugiados alemanes en la Argentina", *Todo es Historia*, N° 244, Octubre 1987.

————: *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina,* Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1989.

Johnson, Paul: *La historia de los judíos,* Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1991.

Kershaw, Ian: *Hitler,* Barcelona, Península, 2002.

Kimchet, Ion (y otro): *Guerrilleros en alta mar*, Buenos Aires, Candelabro, 1956.

Klich, Ignacio: *El ingreso a la Argentina de nazis y colaboracionistas, en Mario Rapaport e I. Klich, Discriminación y racismo en América Latina,* Buenos Aires, 1992.

Kogon, Eugen: *Der SS Staat, Frankfurt an Maine*, Europaische Verlag, 1946.

Lanzmann, Claude: *Shoa*, Paris, Fayard, 1985.

Laqueur, Walter: *Le terrifiant secret* (trad. del inglés), Paris, Gallimard, 1981.

Levin, Elena: *Historias de una emigración (1933-1939).*

Alemanes judíos en la Argentina, Buenos Aires, Lumiere, 2006.

Luckacs, John: *Los Hitler de la historia,* Madrid, Taurus, 2005.

Malkin, Peter Z. y Stein, Harry: *Eichmann in my hands*, New York, Warner Books,1990.

Marabini, Jean: *Vida y costumbres en el Berlín bajo Hitler*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1991.

Mariscotti, Mario: *El secreto atómico de Huemul*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.

Mayda, Giusseppe: *Núremberg*, Barcelona, Plaza y Janés, 1968.

Meding, Holmer: *La ruta de los nazis*, Buenos Aires, Emecé, 1999.

Merle, Robert: *La mort est mon métier,* Paris, Gallimard, 1954.

Newton, Ronald C. *El cuarto lado del triángulo. La "amenaza nazi" en la Argentina 1931-1947,* Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Ostrovsky, Victor y Hoy, *Claire: Mossad, confesiones de un desertor,* Buenos Aires, Planeta, 1994.

Padfield, Peter: Himmler. Reichs Führer-SS, London, Victor Gollancz, 2001.

Pearlman, Moshe: *The capture of Adolf Eichmann*, London, Weidenfel and Nicholson, 1961.

Poliakov, Leon: *Breviario del odio. El Tercer Reich y los judíos,* Buenos Aires, Stilcograf, 1954.

Posner, Gerald y Ware, John: Mengele. *El médico de los experimentos de Hitler*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

Posner, Gerald: *Los hijos de Hitler*, Barcelona, Planeta, 1992.

Quintana, Daniel Pedro: "200 años de cervezas argentinas", *Todo es Historia,* N° 403, febrero 2001.

Raanan, Rein: Argentina, Israel y los judíos. *Encuentros y desencuentros, mitos y realidades*. Buenos Aires, Lumiere, 2001.

————————: "*Una breve crisis diplomática: las relaciones entre Israel y la Argentina a la luz del secuestro de Eichmann",*

Desmemoria N° 28, Buenos Aires, abril 2001.

Rassinier, Paul: *Le véritable procès Eichmann ou les vainqueurs incorrigibles*, Paris, Les sept couleurs, 1962.

Reynolds, Quentin; Zwy, Aldouby y Ephraim Katz: Minister of Death. The Adolf Eichmann Story, New York, Viking, 1963.

Ribas, Gabriel: "El Graff Zeppelin, embajador del nazismo en Buenos Aires", *Todo es Historia* N° 386, septiembre 1999.

Roseman, Mark: *La villa, el lago, la reunión,* Barcelona, RBA, 2006.

Said, Edward W.: *Crónicas palestinas*, Barcelona, Grijalbo, 2001.

Salinas, J*uan: Ultrasur,* Buenos Aires, Planeta, 2006.

Salvetti, Gualterio: *Las SS matan todavía*, Barcelona, De Vecchi, 1970.

Santander Silvano: *Técnica de una traición*, Buenos Aires, Antygua, 1955.

————————: *El gran proceso,* Montevideo, Silva, 1961.

Schellenberg, Walter: *Los secretos del servicio secreto alemán*, Barcelona, Mateu, 1961.

Schindler, Emilie y Rosenberg, Erika: *Memoria*s, Buenos Aires, Planeta, 1996.

Schrom, Oliver y Ropke, Andrea: *Una cofradía tenebrosa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Senkman, Leonardo (ed): *El antisemitismo en Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.

Senkmann, Leonardo: "*Las relaciones EE.UU.-Argentina y la cuestión de los refugiados de la posguerra"*, Revista Judaica latinoamericana, Universidad Hebrea, Jerusalén, 1988.

Sereny, Gitta: *Albert Speer*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1996.

Shirer, William: The Rise and Fall of Third Reich, New York, Heinemann, 1961.

Sigmund, Ana María: *Las mujeres de los nazis*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000.

Sofer, Eugene F.: *From Pale to Pampa: a Social History of*

the Jews of Buenos Aires, New York, 1982.

Solari, Juan Antonio: *América, presa codiciada en la Argentina: planes de dominación nazi,* Buenos Aires, La Vanguardia, 1942.

Sommi, Luis V.: *Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*, Buenos Aires, Claridad, 1945.

Stevenson, William: *La hermandad Bormann*, Barcelona, Euros, 1974.

Strauch, Eliezer: Servicio Secreto de Israel, Buenos Aires, La Semana Publishing, 1977.

Toland, John: *The Last 100 Days*, New York, Random House, 1966.

Toynbee, Arnold J.: *La Europa de Hitler*, Barcelona, RBA, 1985.

Trevor Roper, H. R.: *Los últimos días de Hitler*, Barcelona, Plaza y Janés, 1966.

Vidal-Naquet, Pierre: *Les assassins de la mémoire. Un Eichmann "de papier" et autres essais sur le révisionnisme*, Paris, La Decouverte, 1987.

Von Simón, Walter: Santander bajo la lupa, Buenos Aires, Aluminé, 1956.

Weber, Gaby: *La conexión alemana*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

Weizmann, Chaim: *A la verdad por el error.* Palestina, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1949.

Wiesenthal, Simón: *Justicia no venganza*, Barcelona, Ediciones B, 1989.

————: *Los asesinos están entre nosotros*, Barcelona, Luis de Caralt, 1967.

Wieviorka, Annette: *Auschwitz 60 ans âpres*, Paris, Robert Laffont, 2005.

————: *Déportation et génocide*. Entre la mémoire et l'obli, Paris, Plon, 1992.

————: *L'ère du témoin*, Paris, Plon, 1988.

————: "*Les vagues du procès Eichmann"*, Paris,

L'histoire 108, febrero 1988.

Young-Bruehl, Elisabeth: *Hannah Arendt, for Love of the World*, New York, Doubleday, 1982.